

Selección RNR

HEATHER LEE LAND

*Pídemle Más*

**E**

*Romance Actual*

Pídeme más

Heather Lee Land



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para KatiCat,  
porque no hay ni un solo día en que no me acuerde de ti*

*Leposavic, Kosovo, año 1999*

Varios trozos de escombros y arenisca cayeron sobre la cabeza de Loran, que se protegió como pudo temiendo que el techo se le viniera encima.

—¡Vamos, no te detengas! —Etel, su madre, tiraba de la manga de la camiseta de su hijo. Loran, con dieciséis años, era igual de alto que ella, aunque muy delgado y desgarrado. Era más que probable que la guerra tuviera mucho que ver con eso.

La guerra en Kosovo llevaba ya cinco años. Primero comenzó como un conflicto interno en su propio país que se convirtió en una guerra civil, para luego pasar a ser una guerra internacional. Muchos se habían refugiado en países cercanos. Ellos no; su padre había salido a combatir, luchando por unas creencias y una ideología independentista. Nunca más regresó. Etel, sin embargó, lo había esperado durante mucho tiempo, hasta que ya fue demasiado tarde; los edificios se caían tras ellos, se habían quedado sin casa, sin familia, sin amigos y si nada. No tenían nada. Solo ellos dos que corrían por unas estrechas calles llenas de escombros y paredes derrumbadas.

Loran iba todo lo rápido que podía. Tenía los ojos empañados, la boca seca y el polvo de los derrumbes metido en los pulmones. Tampoco oía nada; los ensordecedores ruidos de la guerra le habían taponado los oídos días atrás. Eso provocó que no escuchara el crujido que había comenzado a hacer una pared que cedía poco a poco cuando pasaban por su lado. Etel sí se dio cuenta, paró en seco, y lo empujó hacia delante para librarlo de las piedras de la pared apenas dos segundos antes de que estas cayeran sobre ella y la aplastaran por completo.

Durante los primeros segundos no vio nada, solo la molesta humareda de los escombros al caer al suelo. Luego comenzó a escarbar como un loco, muerto de miedo, pensando que su madre se había hecho daño. Cuando alcanzó su mano,

cuando la encontró, ella ya no se movía. Tiró de su cuerpo con todas sus fuerzas y la sacó de debajo de las piedras, pero ya nada podía hacer; Etel, su madre, se había ido. Lo había dejado solo y perdido en medio de una guerra que no comprendía y de la que no era partícipe. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a salir de allí?

Se quedó sentado junto al cuerpo inerte de su madre durante varias horas. Su pelo castaño, sus ojos grises ya no tenían vida.

La oscura mañana había dado paso a un atardecer igual de gris y más frío. Loran cerró los ojos y soñó con que sus padres lo abrazaban de nuevo y lo protegían de todo mal. En ese camino, y completamente solo, se puso a llorar sin hacer ningún ruido, sin apenas abrir la boca. Las lágrimas le recorrieron las mejillas, y limpiaban tras de sí el polvo que había sobre la piel. Ya no quedaba nada, tan solo esperar su irremediable final.

Miranda se detuvo en mitad del camino. Había esperado a que fuera de noche para salir de su escondite. Llevaba vendas y medicinas de un lugar a otro, amparada por la oscuridad y guiada por los tenues rayos de la luna, su gran aliada.

A pocos pasos delante de ella había un bulto en el suelo. No era la primera vez que se tropezaba con un cuerpo tirado en mitad de la carretera. La guerra era así y había aprendido que era inútil llorar por todas esas vidas que ya no estaban. Ya entrada en su vejez, la vida le había enseñado que debía preocuparse solo por el presente porque el pasado ya había quedado atrás y el futuro estaba aún por llegar. Cada uno tenía que vivir lo que le tocaba vivir. No había otra explicación. Algunas veces se ganaba, y otras se perdía. Era parte del aprendizaje de la vida.

Al sentir que algo se movía tras él, Loran giró la cabeza y elevó la mirada para toparse con los ojos de esa anciana que lo miraban con seriedad desde su corta estatura. Ella desvió la atención hacia el cuerpo de la mujer sin vida que había al lado del niño y luego se volvió a centrar en él.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Loran. —Quiso que su voz sonara fuerte, aunque por dentro estaba muerto de miedo.

—Ven conmigo. —Ella esperó a que el joven se levantara. Luego le dio el

enorme y pesado saco que llevaba al hombro—. Si lo llevas tú, iremos más rápido.

La vieja comenzó a andar sin darse cuenta de que el chico se había quedado de pie, con el saco en las manos y mirando hacia el suelo. Ya era de noche y poco a poco había dejado de ver el rostro y el cuerpo de su madre.

—No quiero dejarla aquí —respondió.

La vieja lanzó un suspiro. Iba tarde, era peligroso estar demasiado tiempo por allí y podían acabar muertos los dos.

—Mañana vendremos y le daremos el entierro que ella se merece. Ahora, en la oscuridad, no podemos hacer nada más. Si encendemos alguna luz, nos descubrirán y acabaremos como ella. ¿Es eso lo que quieres?

Loran no tenía muy claro qué era lo que quería, pero supuso que morir no estaba dentro de las opciones que su madre había deseado para él. Se echó el saco al hombro y siguió a la mujer.

—¿Cómo se llama?

—Ahora no es momento de hablar —lo reprendió ella—. Guarda silencio. Cuando sea seguro responderé a tus preguntas.

Loran estuvo caminando gran parte de la noche en silencio y a oscuras al lado de esa vieja mujer que, de vez en cuando, suspiraba y murmuraba algo entre dientes, casi jadeando, como si pensara consigo misma en voz alta. Era muy baja de estatura y de cuerpo enjuto. El pelo lo tenía blanco, muy espeso, y lo llevaba peinado hacia atrás agarrado en un moño bajo. Su cara era un mapa de arrugas y sus ojos tan, pero tan claros que daban la impresión de ser casi transparentes. Sus manos, sin embargo, no correspondían a las manos de una anciana, puesto que apenas tenían arrugas ni ninguna mancha por la edad. Sus ropas eran harapos más que otra cosa, llenos de polvo, suciedad y algunas manchas que parecían ser sangre reseca. En otro tiempo eso lo habría impresionado, pero desde que había comenzado la guerra, el color y el olor de la sangre habían tomado protagonismo en su vida.

Cuando llegaron a un edificio medio en ruinas, la anciana se llevó las manos a los labios, entrelazó los dedos y sopló entre ellos. Una pequeña melodía, parecida a la de un pájaro, salió de entre las palmas de sus manos. Frente a ellos, un tablón de madera enorme que había en el suelo, y que en épocas anteriores parecía haber adornado la entrada de alguna iglesia, se movió hacia un lado para

dejar paso, entre la pequeña rendija, a una mano bastante mugrienta con los dedos extendidos.

La vieja agarró el saco que llevaba el joven y se lo tendió a la mano que sobresalía de la tierra. Segundos después todo desapareció y el tablón volvió de nuevo a su sitio, como si allí no hubiera pasado nada.

—Vámonos. —Sin esperar respuesta, la anciana tomó el camino de regreso por donde habían venido, esa vez por un camino paralelo. Lo hizo para no tropezarse con el cuerpo sin vida de la madre del muchacho. Tenía que conocerlo, tenía que ver si servía para su propósito, entonces sabría si le sería útil, o tendría que acabar con su vida.

Etel fue enterrada dos días más tarde, al atardecer, a un lado del camino y bajo un pequeño bosque de hojas caídas. Loran estuvo cavando mucho rato hasta que ya no pudo más. Tenía todo el cuerpo sudado y le dolían todos los músculos del cuerpo. Mientras echaba arenisca sobre el cuerpo envuelto de su madre, el olor de la tierra húmeda se le iba metiendo en las fosas nasales y le revolvían el estómago. Quiso vomitar, pero no iba a hacerlo sobre la tumba. Se aguantó las ganas y siguió con su trabajo bajo la atenta mirada de la vieja. La anciana se lo había llevado a su refugio, le había dado de comer, le había dado mantas para entrar en calor, pero aún no le había dicho su nombre.

—Hasta siempre, mamá —susurró. Había rezado en voz baja mientras lloraba en silencio, hasta que todo terminó, hasta que ya no tuvo ni una sola lágrima más para soltar.

—Miranda.

Loran levantó la cabeza al oír la voz de la mujer, que había permanecido impassible y en silencio todo el rato.

—¿Qué? —Había comenzado a andar de vuelta por donde había venido, con la pala agarrada con fuerza en la mano y lleno de tierra y sudor por todo el cuerpo. La anciana lo siguió de cerca.

—Mi nombre es Miranda, muchacho. Hoy me has demostrado con tu fuerza y tu entereza que eres un chico especial, único, y que puedo ayudarte si tú me ayudas a mí.

Loran no era tonto. Se paró y la miró. La luz del sol había comenzado a caer y pronto se quedarían a oscuras en mitad de la nada si no avivaban el paso.

—¿Qué quiere que haga?



Ella esbozó una sonrisa casi picarona. Levantó el brazo y le palmeó el hombro al que apenas llegó.

—Aquí no. Volvamos al refugio.

No volvieron al mismo sitio de donde habían venido, sino a otro. ¿Cuántos escondrijos secretos conocía esa mujer? Ese último estaba debajo de una casa abandonada, parecía una cueva en donde había una mesa grande de madera en el centro de la habitación, a un lado una estantería llena de frascos junto a una cocina portátil de gas, y al otro lado una cama destartada con un par de mantas muy sucias.

—¿Has pensado en tu futuro, Loran? —La mujer había comenzado a poner varias botellas de cristal sobre la mesa. A continuación, puso un cuenco de madera y un mortero. Como si se lo supiera de memoria, Miranda fue echando un poco de cada cosa que había en los frascos.

—No. —Y era cierto. No había tenido tiempo para pensar. Quizás por el miedo que sentía. No sabía qué iba a ser de él, a dónde iba a ir a parar ni lo que le harían si lo encontraban solo en medio de esa guerra. Incluso se sorprendía de seguir aún con vida. En esos últimos meses había visto cadáveres de todas las edades. Eso era algo que nunca pensó que viviría. Él había crecido siendo un muchacho normal, dentro de una familia normal, en una casa como otra cualquiera, pero de pronto la guerra lo había vuelto un paria, como si se mereciera todo eso. ¿Qué daño había hecho él en su vida para tener que vivir algo así?

—La guerra no durará mucho, ¿sabes? Pero este lugar no es seguro. Los chicos como tú, que no tienen a nadie que los reclame, no acaban bien. No es la primera vez que lo veo, pero yo puedo ayudarte, aunque todo tiene un precio.

—¿Qué precio? —Frunció el ceño—. No tengo dinero ni nada que darle.

—No es dinero lo que quiero.

—¿Entonces?

—Quiero que me des permiso para entrar en tu alma y cambiarte desde dentro.

Loran quiso reírse. Era evidente que la anciana había perdido la cabeza y no la culpaba. La mujer siguió hablando sabiendo lo que el joven pensaba de ella.

—Puedo llevarte a un lugar mucho mejor que este. A América. ¿Has estado alguna vez en los Estados Unidos?

—No.

—Oh, es impresionante. El lugar donde los sueños se hacen realidad, donde todos tienen una segunda oportunidad, donde las estrellas brillan con más fuerza en el firmamento.

—¿Usted ha estado allí?

—En persona, no. —La vieja siguió echando ingredientes en el mortero para machacarlos luego—. Pero he hecho muchos viajes astrales al nuevo mundo. Te va a gustar. Hay muchas luces.

Loran la miraba con fijeza preguntándose si toda esa guerra unida a los cien años que debía de tener esa mujer no le habría empezado ya a pasar factura en el cerebro.

—Yo... no he pensado en nada todavía. —Y era verdad. Aún estaba asimilando la muerte de su madre. Su futuro era incierto. Hasta su presente lo era. Salir de allí era algo tan irreal que no había pensado en ello—. ¿Cómo llegaré a América?

—Tengo un conocido que trabaja conmigo, pero eso es algo de lo que tú no tienes que preocuparte, solo tienes que darme permiso para entrar en tu alma. Nada más.

Toda su vida pasó ante sus ojos. De ser un niño como otro cualquiera, había pasado a ser un pequeño hombre cambiado por la guerra. Recordó su último cumpleaños. Le costó soplar las dieciséis velas que su madre había colocado alrededor de la tarta. Ya nada era igual y nada volvería a serlo. Él tampoco lo era; estaba más delgado que de costumbre, su piel morena camuflaba todo el polvo y la mugre que llevaba encima, y sus ojos grises ya no tenían ningún motivo para brillar de alegría. Allí ya no quedaba nada para él, ni nadie. Salir de ese lugar era la única salida posible. Con cierto reparo y con timidez, Loran asintió a la petición de la vieja.

Miranda sonrió solo de un lado con una mueca tenebrosa. Agarró el cuenco que había sobre la mesa y echó todo lo que había molido en el mortero.

—Tómalo —dijo acercándose al muchacho y ofreciéndole el cuenco—. De un solo trago.

Loran agarró el cuenco con ambas manos y lo miró. No sabía qué había echado ni qué sabor tendría. Podía hasta envenenarlo. ¿Iba a fiarse de una mujer a la que no conocía de nada? Lo realmente triste era que no podía hacer nada más. Si esa mujer hubiera querido matarlo, ya lo habría hecho. Oportunidades había tenido. Si echaba a correr buscando ayuda, lo más probable era que muriera a tiros o bajo alguna bomba lanzada desde el aire. No, no había más salida que esa. Cerró

los ojos, se llevó el cuenco a los labios y se lo bebió todo tal y como le había dicho.

—¿Todo bien? —Miranda caminó hacia atrás para volver de nuevo a la mesa, apoyó las palmas de las manos sobre la ajada madera y lo observó.

Loran no tuvo tiempo de responder cuando su cuerpo se inclinó hacia delante y caía con estruendo al suelo. Instigó a sus piernas a que salieran corriendo de allí, pero no podía moverse. Solo pudo darse la vuelta y quedarse boca arriba. Su cerebro mandaba órdenes a su cuerpo, pero sus piernas y sus brazos parecían haberse desconectado y no lograban moverse ni un ápice. Tampoco podía hablar. Su lengua, ahora pastosa, apenas se movía, incapaz de articular palabra. ¿Qué le había dado esa mujer?

—No te asustes, Loran. —Miranda susurró su nombre cuando vio una lágrima rodar por el rabillo del ojo del joven y perderse entre la espesa sien de su despeinado y sucio pelo—. No voy a hacerte nada malo. No voy a matarte, sino todo lo contrario; voy a darte la vida.

Loran parpadeó furioso intentando despejar los ojos de las lágrimas que habían ido apareciendo. No le quedó otra que quedarse allí tumbado observando a la mujer. Miranda desapareció un segundo de la habitación. Cuando volvió traía a un gato blanco y naranja agarrado del pellejo del cuello. El pobre animal parecía muy asustado, e intentó escapar cuando la vieja acercó una jeringuilla al cuello para comenzar a extraerle sangre. Se la veía muy diestra en todos sus movimientos, y era más que probable que no fuera la primera vez que hacía eso.

Con el gato aún agarrado con una mano, se acercó hasta Loran y se agachó.

—No te dolerá —le susurró mirándolo a los ojos. Los ojos transparentes de la mujer capturaron los ojos grises del joven y, acto seguido, hundió la aguja de la jeringuilla sobre el corazón del muchacho, que no pudo reaccionar para salir huyendo de allí. Con una calma infinita y un temple admirable, Miranda fue apretando el émbolo hasta que inyectó toda la sangre del animal en el corazón de Loran—. Shhhhhh —Volvió a tranquilizarlo cuando lo vio llorar desconsoladamente—. No te dolerá. —Giró la cabeza para referirse ahora al pobre gato—. A ti sí.

Clavó con fuerza su larga uña del dedo meñique y lo hundió en el cuello del animal, que comenzó a sangrar sobre Loran. Miranda acercó el chorro de sangre sobre la boca del muchacho y lo cogió de las mejillas para separarle así los labios. El joven quiso vomitar, salir corriendo de allí, pero solo pudo llorar y llorar mientras sentía ese sabor metálico deslizarse por su garganta. Lo tenía

agarrado de tal manera que no le permitía escupir la sangre. Tampoco sabía si su cuerpo lo hubiera podido hacer por sí solo. Cuando vio que el animal, agarrado por la mano de esa mujer, dejó de agitarse y cayó laxo rozando el rabo sobre su frente, Loran no pudo soportarlo más y se desmayó.

Miranda se levantó del suelo, dejó al gato muerto sobre la mesa, y comenzó a recoger las botellas que había usado antes mientras tarareaba una canción. Todo había salido a la perfección.

Loran se despertó no supo cuánto tiempo más tarde. Seguía en el suelo, tumbado de una forma muy incómoda. Su cuerpo fue despertándose poco a poco. Le dolían las piernas y los brazos, y sentía un hormigueo extraño en ellos. También notaba la lengua hinchada. Eso le hizo recordar lo que esa loca le había hecho beber y el estómago le dio un vuelco. Sin haberse incorporado del todo, comenzó a vomitar sobre el suelo. No había nada que echar, solo bilis y más bilis.

Tardó un rato en volver a controlarse de nuevo. Había mantenido los ojos cerrados, respirando hondo e intentando calmar su agitado estómago. Esa vez, cuando volvió a abrir los ojos, la perspectiva desde donde estaba tumbado era distinta. ¿Por qué, de pronto, todo le parecía sumamente enorme? Se sentía mareado y le costaba pensar con claridad. Unas pisadas a su lado le llamaron la atención. Desvió la mirada para encontrarse a esa mujer de pie junto a él. Su tamaño era gigantesco. ¿Qué estaba pasando? ¿Miranda se había transformado en un gigante o era él el que se había encogido?

—Ya estás despierto. —La mujer se agachó, lo cogió del cuello, y caminó hacia el fondo de la habitación. Lo puso frente a un espejo de cuerpo entero y sonrió—. Eres un precioso ejemplar, querido. Maravilloso.

Loran levantó la vista y se vio; era un gato, un jodido gato gris oscuro de pelaje largo y ojos grises. ¿Había truco en todo eso? No podía ser verdad. Se miraba, miraba cómo esa mujer lo tenía agarrado del pellejo del cuello y era verdad, era él, era un gato.

—Eres un gato, Loran. Así es como saldrás de aquí, pero mejor vamos a esperar a que vuelvas a ser tú para que recuerdes bien las cosas, ¿no? —Alargó uno de sus eternos y huesudos dedos y le dio un toquecito en la nariz—. Cuando crezcas serás impresionante.

Loran volvió a desmayarse.

Llevaba cinco días así, transformándose sin poderlo evitar. Cuando pensaba que ya lo tenía controlado, volvía a cambiar de forma. Luego se sentía muy agotado, tanto que se quedaba como en una especie de limbo, donde no llegaba a estar dormido del todo, pero tampoco despierto. Su mente intentaba comprender y su cuerpo luchaba por aceptar los cambios. Todo su ser estaba haciendo un esfuerzo enorme adaptándose. Había comprendido lo que era esa mujer: una bruja, y aunque nunca se había planteado si existían o no, ahora no le quedaba la más mínima duda.

En uno de esos ratos en los que su mente luchaba por comprender, la vieja le había contado que su don era hereditario y que todas las mujeres de su familia habían nacido con él; con el poder de la alquimia. Tenían el don de llevar bajo su piel los secretos de las artes esotéricas del otro mundo, que, combinado con distintos elementos, llegaban a alcanzar poderes increíbles. Ese era uno de ellos. Podía cambiar el ADN de una persona sabiendo elegir los ingredientes adecuados. Era como encontrar la llave correcta para una determinada cerradura.

Según le había dicho Miranda, en pocos días un hombre vendría a por él y lo llevaría a los Estados Unidos. Una vez allí su futuro era incierto. Se suponía que ese hombre iba a quedarse con él, aunque no podía estar seguro. Podían aprovecharse de un niño con facilidad y no podría hacer nada por evitarlo. Nada de eso le olía bien. ¿Por qué hacer algo tan complicado como eso pudiendo salvarlo de otra manera? Definitivamente ahí había gato encerrado, y por desgracia ese gato era él.

Con los días fue acostumbrándose a su nueva identidad. Casi podía cambiar cuando lo deseaba y volver a su estado normal con solo pensarlo. Cuando estaba transformado en gato, su mente y su personalidad seguían siendo las mismas, pero todo era muy confuso, como si su propia voz, su conciencia, le hablara desde muy lejos, como si le costara concentrarse. Por supuesto que no podía hablar ni hacer nada excepcional, que se saliera de las habilidades que podía tener un gato común, pero sí que podía pensar.

Esa madrugada llegó un hombre al refugio. Era muy alto y delgado, con pelo canoso, gafas y un gran bigote también con canas. Miranda lo había metido en un transportín lleno de mugre un rato atrás para asegurarse de que no iba a salir

huyendo.

—¿Este es? —El hombre parecía ansioso. Se acercó a la puerta metálica y miró a través de ella—. ¿Qué pasó con el otro?

—No servía, así que usé su sangre para transformar a este —Miranda no parecía afectada en absoluto—. Su nombre es Loran. Es huérfano. Tiene dieciséis años y es un chico muy inteligente. Te va a gustar.

—Si su piel y sus ojos son como las que tiene siendo gato, va a ser digno de ver.

—Lo son. —La mujer se jactaba hablando de él—. Tiene unos ojos grises muy brillantes y una piel aceituna sin marcar. Es muy joven aún, pero cuando crezca será muy hermoso.

—Me lo llevo. —El hombre ya había agarrado el transportín con una mano, y había aferrado el puño con fuerza alrededor del asa. Con la otra mano sacó un fajo enorme de billetes del bolsillo del abrigo y lo puso sobre la mesa—. Ahí tienes lo prometido más un pequeño incentivo por tus servicios.

—Ha sido un placer. —La vieja se dio prisa en agarrar el dinero y esconderlo en el bolsillo de su delantal—. Ya sabe dónde encontrarme si necesita mis servicios otra vez.

—Oh, volveré. De eso no le quepa duda.

El viaje en avión fue un infierno. Jamás había volado antes, y encima hacerlo tumbado en el suelo de un transportín a los pies de ese hombre no mejoró mucho la cosa. Entendía que como humano no podría haberlo sacado de allí por las buenas y que esa era la mejor opción, pero su cuerpo estaba cansado de estar en esa pequeña jaula y la mente le iba a mil por hora. A veces pensaba si no era una tortura estar encerrado en ese cuerpo y poder elucubrar si no podía hacer ni la mitad de las cosas que pensaba.

Muchísimas horas más tarde llegó a América. Todo le parecía raro; los colores, los olores, el idioma. Había estudiado inglés en el colegio, pero nada lo había preparado para algo así.

Después de salir del aeropuerto, el hombre colocó el transportín sobre el asiento del copiloto de un coche y condujo sin decir nada y sin poner la radio.

El viaje parecía estar durando lo mismo que el vuelo. Estaba agotado y no

sabía cuánto tiempo más podría soportar estar así sin volverse loco.

El hombre lo liberó un rato más tarde, cuando paró en el garaje de una casa adosada muy grande. Estaba avanzada la mañana y podía ver con total claridad con sus ojos felinos. Ya no recordaba si había abandonado su país uno o dos días atrás. Su ansiedad por salir del transportín estaba pudiendo con él.

Cuando vio la puerta abierta de la jaula, se abalanzó hacia fuera como un torbellino, tropezando con sus propias patas por alejarse de esa prisión.

—Sí que eres magnífico. —La voz del hombre llegó desde el mismo rincón. No se había incorporado siquiera tras haberle abierto la jaula—. Vamos a sacar mucho provecho de ti.

Loran no sabía a qué se refería con eso de sacar provecho de él, pero sin duda no era nada bueno. Estuvo a punto de transformarse en persona y partirle las piernas a ese hombre. Podía intuir lo que quería hacer con él. Quizás como humano habría dudado más, pero contaba con su instinto animal. Eso era lo primero que se le había desarrollado, y confiaba sin dudar en ese instinto que lo había alertado enseguida de que las intenciones de ese hombre no eran nada buenas. En otras circunstancias se habría ido directo hacia él. No era un matón, nunca lo había sido, pero tampoco era tonto, y si tenía que dar varios puñetazos para salvar la vida, los daría. El problema era que estaba demasiado débil, con un hambre voraz y el cuerpo entumecido. Cambiar de animal a humano iba a dejarle muchísimo peor de lo que ya se encontraba, y si ese tipejo se acercaba a él con malas intenciones, él no iba a tener la fuerza suficiente para detenerlo. Por eso no lo pensó; vio la ventana del salón abierta y comenzó a correr hasta que saltó a través de ella. Cayó en un enorme jardín con las cuatro patas, ágil y sin haberle costado casi esfuerzo. Tras él oyó una retahíla de maldiciones. Escuchó al hombre abrir la puerta y correr hacia él. No había tiempo que perder; galopó como si no existiera un mañana porque toda su vida, a partir de ese instante, iba a depender de si escapaba o no.

Estuvo corriendo mucho rato, hasta que se adentró en un bosque cercano. No había rastro del hombre por ningún lado. Por suerte no lo había visto transformado y eso le daba ventaja en el caso de que tuviera que pasar por su lado. Tener esa ligera ventaja lo hizo sobrellevar mejor esa historia de locos. Un

día estaba viviendo en su casa, con su madre, y al día siguiente ella ya no estaba, lo atrapaba una bruja, lo convertía en gato, lo vendía y lo sacaba del país. Si se lo hubieran contado, no se lo habría creído.

Durante varias semanas estuvo viajando de manera furtiva. Se subía en los vagones de mercancías y se acurrucaba dejándose llevar hacia ningún lugar en concreto. No cargaba nada consigo y no necesitaba nada en realidad. Como gato su mantenimiento era mínimo, por lo que siguió así durante varias semanas más, hasta que el cuerpo comenzó a dolerle de una manera casi agónica. En ese instante comprendió que había abusado demasiado de su poder, y ahora su cuerpo, resentido, apenas le respondía.

Se transformó en un parque, casi de madrugada. Había estado comiendo las migas de pan que habían dejado las palomas después de que los niños estuvieran allí jugando. Ya no había nadie porque los chavales habían vuelto con sus familias. Eso le hizo recordar que jamás volvería a vivir algo así.

Cuando quiso darse cuenta iba en una camilla camino del hospital. Alguien lo había encontrado tirado tras un arbusto y habían llamado a la policía.

Estaba demasiado cansado para responder, y también le costaba entender el idioma. Ese acento cerrado y la unión de todas las palabras en una misma frase le imposibilitaba entender qué decían. ¿A dónde había ido a parar?

En el hospital le hicieron un millón de pruebas. A pesar de haber comido muy poco en los últimos días, no tenía nada que no se arreglara con un buen descanso, una ducha caliente, jabón y un plato hasta arriba de pasta con queso y tomate.

Los servicios sociales aparecieron a la mañana siguiente. La mujer, una señora de mediana edad, rodeó su cama y lo miró. Antes de decir nada, de preguntarle nada, se dedicó a valorarlo con la mirada. Cuando consideró que era más que suficiente, lo miró a los ojos.

—Me llamo Grace —comenzó. Con el dedo meñique le quitó un cabello que le caía sobre la frente y se lo sujetó detrás de la oreja—. ¿Tú cómo te llamas?

Loran lo había entendido todo a la perfección. La mujer pronunciaba muy bien y tenía una voz muy dulce, pero él no respondió. Sabía quién era ella, pero no estaba seguro de poder contar su historia. Nadie le creería; además, si decía la verdad, sabía que acabaría siendo un conejillo de indias, sometido a miles de experimentos hasta que acabara en malas manos. Una persona que se podía



convertir en gato era el sueño de cualquier ladrón, de cualquier espía, incluso de cualquier gobierno. No, no podía contar su gran secreto a nadie. Nunca.

Grace salió de la habitación del hospital donde permanecía el muchacho y se reunió con el médico que lo había atendido.

—¿Ha dicho algo?

—No. Le he tocado la oreja y el pelo, incluso he rozado mis uñas con la piel de su antebrazo y no ha reaccionado de manera extraña. Eso nos hace descartar que sea víctima de malos tratos o de abusos. Usted no encontró nada raro, ¿no?

—Nada. —El médico llevaba la bata blanca abierta, mostrando debajo una camisa de cuadros con una horrible corbata de triángulos—. Quitando que estaba un poco deshidratado y por debajo de su peso, su piel no presenta ningún hematoma ni herida, antigua o reciente, ni cortes ni nada que nos pueda dar alguna pista.

—Nunca me he topado con ningún caso así, de ningún joven que no quisiera hablar porque sí.

—Bueno, quizás ha perdido la memoria. —El médico no quería descartar nada—. Hay muchos tipos de amnesia. El *shock* post traumático de algún incidente puede llevar a episodios de lagunas mentales, confusión y pérdida del habla. Yo optaría por dejarlo un par de días más en observación mientras terminan de llegar todos sus análisis y decidir luego.

Grace no pudo evitar morderse la comisura del labio. Para ella, había una pieza del puzle que no encajaba, y no lograba averiguar cuál era.

—He estado mirando los informes policiales de niños desaparecidos en este último año y los de los últimos quince años, porque más o menos le calculo esa edad al chico, y ¿sabe? Nada. No hay nada. Nadie lo busca o lo ha buscado, no llevaba ninguna identificación, incluso a veces sospecho que no me entiende del todo. Es como... como si de pronto hubiera aparecido aquí sin más.

El médico se ahorró lo que pensaba. Para él era un caso claro de algún tipo de amnesia. El tiempo lo diría.

Loran fue interrogado por la policía, por los servicios sociales, por los médicos y por personal cualificado, pero nada; el joven permaneció callado e impasible, como si todo eso no fuera con él. ¿Qué iba a decir? Necesitaba más tiempo para

pensar y decidir qué era lo mejor para él. Su mente y su parte animal le decían que saliera corriendo de allí, pero su parte más lógica y racional le preguntaba que hasta cuando correría. ¿Iba a estar toda la vida huyendo, escondiéndose y siendo un indocumentado? Si contaba la verdad ahorrándose la parte del gato e inventándose que lo habían traído en avión desde Kosovo, si contaba la verdad y decía su verdadero nombre y apellidos, ¿lo devolverían a su país? Allí ya no quedaba nada para él. Tampoco quería ser un marginado toda su vida. Tenía que aprovechar esa oportunidad que le estaban brindando. Necesitaba esa ayuda y era el momento de aceptarla.

Grace llegó media hora más tarde. Venía cansada. Había tenido una charla muy intensa con el tutor de su hijo de ocho años porque no prestaba atención en clase y ya no sabían qué más hacer. Comenzaba a sentirse una verdadera inútil que no podía ni con los problemas de su casa ni con los de su trabajo. Cuando llegó al lado de Loran, le sonrió con tristeza.

—¿Qué vamos a hacer contigo?

Loran no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa. Eso alertó a Grace, que se puso en tensión, lo cogió de las mejillas con cuidado y con ambas manos, y lo obligó a que la mirara.

—Dime, ¿has recordado tu nombre? —Su corazón comenzó a ir a mil por hora cuando vio que el chico asentía a su pregunta—. ¿Cómo te llamas?

El corazón de Loran iba también a demasiada velocidad. Era ahora o nunca. Si quería tener un futuro, debía comenzar a poner remedio en el presente, y lo primero que iba a hacer era cambiarse el nombre.

—Logan —respondió. Le resultó más americano, menos revelador, y sonaba con fuerza, pareciéndose mucho al suyo verdadero.

Grace intentó sacarle más información, pero el joven Logan alegaba no recordar nada más. Tras rastrear cielo y tierra buscando a su familia, y sin dar con ella, Logan fue acogido por los servicios sociales y puesto en adopción desde ese mismo momento. Para bien o para mal, y tras un largo proceso burocrático, Logan pasó a ser ciudadano americano.

El centro de acogida y adopciones de la ciudad de Greene, Arkansas, era una casa nueva, diseñada especialmente para jóvenes y repleta de muchachos que sabían que nadie los adoptaría en la vida. Todos los chicos que vivían en esa casa habían superado la edad *recomendada* para ser adoptados, pero aún no tenían edad legal para vivir por su cuenta. El gobierno de los Estados Unidos tenía la obligación de proporcionarles alimento y cobijo hasta que fueran adoptados o alcanzaran la mayoría de edad.

El mayor problema radicaba en que nadie quería adoptar niños tan mayores. Desde los trece hasta los diecisiete años, las adopciones eran casi nulas y los chicos lo sabían. Muchos habían perdido la esperanza mucho tiempo atrás, otros aún la conservaban. Por desgracia, la mayoría acababa siendo víctima del sistema y de una mala vida. Cuando uno sabe desde niño que nadie lo quiere, es fácil dejarse arrastrar por malas compañías. Tener una personalidad difícil debido al bagaje arrastrado, unido a lo jodido que era ya en sí ser adolescente, hacía que más de la mitad de las escasas adopciones que llegaban para chicos de esa edad acabaran cayéndose. Las escasas que salían adelante terminaban acabando mal.

A Logan le llegó una solicitud de adopción cuando menos lo esperaba. Grace le enseñó el expediente de una familia que quería conocerlo y fue toda una sorpresa. Había planeado cumplir la mayoría de edad allí y luego buscarse la vida como fuera, pero una vez más el destino parecía tener planes distintos para él.

—Gracias por aceptar conocerlos, Logan. —Grace se sentó en una silla frente a él al otro lado de la mesa y le sonrió. Se la veía cansada, pero esa mujer jamás abandonada su sonrisa.

Logan asintió. Llevaba en el centro casi un año y, aunque ya se había adaptado, esa era la primera vez que una familia se interesaba en él. Su relación con Grace siempre había sido cordial. La mujer incluso había dejado que el muchacho rellenara sus datos personales al hacer la ficha que constaba en su registro. Logan solo había escrito su nombre y su fecha de nacimiento. Al menos había un dato que seguía siendo real en su vida.

Su relación con sus compañeros era cordial. Había chicos que iban y venían del centro porque los acogían y luego los devolvían alegando que eran demasiado problemáticos. Algunos lo eran, otros no. Varios compañeros habían

intentado escaparse de allí y solo uno había intentado suicidarse. Eso fue algo que los había marcado a todos y él mismo se había visto afectado, sabiendo que no quería terminar así. Había vivido una guerra, había presenciado la muerte de su madre, una bruja lo había convertido en gato y había terminado en un lugar muy lejos de donde había nacido, en una casa con más chicos esperando un futuro incierto. Para él aquello era como un campamento que duraba todo el año, al menos así lo quería creer. No se había dejado llevar por las malas amistades y había hecho algunos amigos. La verdad era que él iba a lo suyo y nada más. No le había contado a nadie su secreto y no lo haría porque sabía que ese podía ser su final. Que una familia quisiera adoptarlo, lo desconcertaba.

—Sé que eres poco hablador, de hecho, creo que solo te he oído decir dos palabras en muy contadas ocasiones, pero sé que eres un buen chico. —Grace miraba la carpeta cerrada que tenía apoyada sobre la mesa frente a ella—. Eres educado, amable y muy inteligente. —Levantó la mirada y fijó sus pupilas en las suyas—. Sé que eres un chico fenomenal que nunca se ha metido en líos ni en problemas, al menos no desde que estás aquí, por eso quiero pedirte una única cosa. —La mujer guardó silencio para meditar bien lo que iba a decirle—. Si no estás interesado en esta familia que quiere conocerte, si no quieres ser adoptado, o si tienes algo en mente que no sea vivir con ellos, por favor, dímelo antes de que ellos te conozcan.

Contra todo pronóstico, Logan habló.

—¿Por qué?

Grace no pudo evitar su cara de asombro. Que Logan estuviera iniciando una conversación era algo inaudito que no se esperaba.

—Son estos. —Ella abrió el expediente que tenía delante, algo nerviosa, y le tendió una foto. Esperó a que el joven la cogiera para seguir hablando—. Ellos son los Crawford. Como ves no son una pareja joven, puede que tengan unos cuarenta y muchos, pero necesitan tener un hijo.

Logan los observó unos segundos y de nuevo volvió a fijar la mirada en Grace.

—¿Por qué? —Parecía que eso era lo único que sabía decir.

—Porque hace unos años su único hijo murió tras una enfermedad y ellos sienten la necesidad de tener otro hijo al que puedan ayudar. —Guardó silencio esperando una reacción por parte de Logan que nunca llegó—. Sé que suena a que deberían pasar por un psiquiatra, y lo han hecho. Te aseguro que están más que cualificados para tener un hijo. Han pasado con nota todas las pruebas y entrevistas a las que se los ha sometido y no hay nada que indique que no deban

adoptar. De hecho, yo personalmente pienso que un hijo podría ser la salvación de ambos.

El chico siguió mirándola esperando que siguiera hablando. Grace lo hizo.

—Tienen mucho amor para dar, son encantadores y buenos educadores, pero han sufrido mucho. Yo me pongo en su lugar y perder un hijo tiene que ser lo más doloroso del mundo, por eso te pido que, si no estás interesado, me lo digas. Declinamos el ofrecimiento y no pasará nada—Ella tecleó con las uñas sobre la mesa, señal de que seguía nerviosa—. Cuando me llegó su caso, tú fuiste el único chico que me vino a la mente para ellos. No quiero ofrecerles chicos problemáticos que van a volver aquí a los dos días, o chicos que ya sabemos que no van a esperar para hacer alguna maldad. Ellos no se merecen ese tipo de lucha; se merecen a alguien como tú.

De manera involuntaria Logan asintió con la cabeza. Observó de nuevo la foto y luego miró a Grace.

—Quiero conocerlos.

*Austin, Texas, septiembre de 2016*

Nick abrió los ojos, dejó la mirada fija en el techo de su dormitorio donde la claridad del día le hizo pestañear varias veces, e hizo que sus pupilas azules reaccionaran a la luz. El día parecía estar bastante avanzado y, si hubiera sido por él, habría seguido durmiendo un buen rato más. Se había pasado toda la noche con un horrible dolor de cabeza que comenzaba sobre la base del cuello y terminaba justo encima de la ceja derecha y le hacía parpadear de vez en cuando de manera involuntaria. No sabía si había adquirido una mala postura al dormir o se había dado algún golpe, pero le costó incorporarse en la cama. Estiró el brazo hacia la mesilla de noche, donde había escuchado que su teléfono móvil había vibrado un par de veces. Su compañera de trabajo le recriminaba que era el tercer día consecutivo que llegaba tarde. Le mandó un escueto mensaje en el que le decía que en cinco minutos salía de casa y dejó el teléfono a un lado para cerrar de nuevo los ojos y evitar esa sensación de mareo.

La habitación dejó de darle vueltas diez minutos más tarde. Solía tener esos dolores de cabeza, pero jamás habían alcanzado ese nivel que lo dejaba totalmente aturdido y con ganas de vomitar.

Se tomó su tiempo para sacar los pies por un lado de las sábanas y miró el resto del apartamento como si no lo conociera. Era bastante grande y diáfano, a excepción del dormitorio y el baño. Todas las ventanas parecían estar abiertas, con las finas cortinas blancas que su hermana mayor le había comprado echadas hacia un lado, para dejar pasar la increíble claridad que parecía colarse esa mañana.

Era consciente de que llegaba tarde a trabajar, pero su cuerpo no podía ir más rápido.

Caminó con precaución por la habitación hasta el baño y se arrodilló para ducharse. Estaba tan mareado que no estaba seguro de poder guardar el equilibrio.

Conforme el agua caliente iba cayendo sobre su cabeza, la presión fue disminuyendo y se sentía algo mejor. Parecía como si el mundo hubiera dejado de dar vueltas tan rápido y él pudiera al fin comprender que no iba a caerse.

Tardó más de lo previsto en estar listo. Tuvo que cambiarse de ropa cuando, tras estar vestido, comprobó que esos pantalones le quedaban largos y esa camisa parecía ser más suelta de lo normal. ¿Había menguado mientras dormía?

Caminó hacia la puerta del apartamento para ponerse el abrigo mientras se metía las llaves en el bolsillo trasero del vaquero y activaba el teléfono móvil. Tenía más llamadas perdidas de su compañera de trabajo. No iba a devolverle la llamada porque la biblioteca le pillaba muy cerca, pero le mandó un mensaje donde le decía que estaba saliendo de casa. Cuando fue a cerrar la puerta de la entrada miró de reojo una foto que había colgada en la pared al lado del perchero. Frunció el ceño y retrocedió para mirarla. No recordaba esa imagen. ¿Cuándo se la había hecho y quién era ese hombre que estaba a su lado? Definitivamente estaba perdiendo la memoria. No le echó cuenta a la imagen y cerró tras él para poner rumbo a la biblioteca municipal.

Llevaba muchos años trabajando allí. Esa era la razón principal por la que había elegido ese apartamento en el centro cuando consiguió un puesto fijo. Le gustaba mucho la biblioteca; el silencio, estar rodeado de libros, el olor que desprendía todo ese material en su mayoría bastante antiguo, y el ambiente en general que se respiraba en ese enorme edificio de principios del siglo xx. Además, el apartamento quedaba a diez minutos andando, cosa que agradecía a diario porque no le gustaba conducir.

Lea lo saludó negando con la cabeza mientras lo miraba tras sus gafas de montura moradas, encogiendo sus pequeños ojos negros. Su pelo castaño cortado a capas por encima de los hombros se despeinó un poco por el viento al abrirse la puerta de entrada.

—Llegas más que tarde.

—He dormido muy mal y me duele mucho la cabeza. ¿Hay café? —Nick tecleó su código para fichar y dejar registrado que había llegado, y caminó hacia la puerta para entrar en la sala de descanso del personal, seguido por su amiga—.

Te prometo que no bebí nada anoche, ni me he dado ningún golpe, ni me he doblado el cuello en la clase de Tai chi.

—Las migrañas son muy frecuentes en esta época del año y ahora, con el cambio climático, más. —Lea lo adelantó para servir ella el café. Era bajita, muy morena de piel y siempre llevaba ropa un tanto estafalaria, combinando rayas con flores y morado con verde lima. Ella parecía ser feliz así—. ¿Te lleno más la taza?

Nick negó con la cabeza, sacó una pastilla del bolsillo y se la introdujo en la boca para dar luego un sorbo al café.

—¿Cuándo llega Jay del viaje?

Nick terminó de tragar para responderle.

—¿Quién es Jay? —preguntó perdido. No recordaba a ningún cliente ni jefe que se llamara así.

Ella lo miró por encima de las gafas durante varios segundos y luego se rio.

—Qué bromista eres. —Dio un sorbo a su café y lo dejó sobre la mesa—. Por cierto, ya han llegado los libros que estabas esperando.

—¿Sí? —Eso atrajo su atención por completo. Dejó el café a un lado y caminó hacia el final de la habitación, donde solían dejar los pedidos que llegaban. Se acuclilló y tiró de la cinta de embalar para separar luego las solapas de la caja—. Ah, ¡qué bien huelen! —Sacó uno al azar y lo sostuvo en las manos admirando el hermoso diseño de la portada.

—¿Te dejas a solas con ellos? —se burló su compañera, que seguía al lado de la mesa tomándose su café—. De todas formas, tengo que irme ya. Si no sales en quince minutos, vendré a buscarte y te daré una paliza.

Nick asintió escuchando a medias las palabras de Lea. Estaba emocionado. Llevaba meses esperando esa edición especial de una prestigiosa enciclopedia. La mayoría de las personas no sabían apreciar esa joya porque la falta de espacio en las casas y el internet habían relegado a las enciclopedias a ser un estorbo más que una ayuda, pero a él le fascinaban. Si hubiera podido, las habría coleccionado todas.

Refunfuñando porque no podía colocarlas en su sitio hasta que les hiciera su ficha de entrada, dejó el tomo que había cogido al azar de nuevo en su sitio y se levantó para dirigirse a la puerta. Ya no le dolía la cabeza y estaba de muy buen humor. Todo apuntaba a que iba a ser un buen día.



Llegaba tarde, lo sabía. Era algo normal en él, y a sus treinta y nueve años no iba a cambiar a esas alturas. Jane, su hermana mayor, ya lo había llamado al teléfono móvil dos veces.

Había quedado con ella y con Kate, su hermana menor, para comer en un restaurante cerca de la biblioteca. Intentaban quedar una vez a la semana, aunque no siempre les era posible debido que no solían tener los mismos horarios.

Jane era administrativa en un concesionario para coches, llevaba muchísimos años casada con Paul, su marido, y tenían tres hijos. Nick adoraba a sus sobrinos y tenía la esperanza de ser padre algún día. Ser gay y soltero se lo ponía algo difícil, sobre todo lo segundo. No había perdido la esperanza de encontrar a su media naranja, al amor de su vida, alguien que quisiera formar una familia con él y soportara su eterno desorden en casa.

Kate era la más joven de la familia y trabajaba de auxiliar en una clínica veterinaria. Nunca les había presentado a ningún novio o amigo especial, pero era normal porque ella vivía para los animales que rescataba y por ellos.

—La próxima vez que quedemos y llegues tarde, no vamos a esperarte tanto tiempo, Nick —le recriminó Jane al llegar. Luego le dio dos besos como si nada—. Tienes mal aspecto.

Nick solo pudo jadear mientras le daba dos besos también a Kate. Había hecho todo el recorrido corriendo. Normal que tuviera mal aspecto, incluso le extrañaba que no estuviera echando los pulmones por la boca.

—Vamos a entrar aquí a comer. —Kate abrió la puerta y les dejó paso—. Tienen un nuevo menú para veganos muy completo.

Jane y Nick pusieron los ojos en blanco porque Kate siempre estaba igual. Hubo una época en la vida de Nick en que se apuntó al gimnasio y comenzó una dieta muy sana y saludable, incluso dejó de comer carne. Engordó tanto que volvió a su dieta normal de comida y sin restringirse nada.

—Y bien. —Al fin había podido recuperar el aliento. Miró a sus hermanas, que se habían colocado cada una a su lado para dejarle a él en el medio. Le asombró darse cuenta de lo mucho que se parecían entre sí, ambas con el pelo castaño claro y largo, además del enorme flequillo que se había puesto Kate un par de semanas atrás, muy parecido al de su hermana—. ¿Qué contáis?

—Yo ya tengo preparadas las maletas para irme a finales de semana a Toronto a hacer el curso ese que os dije sobre animales poco comunes.

—Cierto. —Jane asintió con la cabeza dándole la razón—. Me dijiste que te quedabas donde Kane. Ya has hablado con él, ¿no? Ya sabes que nuestro

hermano es un espíritu libre y siempre se olvida de contar más de la mitad de las cosas que le pasan.

En eso Jane tenía toda la razón. Kane tenía treinta y cuatro años, y siempre había sido igual. De joven había viajado por todo el mundo, había vivido en un montón de ciudades distintas y había tenido muchos trabajos. Era un hombre algo encerrado en sí mismo con mucho mundo interior y que parecía ser feliz siendo como era.

—Lo cierto es que fue él quien me propuso que me quedara en su casa. Al menos el tiempo que voy a estar allí. Luego tengo que ir a Alberta y a Alaska con el curso. Se me va a helar el culo. —Y lo más probable era que fuera cierto, pero Kate estaba entusiasmada con todo eso.

—¿Vas a estar mucho tiempo fuera?

Kate esperó a que el camarero tomara nota de lo que iban a beber para responder a su hermana.

—Nueve meses. El curso me lo paga mi jefe, así que perfecto.

—Hmmm, tu jefe. —Nick le guiñó un ojo.

—Nah, no van por ahí los tiros. Es un pureta cuarentón.

—¡Hey! —Nick se sintió ofendido porque él ya casi rozaba esa edad—. Que los de cuarenta estamos muy bien hoy en día.

—Eso. —Jane tuvo que darle la razón. Solo tenía cuarenta y dos años, y estaba fantásticamente bien para su edad—. Yo tengo una semana que es un horror; Derek tiene que ir a su revisión con el dentista porque con dieciséis años ya le han salido las muelas del juicio, pero le duelen, así que lo mismo hay que quitárselas. Tom quiere apuntarse a los Boys Scouts, pero Paul dice que aún es muy joven para eso.

—Tiene diez años ya, ¿no? —Nick agradeció con la cabeza al camarero la jarra enorme de cerveza que le había puesto delante y siguió hablando con su hermana—. Tu marido siempre ha sido un poco conservador.

—Tiene sus rachas. —Jane le dio un sorbo a su refresco y siguió hablando—. Y a Amanda, la pobre mía, creo que tienen que ponerle gafas.

—Bueno, eso no es tan grave. —Kate le restó importancia—. Ahora hay unas gafas para niñas monísimas. Recuerdo que a su edad, no, espera, yo tenía seis, era un año más joven que ella, no había tanta variedad como ahora y mamá me puso esas horribles gafas de Snoopy.

Los tres se rieron recordando aquellos tiempos. Sus padres hacía ya muchos años que habían muerto, pero siempre recordarían con cariño su niñez.

—¿Y qué tal Jay? ¿Cuándo regresa del viaje?

Nick se volvió hacia Kate para mirarla a los ojos. De nuevo le preguntaban por ese tal Jay y él no conocía a nadie que se llamara así.

—¿Quién es Jay? —no pudo evitar preguntar. Si hubiera salido el fin de semana anterior y se hubiera llevado a algún chico a casa, estaba seguro de que al menos se acordaría de su nombre, pero jamás se lo presentaría a su familia hasta que la cosa no fuera muy en serio.

—Oh, vamos Nick. —Jane le indicó al camarero lo que iban a tomar todos y prosiguió con su charla de hermana mayor—. ¿Ya te has vuelto a enfadar con él?

—¿Qué? —No comprendía nada. ¿Cómo iba a enfadarse con alguien que ni siquiera conocía?

—Ya sé lo que ha pasado. —Kate mordisqueó un trozo de pan antes de hablar—. Hoy es vuestro aniversario y se le ha olvidado llamarte para decirte lo mucho que te quiere. El pobre, no seas tan duro con él. Trabaja mucho y seguro que, si no te ha felicitado aún, es porque está muy liado en la conferencia. Ah —añadió—, y el *jet lag* es una putada. Te lo digo por experiencia.

—¿Hoy es vuestro aniversario? —Jane miró la fecha en su teléfono móvil—. Es verdad, lo había olvidado. Seguro que a la vuelta te trae algo bonito. ¿Regresa mañana o pasado mañana?

La cabeza de Nick iba a toda velocidad intentando recordar a alguien que se llamara Jay, pero no recordaba a nadie. Entonces las miró a ambas y sonrió.

—Es una broma, ¿no? Me estáis gastando una broma. —Echó el cuerpo hacia un lado para dejar que el camarero le pusiera delante su almuerzo.

Jane y Kate lo miraron sin comprender.

—¿Qué broma? —Jane asintió oliendo el plato que le habían dejado delante—. Estás muy raro hoy.

—Correr te ha sentado fatal. —Kate cambió de tema rápidamente—. A mi vuelta vamos a celebrar mi cumpleaños, ¿verdad? Dios, voy a llegar a los treinta. Soy una vieja.

Jane hizo un chasquido con los labios como respuesta.

—Cuando llegues a los cuarenta y dos como yo, me avisas y me cuentas.

Nick se había quedado perplejo delante de su plato. Sus hermanas nunca le habían gastado ninguna broma de ese tipo, de esa y de ninguna otra. ¿Por qué iban a empezar ahora? ¿Y Lea? Ella fue la primera en preguntarle por ese tal Jay como si fuera lo más natural del mundo. ¿Se había dado algún golpe en la cabeza y había olvidado alguna parte de su vida?

—¿Nick?

Nick escuchó a Kate que decía su nombre y se volvió hacia ella. No había estado prestando atención a lo que hablaban sus hermanas.

—Sí —fue lo único que atinó a responder.

—Te estaba preguntando que qué quieres para tu cumpleaños. Es el mes que viene. Yo voy a estar fuera, pero te lo mando desde Toronto.

—No... —tardó un poco más en reaccionar de lo acostumbrado—. No había pensado celebrarlo, la verdad.

—Ya, como si Jay fuera a dejarte. Menos mal que te has casado con un hombre mucho más alegre que tú, que llevas la misma vida aburrida que una almeja. — Jane siguió comiendo, centrándose en Kate que le pedía consejo sobre cómo ahorrar espacio al hacer la maleta.

Tenía que admitirlo; estaba en *shock*. ¿Cuándo se había casado? ¿Quién era ese tal Jay y por qué no se acordaba de nada? Al principio había pensado que era una broma, aunque sus hermanas no eran así. Ahora comenzaba a sospechar que algo le estaba sucediendo a su vida. Esa mañana cuando se levantó no le había prestado atención a nada porque el dolor de cabeza era demasiado fuerte, pero esa foto de la entrada... ¿Por qué iba a colgar la foto de un extraño en la pared de su casa? ¿Habría más? No se había fijado, no había analizado nada. ¿Quién era ese Jay y cómo diablos se había colado en su vida? Entonces se percató del anillo que llevaba en el dedo anular. Era una alianza de oro blanco sencilla, sin ningún dibujo. La sacó del dedo y leyó el mensaje que había escrito por dentro.

—Tengo que irme. —Se levantó sin probar bocado, se puso el anillo de nuevo en su sitio, y le dio un beso enorme en la cabeza a Kate—. Avísame cuando llegues a Toronto. —Y salió corriendo hacia la puerta—. ¡Hasta luego, Jane!

Las dos mujeres se miraron la una a la otra sin saber qué decir.

—¿Qué diablos le pasa? —Jane miró hacia la enorme cristalera que había a su derecha para ver a su hermano correr calle abajo.

—No sé. —Kate también lo observó—. No sé cómo Jay lleva casado con él tanto tiempo, porque a mí ya me habría vuelto loca.

—Ese hombre es un santo —zanjó Jane, y siguió comiendo como si nada.

Nick llegó jadeando y con la camisa pegada el torso. Abrió la puerta de su apartamento y entró. Allí, en la entrada, seguía la foto que había visto esa mañana. La descolgó de la pared y la observó de cerca. En la imagen estaba él

acompañado de otro hombre, los dos sentados en lo que parecía ser un teleférico, con unas montañas muy altas y nevadas al fondo.

Centró más la mirada, intentando percatarse por si la foto estaba retocada. Tenía que estarlo porque no recordaba ese momento.

Su cerebro iba a toda velocidad, mientras recordaba cuando era más joven y salía mucho de vacaciones con sus amigos, pero no; no recordaba haberse montando nunca en ningún teleférico ni haber conocido a nadie que se llamase Jay.

Siguió andando por la habitación, donde se encontró con más pruebas fehacientes de que allí parecía vivir otra persona con él; había más cuadros en el resto de la casa, objetos que no reconocía como suyos, libros que estaba seguro que él no había comprado y ropa que no era de su talla en una parte del armario.

—¿Qué demonios? —Se llevó las manos a la frente y las echó hacia atrás lo que provocó que se despeinara la cabellera castaña. Si alguien de verdad le estaba gastando una broma, se lo estaba currando demasiado bien, pero no le cuadraba. ¿Quién iba a entrar en su apartamento para cambiarlo todo de sitio, poner ropa nueva, cuadros, y hacer también partícipes a sus hermanas? No, algo estaba pasando.

Entonces vio la foto que había sobre la cómoda del dormitorio. Se acercó a ella y la miró. El lienzo estaba colgado en la pared y ocupaba todo el ancho del mueble. Era una imagen bastante grande. No entendía cómo no había reparado en ella esa mañana. Él salía en esa foto, muy sonriente, y, en apariencia, muy feliz. Otro hombre, el mismo que en las demás fotos, sonreía también a su lado. Solo se les veía de hombros para arriba, pero por las camisas y los chalecos, parecían estar en una boda. Fijó la mirada en la esquina inferior derecha para leer lo que ponía.

—Nick y Jay, 13 de septiembre de 2005. —Y tras la fecha, dos alianzas entrelazadas—. No es posible. —Su cerebro iba a toda velocidad. No podía ser una broma, era demasiado enorme para serlo.

Miró el reloj y vio que ya era casi la hora de volver al trabajo. De nuevo corriendo, tuvo que emprender el camino de vuelta.

Lea lo vio llegar y arqueó las cejas.

—¿Qué te pasa hoy, Nick? Parece que te están persiguiendo los perros del infierno.

Nick la miró fijamente.

—Lea, ¿tú estuviste en mi boda?

Ella abrió la boca sin decir nada. Parecía muy ofendida.

—Admito que hace ya mucho tiempo de eso y sé que tienes la misma memoria que una medusa, pero esperaba que al menos te acordaras del discurso tan bonito y emotivo que improvisé en tu boda.

—Lo siento —intentó reconfortarla al ver que a su compañera parecía haberle sentado mal sus palabras—. Hoy llevo un día muy extraño. No me acuerdo de muchas cosas y no sé qué me pasa.

Ella pareció relajarse un poco.

—Siempre has sido muy desordenado, Nick, y muy olvidadizo. Cada vez que Jay sale de viaje, te vuelves tarumba. Espero que no tarde en llegar o no sé qué será de ti.

Nick caminó hacia su puesto de trabajo pensando en las palabras de su amiga. Todos parecían conocer a ese tal Jay. Todos menos él. ¿Por qué diablos no tenía ni idea de lo que estaban hablando? ¿Sería una broma de mal gusto de alguien? No conocía a nadie que gastara bromas así, pero...

—El Registro Civil —dijo en voz alta y se ganó así la mirada furibunda de varios usuarios de la biblioteca que estaban sentados en una mesa cercana a donde él ordenaba varios libros.

No llegó siquiera al mostrador donde tenía su silla y un montón de papeleo atrasado. Se giró en redondo y caminó hacia Lea que estaba en su despacho.

—Tengo que irme. Ocúpate tú de mi puesto, por favor. Te recompensaré por ello. —Y salió corriendo sin darle la oportunidad a la pobre mujer de protestar siquiera.

Si de verdad estaba casado, tenía que estar en el Registro Civil. Eso sí que no se podía falsificar. Si se daba prisa, quizás podía pillarlo abierto.

Cruzó en taxi gran parte de la ciudad, apurando al pobre taxista para que pisara un poco más el acelerador. Llegó justo para que lo atendieran. Tuvo que rellenar un impreso solicitando la documentación que necesitaba y allí mismo le hacían una copia compulsada del original.

No tuvo que esperar tanto tiempo porque no había nadie delante de él. Apenas fueron diez minutos, pero a él se le hicieron eternos. Cuando la funcionaria llegó con la hoja en la mano y se la tendió, él se la arrancó de entre los dedos incapaz de controlarse. La mujer lo miró de malas maneras y volvió a su trabajo.

Nick leyó el papel con detenimiento. Allí estaban sus datos, los conocía bien,

todos eran correctos; el año de nacimiento, el nombre de sus padres y todo lo demás. Luego estaba el nombre de ese tal Jay.

—Jay Hibbs, nacido el 8 de septiembre de 1978. —Fue perdiendo la voz conforme se iba dando cuenta de que todo aquello era real. Ponía también el nombre del funcionario que los había casado por lo civil en Canadá, donde por aquel entonces era uno de los pocos lugares donde estaba permitido el matrimonio entre el mismo sexo—. Madre de Dios...

—¿Se encuentra bien? —La misma funcionaria que le había dado el papel se lo quedó mirando.

Nick levantó la cabeza y asintió. Era real. Era MUY real. Entonces... ¿por qué no recordaba nada de nada?

Llegó a casa un buen rato más tarde, después de ir andando mientras el viento característico de esa época del año le despeinaba los cortos cabellos. Era un gran trecho, pero le había venido bien sentir el aire en la cara para despejarse. Su cerebro intentaba analizar la situación, entender qué estaba pasando. Se sentía desubicado y perdido. ¿Y si había sufrido un derrame cerebral, o se había dado algún golpe en la cabeza? ¿Quizás algún tipo de amnesia? Podría ser; sin embargo, se acordaba de todo lo demás. Incluso recordaba el nombre del primer chico al que besó, Rory Smith, y al capullo del colegio, Johnny Castle, el que intentaba colarle una rana en los pantalones de gimnasia. Recordaba la boda de su hermana, el nacimiento de sus tres sobrinos, el día de su graduación, el accidente de sus padres, el entierro, cuando le pintó a Kate el pelo de color rosa cuando tenía cuatro años... ¿Cómo era posible recordar todo eso y no acordarse de Jay?

Caminó hacia el lienzo del día de su boda y se paró delante de la cómoda. Lo observó bien. Jay parecía un tío alegre, muy atractivo, de pelo muy corto castaño claro, casi rubio, labios llenos muy sensuales y unos increíbles ojos verdes. Incluso parecía tener varias pecas esparcidas por toda la cara. Era increíblemente guapo. ¿Cómo iba un hombre de ese calibre a fijarse en él? Vale que no era feo, del montón quizás. Quizás lo salvara el color azul tan intenso de sus ojos, su mandíbula cuadrada y poco más. El hombre que estaba a su lado en la foto bien podía ser un modelo de cualquier catálogo de ropa.

—¿Quién eres? —preguntó en voz alta como si la fotografía tuviera el don de responderle.

La vibración del teléfono móvil que llevaba en el bolsillo le hizo dar un respingo. Tras reponerse, cogió el aparato y leyó la pantalla.

Jay.

Durante varios segundos dudó sin saber muy bien qué hacer. ¿Respondía a la llamada o se hacía el loco? ¿Qué iba a decirle?

Con más miedo que otra cosa, deslizó el dedo por la pantalla y aceptó la llamada.

—¿Sí? —preguntó con cautela porque no sabía qué esperar. Quizás ahí fuera donde se descubriría todo el pastel y algún ex compañero cabrón de la facultad o alguien muy aburrido se burlaría de él por la broma que llevaba gastándole durante todo el día, pero no; una voz profunda y muy sensual sonó al otro lado de la línea.

—Nick, cariño. No he podido llamarte en todo el día. Lo siento. ¿Cómo estás?

Nick se tensó porque no se esperaba esa voz tan profunda y sexy. ¿Qué iba a responderle si no se acordaba de él?

—Bien. —Fue un susurro más que otra cosa, sobre todo porque un incómodo silencio se instaló entre ambos.

—Sé que no hemos hablado en todo el día, pero no he parado. Pensaba que esto de estar en una convención con más colegas compartiendo experiencias y escuchando a eminencias hablar sobre nuevas técnicas para desarrollar iba a ser más placentero, pero te aseguro que es agotador.

No lo dudaba, aunque él no tenía ni la más remota idea de lo que le estaba hablando. Si no sabía nada de ese tal Jay, menos aún iba a saber en qué trabajaba y por qué estaba a saber dónde.

—Ya. —Otra respuesta corta. No sabía qué otra cosa decirle.

—¿Estás bien? Te noto muy callado.

—Sí. Me duele la cabeza. —Como excusa no estaba nada mal, y tampoco iba a ser una mentira del todo porque, de tanto pensar y pensar intentando hallar respuesta a preguntas que ni sabía, su cerebro se sentía extenuado.

—No te molesto más, entonces. Tómate algo caliente y acuéstate. Mañana sale mi vuelo, sobre el mediodía. Espero estar en casa a última hora de la tarde. Tengo muchas ganas de verte. —Jay parecía estar ocupado haciendo otras cosas y no se percató de que Nick no respondió a su última frase—. Te quiero. Hasta mañana.

—Hasta mañana. —Y colgó, sintiéndose sin poderlo evitar, fuera de lugar.



Estuvo toda la noche deambulando por el apartamento, analizando todo lo que veía: las fotos, los objetos personales que sabía que no eran de él, la ropa, los productos personales del baño. Encontró un bote de líquido para lentillas en el mueble encima del lavabo y en uno de los cajones de la cómoda había varios juguetitos sexuales. Sin poderlo evitar cerró ese cajón de golpe. Estaba asimilando que parecía compartir su casa y su vida con otra persona, pero aún no estaba preparado para saber lo que hacían en la cama.

Ese Jay parecía ser un tío tranquilo. Sus libros y los CDs de música así lo indicaban. Incluso su colonia era suave y algo especiada. Nick no pudo evitar oler la ropa intentando evocar algo, revivir aunque fuera un mínimo recuerdo, pero nada. Al menos la colonia era muy agradable.

—Tienes mala cara. —Lea llegó a su lado y le puso un café sobre la mesa. Era la hora del descanso y ambos se habían sentado en una cafetería que había frente a la biblioteca—. Tienes que superar tu problema de no poder dormir cuando Jay no está. No eres un bebé.

Nick giró la cabeza hacia ella para mirarla.

—No tengo problemas para dormir si él no está —respondió algo ofendido. No le gustaba sentirse tan dependiente de una persona y mucho menos si no recordaba si era cierto o no.

Lea hizo un ruido con los labios mientras ponía los ojos en blanco. Removía su café tras haber echado varias gotas de edulcorante. Por su semblante, parecía estar pensando algo.

—No te hagas el duro conmigo, Nick. Aunque se la vayas a liar gordísima cuando Jay regrese por no haberse acordado de vuestro aniversario y te pases varios días sin hablarle, en el fondo te mueres por él y estás deseando *abordarlo* para hacerle lo mismo que le hiciste en la fiesta de Halloween hace dos años.

—Lea. —Nick cerró los ojos unos segundos intentando hacer memoria de lo que había sucedido, pero ya sabía que no iba a recordar nada de nada—. Si tuvieras que describirnos a Jay y a mí con un par de palabras, ¿cuáles serían? —Puesto que no podía seguir esquivando balones, porque si preguntaba lo iban a mirar como si estuviera loco, lo mejor iba a ser seguirles a todos la corriente y actuar como si en realidad conociera a ese Jay de toda la vida.

—Ah. —La mujer sorbió su café antes de responder—. Sin duda sois la pareja más bonita del mundo, y no lo digo porque tu chico esté como un queso de

bueno, sino porque jamás he visto a nadie más compenetrado que vosotros dos, aunque tú seas como un grano en el culo muchas veces. No entiendo cómo te soporta. —Le guiñó un ojo a su amigo indicándole así que estaba de broma—. Supongo que perfecto.

—Perfecto el qué. —Nick se había perdido por un momento entre tanta charla.

—Vosotros. Si tengo que describiros diría que sois perfectos. La pareja perfecta.

Nick se quedó mirando su café. Tenía una supuesta relación idílica y ni siquiera se acordaba, porque ya había asumido que era algo real y no una broma. Nadie se curraba una broma tanto, era imposible, ya no solo por todos los detalles de su apartamento, las fotos y todo lo demás, sino por el documento en el Registro Civil. Eso no se podía falsificar así porque sí, con lo cual solo lo dejaba con la opción de que había perdido la memoria. Había estado leyendo que había distintos tipos de pérdida de memoria y bien podría haberse olvidado de esa parte de su vida. Eso tenía sentido, ¿no?

Nick salió pronto del trabajo. Quería llegar a casa antes de que lo hiciera Jay. Era absurdo y un tanto surrealista, pero quería complacer a esa otra persona, lo cual no tenía sentido porque él no se acordaba de nada, no recordaba haber pasado ni un solo segundo a su lado, aunque no podía obviar que quizás estuviera experimentando algún episodio de amnesia pasajera. Fuera lo que fuera, llegar antes y asearse no le parecía mala idea.

Le dio tiempo de darse una ducha y de arreglar un poco el apartamento. Nunca había sido una persona ordenada. Lo intentaba, pero el caos reinaba allá donde iba. Cuando iba a comenzar a hacer la cena, oyó un ruido de llaves al otro lado de la puerta de la entrada. Paró en seco y se giró, con el corazón que le latía desbocado en el pecho.

La puerta se abrió poco a poco y, durante una milésima de segundo, pensó que la persona que había al otro lado le tiraría un montón de confeti a la cara y le diría lo iluso que era por creerse todo ese asunto, pero no; un hombre bastante alto, cargado con una maleta, una mochila y una bolsa de plástico con el nombre de su restaurante favorito, entró en la casa y cerró tras él.

—Cariño. —Sonrió el recién llegado. Soltó sobre el mueble de la entrada las llaves y las gafas de sol, que traía apoyadas sobre la cabeza, y se giró para deshacerse de todo lo demás.

Nick se lo quedó mirando. ¿Cuánto medía ese hombre? Si él, con su más de metro ochenta, ya se consideraba alto, el tal Jay ¿cuánto medía? Si no llegaba al metro noventa tenía que faltarle poco. Dejó de pensar cuando vio que se acercaba hacia él y lo estrechaba en un cálido abrazo. Él se quedó sin saber cómo reaccionar. No se sentía incómodo, ni tenía miedo, no; solo que no sabía qué diablos hacer a continuación.

—Te he echado mucho de menos. —La voz de Jay era muy varonil, también dulce, y parecía conocer de sobra con qué tono hablarle a Nick para que se derritiera en sus brazos.

—Yo también —mintió. ¿Qué iba a decirle? No quería admitir que se había olvidado de él porque lo llevaría al médico y él no soportaba los hospitales. Aún no había superado aquel accidente de bicicleta que tuvo con trece años donde otro niño, al que no conocía de nada, le salvó la vida por los pelos llevándose el pobre la peor parte al chocar contra él al bajar una cuesta a gran velocidad en el pueblo de sus abuelos. Solo fueron unos rasguños, pero aún recordaba con demasiada claridad el cuerpo de ese muchacho, boca abajo en el suelo sobre un charco de sangre. No murió, pero faltó poco. Aunque nunca supo nada más de él, ese accidente entre ambos con las bicicletas y las múltiples curas que tuvo que recibir en la cabeza fueron suficientes para aborrecer a los médicos y a los hospitales para el resto de su vida por los puntos que le dieron

—Sé por qué estás tan distante. —Jay se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos—. Lo siento.

Nick levantó ambas cejas.

—¿Sí? —Su tono de voz fue una mezcla entre asombro y miedo.

—Sí. Se me olvidó nuestro aniversario. Créeme que lo siento y voy a compensarte por ello, de verdad.

Nick se relajó. Cierto. Había sido su supuesto aniversario, según la fotografía de la pared.

—Ah, ya. —No iba a poder seguir respondiendo a todo lo que le dijera con frases cortas. O se la jugaba y se implicaba un poco más, o Jay acabaría dándose cuenta de que algo no andaba bien—. Es verdad. No me has dicho nada.

—Lo siento —se volvió a disculpar—, y tienes todo tu derecho a estar molesto conmigo porque luego soy yo el que te echa en cara que vas olvidando las cosas, así que he pensado algo.

Nick siguió mirándole esos maravillosos ojos verdes sin poder apartar la vista de ellos.

—¿Sí? —preguntó deseando saber más.

—Sí. Como sé que estás molesto y vas a tardar en que se te pase, he pensado que voy a conquistarte como hice cuando nos conocimos. ¿Te acuerdas?

No, no se acordaba, pero iba a aprovechar esa oportunidad.

—Sí —mintió. Esa era la suya para salir airoso, para aparentar todo lo posible y conocer un poco más a ese hombre además de disimular que no recordaba nada de nada—. Pero nosotros, nuestra relación, todo ha cambiado. No somos los mismos, por lo que es imposible que reaccionemos igual, así que me temo que vas a tener que conquistarme de nuevo. —Apartó la mirada hasta dejarla sobre el suelo porque no podía mirarlo sin sentirse abrumado. Había apretado también los labios, y rezaba en voz baja para que Jay aceptara su oferta. Con el resto podía disimular que no recordaba nada, pero con él no. Vivían juntos y llevaban muchos años casados. Engañarlo iba a ser imposible. Tenía que aprovechar esa oportunidad que le había salido.

—Me parece bien tu juegucito y entiendo que estés molesto —aceptó Jay, esbozando una franca sonrisa—. Como te conozco demasiado bien y más o menos sabía lo que ibas a decir, ya me he puesto manos a la obra. —Caminó de vuelta hacia la bolsa que había dejado en el suelo—. Te he traído tu menú favorito de ese restaurante italiano que hay en el aeropuerto.

Nick lo miró maravillado porque había dado en el clavo. Aquel restaurante encabezaba su lista de sitios donde cenar a buen precio y con muy buena calidad. Sentía un alivio enorme porque Jay había aceptado y parecía no sospechar nada. Él no habría participado tan a la ligera y habría hecho un millón de preguntas. Jay parecía ser un tío tranquilo que tenía plena confianza en él. Ojalá eso lo ayudara a representar su papel hasta decidir qué hacer.

Durante la cena, Nick se limitó a preguntarle sobre su viaje y lo dejó hablar la mayor parte del tiempo. Así descubrió que era profesor de preescolar y que había asistido a una conferencia de varios días sobre nuevas técnicas de atención para niños especiales. No sabía porqué, pero no se esperaba algo así. Si hubiera visto a Jay por la calle, o en el gimnasio, habría pensado que era modelo, asistente de vuelo, o algún otro trabajo donde ser muy alto y asquerosamente hermoso primaban sobre las demás cualidades, aunque Jay parecía tenerlo todo; no solo era muy atractivo, sino que además era inteligente y tenía un buen sentido del humor.

—¿Nos vamos a la cama?

Esa simple frase sacó a Nick de sus pensamientos, y provocó que se tensara en el acto. Era real que compartía su vida con ese hombre, pero él no lo recordaba, lo que lo hacía un completo desconocido por mucho que quisiera obviarlo. Hacía muchísimo tiempo que no se metía en la cama con alguien que no conociera. Las relaciones de fines de semana eran algo que nunca le había gustado porque él buscaba otra cosa que ese tipo de quedadas no podían darle. Había tenido más relaciones, claro, la última unos tres años atrás, pero ninguna había durado demasiado. Acostarse con una persona que no conocía a esas alturas de su vida era algo que ni se planteaba. Después de ver a Jay salir de la ducha y con una toalla envuelta alrededor de la cintura, había comenzado a replantearse esa norma que se había auto impuesto. Jay no tenía un cuerpo musculoso de gimnasio, pero sí que era un tío con una espalda ancha y fuerte, y abdominales algo marcados, aunque sin llegar a ser excesivo.

Nick se puso el pijama con rapidez, intentando ignorar que, al fondo del dormitorio, Jay le estaba contando algo y que no se estaba enterando de nada porque no podía dejar de mirarlo mientras se secaba. Luego apartó los ojos como un tonto cuando su supuesto marido se dio la vuelta completamente desnudo para ir a coger del cajón un pijama y ropa interior. Verle el trasero era algo inocente, pero ya algo más... No. No se sentía bien, aunque en teoría era algo normal en una pareja. Porque eran pareja, ¿no?

Para su sorpresa, Jay se tumbó en el otro lado de la cama, para dejarle a él el suyo donde le gustaba dormir. Llegó, destapó la sábana y se metió dentro. No podía evitar estar tenso. ¿Y si quería sexo? ¿Y si le pedía algo más?

—Hasta mañana, cariño. —Se inclinó sobre él y le dio un beso suave sobre la mejilla—. Que descanses.

Nick farfulló algo a modo de respuesta y se tapó mientras Jay apagaba la luz y lo dejaba todo a oscuras. El corazón le iba a mil sin poderlo evitar porque, por mucho que disimulara, ¿cuánto tardaría Jay en darse cuenta de todo?

Le costó mucho quedarse dormido. Después de darle mil vueltas a todo, de idear posibles salidas y excusas por si Jay comenzaba a sospechar. Luego se planteó cuán terrible sería ir al médico. Quizás se había dado un golpe en la cabeza, se había caído en la ducha, o había comido alguna seta alucinógena y estaba viviendo algo que de verdad no era real, pero la respuesta seguía siendo la

misma; nada de médicos. Los odiaba, les tenía pánico. Ni por todo el oro del mundo iba a dejar que lo mirara ninguno. Con ese pensamiento se quedó dormido.

Nick esbozó una sonrisa apenas abrió los ojos esa mañana. Aún no había tomado posesión de todos sus sentidos, aunque se sentía muy bien. Se acurrucó más bajo las sábanas sintiendo una calidez tras él contra la que no pudo evitar restregarse un poco.

—Si sigues haciendo eso, voy a olvidar que estamos jugando a retroceder a los albores de nuestra relación y voy a atarte a la cama sin importarme si llegamos tarde a trabajar.

Esa simple frase fue más que suficiente para que las partes del cerebro de Nick que aún no estaban despiertas lo hicieran de golpe y se sentara en la cama. ¿De verdad acababa de restregar el trasero de esa manera?

—Lo siento —fue todo lo que atinó a responder muerto de vergüenza.

Jay también se incorporó a su lado con una sonrisa en los labios. Tras darle un beso sobre la oreja derecha, se levantó de la cama y caminó hacia el baño.

—Ya veo que te has tomado muy en serio el juego. —La voz se perdió tras la puerta del baño. Al salir, apenas un minuto más tarde, Jay siguió hablando—. Pero me parece bien. Es divertido.

Nick no supo qué responderle. Aún se sentía mortificado sin poder evitarlo. Esperó a que Jay terminara de vestirse y se fuera a la cocina a desayunar para salir de la cama. Ya iba muy justo de tiempo, pero necesitaba una ducha más que nunca. Cuando terminó diez minutos más tarde, salió vestido por completo y sin saber si Jay seguía en el apartamento o no. Al llegar a la cocina lo encontró dejando una taza en el fregadero y con un cepillo de dientes metido en la boca. Sin decir nada, llegó y se sirvió algo de café en silencio mientras lo observaba ir de un lado para otro preparando su mochila. Cuando lo tuvo todo listo fue al baño para enjuagarse la boca. Regresó varios segundos más tarde, con los labios humedecidos y los ojos también.

—¿Estás bien? —A pesar de haberse distraído con sus labios y la humedad de

sus ojos, una ligera rojez en ellos lo hizo ponerse en alerta.

—Sí. —Jay se colgó la mochila sobre un hombro y caminó hacia él—. Ya sabes que el líquido de las lentillas por las mañanas me los pone así. —Le dio un beso en la mejilla y corrió hacia la puerta de entrada—. Luego nos vemos.

Nick asintió sin saber muy bien si se refería al final del día o cuando. Se sentía extraño, algo atropellado. Era la misma sensación que intentar subirse a un tren en marcha y no sudar en el intento. Esa relación, la que parecía tener con Jay, tenía toda la pinta de estar muy bien consolidada y él ni siquiera se acordaba de haberlo conocido. Era solo cuestión de tiempo que lo pillara, pero mientras pudiera ir jugando a eso que se habían inventado, todo iría bien. Quizás no llegara a pillarlo nunca. Ahora quedaba aprender todo lo posible sobre Jay y la relación que tenía con él.

—Lea, si te hago una serie de preguntas, ¿me las responderías?

Lea levantó la vista de la pantalla de su teléfono móvil y lo miró. Habían empezado un poco antes la hora del almuerzo porque no había nadie en la biblioteca esa mañana. Llovía tanto que no había ni un alma en la calle que se aventurara a salir con ese tiempo a no ser que fuera estrictamente necesario. Un par de personas habían acudido a primera hora, pero se habían marchado en cuanto el tiempo había comenzado a empeorar.

—No voy a prestarte mi ropa interior ni te voy a decir cómo se ponen unas ligas.

Nick parpadeó confuso porque ni loco quería saber algo así.

—No. —Agitó la cabeza intentando no imaginarse a su compañera en ropa interior—. Como bien sabes, no entras en mi menú del día.

Ella le sacó la lengua a modo de burla para indicarle que estaba de broma.

—Estás muy seco estos días. Antes tenías mejor humor. Cuando mojabas y esas cosas. Voy a tener que hablar con Jay.

Ya que había salido el tema, Nick decidió aprovechar la oportunidad para llevar la conversación a donde él quería.

—Vino anoche y hemos decidido emprender un pequeño juego.

—Por favor. —Lea apartó su *tupper* de ensalada que acababa de sacar del bolso—. No me hables de juguetitos sexuales, látigos, o pinzas para pezones, mientras como.

—¿Cuándo te he hablado yo de eso? —La pregunta iba en serio, porque no



recordaba haber tenido una conversación así en la vida, ni siquiera estando ebrio.

—Por si acaso. —Lea recuperó su ensalada y la agitó para removerla—. Bueno, desembucha. ¿Qué juego es ese?

—Jay va a conquistarme otra vez como cuando nos conocimos y yo voy a hacerme el olvidadizo. —Explicado así sonaba algo pueril y absurdo, aunque a él le venía de perlas para recordar todo lo que había olvidado.

Lea lo miró con cara de pez.

—¿Tan aburridos estáis que tenéis que andar ya con esos jueguecitos? Si te digo la verdad, hacía a Jay mucho más... activo, no sé, más cañero de ir directo al grano y no con tonterías de estas.

—El secreto de una buena relación y de la vida en general son los pequeños detalles. —La voz vino de la puerta que comunicaba con la sala de descanso. Jay los observaba desde allí con las manos metidas en los bolsillos y una enorme sonrisa en el rostro.

—Jay. —Lea enrojeció porque la había pillado de lleno.

—Con los años suponemos que, como ya tenemos a una persona, ya no hay que hacer nada más, y es ahí donde la relación empieza a agrietarse. —Caminó hacia la mesa donde estaban sentados y se quedó frente a ellos—. Para mí, una relación consiste en satisfacer a mi pareja en todo lo que me pida, o al menos intentarlo. Quizás no sea importante para mí, pero si lo es para él, entonces voy a hacerlo. —No lo decía de malas maneras, de hecho, no había perdido la sonrisa del rostro y, cuando sus ojos se giraron hacia Nick, brillaron con algo más de vida—. ¿Estás libre para comer? Tengo una sorpresa para ti.

Nick asintió, de nuevo incapaz de decir nada. Se levantó de la silla y caminó hacia la puerta sin saber muy bien cuál era la sorpresa.

Antes de marcharse, Jay se agachó para quedar cara a cara con Lea.

—Agradezco tus palabras, Lea. Activo y cañero. —Sonrió ahora con más amplitud—. Me gusta.

—Un placer. —Aunque seguía con las mejillas encendidas, Lea se llevaba muy bien con Jay y sabía que jamás le diría nada que la hiciera sentir mal—. Cuando quieras me informas un poco más y comienzo a escribir relatos sobre ti.

La carcajada fuerte y profunda de Jay retumbó por la habitación. Se incorporó, pero antes le dio un beso en la frente. Cuando se irguió, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta para reunirse con Nick al otro lado. No tenía que volverse para saber que Lea le estaba dando un repaso a su trasero. Bueno, si la mujer era feliz así...

—Hey. —Nick dio un respingo al verlo abrir la puerta—. ¿Qué es esta cesta? — Señaló a sus pies, donde Jay había dejado las cosas antes de entrar en la sala.

—Nuestra comida. Como está lloviendo no vamos a poder ir al parque, que era lo que había ideado en un principio, pero creo que aquí será mucho más bonito. Sígueme.

Nick obedeció. La biblioteca era enorme, con un par de plantas que todo el mundo podía visitar, un sótano y un altillo, ambos repletos de material obsoleto, objetos olvidados y mobiliario lleno de polvo. Él adoraba su lugar de trabajo y si tuviera que hacer una comida romántica allí dentro, sabía de sobra a donde iría, pero ¿lo sabría Jay?

Sí.

Ese hombre parecía conocerlo a la perfección. Quizás habían estado allí antes o le había hablado de ese lugar, no lo sabía, pero Jay se paró justo donde él lo habría hecho.

En la segunda planta, en la parte trasera del edificio, había una enorme cristalera que daba a un parque. Era un lugar muy bonito y tranquilo porque las visitas eran escasas. A Nick le daba mucha pena que ese lugar de la biblioteca no se usara demasiado porque al lado estaban las escaleras que comunicaban con el piso superior, que estaba cerrado al público, por lo que esa zona estaba rodeada de un cordoncillo rojo, algo señorial, que prohibía el paso.

Jay pasó con agilidad una pierna y luego otra sobre el cordón que separaba una zona de otra y comenzó a extender un mantel. Se quitó los zapatos, se quedó en calcetines y se sentó junto a la cesta. Nick hizo lo mismo sentándose frente a él.

—He pensado recordar nuestra primera cita. —Comenzó a hablar mientras sacaba comida de la cesta—. Porque recuerdo a la perfección tu cara aquel día. —Levantó la cabeza un segundo para mirarlo—. La misma que tienes ahora. Si te soy sincero, pensé que saldrías corriendo y que no volvería a verte nunca más, pero aquí estamos. —Cuando terminó de sacarlo todo, le tendió una bandeja que contenía varios sándwiches caseros de pavo, lechuga y mayonesa, y una tarrina de patatas fritas que aún estaba calientes—. He ido aquí al lado. Cocinar no se me da bien, ya lo sabes, pero he elegido el menú.

Nick le sonrió. Se miró las manos para ver su sándwich favorito sobre el plato.

—Cuéntame más sobre lo que recuerdas de nuestra primera cita, tus impresiones. —Durante un momento tuvo miedo porque Jay lo ojeó confundido,

mirándolo y preguntándose a la vez por qué le hacía esa pregunta. Segundos más tarde Jay comenzó a comer antes de responder.

—Ya sabes que tú y yo nos conocemos desde que éramos unos niños y hemos crecido siendo amigos, nada más, pero un día comencé a verte diferente. Creo que siempre he tenido claro lo que sentía por ti, pero no sabía qué era, tampoco tenía claro que tú sintieras lo mismo, así que me decidí a invitarte a comer al parque. —Hizo una pausa para darle otro mordisco a su sándwich—. La gente normal invita al cine, o a jugar billar, o alguna cosa así. Con nuestra edad hubiera pegado más, pero decidí invitarte a un pícnic, no tengo muy claro el porqué.

—¿Sigues sin saber por qué? —Nick comía despacio, observándolo y escuchándolo con atención.

—Supongo que porque me dijiste que nunca habías comido en el parque y yo quería hacer cosas contigo que jamás hubieras hecho antes. —Lo miró y le guiñó un ojo—. Todas.

Nick no pudo evitar sonrojarse por lo que ese guiño y esa declaración significaban. No respondió y se concentró en su comida, mirando hacia un lado para ver la lluvia caer sobre ese enorme ventanal.

—No me imagino la vida sin ti, Nick.

Habían estado un rato en silencio y, tras las palabras de Jay, volvieron a estarlo. No había tensión entre ellos; solo eran dos personas que se conocían bien y que no necesitaban mantener una conversación para disfrutar de su compañía mutua. Al menos eso percibió Nick, que le sonrió y asintió a su frase sin necesidad de responder con palabras para decirle que él sentía lo mismo. No lo recordaba, no lo conocía, pero lo que percibía de Jay, todo eso que estaba haciendo por él, eran señales más que claras de que estaba profundamente enamorado de él. ¿Podría él amarlo de igual manera?

Kate llegó a su apartamento cargada de bolsas del supermercado y chorreando de la cabeza a los pies. Cerró la puerta de la entrada de una patada y se dio prisa por dejarlo todo en la cocina. Escuchaba sonar el teléfono de fondo y por salir corriendo para cogerlo, resbalo con las suelas húmedas de sus zapatillas deportivas y acabó sentada de culo en el suelo del salón mientras el teléfono seguía sonando a pocos metros delante de ella. A gatas, y cabreada, llegó hasta el sofá y agarró al inalámbrico.

—Sí.

—Kat, soy Kane.

Kate relajó el ceño al oír a su hermano.

—Me he resbalado por responder al teléfono y estoy sentada de culo sobre el suelo del salón.

Kane frunció el ceño. Estaba en su trabajo, en la zona de carga y descarga de camiones. Había hecho una parada para llamar a su hermana. Al salir tuvo que subirse la cremallera del polar con el nombre de su trabajo que llevaba puesto y se agarró el pañuelo que llevaba anudado a la cabeza para mantener su alborotada melena castaña en su sitio. Por cuestiones de seguridad, y al tener el pelo que le llegaba a los hombros, debía llevarlo siempre bien recogido.

—¿Estás bien?

—Sí, aunque seguro que me va a salir un moratón. —La joven se levantó del suelo y se sentó en el borde del sofá—. Dime.

—Solo te llamaba para preguntarte si ya has confirmado tu vuelo. Voy a ir a recogerte al aeropuerto y necesito saber la hora para pedir ese día libre.

—No quiero ocasionarte ningún trastorno en el trabajo, Kane. Puedo coger un taxi sin problema.

Kane miró el cielo gris y la arboleda que se abría frente a él tras los terrenos donde trabajaba. Sus ojos azules, muy parecidos a los de su hermano, se oscurecieron un poco.

—No es ninguna molestia. Además, estos cabrones me deben muchos días.

Kate sonrió porque su hermano era así de franco, llegando a decir lo que pensaba sin medir a veces las consecuencias. Hacía una larga temporada que no lo veía y lo echaba de menos. Mucho tiempo atrás había decidido marcharse a Canadá a trabajar y solo había vuelto a casa para alguna celebración familiar y poco más. Kane siempre había ido a su bola, desde pequeño.

—Te mandaré el horario y la terminal por mensaje para que no lo olvides.

—Vale. Nos vemos el sábado.

—Sí. Un beso. —Kate colgó y se quedó mirando el teléfono. Lo había notado triste y se preguntó el porqué.

Kane devolvió el teléfono al bolsillo de su polar y se dio la vuelta. Apoyado como estaba en un lateral de la enorme puerta de la nave, podía divisar desde ahí todo el almacén casi de principio a fin, incluso las oficinas que estaban en el lado

opuesto. Llevaba trabajando allí ya varios años. Había empezado como un simple mozo, haciendo todos los festivos, las noches, las urgencias, y supliendo bajas. Poco a poco había ido subiendo hasta llegar a ser el encargado del almacén, que no era gran cosa si se comparaba con otro tipo de trabajos, pero para él era mucho. Después de todo lo que le había pasado en la vida, estar ahí era todo un milagro.

La empresa para la que trabajaba suministraba a grandes almacenes, supermercados y centros comerciales, así que allí dentro podía haber artículos de todo tipo. Cuando alguna mercancía llegaba rota o en mal estado, solían quedársela o repartirla, y eso era algo que solía ocurrir a menudo. Ya casi ni recordaba cuándo había sido la última vez que había ido a hacer la compra. Ahora iba a tener que ir al supermercado porque él podía sobrevivir durante un mes comiendo ganchitos y espárragos blancos de lata, pero lo más probable era que su hermana no. Incluso la ropa solía pillarla de ahí. Le daba igual con tal de que le quedara bien y fuera cómoda. Tampoco le vendría mal limpiar un poco la casa porque posiblemente tuviera pelusas del tamaño de Godzilla debajo de la cama. Con todo lo que tenía que hacer, quizás no le vendría mal pedirse libre la tarde anterior al vuelo para asegurarse de que le daba tiempo a todo.

No, no era mala idea. Antes de volver a casa, iría a la oficina para hablar con su superior, si es que estaba.

—¡Kane! ¿Vas a trabajar o vas a seguir pensando en las musarañas? —Una voz que llegó desde el fondo del almacén lo sacó de sus pensamientos. Uno de sus compañeros lo estaba esperando para seguir trabajando—. Esto no se puntea solo.

—Ya es hora de que aprendas a hacer las cosas por ti mismo—respondió sin gritar, aunque estaba seguro que su compañero se había enterado de sobra.

—Si aprendo —respondió la misma voz y con un leve acento latino—, ¿qué cojones vas a hacer tú entonces?

—Tocarme los huevos. —Kane se rio y se ganó también la risotada de su compañero. Abandonó la puerta donde había estado apoyado y caminó hacia el interior a sembrar algo de su sabiduría a ver si florecía algo algún día.

Jane llegó al colegio de su hijo mayor un poco antes de la hora acordada. Tenía una reunión con el profesor de Derek porque estaba preocupada por el joven. Sabía que su hijo estaba pasando por una etapa muy complicada, que se había

visto agravada por el aparato en los dientes y por el hecho de que Derek parecía ser el último en su clase en dar el estirón. Sus notas no habían sido malas porque Derek siempre había sido un gran estudiante, pero no solo le preocupaba el expediente académico de su hijo; su salud mental, también. Por eso había solicitado esa entrevista sin que Derek lo supiera; para cerciorarse de que no había nada extraño y analizar hasta qué punto podía afectarlo todo lo que estaba viviendo.

La antesala estaba vacía. A esa hora no quedaba nadie en el colegio, solo algunos profesores y el personal de limpieza.

Jane se sentó en un recibidor donde había varias sillas disponibles. Frente a ella había varias puertas que daban a distintos despachos. Uno de ellos, el de la esquina, estaba ocupado y se veía por las sombras que había gente dentro, aunque no lograba ver quiénes eran. Fuesen quienes fueran, no parecía importarles que la puerta estuviera entornada.

Nora, una de las profesoras de primaria, estaba apoyada en la mesa de manera casual, mirando a su amiga y colega en el mismo colegio. Nora era una mujer provocadora, muy despampanante y toda una *cougar girl*. Su amiga, por el contrario, no tenía absolutamente nada que ver con ella. A pesar de parecer tener muy pocas cosas en común, ambas era buenas amigas.

—Voy con retraso preparando la clase de mañana. ¿Qué querías contarme, Nora? En todo el rato que llevas aquí no has parado de darle vueltas y aún no me has dicho nada.

—Tienes razón. —La mujer cambió de postura, observándola con mirada añorada, lo cual era un extraño contraste con ese pantalón ajustado que llevaba puesto y esa camiseta tan escotada que casi se le veía el ombligo por el borde. Nora tenía cuarenta años, era divorciada y tenía dos hijos. Estaba viviendo todo el tiempo que había perdido cuando había estado casada—. Estoy intentando encontrar las palabras correctas.

El tono de Nora era suave, lo que captó la atención de su amiga, que le indicó con la cabeza que siguiera hablando. Nora era una mujer dicharachera y moderna. Se había cortado el pelo de una manera muy juvenil y se lo había teñido de un rubio extraño, pero le quedaba bien en contraste con sus grandes ojos marrones.

—Me he enamorado, Karla —soltó a bocajarro.

—Tú sí que vas directa al grano. —Apartó unos dibujos que había sacado del cajón de la mesa y los echó a un lado—. ¿Quién es ahora la víctima?

—Es en serio. Ya sabes que, desde que me divorcié del capullo de mi marido, he intentado vivir la vida. Me he tirado veinte años siendo madre y esposa, viviendo para mi familia y dejándome a mí misma a un lado. Cuando al fin he vuelto a ser libre otra vez, y he entrado en el mercado de las citas, lo primero que me prometí a mí misma fue no volver a enamorarme, pero no lo he podido evitar.

—Al menos espero que tu nuevo hombre no sea como tu ex—Y lo decía de veras porque, por las cosas que ella le había contado, sin duda estaba muchísimo mejor sin él.

—No. Es lo opuesto a él. Lo conoces.

Su amiga alzó las cejas, curiosa.

—¿Sí? Hmmm, veamos. ¿Es un profesor de este centro? —Su cabeza comenzó a dar vueltas intentando recordar quién estaba disponible y quién no.

—No, pero estudia aquí.

Karla iba a darle ya los nombres que se le había ocurrido, pero en cuanto escuchó la respuesta de su amiga, se le atragantó las palabras en la boca.

—¿Qué?! —No pudo evitar levantar el tono de voz—. ¿Un alumno? ¡Te pueden meter en la cárcel, Nora!

—No, tranquila —la calmó—. No es menor de edad. Aunque tampoco es demasiado mayor. Estudia en uno de los módulos de dibujo en la escuela.

—¿Qué edad tiene? —Karla no quería oír nada más hasta que no supiera la edad del joven.

—Veinte.

—Dios bendito. —Cerró los ojos y negó con la cabeza—. Estás loca.

—Lo sé, pero no te puedes ni imaginar lo que siento cuando nuestras miradas se cruzan, cuando nos rozamos por casualidad en clase. Es... es...

—Es una locura —repitió su amiga—. ¿Qué diablos haces en el módulo de dibujo?

—Siempre me ha gustado el arte y el dibujo nunca se me ha dado mal. Cuando comencé el año me propuse apuntarme a cosas que siempre me han gustado, pero que nunca pude llevar a cabo porque estaba demasiado ocupada cambiando pañales, o haciendo la cena, o planchando corbatas. Dibujar me deja ser libre y expresarme como yo quiero. Me relaja.

—Sí, ya veo lo relajada que estás —bromeó Karla volviendo a los dibujos que

había sacado antes.

—Es maravilloso, es encantador y tan, tan romántico. Solo ha estado con una chica en toda su vida. Su ex novia, pero a la cuenta era una frígida. Es casi virgen.

Los dibujos se deslizaron de entre los dedos de Karla, que cayeron al suelo sin poderlo evitar, quedando desparramados por todas partes.

—Te vas a meter en un lío, Nora —respondió tras resoplar viendo el desorden que se había formado a sus pies.

—Es mayor de edad y no soy su profesora. Da la casualidad de que ambos somos estudiantes en una clase. Nada más.

Karla la miró seria, al menos todo lo seria que se podía mirar teniendo los pies sepultados de dibujos de unicornios y ponis de colores.

—No voy a decirte lo evidente de todo esto porque, por mucho que te lo señale, no lo vas a ver si no quieres. —Se agachó para comenzar a recoger todo ese desorden—. ¿Me ayudas? Voy a tardar un siglo en ordenarlo todo de nuevo.

Ella la miró con una sonrisa en los labios. Se agachó y comenzó a ayudarla, cambiando de tema.

Jane, que había escuchado toda la conversación, no había podido evitar abrir los ojos como platos. ¿Hasta qué punto era legal lo que esa mujer estaba haciendo? Si era cierto que ese muchacho era mayor de edad y era una relación consensuada, no había nada de malo en ello, aunque resultara muy extraña. Ella se ponía en su situación, teniendo un rollo con un muchacho que pudiera ser su hijo, y le daban ganas de echar las tripas por la boca. ¿Cómo podían algunas mujeres encontrar algo así sexualmente atractivo?

—¿Jane? —El profesor de Derek llegó en ese momento—. Lo siento, llego tarde. ¿Me sigue al aula de profesores, por favor?

Jane asintió levantándose de la silla, no sin antes echar un último vistazo al despacho donde estaban esas dos mujeres, que no había llegado a ver en ningún momento.

Nick había vuelto a su trabajo después de ayudar a Jay a recogerlo todo. Le había preguntado qué tal en su trabajo y Jay se había explayado contándole todo lo que había hecho, lo que tenía programado, y todo lo que tenía en la agenda. Se notaba cuando hablaba de su trabajo que adoraba ser profesor de infantil y que le encantaba estar rodeado de niños.



Llegó a casa antes que él. No sabía si eso era lo normal o no puesto que tampoco lo recordaba. En circunstancias normales llegaría, se daría una ducha y se haría algo rápido para comer. A veces, ni eso. Si él solía llegar antes que Jay, lo lógico era que él hiciera la cena, ¿no? Entonces se imaginó qué haría si tuviera pareja y su mente le dio la razón.

Se dio una ducha rápida y echó un vistazo para ver lo que tenía en la cocina. Las fajitas siempre se le habían dado bien. Ojalá le gustaran a Jay porque no tenía ni idea de sus gustos.

Lo escuchó llegar una hora más tarde, cubierto de purpurina de varios colores y con el pelo despeinado. Sin saber qué decir, Nick lo miró perplejo.

—Parece que un unicornio se ha cagado sobre mí —comentó ganándose una risotada por parte de Nick—. Si te lo cuento, no lo vas a creer, así que me voy a la ducha a ver si puedo dejar de sentirme como Edward Cullen.

Nick no pudo evitar reírse de nuevo. Jay era muy divertido, a la par que muy organizado y romántico.

—Estoy haciendo fajitas —dijo mientras Jay dejaba su mochila a un lado y caminaba hacia él.

—Qué bien me cuidas. —Llegó hasta él y le dio un beso en la mejilla—. Ahora vuelvo.

Nick asintió en silencio. Le gustaba esa relación que tenían, le gustaba cómo se sentía. Le gustaba Jay. Con una sonrisilla dibujada en la cara, volvió para seguir con la cena.

—Aún tienes purpurina en la mejilla. —Nick estiró el brazo sobre la mesa de la cocina y le acarició la mejilla. En teoría lo estaba limpiando, pero al segundo toque se maravilló de ese suave contacto y su calidez.

—Presiento que voy a parecer una bola de discoteca varios días. —Jay se había sentado frente a su plato maravillado por el aroma—. Huele genial.

—Gracias. —Se ruborizó enfocando la vista en su plato. Siguió con la mirada perdida entre los pimientos y las tiras de pollo, mientras hablaba—. No te he dado las gracias por el pícnic de hoy. Ha sido muy bonito.

Jay ya se había llevado varias veces el tenedor a la boca, saboreando el punto exacto que Nick le daba y que a él tanto le gustaba.

—Pues aún queda más por venir. Me he tomado esto muy en serio y me encanta que revivamos viejos recuerdos. ¿Sabes? El ser humano vive corriendo a todas horas, mirando hacia delante, y muchas veces dejamos atrás momentos inolvidables que no deberían de borrarse así como así.

Tenía toda la razón y Nick solo pudo asentir con la cabeza. Llevaba todo el día machacando su cerebro intentando recordar y ya no solo eso, sino intentando estar a la altura de sí mismo. ¿Cómo se suponía que su yo consciente iba a entender a su yo inconsciente si al parecer no habían vivido ni experimentado lo mismo? Nunca había tenido una relación que durara demasiado, ni se había casado, ni se había ido a vivir en pareja con nadie. Estaba acostumbrado a vivir solo, a ser solo él desde siempre. Sin embargo, ese otro Nick del que no recordaba nada, había vivido una vida completamente distinta a la suya, conociendo el amor desde bien joven, teniendo muy claro lo que quería y con a Jay a su lado prácticamente desde toda su vida. No recordaba esa amistad de la que Jay hablaba, y sentía mucha envidia de sí mismo porque estaba seguro de que su vida habría sido muy distinta si Jay hubiera estado ahí prácticamente desde que eran niños. Nada de eso era justo y lo desconcertaba y molestaba a partes iguales.

No sabía cómo comportarse porque toda esa situación le estaba causando mucha ansiedad al pensar que sería descubierto en cualquier momento por no saber reaccionar como se suponía que debía hacerlo. Se sentía un verdadero intruso en su propia vida.

—Lo sé y te agradezco la paciencia que estás teniendo conmigo porque otro no habría seguido el juego ni cinco minutos.

—Bueno, pero yo no soy como los demás. —Jay le guiñó un ojo y siguió comiendo—. Por cierto, mañana vamos a casa de tu hermana Jane porque se ha encargado ella de celebrar la despedida de Kate, ¿no? Te recojo cuando salgas de la biblioteca para que no tengas que ir andando. Iba a tener una reunión mañana por la tarde, pero se ha cancelado.

—Gracias —fue todo lo que atinó a decir. Ese hombre le hacía la existencia más fácil y tranquila, y eso era algo que pocas veces había podido decir porque, aunque había tenido otras relaciones, jamás había sentido esa complicidad, ese grado de bienestar que sentía estando a su lado.

—Le he comprado un regalo a Kate para su viaje. Sé que me dijiste que no hacía falta y que a ella no le gustan estas ñoñerías, pero lo vi en un escaparate y me encantó.

—¿Qué es?

—Ah, ahora quieres saberlo, ¿no? Pues vas a tener que esperar como castigo a lo que me dijiste el otro día.

Nick se tensó. ¿Qué le había dicho el otro día? Por conversaciones inacabadas como esas podía meter la pata. Tenía que andarse con mucho cuidado.

—He tenido una semana un poco extraña. Por favor, recuérdame lo que te dije.

Jay se había levantado y estaba recogiendo su plato junto con el de Nick, ya que ambos habían terminado de cenar a la par.

—Me dijiste que no puedo ir mimando a todo el mundo.

—No deberías, no. —Su respuesta fue algo nerviosa. No quería decir algo que no debiera y meter la pata. Se levantó y lo ayudó a recoger lo que quedaba sobre la mesa. Sin darse cuenta, Jay invadió su espacio personal, y lo arrinconó contra la nevera. Nervioso, se relamió los labios. Jay susurró su nombre temblándole un poco la voz.

—¿Ni siquiera a ti?

—¿Qué? —preguntó. No recordaba de qué estaban hablando porque solo podía mirar esos labios que estaban tan cerca de los suyos.

—Pues sí que tienes mala memoria, ¿eh? —Sonrió, pero no se apartó de donde estaba—. Que si tampoco debo mimarte a ti.

—Ah. —Tenía que dejar de mirarle los labios. No iba a decir nada coherente si seguía sumergido ante tanta perfección—. No.

—¿No? —Jay levantó las cejas sin poderlo evitar, sin duda sorprendido por su respuesta—. ¿No puedo mimarte ni hacerte feliz?

—No, quiero decir, sí. —Nick cerró los ojos un segundo, muy confundido y sin poder centrarse para saber qué era lo que estaba diciendo—. Cada uno tiene que buscar su propia felicidad. Está muy bien mirar el uno por el otro, pero volcar tu vida en la del otro creo que es un error.

—Es posible. —Jay pareció dudar unos segundos antes de seguir hablando—. ¿Te cuento un secreto?

—Sí —jadeó apenas en un susurro audible.

Jay se inclinó hacia delante, para rozar intencionadamente los labios con el lóbulo de la oreja de Nick.

—Me pone mucho complacerte —gimió—. Mucho, mucho.

Nick estuvo a punto de fundirse y derretirse sobre sus pies. ¿Había alguien en el mundo que se pudiera resistir a esas palabras? Jay parecía conocerlo mejor de lo que él se conocía a sí mismo, pero él no lo recordaba. Llevaba solo

veinticuatro horas con él, incluso podía que algunas menos. Si fuera de otra manera, ya se habría echado sobre sus brazos y se lo habría comido a besos, pero él no era así, y hacía mucho que no mantenía relaciones de ese tipo. Necesitaba conocer más a Jay, estar más tiempo con él. Confiar plenamente.

—Estamos corriendo mucho. —No supo de dónde salieron esas palabras, pero ahí estaban, cortando ese prometedor momento. Por suerte, Jay no parecía estar disgustado.

—Siempre te ha gustado hacerte de rogar. —Se incorporó y se echó un poco hacia atrás—. Por suerte, a mí me encanta ser insistente.

Nick se quedó con esa sonrisilla nerviosa mientras terminaban de recoger la cocina. Era bastante tarde, así que ambos se fueron a la cama a la vez. Para él era algo nuevo y no podía evitar parar cada pocos minutos para observarlo todo. Jay hablaba con él comentándole cosas de su trabajo y de lo que le había dicho una compañera de trabajo esa misma tarde. Para Jay era todo muy natural, algo rutinario, pero para él no, porque no estaba acostumbrado a nada de eso, así que lo único que pudo hacer fue sentarse en la cama y observar en silencio. Desde el baño, Jay seguía hablando mientras se lavaba los dientes con el cepillo eléctrico. Luego fue directo a la cama, con los ojos de nuevo rojos tras haberse quitado las lentillas.

—Ya se nota el frío. —Destapó la cama por su lado y se metió dentro. Con rapidez se acurrucó a su lado buscando calor.

—Sí. —Y se dejó abrazar acoplándose a él. Era una situación muy íntima y le gustaba. Siempre había disfrutado de esos momentos con sus anteriores parejas, solo que Jay, no sabía por qué, era algo más. Lo sabía porque de haber sido otra persona, de haber sentido algo distinto, menos intenso, jamás se habría metido en la cama con un desconocido. Era curioso porque su cerebro no parecía recordarlo, sin embargo, cada célula de su piel sí, porque todo su cuerpo reaccionaba a ese hombre; a su forma de hablar, a su olor, a su roce. Con ese pensamiento se quedó dormido, preguntándose si encontraría alguna vez esa pieza que le faltaba al puzle donde albergaba todos los recuerdos de Jay.

Jay fue puntual y Nick apenas tuvo que esperar en la puerta de la biblioteca para que lo recogiera. Le agradecía en el alma que lo hubiera hecho porque la casa de Jane quedaba en las afueras y hubiera tenido que coger varios autobuses, y tardaría así el doble en llegar. Además, había refrescado bastante y el viento

soplaba con algo de fuerza.

Durante el camino Nick tuvo la oportunidad de conocerlo más. Jay iba tarareando algunas canciones que sonaban en la radio y tamborileaba con los dedos sobre el volante. De manera aleatoria hablaba de alguna canción en concreto, recordando la primera vez que la había escuchado y compartiendo esos recuerdos con él. Nick se lo agradeció porque todo eso también era nuevo para él y se obligó a memorizarlo todo. Se sentía algo inquieto porque no sabía cómo se llevaba su familia con Jay. Desconocía si había tenido algún roce con alguien, o cómo lo presentó a la familia, o si había alguno que le cayera mejor que otro. Su familia era muy importante para él y desconocer ese dato lo ponía más nervioso de lo normal.

Su miedo se disipó en cuanto llegaron a casa de Jane. Allí estaba toda la familia reunida menos Kane; su hermana había llevado a varias de sus mejores amigas y compañeros de trabajo, además de Jane con su marido y sus tres hijos. Los saludó a todos y se limitó a observar la relación de Jay con su familia. Se sentó al fondo del salón, junto a su sobrino Derek, y se quedó en silencio.

Jay se había quitado el abrigo y le había estrechado la mano a Paul, el marido de Jane, con efusividad mientras se preguntaban mutuamente por el trabajo. Jane le dio dos besos, al igual que Kate, pero ambas siguieron a lo suyo en una conversación que mantenían ellas dos junto a varios compañeros de trabajo. Jay era bastante alto, a la par que fuerte y atractivo, lo que se ganó alguna que otra mirada embelesada de las amigas de Kate, que se lo comían con los ojos como si fuera la última Coca-Cola del desierto.

Sin poderlo evitar, Nick se sintió poderoso, pensando que era él el que dormía a su lado y el que tenía pleno derecho sobre ese maravilloso cuerpo, aunque no se acordase. Eso provocó que lo mirara también con deseo, sabiendo que bajo esos vaqueros y ese jersey gris se escondía un cuerpo espectacular.

—Lo vas a desgastar si lo sigues mirando así.

Nick se dio la vuelta al oír la voz de su sobrino Derek muy próxima a él. El joven no se había movido del sofá ni para saludar. Parecía estar molesto por algo, pero no podía culparlo porque recordaba bastante bien lo que era tener dieciséis años y estar enfadado con el mundo en general prácticamente todos los días.

—No creo. —Nick se acomodó a su lado y lo miró—. ¿Y a ti qué te pasa?

En lugar de responder con palabras, Derek separó los labios y le enseñó el corrector dental que le habían puesto el día anterior. Era transparente y había que fijarse muy bien para percatarse de que lo llevaba, pero para un adolescente eso debía de ser como un faro a media noche.

—Yo también los tuve. Tranquilo. —Nick le palmeó la pierna con una mano para tranquilizarlo—. Cuando quieras darte cuenta, te lo quitarán y tendrás unos dientes perfectos.

Derek bufó. Bastante tenía con su vida como para tener que lidiar con un aparato de esos. Ese año había sido una tortura en el instituto. Cuando todos sus compañeros habían pegado ya el estirón definitivo y muchos de ellos habían pasado ya a afeitarse casi de manera regular, él seguía con su cara aniñada y sus tres pelusas en el bigote. Su padre le había asegurado que, a los que eran rubios como ellos, les tardaba más en notarse, y que luego lo agradecería. Genial. Aún le quedaba un año más de instituto, pero a ese paso iba a llegar a la universidad siendo un imberbe. Se sentía como el patito feo y, además, con aparato.

—La vida es una mierda —zanjó el joven con la misma cara de asco, sin moverse de la esquina del sofá.

—Mejorará, ya verás.

—Ya —resopló, aunque sin estar del todo convencido.

—En serio. Ten paciencia, ¿vale? —Nick iba a seguir hablando, pero vio a Jay sacar un paquete de la bolsa que había llevado en la mano y tendérsela a Kate. Eso lo hizo guardar silencio para enterarse de lo que era.

—Sé que dijiste que no querías que te hiciéramos regalos, pero, de verdad, no pude resistirme.

Kate lo riñó con la mirada, encogiendo los ojos como si pudiera fulminarlo, aunque aceptó el presente. Con cuidado quitó el envoltorio y abrió la caja. Dentro había un estetoscopio de color azul mar y al final, antes de llegar a la campana, una cabeza de delfín muy sonriente le dio la bienvenida.

—El delfín es de goma y va enganchado en caso de que quieras quitarlo o combinarlo con otros animales, que también los venden. También lo puedes girar dependiendo de si tienes que usar el estetoscopio en modo campana o en modo diafragma.

—No sabía que supieras tanto de estas cosas. —Kate lo abrazó por el regalo porque le había gustado mucho—. Me encanta y pienso llevarlo en todas mis prácticas. —Lo terminó de abrazar para apreciar de nuevo el aparato—. ¿Cómo es que sabes las partes de un estetoscopio?

—En el colegio tenemos una pediatra que viene todos los jueves para revisar a los más pequeños y el primer día, para que no tuvieran miedo, les enseñamos el instrumental que va a usar con ellos y para qué sirve. Quedaron encantados.

—Tú también por lo que veo. —Paul se acercó para observarlo de cerca.

Nick no podía dejar de mirarlo a lo lejos, maravillado por la relación de Jay con su familia. Ese siempre había sido un mal trago, cuando había tenido que presentar a un nuevo novio a la familia. Jamás le habían puesto objeciones ni le habían dicho nada de sus ex parejas, pero él no podía evitar ponerse nervioso. Necesitaba la aprobación y la aceptación de su familia. Jamás podría estar en una relación donde su pareja y su familia se llevaran mal. Sería imposible. Ver a Jay con su hermana, con ese regalo tan tierno que le había hecho, y las bromas que gastaba con su cuñado, dieron lugar a que algo dentro de él temblara, y que se percatara de que le sería muy fácil enamorarse de él, lo cual era absurdo porque en teoría ya lo estaba, ¿no? El problema era que no recordaba nada y tenía que empezar de cero con todo. Lo curioso era que no le estaba costando nada adaptarse a él.

Los asistentes a la fiesta habían comenzado a marcharse un rato atrás. Kate también tenía que irse pronto porque el vuelo salía muy temprano, pero Jane seguía entreteniéndola, preguntándole si lo llevaba todo y recordándole que, ante cualquier problema, no dudara en llamarla.

Nick se quedó sentado en el sofá al lado de Derek. Casi no se había movido de allí en toda la tarde. Jay se había levantado y hablado con varios de los invitados, pero al final había vuelto a sentarse junto a él. Distraídamente, le había estado acariciando la rodilla con los dedos mientras hablaba con Paul, que estaba sentado a su lado, pero en una silla. La mano, poco a poco, había subido de la rodilla a su muslo. Nick se quedó mirando la mano, pero no dijo nada. Le gustaba su contacto y cómo estaba reaccionando su cuerpo a ese leve roce.

—Derek. —Jay se giró cuando Paul se fue para despedir a su hermana. Nick también se levantó y fue a desearle un buen viaje—. ¿Qué te cuentas? No te has movido en toda la noche de ahí.

Derek había estado escuchando esa misma frase durante toda la fiesta y todas las veces había respondido lo mismo: abriendo la boca y enseñando el aparato que le habían puesto.

—Ah, te han puesto los transparentes. Los que no se notan. —Jay se había

acercado a él e invadió el espacio libre que había dejado Nick al marcharse—. Has tenido suerte. Yo a tu edad tuve un aparato que era metalizado con gomas negras. Incluso con la boca cerrada se veían.

Derek no pudo evitar esbozar una sonrisa por la exageración de la frase, pero luego volvió a su semblante serio.

—Voy a tener que estar años con esto —gruñó.

—¿Con qué? —Nick había vuelto a la conversación y ocupó el mismo lugar de antes, haciendo que Jay volviera a su sitio.

—Mi aparato —se quejó el joven mirándose las manos, más cabreado que antes—. No sé cómo cojones voy a hacer una mamada con esta mierda en la boca.

Los ojos de Nick se abrieron en el acto, impactado por las palabras del chico. Jay, por su parte, no pudo evitar una risotada fuerte de las suyas.

—Jay. —Nick se volvió hacia él—. No deberías reírle esas groserías. —Luego se giró hacia su sobrino—. Tú no deberías de decir así las cosas —lo reprendió—. ¿Y desde cuándo eres gay?

Derek se encogió de hombros restándole importancia. No era así como había planeado salir del armario frente a sus tíos, pero del enfado que tenía le salió solo.

—Supongo que siempre lo he visto como algo normal, no sé. Y soy bi, aunque me gustan más los tíos. Las tías son un muermo.

—Puede que no hayas encontrado aún a la chica correcta. —Jay veía todo aquello como algo natural.

—Pero me gustaría otras, ¿no? Mis colegas están todo el día pasándose fotos de tías en pelotas con tetas enormes y esas cosas.

—¿Y a ti no te gusta? —Nick se adelantó a Jay para preguntarle.

Derek estaba ahora visiblemente azorado, con las mejillas más sonrojadas de lo normal.

—No. Me dan un poco de grima esos pezones tan enormes.

De nuevo Jay soltó una risotada, pero se calló antes de que Nick pudiera reñirlo otra vez, carraspeó, y respondió al joven.

—Ve a tu ritmo, Derek, y escucha a tu cuerpo. Si te gustan las chicas, perfecto. Si te gustan los chicos, también perfecto, pero ve despacio y conócete, ¿de acuerdo? No tengas prisas por saberlo todo ya porque cada uno tiene su tiempo de maduración y saberlo antes sin estar preparado no sirve de nada.

Nick había vuelto la cabeza hacia él, sin poder ocultar el brillo de satisfacción



en su mirada.

—Está bien. —Derek podía estar en una edad complicada, pero siempre había sido un joven atento y listo—. Iré poco a poco.

—Bien. —Jay le dio una palmada en la rodilla y se levantó del sofá—. Creo que tenemos que irnos ya porque es muy tarde. Cualquier duda, nos lo haces saber.

—De acuerdo.

Nick se levantó despidiéndose de Derek y caminó tras Jay, que había sido asaltado por sus sobrinos más pequeños. Después de ayudarlo a quitárselos de encima, caminaron hasta el coche y se metieron dentro. Hacía bastante frío y la noche presagiaba agua. Cuando Jay estaba encendiendo el motor, Nick se echó hacia delante y le dio un suave beso en los labios. El roce fue casi efímero, como una leve caricia ofrecida con timidez porque su cuerpo no sabía expresarse de otra manera. Todo él estaba reaccionando a Jay, y no solo físicamente; el corazón de ese hombre era muy grande y rebosaba amor por todas partes; no solo hacia él, sino además hacia toda su familia. Era imposible no empezar a quererlo de alguna manera.

—Gracias —susurró en un murmullo casi inaudible que provocó que Jay levantara las cejas.

—¿Por qué?

—Por lo bien que has aconsejado a Derek.

—Ah, eso. —Era Jay ahora el que parecía estar azorado—. No es nada. Ya sabes que él y yo siempre nos hemos llevado muy bien.

Unas arruguitas se formaron alrededor de los ojos de Nick, que sonrió con timidez. Acababa de besarlo y se sentía bien, con una tranquilidad y una paz que no había sentido antes. Se recostó en su asiento tras ponerse el cinturón y disfrutó del camino de vuelta a casa.

Kate llegó al aeropuerto internacional de Ontario cuando ya había amanecido. Había sido un vuelo infernal de seis horas, donde los truenos retumbaron sin descanso a ambos lados del avión. Incluso llegó a pensar que alguno les daría de lleno y no viviría para contarlo. Esos pensamientos no eran de su estilo, pero debía de admitir que jamás había volado con tan mal tiempo.

Cuando pisó tierra firme a punto estuvo de darle un beso al suelo. Era muy posible que el resto de los pasajeros la hubiera mirado mal, o quizás no.

Apreció a Kane a lo lejos. Hacía un par de años que no lo veía. Conforme se fue acercando a él, su hermano más sonreía. Ambos se parecían mucho físicamente, con esa sonrisa amplia y sincera que los caracterizaba y los diferenciaba del resto de la familia. Al llegar a él le dio un abrazo enorme porque lo había echado muchísimo de menos. Se llevaba bien con sus tres hermanos, pero Kane y ella eran los únicos que tenían un amor incondicional por los animales.

—¿Qué tal el vuelo? —Kane la estrechó entre sus brazos y luego se echó hacia atrás para mirarla—. Estás fantástica.

—Voy camino de los treinta. Mátame —resopló ella—. Tú sí que estás bien.

—Bueno, el frío de Canadá me sienta bien. —Kane se encargó de casi todas las maletas que Kate había traído consigo, excepto de su equipaje de mano, que su hermana parecía no querer soltar por nada del mundo. Lo cargó todo en el maletero de su todoterreno y emprendió rumbo a casa—. Estamos a una hora de camino, quizás algo menos, aunque vamos a tardar más porque voy a enseñarte un poco la ciudad y los alrededores para que te vayas familiarizando con esto.

Kate no dijo nada y se limitó a asentir. Tenía mucho que contarle. También estaba deseando preguntarle por su vida porque Kane jamás contaba nada personal cuando se llamaban o hablaban por mensajes, pero se quedó callada observando la ciudad.

—¿Esto es Toronto?

—No, esta ciudad se llama Mississauga, que está colindando con Toronto. No tardaremos nada en llegar. Te va a encantar.

Kate asintió observando el paisaje. Nunca había estado allí y desconocía que fuera tan diferente, ya no solo el clima, tan opuesto al de Austin, sino todo. Kane callejeó por Toronto, enseñándole lo que consideró más importante y dónde se encontraba el edificio donde haría las prácticas, para que fuera teniendo una referencia de los lugares que necesitaba conocer.

—Sacaste el permiso internacional de circulación, ¿verdad? —Kane puso el intermitente y comenzó a salir de la ciudad rumbo a su casa—. En Canadá lo necesitas obligatoriamente.

—Lo tengo, lo tengo —le aseguró ella—. Tiene validez de un año, pero el curso dura menos.

—Te he conseguido un coche de mi empresa. No te hagas ilusiones; es un todo terreno pequeño y algo viejo, pero va muy bien.

—Muchas gracias. —Ella le sonrió, encantada porque su hermano había pensado en todo. Miraba por la ventana maravillada por la belleza del lugar. Se habían apartado de la carretera principal e iban por un camino secundario entre árboles muy altos—. ¿Vives en medio del bosque?

—Casi —dijo, sonriendo Y cerca del lago Simcoe, en la bahía de Cook. Por aquí te vas a encontrar hoteles y casas enormes, pero yo vivo en una cabaña. No necesito más. Tengo la suerte de estar un poco apartado del ajetreo de los turistas que vienen a pescar o a practicar algún deporte en el lago. Siempre hay gente, en todas las estaciones.

—Suenan un poco agobiante.

—No, ya verás. El lago es enorme y mi cabaña está en una esquina. Hasta allí no suelen llegar los turistas. —Kane hizo que el coche girara y se metió por otro sendero mucho más angosto y lleno de ramas y hojas secas caídas, propias ya de esa época del año—. Ya estamos llegando.

Ante los ojos de Kate apareció una cabaña elevada sobre un porche de madera. Tal y como le había dicho su hermano, no era muy grande, pero tenía encanto y personalidad. Pintada de color pizarra, contrastaba con el color madera de la puerta y el blanco de las cortinas.

—Jane no sabe que vives aquí, ¿a que no? Porque estoy segura de que se habría auto invitado hace mucho ya. —La chica bajó del coche y se quedó parada al lado observando la escena.

—No me imagino a nuestra hermana mayor llegando hasta aquí. —Kane había abierto el maletero para sacar las maletas—. Ella es mucho más de ciudad que todos nosotros juntos.

—Eso sí. —Kate llegó a su lado para ayudarlo con parte de su equipaje—. Vives en medio de la naturaleza. Esto es... maravilloso.

Kane sonrió sin responder nada. Para él no era nada nuevo porque llevaba ya unos años viviendo allí, pero entendía que para su hermana fuera un cambio muy grande.

—Por ese sendero de ahí al lado vas al embarcadero. Hay una pequeña caseta donde guardo una lancha pequeña y varias cosas que casi no uso. Puedes usar lo que quieras y practicar muchos deportes en el lago, pero avísame para saberlo porque la zona es muy grande y puedes perderte con facilidad.

—Claro. —Agarró un par de bolsas y caminó a su lado hacia la cabaña, deseando ver cómo era el lugar por dentro.

La cabaña de Kane era sencilla y muy práctica. Era una estancia amplia, con una cocina que estaba separada del salón por una isla. Al fondo había un pequeño pasillo desde donde se accedía a un baño completo, la habitación principal y la de invitados. Una escalera muy estrecha y empinada en una esquina subía hasta el desván, pero según Kane ahí solo guardaba trastos viejos y cosas que no usaba. Cuando se mudó a esa casa, su objetivo había sido crear una segunda planta habitable, pero luego descubrió que para él solo no necesitaba una casa tan grande.

—Me gusta todo. —Kate se sentó en el sofá observando la decoración del salón, algo austera pero confortable. Luego miró alrededor como si buscara algo. Tras el escrutinio, volvió a posar la mirada sobre su hermano—. Me resulta raro no ver ningún perro en tu casa.

Kane se tensó. Sabía que saldría ese tema y él aún no estaba preparado para responder a ningún tipo de preguntas, quizás por eso su respuesta fue mucho más seca de lo esperado.

—No he superado la muerte de Trixie. —Caminó por el salón hacia el pasillo sin detenerse—. Y nunca hablo de ese tema.

Kate no tuvo oportunidad de preguntar ni de decir nada más cuando escuchó una puerta cerrarse tras la frase de su hermano. Suspiró y se quedó sentada en el sofá no pudiendo evitar sentir que había metido la pata hasta el fondo.

La habitación de invitados era pequeña pero acogedora, con una cama amplia con varias mantas y un edredón de flores encima. El armario era pequeño, pero contaba con una cómoda de cajones grandes y profundos donde Kate pudo guardar y ordenar todas sus cosas. Cuando terminó salió a dar una vuelta por los alrededores. Se aseguró de llevar el móvil con suficiente batería porque lo último que quería era perderse en aquel lugar nada más llegar.

No se alejó mucho, no se atrevía, solo lo suficiente para ver la cabaña desde lejos. El paisaje era inigualable y para una amante de la naturaleza como era ella, aquel lugar era como el paraíso.

Estuvo caminando por la orilla del lago mientras lo contemplaba todo sin dejar de estar maravillada del sitio tan increíble donde vivía su hermano. En silencio, y a solas consigo misma, disfrutó de los sonidos del bosque, de las ramas al crujir y del gorjear de algunos pájaros. Hubiera seguido un rato más, pero se estaba haciendo tarde y tenía que volver para comer. Le estaba dando un poco más de tiempo a su hermano. Lo conocía muy bien y sabía que él no hablaba de determinados sentimientos. El portazo que había dado al irse le había dejado claro que su humor había cambiado de manera radical por eso estaba dejando que todo volviera poco a poco a la normalidad.

Al regresar a la cabaña y abrir la puerta, un olor a sopa le inundó las fosas nasales.

—Huele genial. —Cerró tras de sí y caminó hacia la cocina, donde su hermano removía el contenido de una olla—. No tendrá nada de origen animal, ¿verdad?

—Tranquila, sé que no comes nada que haya tenido madre —se burló un poco. Quería disculparse por su comportamiento de antes y no sabía cómo.

—Ni madre, ni ojos. —Ella le siguió la broma—. ¿Qué lleva?

—Distintos tipos de verdura y patata. —Soltó la cuchara de madera y se lamió los labios preparándose para la charla que había programado en su cabeza—. Kate, siento mucho si te he respondido mal antes, yo...

Kate no lo dejó seguir.

—No tienes que pedirme disculpas, Kane. Tu casa, tus normas —resumió—. Lo que sí me gustaría es que algún día tuvieras la suficiente confianza para contarme las cosas.

Kane se mordió el labio inferior antes de hablar.

—No es cuestión de confianza. Solo que no puedo hablar de determinados temas.

Ella asintió comprendiendo. No todo el mundo asimilaba ni reaccionaba igual

al dolor. Era algo muy personal ya que cada uno se enfrentaba a ese duro momento de la mejor forma posible. Su hermano evitaba hablar del tema y era totalmente respetable.

—No te preocupes. —Ella le frotó el brazo para infundirle ánimos—. Poco a poco.

Él sonrió agradeciéndole así sus palabras, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. No le gustaban esas conversaciones y no le iban a gustar en la vida. Él era así.

—¿Comemos? —Cambió de tema intentando alejar la conversación todo lo posible de lo que habían estado hablando—. Es algo pronto, pero había pensado que podrías coger el coche después de comer para que te vayas familiarizando con la zona.

—¿No tienes que volver al trabajo?

—No, me he pedido el día para mí, así que hoy soy todo tuyo.

Kate agradeció el ofrecimiento de su hermano y lo aprovechó para aprender a conducirse por la zona, tomando algunas referencias para no perderse.

Mientras ella se familiarizaba con el lugar, Kane le explicaba que había provisto el maletero de varias mantas, un equipo de emergencia, cadenas para la nieve, algunas botellas de agua y barritas energéticas. Aún no había llegado el frío a Toronto, aunque estaba a la vuelta de la esquina. En septiembre era normal estar a unos quince grados, pero pronto bajarían a la mitad y tenían que estar preparados.

Pasaron todo el día juntos, con Kate conduciendo y habituándose a esa nueva ciudad que sería su hogar durante los próximos meses. Ya se había hecho una agenda mental de lugares para visitar en cuanto pudiera, como el Ballet Nacional de Canadá y el Real Museo de Ontario.

Iban a ir a dar una vuelta al Eaton Centre, el centro comercial más conocido de la ciudad, cuando Kane recibió una llamada urgente de su trabajo. Era muy raro que alguno de sus compañeros lo llamase si no tenía que trabajar, así que algo importante tenía que haber sucedido.

Llegaron cuando ya estaba anocheciendo. Las luces del enorme almacén estaban encendidas y las del exterior también. Kane no recordaba que fuera a llegar ningún camión de mercancías, así que ese dato le pareció muy extraño.

—Tom. —Kane llegó al almacén seguido de su hermana. Allí solo parecía estar su compañero, uno de los mozos de almacén más jovencitos—. ¿Dónde

está Juanjo? —Le preguntó por el otro trabajador, con mucha más experiencia que él en su trabajo porque llevaba muchos más años que todos ellos juntos.

—Se ha ido a casa hace un rato. Ha pillado una gripe brutal.

—Vaya. —Kane se volvió cuando vio que el joven miraba a su hermana—. Tom, te presento a Kate, mi hermana pequeña —gruñó, dejando claro que no se tonteaba con ella.

El joven lo entendió a la perfección y asintió con la cabeza.

—Dime por qué me has llamado. ¿Hay alguna urgencia?

—Se nos ha colado un animal aquí dentro.

—¿Un animal? —Kane miró a un lado y al otro del enorme almacén. No era la primera vez que se colaba algún bicho allí dentro, sobre todo cuando alguno de los sacos de pienso venía roto—. ¿Qué es? ¿Un mapache, una mofeta?

—No. ¡Es enorme! Parece una pantera.

Kane se rio por la exageración de su compañero.

—Dudo mucho que haya panteras en la zona —lo tranquilizó—. Voy a poner la jaula trampa.

—Un momento. —Kate lo detuvo antes de que su hermano siguiera caminando—. ¿Qué es eso de la jaula trampa? No le irás a hacer daño a ningún animal, ¿verdad?

—No, tranquila. Ponemos una jaula con cebo, lo capturamos y luego lo soltamos de nuevo en el bosque. La mayoría son mapaches y cosas así. Nos traen un pienso para gatos que parece gustarles a todos los bichos del bosque.

Kate se quedó algo más tranquila por la explicación. Sabía que su hermano no le haría daño alguno a ningún ser vivo si podía evitarlo.

—¿La jaula es segura? —Kate observaba desde cierta distancia cómo su hermano lo preparaba todo—. Quiero decir que no se hará daño ahí dentro, ¿verdad?

—No debería. —Kane metió algo de pienso y agua dentro de la jaula, accionó la trampa y luego tapó el armazón con una tela grande y negra—. Algunos son muy brutos e intentan escapar a toda costa, pero la mayoría esperan a que sean liberados. Sospecho que solemos rescatar a los mismos una y otra vez.

—Tú sigues sin hacerme caso. —Tom también se había mantenido a un lado mientras Kane lo preparaba todo—. Pero lo que he visto no es ninguna zarigüeya ni nada por el estilo. Es enorme, con unos ojos grandes y brillantes que me miraban fijamente.

—¿Un lobo? —Kate le creía al pobre joven.

—Es posible, aunque parecía más escurridizo.

—¿Eскурridizo? —Kate alzó las cejas.

—Sí. No sé. Se movió muy rápido.

—Tom, llevas muchas horas trabajando. —Kane no pudo evitar burlarse un poco de él—. Sin contar lo fantasioso que eres.

—Como quieras, Kane, pero ya que estás aquí, ayúdame a cerrar. No pienso quedarme solo con lo que sea que haya aquí dentro ni de coña. Esta noche no tiene que venir ningún camión a descargar, así que no hace falta que se quede nadie de guardia. Ya terminaré de puntear las facturas mañana.

—No te hacía yo tan blandengue.

La voz de Kane desapareció a lo lejos. Tom fue tras él y ambos se cercioraron de cerrar todas las puertas y accionar la alarma de seguridad. Kate se quedó en el almacén mirando de reojo a todas partes. Había muchas sombras y recovecos profundos. Si era verdad que había algún bicho por allí escondido, iba a ser un milagro encontrarlo. Ella estaba acostumbrada a trabajar con animales y no le daban miedo, al menos no la mayoría, aunque no podía evitar tener la sensación de que tenía unos ojos fijos en ella, que observaban hasta el más mínimo movimiento que hacía.

Kane llegó a su trabajo antes de su hora de entrada. Solía hacerlo cuando ponía una jaula trampa porque no le gustaba que los animales pasaran ahí más tiempo del necesario. Cuando abrió la puerta, la jaula trampa apareció ante sus ojos igual a como la había dejado; vacía. La comida estaba intacta y sin tocar, pero había unas pequeñas gotitas de sangre alrededor de los hierros. Se agachó para comprobar que no fuera aceite o algún otro producto, pero no; era sangre. Se irguió y dio una vuelta en redondo. Cualquiera fuera el animal que seguía allí dentro, parecía ser demasiado listo para caer en la jaula. Iba a tener que intentar otras técnicas.

Kate siempre se había adaptado bien a los cambios y sabía que se acostumbraría en unos días. Su pasión eran los animales, los amaba y había luchado mucho para poder hacer ese curso que iba a llevarla por varias ciudades de Canadá.

Varios años atrás había terminado sus estudios de veterinaria y había hecho muchas prácticas en varias clínicas. Cuando acabó, pensó que abriría algo por su



cuenta, algo pequeño y sin grandes pretensiones, pero cuando llegó el momento, comenzó a dudar de si eso era lo que de verdad quería hacer. Otra de sus grandes pasiones era conocer sitios nuevos, ciudades distintas, gente de sitios lejanos. Canadá no quedaba demasiado lejos de donde vivía, pero era un comienzo. Había pensado que haciendo un curso que la mantuviera varios meses dando tumbos por distintas ciudades la ayudaría a decidirse del todo. Quería estar segura de lo que iba a hacer. No se veía asentándose en un sitio en concreto, casándose y teniendo niños. No, aún no. Esa era una gran oportunidad e iba a aprovecharla.

Nick se levantó esa mañana con una sensación extraña. De nuevo volvía a dolerle la cabeza y se sentía muy cansado. Por suerte, era sábado y no tenía que levantarse para trabajar, así que se dio la vuelta en la cama y acomodó la almohada. Aún era de noche, cosa que agradeció porque necesitaba más horas de sueño.

Se despertó muchas horas más tarde, cuando el sol llenaba por completo el apartamento. La cama estaba vacía a su lado y no había ni un solo ruido en la casa. Durante un segundo su corazón dejó de latir pensando que todo había vuelto a la normalidad, que Jay ya no estaba en su vida y esta volvía a ser como antes.

Se equivocaba. El enorme lienzo con su foto de bodas seguía sobre la cómoda. No lo hubiera podido describir con palabras, pero todo su cuerpo se relajó al saberlo.

La ducha le sentó bien. Se puso ropa cómoda y caminó hacia el salón, donde Jay estaba sentado en la mesa con el portátil abierto frente a él. Estaba tan concentrado leyendo algo que no se percató de la llegada de Nick hasta varios segundos más tarde.

—Buenos días, o buenas tardes más bien. —El semblante serio y concentrado que tenía mientras leía se había suavizado para ofrecerle una sonrisa encantadora—. No he querido despertarte. Parecías muy cansado.

Nick asintió. Se sentía totalmente desubicado. ¿Qué se suponía que iba a hacer ahora? Entre semana la rutina había sido la misma, pero, en fin de semana, no sabía si solían hacer algo especial o no.

—Estaba agotado —afirmó. No sabía la hora que era, pero su cerebro necesitaba un café con urgencia. Cuando volvió de la cocina, Jay lo seguía

observando y eso lo preocupó—. ¿Por qué me miras? —Echó un vistazo a su ropa pensando que llevaba alguna prenda del revés—. ¿Me he dejado la cremallera abierta o llevo algo mal puesto?

—Lo de la cremallera abierta no habría sido un problema —bromeó. Los ojos verdes de Jay parecían muy divertidos—. Llevas mi sudadera.

Nick parpadeó y se miró. Era cierto. No reconocía esa prenda, pero no le echó cuenta, además, estaba en su lado del armario.

—Me la quito si quieres. —Dejó la taza sobre la mesa para desprenderse de ella cuando Jay negó con la cabeza.

—No, no, si a mí me da igual que te pongas mi ropa, pero luego, cuando yo uso algo tuyo, pones el grito en el cielo. —Se levantó cerrando el portátil y caminó hacia él. Cuando estuvo a su lado le dio un suave beso en la mejilla—. Me encanta que mi ropa huela a ti.

Nick no tuvo claro si fueron las palabras en sí, el tono provocador que Jay había usado para decírselo, o su *after shave*, pero se sintió traicionado cuando todas y cada una de las células de su cuerpo comenzaron a reaccionar ante ese hombre. ¿Qué podía decirle ahora? ¿Que no iba a volver a hacerlo? ¿Que no tenía ni idea? Tenía que responder algo, fuera lo que fuera.

—Soy un capullo —fue lo primero que le salió, y en parte tenía razón. Siempre había sido muy maniático, el desorden personalizado y encima olvidadizo para todo. ¿Qué diablos había visto ese hombre en él?

—Lo sé, pero eres mi capullito —bromeó.

Nick sonrió por el tono en que lo dijo y porque tenía razón; lo era. Si lo quería y lo aceptaba aun sabiendo que podía llegar a ser un grano en el culo, era que tenía que quererlo de veras.

—¿Tienes planes para hoy? —Jay comenzó a recoger el portátil y varios papeles que había sobre la mesa—. Ya he terminado con el proyecto por ahora y tengo varias ideas que podemos llevar a cabo.

—No tengo nada en mente. —Nick se terminó el café y se quedó con la taza en la mano en lugar de llevarla a la cocina—. ¿Por qué?

—Porque he pensado en algo. —Jay miró el reloj de su muñeca y se quedó pensativo unos segundos ordenando sus ideas—. Cámbiate de ropa. Algo informal y cómodo. Vamos a recrear otra de nuestras primeras citas.

Nick se lo quedó mirando. Se suponía que tenía que acordarse, ¿no? Le habría gustado saber a dónde iban, pero si algo había aprendido en el poco tiempo que llevaba con Jay era que confiaba en él. Mucho, además.

Nick iba sentado en el asiento del copiloto, escuchando la radio y observando la carretera para tener una idea de la dirección que tomaba Jay. Se sentía algo inseguro porque no sabía lo que iban a hacer. Desconocer las cosas lo ponía de un humor extraño, antipático, que lo hacía estar más callado de lo habitual y escondido en su mundo. Por fortuna, Jay no era así y no parecía notarlo, o al menos no dio signos de ello. Hablaba de manera aleatoria de cosas que le habían pasado en el colegio, o del informe que estaba preparando sobre la última convención a la que había asistido.

Llegaron un rato más tarde. Nick levantó una ceja al darse cuenta de que estaban en el aparcamiento de uno de los parques de atracciones infantiles que había a las afueras de Austin. Sin poderlo evitar, se volvió para mirarlo con cara de póquer.

—¿Aquí?

—Sí. —Jay dejó el coche aparcado entre dos rancheras y se bajó para unirse a él—. Aún recuerdo ese día como si fuera ayer.

Nick no, y no podía pedirle así como así que se lo contara porque una cosa era tener mala memoria y otra olvidarlo todo por completo.

—¿Y cuál es tu impresión después de todos estos años? —Nick tanteó la pregunta intentando que no se le notara que no tenía ni idea de lo que había pasado—. Porque no es lo mismo una cosa cuando se vive por primera vez siendo joven, a lo que nos queda con el paso de los años gracias a todas las experiencias vividas.

—Es una buena pregunta. —Jay cerró el coche apretando el mando y encogió los labios, señal inequívoca de que estaba pensando—. Esta fue nuestra segunda cita. Tonto de mí, pensaba que al fin había dado un paso hacia delante y que pasaríamos un día genial los dos solos, pero te trajiste a Kate, que ahora me llevo genial con ella, pero cuando tenía seis años y estaba aprendiendo a leer, era una pesadilla porque se entretenía en todos los puestos a leer lo que ponía, y tardaba una vida. Fue desesperante.

Nick se rio. Le llevaba diez años a Kate, así que se acordaba a la perfección de su hermana cuando empezó a leer.

—La recuerdo —sonrió.

—Yo también —sonó a gruñido—. Demasiado bien, además. También recuerdo la muñeca que se trajo, que perdió la cabeza y nos recorrimos todo el

parque buscándola. No dimos con ella y tu hermana lloró y lloró y lloró hasta que volvimos a casa.

—Kate puede ser demasiado... intensa.

—No fue eso lo que pensé de ella en ese momento, pero puede valer.

Ambos se rieron por el comentario. Jay comenzó a andar y atravesó el aparcamiento para llegar a la puerta de entrada mientras Nick caminaba a su lado. Tenía más preguntas para hacerle.

—Seguir interesado en mí después de eso tiene mérito.

Jay había sacado la cartera para pagar en la puerta, así podrían acceder a todo lo que quisieran. Se giró hacia él y lo miró a los ojos.

—Creo que a partir de ahí tu inquebrantable muro fue cayendo poco a poco, pero eso lo sabes tú mejor que yo.

Nick asintió. Ojalá lo supiera.

Kate regresó temprano a casa. Los primeros días habían sido una presentación del curso donde había conocido a sus nuevos compañeros, le habían dado los libros que tenía que estudiar para el examen final, un uniforme como estudiante en prácticas y muchos folletos informativos sobre el curso que iba a realizar.

Al principio pensó que era solo de animales exóticos, pero al leer el contenido del temario se dio cuenta de que repasarían muchas especies corrientes pues muchos animales tenían enfermedades comunes entre sí. Aunque ella ya tenía su título que la acreditaba para trabajar en cualquier hospital veterinario, nunca estaba demás repasar los conocimientos ya adquiridos.

Su hermano aún no había llegado a casa así que comenzó a preparar algo para comer. Optó por algo sencillo y que le gustase a Kane. Los tallarines con verdura y soja eran una buena elección. Ella no comía carne y tampoco la manipulaba. Respetaba a la gente que no era vegetariana, pero se negaba a condimentar y manosear a un animal muerto.

Las verduras estuvieron listas muy pronto, luego añadió la pasta y lo removió todo para mezclarlo en la cazuela. Le quedaba algo de tiempo libre antes de que llegara Kane, así que comenzó a recoger un poco el salón. No estaba desordenado en realidad, pero sí que había un jersey sobre el sofá y varios vasos sobre la mesita del salón.

Mientras amoldaba los cojines y daba vueltas llevando la ropa al dormitorio de su hermano, un objeto redondo le llamó la atención detrás de la puerta. Agarró el

pomo y lo separó de la pared para ver qué podía ser. Ante sus ojos apareció una pelota de tela dura con muchos colores y dibujos. No sería más grande que su puño y estaba muy limpia. No tenía pinta de estar abandonada porque no tenía ni una mota de polvo ni tampoco había pelusas a su alrededor. Esa pelota había sido de Trixie y no parecía estar allí olvidada. La miró recordando con cariño la enorme perra de su hermano.

—¿Hola? —escuchó desde la puerta—. Huele genial.

Kate se apresuró a salir del dormitorio de Kane y a reunirse con él en el salón.

—Sí, ¿verdad? —Caminó hacia la cocina para servir la comida—. Vamos a comer. Me muero de hambre. —No le preguntó por la pelota, aunque se moría de ganas de saber qué hacía aún allí. Trix hacía ya tiempo que había muerto. ¿Por qué seguía entonces esa pelota detrás de la puerta?

Nick estaba disfrutando mucho del lugar y de la compañía de Jay, que le contaba cosas que en teoría él tendría que saber, pero esos recuerdos no estaban en ninguna parte de su cerebro. Eso le dio la oportunidad de saber más sobre sí mismo, de cómo era él en una relación tan larga, con una pareja estable de tantísimos años. Jay era un trozo de cielo que le contaba mil historias y batallitas que le permitían conocerlo un poco más. Le gustaba saber todo eso, pero conforme se adentraba en su propia relación, más se sentía como un extraño y eso le creaba un estado de ansiedad que fue creciendo hasta un punto en que llegó a casa y se encerró en el baño, alegando que algo que había comido en el parque de atracciones le había sentado mal.

Nada de eso era justo. Jay no se merecía que le mintiera, y él tampoco se merecía esa relación tan maravillosa en la que era protagonista y donde seguía sintiéndose el actor secundario. Intentaba comprender, recordar, atar cabos. Era como pillar una película empezada, intentando responder un millón de preguntas sin llegar a comprender muchas cosas.

Lea iba a ser su salvación. No iba a contarle la verdad, pero iba a acercarse.

—Lea —la llamó. Estaban dando entrada a los nuevos libros que habían llegado, cada uno en un ordenador distinto en la misma sala—. ¿Te acuerdas de tu última relación?

Extrañada, Lea levantó la cabeza con el ceño fruncido y lo miró.

—¿A cuento de qué viene eso ahora? —Entonces puso cara de horror—. Por favor, no me digas que lo has visto este fin de semana.

—No, no —la tranquilizó rápidamente—. Intento explicarte una cosa.

—Ah, vale. —Se tranquilizó. Su última relación había sido muy, muy intensa, y no había terminado del todo bien para ninguno de los dos—. ¿Qué pasa?

—Anoche tuve un sueño muy extraño.

—¿Otra vez el sueño de los enanos con caretas de payasos?

Nick negó con la cabeza.

—No. He soñado que perdía la memoria.

—Pero eso es normal en ti —volvió a interrumpirlo ella—. No conozco ninguna otra persona con peor memoria que tú, querido. —Lea dejó de hablar cuando el suspiro de Nick llegó a sus oídos—. Está bien; no te interrumpiré más.

—Gracias. A ver, el caso es que perdía la memoria y no me acordaba de nada; ni de mis amigos, familiares, ni de mi pareja, nada. Ellos seguían hablándome como si nada porque a ellos no les pasaba nada; era yo el que no recordaba quiénes eran, y cuanto más avanzaba el sueño, peor me sentía.

—¿Por no poder recordar quiénes eran?

—Por eso y porque todos seguían con sus vidas, todos menos yo, que estaba allí en medio, atascado, sin comprender nada, y lo que es peor; sin sentir nada. —Hizo una pausa antes de seguir—. ¿Sabes lo agobiante que es que te digan que te quieren, pero tú no puedes responderles de la misma manera porque no te acuerdas?

—Hmmm, ¿y por qué no dijiste la verdad? ¿Tenías esa opción en el sueño o simplemente sucedió así?

—No quise decir la verdad porque tenía miedo de que me hicieran un millón de pruebas médicas.

Lea bufó.

—Hasta en sueños le tienes miedo a los médicos. Hombres.

—Supongo que no quería preocupar a nadie —se excusó.

—Si tú lo dices, pero diciendo la verdad habrías evitado muchos problemas y habrías descubierto lo que te pasaba. ¿Por qué me has preguntado por mi relación? No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra.

—Tu relación con el tío místico. —Nick lo había llamado así después de conocerlo y de hablar varias veces con él—. Según yo lo percibí, fue bastante intenso y, aunque acabó mal, durante el tiempo que estuvisteis juntos, os quisisteis mucho.

—Eso sí.

—¿Tú qué habrías hecho? —le preguntó—. Imagínate que pierdes la memoria y que tu pareja, que te quiere con locura, sigue vuestra relación normal, pero tú no recuerdas nada, ni siquiera haberlo querido en algún momento de tu vida. ¿Qué harías?

—¿Aparte de contar la verdad para ver qué pasa?

—Sí. Esa opción no está disponible.

Lea meditó unos segundos, tomándose muy en serio la pregunta.

—Enamorarme de nuevo de él. Si ya lo quise antes, en teoría tendría que volver a enamorarme de él otra vez, ¿no? Ya sea por su forma de ser, por cómo es conmigo, por su físico. Si eso no ha cambiado...

Nick se quedó pensativo. Jay era un hombre muy atractivo, inteligente, con un gran sentido del humor, paciente y romántico. Era su hombre perfecto, pero no podía amarlo así de pronto, de buenas a primeras, sin conocerlo, si saber nada más de él. Su corazón no funcionaba así.

—¿Tú puedes... mantener relaciones sexuales con alguien que no conoces?

—Sí. —Lea fue rotunda al responder—. Sobre todo en este caso, que esa persona me conoce y que es mi memoria la que ha decidido desconectar de todo. Ya sabes que nunca he sido muy remilgada para eso. El sexo es sexo, nada más, y si luego llega el amor, pues mucho mejor.

Visto así tenía su lógica.

—Tienes parte de razón.

—Lo sé. —Le sonrió—. Pero no es cuestión de tener razón o no, sino de los sentimientos de cada persona. Lo que para algunos está bien, para otros es una aberración, como por ejemplo que las mujeres enseñen sus pechos sin pudor. La sociedad ha sexualizado tanto los pechos de las mujeres que hasta las propias mujeres se han convencido de que eso está mal y que no deben hacerlo.

Nick agitó la cabeza porque acababan de irse del tema por completo.

—Gracias por tu opinión —zanjó y volvió su atención a la pantalla del ordenador para releer lo último que había escrito.

—Nick. —Lea esperó que su amigo girara la cabeza para mirarla—. Tus sueños dan miedo. Cena cosas más ligeras.

Nick estuvo todo el día meditando las palabras de Lea. Lo que había estado intentando todos esos días había sido intentar volver atrás, que Jay le recordara

esa parte de su vida que había olvidado, atraer todos esos recuerdos que había dejado atrás. Lo curioso era que, aunque todo lo que vivía era maravilloso, él no terminaba de sentirse bien, y tras la charla con su amiga supo el por qué; porque ese Nick que Jay le contaba no era él, no se sentía él. Gracias a sus experiencias del pasado, las buenas y las malas, había llegado a ser quien era. Había llegado hasta la mañana en que se despertó sin recordar a Jay siendo un hombre adulto soltero que hacía mucho que no tenía una relación estable. Eso marcaba y cambiaba a las personas. El Nick que Jay le mostraba, el Nick que sonreía en las fotos era él, claro que era él, pero sin todo ese bagaje detrás. Por mucho que Jay le contara y rememorara con él ese pasado, jamás lo viviría como lo vivió el Nick original porque, aunque fueran la misma persona, no habían experimentado lo mismo.

Oyó la puerta del apartamento cerrarse y levantó la cabeza de la encimera. Había estado preparando la cena, o al menos lo había estado intentando un rato atrás, hasta que todas esas cavilaciones lo habían abstraído por completo.

—Hey. —Jay soltó la mochila sobre el sofá y lo miró. Luego le miró las manos—. Nick, ¿estás bien? Te has hecho un corte. —Caminó derecho hacia él y le cogió la mano. Había un rastro leve de sangre sobre la tabla de cortar y en el cuchillo—. No parece muy profunda. —Lo llevó hasta el fregadero y abrió el grifo para enjuagarle la herida—. Con una tirita bastará.

—Sí —respondió escueto—. Gracias.

Jay frunció el ceño, cerró el grifo y se volvió hacia él.

—¿Estás bien?

Nick levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Toda, toda su vida había soñado con un hombre así, con una relación así, y cuando lo tenía, no recordaba absolutamente nada. Había intentado mirar hacia atrás para que Jay le refrescara la memoria de su vida juntos, pero ahora sabía que el camino estaba en la relación que tuvieran en el futuro, porque por el pasado ya nada se podía hacer.

—Sí —le aseguró sonriendo un poco—. Me he puesto a pensar y no me he dado cuenta de que estaba cortado la verdura mientras dejaba volar la mente.

—¿En qué pensabas? —Jay caminó hacia el baño para coger un desinfectante, algodón y una tirita. Cuando regresó, comenzó a curarle poco a poco sabiendo que iba a escocer y lo poco que le gustaba a Nick esa situación.

—Pensaba en todo esto de revivir nuestras citas pasadas.

—Sí. —Jay parecía expectante mientras lo curaba.

—Quería agradecerte todo el trabajo que te has tomado conmigo reviviendo



nuestra vida. Ya sabes que tengo muy mala memoria y suelo olvidar muchas cosas. Aunque me importen mucho, mi cabeza no sé por qué no retiene tanto como quisiera.

—Lo sé. —Jay sonrió, algo más aliviado. Le puso la tiritita en el dedo y terminó con la cura—. Lo hago encantando. Revivir lo nuestro no es ninguna molestia para mí, sino todo lo contrario.

Nick se perdió en esos ojos verdes durante unos segundos.

—Eres una persona maravillosa, Jay, pero esto no puede seguir así.

Jay se puso serio de pronto y lo miró fijamente.

—¿Me estás dejando?

—¿Qué? ¡No! —lo tranquilizó.

—Buff. —Jay había estado conteniendo el aliento esos pocos segundos. El corazón le iba a mil por hora y no pudo disimular el alivio que sintió al oírlo—. Es que lo parecía, ¿sabes?

Nick le puso una mano en el antebrazo y se lo apretó. Con ese gesto quería indicarle que lo entendía y que no tenía qué temer nada.

—Eres la persona más buena que conozco, Jay. —Quería decirle que él también lo amaba, pero no quería mentirle, no quería decir algo que no era cierto aún—. Y todo lo que has hecho por mí, no solo ahora, sino siempre, no lo hubiera hecho cualquiera. —Estaba hablando a ciegas, pero conociéndose como se conocía, con todas sus manías y sus defectos, sabía que no había tenido que ser fácil estar a su lado.

—Un placer —respondió—. Siempre.

—Me he cortado con el cuchillo porque me he dejado llevar por mis pensamientos. He pensado en todo esto que estamos haciendo de revivir el pasado, que está muy bien, sobre todo porque sabes que olvido muchas cosas, pero me he dado cuenta de que no podemos basarnos en el pasado, así que me gustaría proponerte que empezásemos de cero, aquí y ahora, y que miremos únicamente hacia delante.

—Sí. —Jay parecía seguirlo, entenderlo y estaba dispuesto a todo por él—. Entiendo que necesites un cambio. Son muchos años juntos y sé que la monotonía no te gusta. Todos los años parecen iguales y creo que nos vendrá bien un nuevo comienzo.

—Gracias. —Hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba en tensión. Jay podría haberse molestado o haberle hecho un millón de preguntas, sin embargo, había aceptado sin más—. Por confiar en mí y por prestarme a todo.

—Haría cualquier cosa por ti, ya lo sabes.

Los ojos de Nick se humedecieron porque no recordaba que nadie le hubiera dicho algo así en la vida. Nunca, y ahí estaba ese hombre, colándose en su corazón por méritos propios.

Se apoyó sobre su pecho y abrió las manos para posar las palmas sobre su jersey. Podía sentir los latidos de su corazón, oler su colonia, incluso podía sentir el calor que desprendía su cuerpo. Lo bien colocada que estaba la tirita sobre su dedo le hizo recordar lo mal que se la habría puesto él, tapando menos de la mitad del corte y apretando demasiado. La pulcritud del trabajo de Jay era algo que había comenzado a admirar por encima de todo.

Levantó la cabeza y se topó con sus ojos verdes. Lo miraban tranquilos, llenos de brillo, enamorado. Había comenzado a sentir algo por él sin tener en cuenta eso de estar casados, de que llevaran toda una vida juntos y de que se conocieran a la perfección. Su vida, su historia de amor iba a comenzar ahí. No iba a dejarse llevar por el pasado, por lo que en teoría debería de hacer, sino por lo que iba a pasar de ahí en adelante.

Tuvo que estirarse un poco para llegar a sus labios. Había más distancia entre ambos, pero los labios de Jay les dieron el encuentro a los suyos a mitad de camino. Lo besó siendo muy consciente de que había comenzado a sentir algo por él por iniciativa propia y no por el pasado que habían vivido juntos. Jay se había mostrado paciente y encantador, sin reclamarle nada. No lo estaba besando por eso, sino porque de verdad lo sentía.

Puso sus labios sobre los de él con lentitud, tomándose todo el tiempo del mundo. Tenía toda la vida si quería pues sabía que Jay iba a esperarlo. Que le hubiera salido al encuentro no adelantó el beso porque dejó que él diera el primer paso.

Nick cerró los ojos abandonándose a esa sublime sensación. Separó los labios sobre los suyos mientras adelantaba con timidez la lengua en esa cálida boca. Podía sentir por cada poro de su piel el beso de Jay. El corazón le latía en los oídos, a punto de salirse del pecho. Ese era el primer beso del resto de su vida y significaba mucho para él.

Cuando la lengua de Jay le salió al encuentro, su mundo comenzó a girar; el beso se aceleró tornándose más carnal y profundo, y la respiración de ambos fue lo único que se escuchaba. Después, poco a poco, la intensidad fue bajando, para calmarse ambos ante el impetuoso deseo que existía entre los dos.

La sangre dejó de recorrerle las venas con furia, y se relajó, dejando que lo

besara de nuevo con tranquilidad. Jay se dejó hacer hasta que se quedaron abrazados en la cocina, meciéndose con suavidad el uno al otro, sin nada que decir, sin nada que objetar. El mundo, simplemente, se paró alrededor de ellos. En ese instante, en ese lugar, solo existían ellos dos.

*14 de octubre de 2016*

Nick llegaba tarde, algo natural en él. Se le había complicado la última hora en el trabajo y había salido con retraso.

Había quedado con Jay para ver una película en el cine. Desde que había tenido esa pequeña charla con él en la cocina, hacía ya casi un mes, se sentía mucho más relajado. Ya no tenía la sensación de que luchaba contra sí mismo porque, hiciera lo que hiciera, jamás vencería. Todo era distinto porque podía ser él sin tener que enfrentarse a mil preguntas. Jay estaba teniendo toda la paciencia del mundo, todo le parecía bien, y se lo veía feliz a su lado. Ojalá pudiera recordar ese pasado que tenían juntos, pero como no podía, al menos de momento, lo mejor era empezar a construir un presente porque vivir en el pasado no era sano, sobre todo en uno que no existía.

—Llegas a lo justo. —Jay lo estaba esperando en la puerta del cine, con las entradas ya compradas en una mano y una de sus chocolatinas favoritas en la otra—. ¿Mucho trabajo?

—Un poco. —No quiso entrar en detalles porque ni él mismo se había enterado muy bien de lo que había sucedido—. Ha sido un poco confuso.

—Bueno, ya has terminado, así que ahora a relajarse, a ver la película y a disfrutar de las chocolatinas.

—Gracias. —Se estaba acostumbrando a que lo mimara así, a que estuviera pendiente de él en todo momento, y le gustaba mucho. Convivir con Jay era tan fácil, y eso le asustaba porque siempre se había valido él solo sin necesitar a nadie más a su lado.

Kane cargó el último palé de ese camión con el elevador y le echó un vistazo a la lista que tenía en la mano. Le quedaban dos camiones más por completar y tenía

ya la espalda machacada de haber llevado algunos sacos sobre los hombros. Faltaba personal en el almacén. Juanjo y él no lo podían hacer todo. Tom ayudaba, pero no podían saturar al nuevo con todas las responsabilidades. No querían machacar al muchacho nada más llegar.

Resopló tomando un respiro y miró al horizonte por la enorme puerta de descarga. A lo lejos se veían las montañas y unas nubes oscuras que presagiaban que el tiempo iba a cambiar a lo largo del día.

—Tengo buenas noticias. —Juanjo llegó a su lado y lo miró. A pesar de su enorme barriga redonda y su pelo ondulado, ese hombre tan grande y corpulento tenía un dulce y delicado timbre de voz con un deje de acento latino—. O malas, según lo mires.

—¿Sí? —Kane aprovechó esa oportunidad para tomarse un descanso—. Es curioso que siendo el encargado me entero de todo más tarde que tú.

El hombre sonrió.

—Serás el encargado, pero yo llevo aquí más años que esas montañas que estabas mirando, y nuestro superior también. Sigue teniendo la costumbre de decirme las cosas a mí antes que a ti.

Kane se encogió de hombros restándole importancia. Le daba igual porque allí solo trabajaban ellos tres, y el hecho de ser encargado no lo hacía librarse de las peores obligaciones.

—¿Cuáles son las buenas noticias?

—Vamos a tener un nuevo miembro en el equipo.

Kane levantó las cejas asombrado por la noticia.

—¿Sí?

—Eso me han dicho.

—¿Pero tiene experiencia en almacén o hay que enseñar a otro chico desde cero?

—Tiene experiencia y es muy competente. O al menos eso dice su currículum.

—Perfecto. ¿Cuándo empieza?

—Mañana, pero en la central, porque ya sabes que antes tiene que hacer el curso que impone la empresa. Luego lo mandarán para acá. Su nombre es Crawford. Logan Crawford.

Kane asintió observando de nuevo las montañas. No podía apartar la mirada de las nubes negras que ya estaban casi sobre ellos.

Kate aparcó la vieja tartana que su hermano le había dejado para moverse por la ciudad para ir a clase, en el parking del edificio donde se impartía el curso. Cogió su mochila y sus cosas del asiento del copiloto y caminó hacia la clase. Llegaba con tiempo, así que no tuvo necesidad de ir corriendo como le había pasado otras veces. Se unirían los dos grupos de estudio por primera vez desde que habían empezado varias semanas atrás, y estaba algo nerviosa por conocer a sus nuevos compañeros de la otra clase. Las prácticas serían siempre así, con los dos grupos unidos, porque visitarían distintos veterinarios, centros de animales y equipos de rescate, y para eso tenían que estar todos juntos. Se llevaba bien con los integrantes de su grupo, aunque aún no los conocía demasiado.

Comenzaron diez minutos más tarde, cuando todos se unieron en la sala de audiovisuales y el profesor tomó la palabra.

—Bienvenidos. Ya me conocéis, pero por si acaso hay algún despistado, mi nombre es Mark. —El hombre, bajito, delgado y con un espeso pelo dorado adornado de canas, los miró uno a uno con sus expresivos ojos claros y dio su aprobación mental, como si hubiera pasado lista mientras hablaba—. Durante las prácticas vais a estar los tres grupos juntos. Haremos muchas salidas, por lo que es fundamental que todos nos llevemos bien. El curso nos proporciona un minibús que utilizaremos cuando tengamos que desplazarnos. Ahora diré los grupos de trabajo. —Miró por primera vez el papel que traía en la mano—. Karla, Roger, Olga y Leonard, seréis el grupo de prácticas número uno. Jackson, Michael, Laura y Kate, el grupo dos, y Johanna, Kim, Steve y Cris el tercero. No podéis cambiaros de grupo, así que os sugiero que liméis vuestras asperezas ahora porque el resto del curso vais a tener que trabajar duro codo con codo.

Hubo varias miradas furtivas, pero nadie dijo nada. En silencio, cada grupo se reunió, juntándose los miembros en un mismo lado, y esperaron las siguientes órdenes de Mark. El hombre esbozó una sonrisa y se los quedó mirando. Bien, le gustaba que sus alumnos fueran obedientes.

—Colgaré las fechas en el tablón de la entrada con todas las salidas y visitas que haremos a los distintos centros. Las fechas están sujetas a cambios, pero os servirán para orientaros. Vamos a comenzar.

Kate miró a su grupo, donde se presentaron con un saludo simple y ocuparon cada uno una mesa.

—Tú vienes de Texas, ¿no?

Kate se volvió para mirar a un chico moreno de ojos color miel.

—Sí, ¿por? —susurró para que su voz no sobresaliera ante el silencio que se

había formado en la clase.

—Por nada. Me gusta Texas —respondió el joven con una sonrisa en los labios.

Ella le respondió con una sonrisa fingida en los labios y sin poder evitar sentirse como si viniera de Marte.

Convivir con Jay era muy fácil. Era un hombre atento y sincero, con un peculiar sentido del humor. No sabía cómo lo hacía, pero siempre que necesitaba desconectar, él le sacaba una sonrisa. Se había acostumbrado a su presencia, a tenerlo alrededor, a contar con él.

Pronto harían dos meses desde que había aparecido en su vida, o desde que su mente había decidido olvidar algo tan importante para complicarle un poquito más la existencia. Fuera como fuese, se alegraba de que Jay estuviera con él.

Apenas recordaba esas largas tardes a solas. Nunca se había quejado porque había vivido la vida tal y como había ido viniendo, pero después de conocerlo, estaba claro que nada sería igual. Irremediablemente, y poco a poco, había empezado a sentirse atraído por él. Al principio pensó que era un acto reflejo porque Jay era muy atractivo.

Con el paso de los días y de la convivencia diaria, había ido enamorándose de él. Lo había ido conociendo, aprendiéndose sus manías, memorizando sus gustos y compartiendo muchos de ellos. Ahora sabía con certeza que sentía algo más porque se le iluminaba la habitación cuando él llegaba y el estómago saltaba de manera extraña para un lado y para el otro cuando oía su voz, incluso cuando olía su colonia.

Habían compartido varios besos, pero nada más. Desde que tuvieron esa charla en la cocina, en la que le pidió comenzar otra vez, con calma, y Jay había aceptado, él no había podido evitar ir poco a poco enamorándose de él. Jay parecía haberlo entendido muy bien, se había amoldado a sus necesidades y había dejado las suyas a un lado. No era que no las tuviera, porque se moría porque estuvieran juntos de una manera un poco más íntima; era que se había adaptado a él y nada más. Ahora era el propio Nick el que necesitaba dar un paso más, subir el siguiente escalón, y no solo se lo pedía su mente, sino también su cuerpo.

—Cuando me dijiste que te ibas a echar una siesta, pensé que sería algo normal de veinte o treinta minutos.

Nick parpadeó al escuchar la voz de Jay al otro lado del dormitorio. Se desperezó e intentó ver la hora que era, pero tenía los ojos aún medio cerrados.

—¿Qué hora es? —La voz le salió algo ronca. Había decidido echarse un rato después de comer porque de nuevo el dolor de cabeza había estado torturándolo por la mañana y aunque se había dado una ducha para aliviar la presión, no había surtido el efecto deseado. Ahora parecía que no había rastro del dolor y se sentía como nuevo.

—Tarde. —Jay caminó hacia el baño sin detenerse—. Tu hermana nos matará si llegamos tarde. Le prometimos ayudarla con la fiesta.

Nick parpadeó confundido.

—¿Qué fiesta? —Alzó la voz para que Jay lo escuchara desde el baño. Había abierto el grifo de la ducha y se escuchaba el chorro caer sobre la cerámica del suelo.

—Hoy es Halloween, ¿recuerdas?

—Sí, cierto. —Se llevó las manos a la cara para despejarse del todo. Encendió la luz de la mesilla de noche y se quedó tumbado un poco más. A lo lejos oía el sonido de la ducha y a Jay tararear una canción que no reconocía. Se quedó mirando al techo, absorto en sus propios pensamientos sin darse cuenta de que el tiempo avanzaba inexorable.

—A Jane le molesta mucho que llegues tarde. —Jay entró en el dormitorio completamente desnudo y se paró frente a él para abrir un cajón de la mesita de noche—. Necesito ropa interior nueva. Me aburre ver que solo tengo ropa negra o blanca. —Se incorporó con unos calzoncillos en la mano—. ¿Alguna sugerencia de color?

Nick se había quedado mirando ese trasero tan redondo y tan bonito. Cuando Jay se giró hacia él, se le secó la boca al verle en toda su gloria, tan majestuoso y tan... perfecto.

—Nick, ¿me estás escuchando?

—Sí —jadeó más que otra cosa. Tuvo que recapitular lo que estaban hablando para poder responder—. Naranja.

—¿Naranja? —Jay levantó las cejas. Se acababa de poner los calzoncillos con un movimiento rápido y al terminar lo miró con las manos apoyadas en las caderas—. No tienes ni una sola prenda naranja en todo tu armario.

Quizás no, pero el color naranja sobre esa piel tenía que ser algo digno de ver. Se levantó para vestirse y se quedó congelado al sentir que estaba erecto bajo el pantalón del chándal. Esa fina tela lo había traicionado y revelaba cómo se sentía



sin dejar un atisbo de duda. Jay se dio cuenta y no pudo evitar esbozar una sonrisa sabiendo de sobra que el causante de ese estado era él.

—Qué pena que vayamos tarde, porque me habría quedado desnudo más tiempo. Incluso me habría metido en la cama contigo un rato —susurró muy pegado a su oído, como si solo pudieran enterarse ellos dos porque la habitación estuviera llena de gente.

El olor de su loción para después del afeitado no ayudó en absoluto, e hizo que Nick se quedara sin respiración, para replantearse si de verdad no podían quedarse unos minutos más. Estaba tan excitado que dudaba poder durar más de cinco minutos. Para él era toda una sorpresa que su cuerpo reaccionara así porque se había tomado las cosas con mucha calma. Se había negado a dejarse llevar por sus instintos por mucho que lo deseara. Necesitaba sentir algo más, ser lo más honesto posible, y ahí estaba de una vez por todas la sinceridad de su cuerpo; mostrando una enorme erección en el momento más inoportuno.

—Lo siento —fue todo lo que pudo responder, con un rubor en las mejillas y sin poder apartar la mirada del suelo.

—¿Lo sientes? ¡Yo no! —Jay lo abrazó y hundió su cara en el hueco de su cuello, para oler su piel.

Nick se abrazó también a él, y sintió la piel caliente de Jay traspasar su ropa. Ese hombre había tenido la paciencia de un santo. Desde que habían hablado en la cocina, no lo había instado a nada. Cualquier otra persona no habría aguantado tanto, y ahora que su cuerpo parecía haberse desbloqueado y que estaba preparado para dar un paso más en su relación, no tenían tiempo para ello.

—Vamos a vestirnos. —Jay lo estrechó con algo más de fuerza justo antes de soltarlo—. Porque si sigo aquí un solo segundo más, voy a atarte a la cama y me va a dar igual si hemos prometido a Jane ayudarla con su fiesta o no.

Nick sonrió. Estaba de acuerdo. Tuvo que respirar hondo para serenarse. No podía ir así a una fiesta infantil.

—Toma. —Jay le tendió su disfraz.

—¿Vamos a ir vestidos desde casa? —preguntó cogiendo la larga túnica negra.

—Sí. Llegaremos tarde, así que lo más probable es que no nos dé tiempo de bajarnos del coche antes de que tu hermana nos ponga dos poncheras en las manos, llenas de caramelos, y nos mande a un montón de niños excitados por el subidón de azúcar.

Jane llevaba años organizando la fiesta de Halloween, desde que Derek era pequeño. A ella le encantaba y con el paso de los años se había ido haciendo más

y más popular en el barrio, hasta tal punto que solía tener visitas de niños que pedían caramelos y haciendo un *tour* tenebroso por el patio de su casa desde primera hora de la mañana.

—Espero no matar a nadie. —Nick se puso la túnica larga negra y se ajustó la capucha—. Yo no tengo tanta paciencia como vosotros.

—Lo sabemos. —Jay también se puso la túnica. Cuando terminó, cogió las dos caretas con una mano para dejarlas bajo el brazo contrario mientras empujaba a Nick para que se diera prisa—. Vamos, nos las pondremos en el coche.

—Espera un momento —Nick se dejó arrastrar hasta la puerta de entrada—. No irás a conducir con la máscara de *Scary Movie*, ¿no? Me niego.

—No, tranquilo, pero nos las pondremos antes de llegar, para que nos vean los chicos. He decorado el coche y todo.

—¿Qué?!

Jane era una experta en niños. Los entendía muy bien y tenía mucha paciencia para soportar desde los cambios de humor de los más mayores, hasta los llantos incontrolados de los más pequeños. Disfrutaba con ellos y adoraba celebrar Halloween. Hacía unas galletas con forma de momias que estaban riquísimas, y el consumo disparatado de caramelos le era también ventajoso porque Paul, su marido, era dentista, y su consulta a principios de noviembre solía estar repleta gracias a días como esos.

Ese año los despliegues en decoración, ambientación y alimentación no habían sido menos. Toda la casa estaba adornada con murciélagos y telas de arañas, incluso había colocado varias lápidas en el jardín delantero con melodías siniestras.

A Derek todo eso le parecía patético. Se había encerrado en su cuarto y se negaba a bajar. En circunstancias normales habría salido con sus amigos por ahí, pero llevaba varias semanas demasiado apático. Se había tomado muy mal que le pusieran un aparato, que por muy caro y efectivo que resultase, se seguía viendo, aunque se pusieran en la otra punta de la habitación. Sin contar que le dolían los dientes ni el mantenimiento de limpieza que requería esa cosa, porque ya no valía un simple cepillado. Todo eso, el hecho de ser el último en pegar el estirón de todos sus amigos y del colegio entero, había convertido su vida en una auténtica mierda.

Llevaba un rato tumbado sobre la cama. Había leído un par de revistas, había

mandado varios mensajes rechazando las ofertas de sus colegas para salir por ahí, y había jugado a la consola los últimos treinta minutos. Estaba aburrido y agobiado sin poderlo evitar. La charla que había tenido semanas atrás con sus tíos le había venido bien, aunque conforme habían ido pasando los días, había vuelto a su estado normal. Se encontraba en una encrucijada donde no tenía claro lo que quería, y las prisas porque todo sucediera lo antes posible no ayudaban en absoluto.

Se incorporó de la cama y miró por la ventana que tenía a un lado. Vio a un grupo de niños acompañados de un par de adultos dirigirse hacia su casa. Estaba esperando que las visitas parasen para ir a hablar con Nick o con Jay. Su madre los había reclutado, como todos los años, y por los gritos de niños que oía que provenían de la planta de abajo, ambos se habían metido muy bien en sus papeles y lo estaban haciendo muy bien.

Volvió a tumbarse y cerró los ojos, a ver si así pasaba el tiempo un poco más rápido.

En la planta de abajo la cosa se volvió algo turbia cuando uno de los niños más mayores le manchó la túnica a Jay con el caramelo líquido que llevaba en un pequeño recipiente. Sin perder tiempo, subió a la planta de arriba para enjuagarse antes de que se solidificara o le hiciera un boquete en la ropa, lo que sucediera antes. Sospechaba que, solo con olerlo, iba a tener un par de caries al día siguiente.

—¿Te ayudo? —Nick apareció tras él y juntos entraron en el baño cerrando la puerta tras ellos—. Vi que ese niño te tiraba algo en la túnica. ¿Qué es? —Se arrimó para oler y se alejó un segundo más tarde tras descubrir algo picante y azucarado en la prenda—. Parece picapica.

—No sé lo que es, pero a tu hermana se le va a poner el suelo que no veas, y de niño, nada. —Jay parecía algo enojado. Se quitó la túnica y comenzó a lavar la zona frontal debajo del grifo del lavabo—. Ese tenía más bigote que yo. Jane debería poner un límite de edad, o darnos un plus de peligrosidad.

Nick asintió dándole la razón. Los niños pequeños eran fantásticos porque se asustaban con nada, pero los más mayorcitos a menudo recurrían a bromas pesadas como esas. Era curioso ver a Jay enfadado porque él estaba acostumbrado a tratar con niños, aunque de menor edad. Los adolescentes eran ya otra categoría aparte.

—Ponte mi túnica porque esa no se va a secar y tú la necesitas más que yo, que estás colocado en la puerta principal recibiendo a los niños. —Se levantó la prenda y se la quitó para ofrecérsela a Jay. Este la aceptó, pero antes estiró los brazos hacia arriba para desprenderse del jersey porque tenía algo de calor.

Nick no pudo evitar mirarle esa pequeña porción de piel del abdomen de Jay que quedó al descubierto. No había ni un atisbo de vello y toda esa zona parecía estar más suave que el trasero de un bebé.

Su cuerpo reaccionó de inmediato a eso que estaba viendo y que le gustaba mucho. Su respuesta fue tan abierta y sincera que no se molestó en ocultarla en absoluto. De todas formas, tampoco habría podido.

Jay, que había dejado el jersey a un lado y había cogido la túnica de Nick, no se percató de lo que pasaba. Cuando terminó de ponerse bien su nuevo atuendo y estirar la tela negra para que cayera hacia abajo, levantó la vista y se topó de lleno con la evidencia.

Le complacía que Nick hubiera comenzado a reaccionar a él. Debía de admitir que se había asustado un poco cuando habló con él en la cocina, porque había llegado a pensar que quería que se tomaran un descanso, pero no; Nick necesitaba ir a su ritmo, siempre había sido igual, y no iba a cambiar ya a esas alturas. Por supuesto, él iba a darle todo el tiempo que necesitase, aunque se volviera loco esperando. Ahora, al verlo de nuevo reaccionar ante su cuerpo, no pudo evitar ronronear mientras esbozaba una sonrisa descarada. Avanzó los dos pasos que lo separaban de él y lo arrinconó contra la puerta del baño.

Atacó sus labios con fiereza, los poseyó por completo y lo instó a que los abriera para colarse entre ellos. Al sentir que Nick cooperaba sin oponer resistencia, no pudo evitar que un gruñido de satisfacción saliera del fondo de su garganta. Pegó su cuerpo más al suyo, se amoldó a él, y lo obligó a separar las piernas para acomodarse entre ellas. Le había puesto las manos en la cadera, y apretaba las yemas de los dedos sobre el vaquero, luego lo agarró por el muslo y le levantó una pierna para colocarla alrededor de él. Quería sentirse apresado por su cuerpo. Entonces comenzó a frotarse, restregando su cadera con la suya, sintiendo la erección a pesar de la ropa y necesitando tenerla más cerca.

—¿Puedo? —Jay le preguntó con el borde de los dedos metidos por la cinturilla del pantalón. Necesitaba tocarlo ya, pero no quería ir demasiado rápido y obligar a Nick a hacer algo que no quisiera hacer.

Nick estaba más que preparado. Adelantó las caderas en señal de invitación, entregándose a él.

—Nick. —Jay seguía frotándose contra su cuerpo, con la mano en el mismo sitio y sin moverla de donde estaba—. Dímelo con palabras. Quiero oírte.

—Sí —jadeó. Tenía la cabeza echada hacia atrás, perdido en el vaivén de las caderas de ese hombre. Había bajado la pierna de nuevo al suelo y, aunque echaba de menos rodearle la cadera, ahora necesitaba con urgencia que lo tocara de otra manera—. Sigue, por favor.

Dicho y hecho. No iba a tener que repetírselo dos veces. Con dedos ágiles, Jay le abrió el primer botón del pantalón para luego ir haciendo lo mismo con el resto. Un slip verde oscuro y algo humedecido le dio la bienvenida. Siendo incapaz de controlarse, lo abarcó entero con la mano por encima de la tela, y apretó después con algo de fuerza sobre la erección.

Nick gimió. Todo su cuerpo, hasta la última célula de su ser, estaba en sintonía con ese momento. Sentía los labios de Jay sobre su cuello y la mano en su humedecida entrepierna. Sin darse cuenta echó las caderas hacia delante, buscando más fricción de manera desesperada.

Los dedos ágiles de Jay tiraron del elástico de la cinturilla y se deslizó hacia dentro para liberarle luego. Ambos lanzaron un gemido de satisfacción.

—Nick, sí —extasiado, le mordió el cuello con algo más de fuerza, lo que provocó que todo el cuerpo de Nick se agitara y temblara de la cabeza a los pies. Había comenzado a recorrerlo con la mano, subiendo y bajando por su miembro, ayudado por la lubricación natural de Nick—. Eres increíble.

—Jay, por favor. —Nick tenía los ojos cerrados y le rogaba sin poder parar algo que no conocía.

Jay jugaba con ventaja porque sabía lo que le gustaba y lo que no, pero Nick iba a oscuras porque todo eso era nuevo para él. Al principio pensó en dejarse llevar, pero luego comprendió que quería tocarlo, ya no solo porque estaría también excitado, sino porque sus manos necesitaban acariciar su piel.

Tocarlo fue algo complicado porque la túnica impedía cualquier tipo de acercamiento. Solo pudo palparlo por encima de la holgada tela. Lo tanteó con los dedos, amoldó luego la palma de la mano para abarcarlo toda la erección y apretarle por la frustración que sentía al no poder tocar como él quería.

—Luego. —La voz de Jay sonó ahogada. Tenía los labios húmedos e hinchados por sus propios besos—. Primero vamos a encargarnos de ti.

Nick no fue capaz de llevarle la contraria, no podía. El cerebro le iba a toda velocidad, asaltado por un centenar de sensaciones nuevas y placenteras.

Agachó la cabeza para observar toda la escena; la mano de Jay lo tenía bien

agarrado. Subía y bajaba el puño con firmeza, deslizando el dedo pulgar sobre el glande, para ayudar así a esparcir hacia los lados la humedad que rezumaba y que favorecía a que la mano se deslizara con mayor facilidad. La visión de sí mismo le cortó la respiración. Le gustaba tanto lo que estaba sintiendo que dudaba poder controlarse mucho más.

—Jay —gimió. Era la primera vez que jadeaba su nombre. Se había terminado de adaptar a él, de conocerlo, de entregarse casi por completo. Si no estuviera cien por cien seguro de lo que estaban haciendo, no estarían ahí en ese momento—. No voy a poder controlarme mucho más.

—No te controles. —Jay le apesó los labios con más besos para luego ir bajando por su barbilla de nuevo hacia su cuello. Sabía que esa era una de sus zonas más erógenas y si lo besaba ahí, tenía ganada la batalla incluso antes de empezar—. Nick —susurró su nombre consciente del efecto que provocaba en él—. Eso es. Córrete para mí.

Las palabras de Jay, unidas al mordisco que le propinó en el cuello fueron más que suficiente para que Nick apretara los dientes mientras cedía a toda la presión que sentía. Se abandonó a todo, cerró los ojos con fuerza, y liberó su cuerpo.

El orgasmo arrasó con él durante varios segundos largos, donde solo pudo dejarse ir como un barco a la deriva. Caía, caía y caía, pero no le importaba; todo estaba bien, la sensación era maravillosa y la voz de Jay cerca de oído era como un canto de sirena que lo arrastraba hacia el fondo sin cuestionarse nada.

Con un gemido final exhaló todo el aire que había estado conteniendo y todo su cuerpo se relajó ante la creciente calma que venía después de la tempestad.

—¿Todo bien? —Jay ya sabía que sí. Notaba el latido de Nick en la vena del cuello y lo escuchaba respirar cada vez más relajado. Le dio un beso en el lóbulo de la oreja y se irguió para mirarlo—. ¿Mejor?

Nick esbozó una sonrisa tímida. El rubor se había apoderado de sus mejillas porque se había dejado llevar sin importarle nada, sin darse cuenta de nada más. No había agachado la cabeza para mirarse, no hizo falta porque sentía que Jay aún lo tenía agarrado, con toda la mano manchada y pringosa.

—Sí —susurró, riéndose. No podía hacer otra cosa. Se sentía de maravilla y ya de nada servía sentir vergüenza.

La voz de Jane llegó peligrosamente cerca de ellos, lo que provocó que ambos se pusieran en tensión de inmediato. Jay apartó la mano y caminó rápido hacia el lavabo para enjugarse, y Nick se puso la ropa bien en apenas segundo y medio. Jane no iba a entrar en el baño sin avisar, pero no iban a tentar a la suerte, por si

acaso.

Por suerte para ambos, Jane siguió su recorrido por la casa, pasó por delante de la puerta del baño, y desapareció en el fondo de la casa.

—Dios, ha estado cerca. —Nick soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones cuando escuchó la voz de su hermana alejarse por el pasillo—. Creo que estaba regañando a un niño.

—Espero que fuera al que me tiró toda esa mierda encima. —Terminó de lavarse las manos, se las secó y regresó a él—. Aunque quizás debería de darle las gracias porque por su fechoría hemos acabado aquí en el baño. Voy a mandarle una cesta de caramelos a su casa.

Nick no pudo evitar sonreír.

—Te veo capaz. —Aprovechó que Jay se había acercado a él para ponerle una mano sobre el estómago para sentir su calor.

Jay puso la mano sobre él y lo miró.

—La voz de tu hermana ha conseguido lo que ni el agua fría consigue; quitarme el calentón en apenas un segundo.

La risotada de Nick se escuchó por toda la casa. En teoría nadie debía de saber que estaban ahí dentro, pero no lo pudo evitar. Entendía a la perfección a Jay, así que asintió, sabiendo que el momento había pasado, pero que volverían a recuperarlo más tarde cuando llegaran a casa. Tenían que salir del baño sin llamar demasiado la atención.

Nick fue primero. Abrió la puerta y caminó recto por el pasillo como si la cosa no fuera con él. Jay salió tras él, pero se paró al ver que, al lado de la puerta, Derek lo miraba apoyado en la pared, con una pierna cruzada a la altura de los tobillos y una sonrisa socarrona en el rostro.

—¿Desahogándote de este infierno? —La sutileza y Derek no eran amigos precisamente.

Jay podía haber disimulado, pero para qué, si Derek ya no era ningún niño.

—Ojalá, pero la voz de tu madre tiene el mismo poder que el bromuro.

Derek asintió, comprendiéndolo.

—Ahora ya sabes lo que es vivir en esta casa.

Jay le palmeó el brazo y se fue, para dejar solo al muchacho tras él. Derek asomó la cabeza dentro del baño, pero no vio nada extraño ni fuera de lugar. Sonrió y volvió a su cuarto dispuesto a no salir hasta que no terminase esa estupidez de fiesta que su madre había organizado.

Kane miró a lo lejos, más allá de las montañas que veía desde la puerta del almacén de carga y descarga donde esa mañana había visto amanecer. Llevaba toda la noche trabajando porque iban a recibir dos camiones de mercancías. Luego había empalmado con el siguiente turno. A mitad de mañana, ver llegar esas nubes demasiado negras a lo lejos le dio igual. Ojalá diluviara. Se sentía de un humor similar al tiempo y el cansancio no ayudaba. Agarró su teléfono móvil del bolsillo y llamó a su hermana.

—Kate. ¿Ya estás en casa?

—Acabo de llegar. Iba a llamarte yo ahora para preguntarte qué te apetece comer, aunque no puedo entretenerme demasiado porque esta tarde tengo mi primera práctica en el hospital veterinario y tengo que llegar pronto. No volveré en toda la noche porque voy a hacer mi primera guardia. Estoy muy nerviosa porque no sé si estoy preparada, pero tengo muchas ganas de hacerlo.

Kane apretó los labios. El hospital veterinario le traía muy malos recuerdos y que se lo nombraran cuando no se encontraba bien no ayudaba en absoluto. Carraspeó por lo bajo intentando aclararse la voz.

—No hagas nada, no te preocupes. Te llamaba para decirte que me tengo que quedar aquí, hasta esta noche.

—Pero ¿cuántos turnos seguidos haces tú?

—Demasiados —respondió Kane sin entrar en detalles—. Oye, ya que estás ahí, cierra bien las ventanas, por favor. Se acerca una tormenta de las gordas.

—Entendido. Hasta mañana.

Kane se despidió de ella y colgó. Dejó el teléfono en su sitio y observó de nuevo el cielo, que parecía ponerse cada vez más oscuro por minutos.

—Kane —ladró Juanjo tras él—. Problemas con un camión. Ven.

Kane cerró los ojos un segundo. Ojalá que cuando los abriera estuviera en alguna otra parte muy lejos de allí. No pedía ninguna isla paradisíaca ni nada por el estilo; con estar en su cama se conformaba. Al final abrió los ojos, se giró y caminó hacia su compañero. No le quedaba otra.

Un camión de la compañía había volcado no muy lejos del almacén por culpa de la lluvia y habían avisado a Kane para que se personara en el lugar del siniestro. Por fortuna, no había que lamentar víctimas mortales, pero el vehículo había quedado destrozado. Tras comprobar el estado de todo, llamar al seguro y asegurarse de que hacían las cosas bien, Kane regresó al almacén calado hasta



los huesos y cansado de la vida en general. Cuando llegó, Tom le salió al encuentro.

—Ha estado aquí la perrera.

—¿Qué?

Tom parecía muy nervioso y le costaba expresarse con claridad.

—Al poco de marcharte, apareció un gato negro enorme, o una pantera, yo qué sé. Era brutal. Parecía estar herida y lo estaba manchando todo de sangre. Se desplomó ahí en medio. —El joven señaló a unos metros de distancia de donde se encontraban. En el suelo aún se veían rastros de sangre que había sido limpiada de mala manera—. Entonces llamé a la perrera.

Kane se puso en alerta.

—¿Qué perrera, Tom?

—No sé. Los nuevos esos del amanecer o como se llamen. Por casualidad el otro día dejaron publicidad metida en el buzón y los llamé. ¿Por qué?

Kane no respondió a su compañero. Cogió su teléfono móvil y buscó la ubicación en el GPS de donde se encontraba ese sitio. En teoría, El Nuevo Amanecer era una perrera no del todo legal que trataba a los animales que caían en sus manos de muy mala manera. Precisamente Kate le había estado hablando el día anterior sobre ella y sobre lo dudosa que le parecía.

—Me voy —fue todo lo que dijo cuando comprobó que no estaba demasiado lejos de allí—. Llama a Juanjo y que cierre él.

Conducir mientras llovía era peligroso, y conducir bajo una tormenta infernal a la velocidad en que conducía Kane rayaba ya lo imposible. Apenas veía a través de los cristales y los limpia parabrisas no daban abasto para apartar el agua que caía, pero él seguía su camino. Sospechaba lo que hacían en ese centro con los animales que eran peligrosos y llegaban muy heridos. No les daban ninguna posibilidad, y los dejaban morir sin recibir asistencia veterinaria ni cuidados de ningún tipo. El que no moría, lo mataban ellos. En teoría llevaban un control de los animales que tenían en el centro, pero no se cumplía como debía porque en lugar de decir que habían recogido de las calles quince animales, si habían cinco sin chip ni placa de identificación, se deshacían de ellos inmediatamente y solo declaraban diez. Mantener animales a lo tonto para ellos era un gasto de pienso que podían ahorrar para otra cosa. Y nadie se enteraba de lo que hacían allí dentro. Él lo sabía porque Kate lo había puesto al día en las pocas semanas que

llevaba con él y le había hablado muy mal de ese sitio, que era muy conocido entre las personas que luchaban por los derechos de los animales porque intentaban recoger pruebas para poder cerrarlo.

Entró en las instalaciones sin vacilar. La puerta estaba abierta y caminó hacia un edificio pequeño de planta baja donde había un cartel de oficina a un lado. Al entrar, un hombre y una mujer se lo quedaron mirando. Kane venía empapado de la cabeza a los pies, con su media melena pegada a la cara y las botas dejando huellas de barro tras él.

—¿Podemos ayudarle? —La mujer de pelo negro y rizado lo miró de malas maneras.

—Sí. Han recogido a un gato que estaba en el lugar donde trabajo. Vengo a por él.

El hombre del bigote lo miró con una ceja levantada y con cara de pocos amigos.

—Ese gato está en cuarentena.

Kane no se dejó amedrentar.

—Ya haré yo la cuarentena con él en mi casa. Vengo a adoptarlo. Estoy en mi derecho, ¿no? Al menos eso dice en las ordenanzas municipales; que cualquier ciudadano puede venir a ver las instalaciones y adoptar cualquier animal que esté disponible. —Cuando llegase a casa iba a tener que darle las gracias a Kate por toda la información que le daba.

El hombre y la mujer se miraron apretando los labios. Ella se quedó mirándolos de mala manera tras su escritorio mientras el hombre salía con Kane para enseñarle las instalaciones. El hombre del bigote, alto y muy delgado, parecía ser la viva imagen de una momia, y las numerosas canas que tenía en el cabello daban fe de ello.

—Estos son los gatos que tenemos en adopción ahora mismo —dijo también con muy mal tono. Había abierto un paraguas para no mojarse y en ningún momento le había ofrecido cobijo a Kane con él.

Kane miró los cheniles con una mirada triste desesperada. Aquello era desolador, con techos de plástico fino y de mala calidad. En algunos calaba el agua, haciendo que los pobres gatos se amontonaran en una esquina para no mojarse.

Vio un chenil tras otro, pero en ninguno estaba el gato que estaba buscando.

No sabía cómo era, solo que era enorme y negro, y ninguno de los que había visto se ajustaba a esa descripción.

—¿Dónde está el que estoy buscando?

—Aquí están todos. —Se notaba a la legua que el hombre mentía.

—No. —Kane no iba a dejarse engañar—. ¿Se cree que soy tonto?

El hombre no respondió, esbozando a cambio una sonrisilla, dándole a entender que sí que pensaba que lo era. Eso hizo enfurecer a Kane porque si había algo que odiaba era que le tomaran el pelo de mala manera.

—Podemos llamar a la policía —soltó sin preámbulos—, y de paso que echen un vistazo si se está cumpliendo la normativa y todo lo demás.

La amenaza surtió efecto y el hombre comenzó a andar hacia otra zona del recinto, hacia el fondo, donde había otros cheniles apartados, sin apenas techo y en muy malas condiciones.

—El gato que quiere está en aislamiento. —Señaló al animal que estaba tumbado en el suelo y mojándose por la lluvia. Tenía los ojos cerrados y no se movía.

—¿Esto es tenerlo aislado? —gruñó—. Me lo llevo.

—No puede.

—¿Por qué?

—Porque es peligroso. —Ambos habían subido el tono de voz. El hombre agarró un palo que había al lado de la puerta y zarandéó al enorme gato, que gruñó y siseó revolviéndose—. ¿Lo ve?

Kane tuvo que apartarse el agua de la cara para seguir respondiéndole.

—Yo también lo atacaré si me diera con un palo —respondió—. Abra la jaula. Me lo llevo.

—No.

Kane ya estaba cansado de todo eso. Sacó el teléfono dispuesto a llamar a la policía, pero la voz del hombre lo detuvo.

—Está bien, pero bajo usted caerá la responsabilidad de lo que se lleva. Este gato es un salvaje, es un asesino en potencia y usted será la primera víctima en caer. —Abrió la jaula tirando con fuerza del pestillo—. Después no diga que no se lo advertí.

Lo lógico hubiera sido meterlo en un transportín, pero dudaba de que fueran a darle alguno. El gato, al oír la puerta abierta, se levantó y los miró. Kane tuvo que admitir que era un ejemplar magnífico, aun incluso con ese mal aspecto.

—Se le echará al cuello y lo matará. —El hombre del bigote retrocedió varios

pasos para alejarse de la puerta.

—Lo dudo. —Ojalá fuera así, porque no había tratado con gatos en su vida. Podían tener cuatro patas como los perros, pero no eran iguales. Por lo pronto, se quitó la chaqueta y la dejó en el suelo, luego se agachó y miró al animal a los ojos—. Ven. Quiero ayudarte.

El tono fue sincero y tranquilo. A lo lejos escuchó al hombre del bigote chasquear la lengua, lo más seguro que burlándose de él, pero le dio igual. No iba a darse por vencido.

—Ven conmigo, gatito. Vamos a salir de aquí —profundizó el tono—. Quiero salvarte —se sinceró—. Ven conmigo a casa. Por favor.

El gato dio un paso delante como si lo hubiera entendido, luego otro más hasta salir de la jaula.

—¡Agárrelo! —La voz del hombre del bigote era de auténtico terror—. ¡Va a ir a por usted!

Kane no se había movido del sitio. Veía al gato acercarse a él, pero no hizo nada, solo admirar la belleza y la elegancia al caminar de ese animal. Cuando el gato llegó a su chaqueta, se puso encima y se tumbó.

Evitando hacer movimientos bruscos, Kane envolvió la mojada tela alrededor del gato y lo cogió en brazos. Pesaba, era muy grande, pero podía con él.

—Le puedo dar mucho dinero por él. —El hombre del bigote estaba a cierta distancia, observándolo—. Déjelo aquí y le daré muchísimo dinero. Más del que haya visto jamás.

—No me interesa el dinero. —Con el animal en brazos, Kane regresó a la oficina donde la mujer seguía con mala cara.

—Está cometiendo un error. —El hombre lo había seguido también hasta la oficina y había entrado tras él dejando el paraguas fuera—. Se arrepentirá.

—¿Me está amenazando? —Al no obtener respuesta, Kane se volvió hacia la mujer—. ¿Qué papel tengo que firmar para llevármelo?

—El registro de entrada, pero no está creado todavía. No nos ha dado tiempo.

—Bien, entonces eso es como si no hubiera entrado, ¿no?

—Pero hemos recibido una llamada y lo hemos recogido de su lugar de trabajo. —La mujer tenía las cejas elevadas.

—Llamó el ayudante de almacén. Él no tiene autoridad ni para llamar ni para firmar nada. Si quieren, podemos hacer esto de manera legal, llamamos a la policía y que arreglen los papeles ellos, o podemos hacer como si no hubiera pasado nada. Podemos decir que se escapó —sentenció con un tono socarrón.

La mujer y el hombre del bigote guardaron silencio, dando por sentado así de que no iban a hacer nada. Kane asintió, apretó al gato contra su pecho por instinto y caminó hacia la puerta.

—Buenas tardes. —Cuando agarró el pomo de la puerta, la voz del hombre hizo que se volviera.

—Usted no tiene ni idea de nada, y se arrepentirá.

Sabiendo que el hombre no iba a darse por vencido, Kane decidió dejar las cosas claras.

—Si los vuelvo a ver cerca de mi trabajo, de mi casa, o de mi gato, llamaré a la policía y emprenderemos acciones legales. —Acto seguido abandonó el lugar.

Caminó rápido hacia el coche para ponerse a salvo de la lluvia, aunque ya estaban calados hasta los huesos. Cogió una manta del maletero y caminó hacia el asiento trasero. Una vez dentro, abrió la chaqueta y envolvió de nuevo al gato, esta vez con la manta seca. El pobre animal tenía muy mal aspecto y seguía sangrando.

—Vamos a llevarte para que te miren esa herida, ¿vale, colega? Aguanta.

La fiesta de Halloween terminó muy tarde. Este año había sido evidente que habían tenido más visitas que el año anterior, lo que los obligó a hacer muchos más pases por la casa de los que normalmente hacían.

Jay y Nick llegaron a su apartamento de madrugada, exhaustos y doloridos porque más de un niño liberó su tensión al miedo propinando patadas, y ellos dos fueron los más perjudicados. Nick ya le había dicho a Jane que para el año siguiente no contara con ellos a no ser que hubiera un contrato de por medio y un plus de peligrosidad y riesgo.

Se dieron una ducha rápida el uno al lado del otro. Lo que en un principio habían programado como una velada romántica para ellos, acabó convirtiéndose en un campeonato por ver quién llegaba primero a la cama.

Ese tórrido momento en uno de los baños de la casa de Jane había quedado atrás. Estaban demasiado cansados para intentar nada. Se metieron en la cama y se quedaron dormidos en apenas unos segundos.

Nick giró la cara con brusquedad cuando sus ojos reaccionaron a un rayo de sol que le daba directo en los ojos. Llevaba un rato en ese extraño lugar donde no se estaba ni dormido ni despierto, donde todo parecía flotar alrededor y donde se era consciente de todos los sentidos aun sin tener la capacidad de cambiar nada.

La luz que entraba en el apartamento era demasiado intensa, como si el sol estuviera colocado encima de él y le taladrara los párpados.

Abrió un segundo los ojos y se quedó mirando ese resplandor. Escuchaba voces a su alrededor, mucho ruido, y la sensación no era agradable, como si su cerebro aún estuviera afectado por la fiesta de la noche anterior. Cuando volvió a cerrar los ojos todo quedó en silencio. La luz tan cegadora había parado y todo volvía a estar en calma.

—Lo hemos perdido. Nick, vuelve.

Al oír la voz de Jay, Nick se giró en la cama y abrió de nuevo los ojos. Esta vez la luz era la que tenía que ser para esa hora de la mañana; suave y tenue. Quizás no hubiera amanecido del todo. Jay seguía dormido a su lado, pero estaba seguro de que había oído su voz, había escuchado su nombre pronunciado por él. Lo más probable era que hubiera tenido una pesadilla causada por todo lo sucedido el día anterior y temiera que lo dejara solo. Eso lo hizo esbozar una sonrisa.

Durante un rato lo observó mientras dormía, maravillado por ese perfil tan marcado y esos labios tan sensuales. Pensar en ellos le recordó la escena del baño, sus caricias, sus besos. Sentía esa zona del cuello un poco dolorida por la presión de los labios, los pequeños mordiscos y la barba rasposa de varios días.

Se tocó el cuello reviviendo todo lo del día anterior. En cuestión de segundos su cuerpo comenzó a reaccionar. Le tocaba a él dar el primer paso. Tenía que ser justo porque, aunque le provocara cierta vergüenza, deseaba que Jay disfrutara de sus caricias al igual que había disfrutado él.

Se giró en la cama para mirarlo y alargó el brazo para ponerle una mano sobre la entrepierna. Jay descansaba relajado y tranquilo, ajeno a los planes que tenía para él.

Kane llegó de madrugada al centro veterinario donde Kate estaba de guardia. Hacía muchos meses que no iba por allí. El aparcamiento, la puerta al abrirla, el olor allí dentro..., todo le trajo unos recuerdos muy dolorosos que aún no había sido capaz de superar. Tragó duro y aguantó el tipo, deseando vomitar en cualquier esquina y hacerse un ovillo luego.

Con el gato en los brazos envuelto en la manta del coche, Kane caminó hacia el mostrador. La chica corrió hacia él al verlo llegar.

—¿Puedo ayudarlo?

—¿Está Kate Miller? Creo que está de prácticas.

—Sí, voy a avisarle. —La chica desapareció tras una puerta dejándolo solo. A esas horas no había nadie más allí y todos los asientos de la sala de espera estaban vacíos.

—¿Kane?

Él se dio la vuelta cuando escuchó su nombre, aunque esa no era la voz de su hermana. Elizabeth, su veterinaria, había salido en ese momento de una consulta. Kane le sonrió sin ganas. Verla también le traía malos recuerdos y eso era otra

cosa que tampoco había superado.

—¿A quién traes? —La veterinaria se acercó para mirar al animal—. ¿Lo han atropellado?

—No. Es una historia un poco larga. Está confuso y ha perdido mucha sangre. Tiene un corte debajo de la pata delantera derecha y no sé nada más.

Elizabeth asintió y lo miró.

—¿Quieres que te atienda yo o prefieres esperar a que mi compañero termine una operación de urgencia?

La sonrisa de Kane fue ahora real. Su intención no era darle la impresión a esa mujer de que no quería nada con ella, porque no era así. No había sido culpa suya y no quería pagar su frustración con ella. Quizás había llegado el momento de superar ciertas cosas.

—Tú eres la mejor veterinaria que conozco. Échale un vistazo, por favor.

—Bien. —Ella tomó rumbo delante de él por un pasillo donde estaban las consultas.

Elizabeth era muy bajita y muy delgada, con una hermosa cabellera larga y lisa color miel y unos ojos del mismo color. Se paró delante de la consulta número tres y se dio la vuelta para indicarle que pasara, pero Kane se había detenido varios pasos atrás y no se movía.

—¿Podemos... podemos ir a otra consulta, por favor?

Al principio la mujer no comprendió, pero a los pocos segundos recordó por qué Kane no quería entrar ahí, asintió, y echó de nuevo a andar hacia la siguiente consulta.

—¿Aquí te parece bien?

Kane asintió, pasó dentro y dejó al gato sobre la mesa.

—Siento haberte traído esos recuerdos de nuevo. —La mujer era sincera en su disculpa—. No me acordaba.

—No te preocupes, es comprensible. Atiendes a muchos animales y estoy seguro de que todas las consultas tienen una historia final para alguien.

Elizabeth apretó los labios. Sabía que Kane no había superado la muerte de su perra, aunque ya hubiera pasado un tiempo. Entendía su dolor y tenía que darle tiempo.

—¡Kane! —Kate llegó en ese momento y cerró la puerta tras ella—. ¿Qué ha pasado?

—¿Os conocéis? —Elizabeth había comenzado a ponerse unos guantes para tratar al animal.



—Es mi hermana. —Fue él el que respondió.

—¡Oh, ya decía yo que tu cara me resultaba familiar! —Les sonrió a ambos y luego miró a Kane—. Tu hermana va a ser una veterinaria magnífica.

—Bueno, aún no tengo claro por donde quiero enfocar mi carrera, pero sé que me gustan los animales y quiero aprender todo lo posible para ayudarlos.

—Eso está bien. —Elizabeth se ahorró el comentario de que, por desgracia, no todos los animales podían ser salvados. La perra de Kane era un claro ejemplo de ello, pero eso era algo que ella descubriría con el tiempo—. Vamos a mirar lo que tenemos aquí.

Kane les contó todo lo que sabía, ahorrándose las sucias amenazas que ese hombre del bigote le había lanzado para no preocupar a su hermana.

—Por desgracia no es la primera vez que nos llegan animales en mal estado de ese sitio. —La veterinaria enjuagaba la herida del gato, que permanecía tumbado sin moverse—. No entiendo cómo no lo han cerrado ya.

—El dinero es muy poderoso —fue lo único que respondió Kane, sabiendo que allí algo había cuando ese hombre le había ofrecido mucho dinero por él.

—Sus constantes están bien. —Kate lo había estado reconociendo y tomándole el pulso para comprobar que, dentro del estado en el que se encontraba, no corría mayor peligro. Le acarició la cabeza y el gato pareció relajarse más—. No me parece una bestia parda como para que tu compañero de trabajo se alarmara tanto, o para que el hombre ese de la perrera dijera que te fuera a atacar. Es grande, sí, pero nada descomunal.

—La gente es muy exagerada. —Elizabeth había limpiado toda la herida y la analizaba de cerca—. Este corte lo han hecho con algo punzante, un cuchillo o algo muy afilado. Por suerte, no es muy profundo. Solo ha dañado las capas externas de la piel. Voy a darle varios puntos y que no camine demasiado. Ponle el arenero y la comida, todo en la misma habitación.

Kane miró al gato que seguía tranquilo dejando que lo examinaran. No tenía planeado quedarse con él. Una cosa era salvarlo y otra muy distinta llevárselo. No estaba preparado para meter a otro animal en casa, y menos aún a un animal herido del que no conocía nada. Jamás había tenido un gato y, no tenía deseos de tenerlo.

—Voy a aplicarle anestesia local para dormirle la zona y coserle la herida. —Elizabeth preparó al animal ayudada por Kate. Le echaron una toalla por encima, por si se revolvía, y comenzaron con las suturas.

El animal ni se inmutó. Aguantó estoico y sin moverse hasta que terminaron de

coserle la herida. Luego Elizabeth procedió a reconocerlo.

—Vamos a pasarle el lector del chip para ver si este gato es de alguien a quien se le ha perdido.

Kane cruzó los dedos mentalmente. Ojalá tuviera un hogar porque no quería llevárselo a casa. No podía.

—Parece que no tiene. —Pasó el aparato por todo el cuello, la cabeza y parte del lomo—. A veces los lectores se desprenden y acaban donde menos te lo esperas —explicó ella—, pero no, no tiene. Kate, sigue tú. —Elizabeth se echó a un lado para dejar paso a su nueva ayudante.

Kate comenzó a mirarle la boca, el pelaje, los oídos y las patas. Kane la miraba asombrado porque él no sabía si habría tenido tanto valor como para meter las manos en la boca de un animal que no conocía.

—No parece tener ni hongos, ni ácaros, ni señales de malnutrición, ni sarro en los dientes. Nada de calicivirus ni problemas dentales, que sería lo lógico de encontrar en animales de la calle, por lo que me inclino a pensar que este gato es de alguien. Ah, y tampoco está esterilizado.

—Es muy posible que lo usaran como macho para criar —Elizabeth terminó el análisis por ella—. Es un ejemplar grande y muy bonito, con un pelaje increíble. Seguro que era del hombre de la perrera.

—Entonces lo hubiera tenido en otro sitio y no allí en los cheniles donde dice Kane que lo encontró, ¿no?

La de Kate era muy buena pregunta, y él mismo se la había hecho, pero no le cuadraba ninguna de las teorías que había pensado.

—Sea como sea, el gato es tuyo si quieres, puesto que no tiene chip. —Elizabeth acarició al animal cuando vio que se movió un poco bajo la toalla—. ¿Qué me dices? ¿Quieres ser su papá?

Kane ya había sido papá de Trixie, y había sido maravilloso desde el mismo día en que la adoptó, hasta que se puso enferma. Aún no estaba preparado para revivir la historia otra vez. No conocía a ese animal, no sabía qué tenía. No podía hacerse cargo de él.

—No creo que esté preparado aún —se excusó.

Elizabeth hizo una mueca con los labios, sabiendo de sobra lo que le pasaba a Kane.

—Puedo tenerlo aquí hospitalizado un par de días, pero luego si nadie se ocupa de él, tendrá que volver a la calle, y con la herida que tiene, no es lo más recomendable.

Kane la odió sabiendo que lo estaba poniendo entre la espada y la pared.

—Yo no sé nada de gatos... —Había comenzado a quedarse sin excusas.

—¡Pero si los gatos lo hacen todo ellos solos! —Kate se exasperó—. Si no lo quieres tú, me lo quedaré yo.

Kane levantó una ceja.

—Ahora vives en mi casa —le recordó.

—Solo por unos meses, cuando me vaya me lo llevaré. Venga, Kane, por favor. —Le puso ojitos de cordero—. ¿De verdad vas a ser capaz de dejar a este pobre animal en la calle? Te has puesto chorreando por él y has entrado en ese horrible lugar para buscarlo. ¿En serio no vas a hacer ahora lo más fácil?

Kane apretó los dientes tensando las mandíbulas. Odiaba a su hermana en esos momentos. La odiaba mucho.

—Está bien, pero se irá contigo en cuanto te vayas.

—Que sí —bailoteó ella—, pero hay que ponerle el chip para que nadie más pueda reclamarlo.

—Ponlo a tu nombre —gruñó él.

—Eso no puedo hacerlo. —Fue la veterinaria la que respondió—. Ella tiene su residencia legal en Texas y el gato va a ser chipado aquí. Tengo que poner una dirección en los datos del animal de alguien que tenga su residencia aquí de manera permanente y luego, cuando te lo vayas a llevar a casa, tiene que haber pasado la cuarentena y tener puestas todas las vacunas, porque de lo contrario podéis buscarle un problema al animal.

—Bueno, pues lo ponemos a nombre de mi hermano que vive aquí, hace la cuarentena en su casa, se le ponen las vacunas y, cuando esté todo listo, se hace un cambio de titular y sin problemas.

Kane la siguió mirando con odio, pero no dijo nada. Cuando vio que las dos mujeres lo miraban, no tuvo más remedio que asentir dando su consentimiento.

—Voy a preparar los papeles. —Elizabeth abandonó la consulta intentando ocultar una sonrisilla.

—Los gatos saben cuidarse solos, Kane. —Kate intentaba tranquilizarlo para que quitara esa cara de acelga—. Además, yo voy a estar en casa. Ni te darás cuenta de que el gato está allí, ya verás.

Kane respiró fuerte por la nariz mirando al animal que seguía allí tumbado.

—Está bien.

Kate volvió a bailotear por la consulta.

—Cuando esté recuperado, lo esterilizaremos.

El gato, como si la hubiera entendido, reaccionó poniéndose de pie en alerta y siseando.

—Shhhhh, cálmate colega. —Kane apaciguó al animal poniéndole una mano sobre el lomo, hasta que consiguió que se relajara. Se asombró porque desconocía que pudiera hacerlo. Luego se dirigió a su hermana—. Creo que eso no le ha gustado.

Kate sonrió. No le dio tiempo de contestar porque Elisabeth llegó en ese momento con los papeles que necesitaban.

—¿Ya habéis pensado en un nombre?

Kate se adelantó a la negación de su hermano y respondió.

—Thor.

—¿Thor? —Kane negó con la cabeza sonriendo, sabiendo los gustos que tenía su hermana por los súper héroes—. Thor es rubio y este gato es moreno. Llámalo Loki.

—¿Loki? Ni lo sueñes. Este gato es un buenazo, como Thor.

Kane puso los ojos en blanco dándose por vencido porque sabía que no lograría hacerla cambiar de opinión.

—Como quieras, es tu gato, pero no pienso llamarlo así.

Ella le sacó la lengua.

—Ya sabemos lo empalagoso que eres poniendo nombres y lo acabarás llamando cariñito y esas cosas.

Elisabeth, que se estaba divirtiendo bastante, tuvo que poner orden porque tenía más pacientes que atender.

—¿Qué nombre le ponemos entonces?

—Thor. —Kate le sacó la lengua a su hermano, que se había rendido incluso antes de que ella sacara la artillería pesada.

Kane llegó a su cabaña cuando estaba amaneciendo. Estaba cansado, muy cansado, no recordaba cuántas horas llevaba despierto y sentía que iba a resfriarse, quizás no. Posiblemente lo único que necesitaba era quitarse esa ropa húmeda de encima, una ducha reparadora bien caliente, y dormir veinticuatro horas seguidas.

Su primera intención fue dejar al gato y todo lo que Kate había comprado para él en la habitación para invitados donde había hospedado a su hermana, pero ella no volvería hasta bien entrada la mañana. Le pareció muy cruel dejar al gato solo

y convaleciente encerrado en una habitación.

—Soy gilipollas —murmuraba en bucle mientras preparaba los comederos en una esquina de su propio dormitorio, un cojín mullido y muy confortable al lado de la mesilla de noche y el arenero al fondo, lo más alejado posible de la cama —. Úsalo mañana cuando me haya ido, ¿entendido?

El gato seguía envuelto en la manta y no parecía tener intenciones de moverse. Habían intentado meterlo en un transportín, pero el animal comenzó a ponerse frenético y ni Elizabeth ni Kate atinaron a hacerlo. Kane solucionó la situación cuando volvió a envolver al gato en la misma manta y lo abrazó. Por alguna extraña razón, el gato parecía saber que él lo había salvado de una muerte casi segura.

La ducha fue corta, pero lo ayudó a entrar en calor. Había engullido un sándwich del dispensador automático en el aparcamiento del centro veterinario, por lo que no tuvo que prepararse nada y se fue a la cama en cuanto se puso el pijama.

Cuando entró en su cuarto, el gato seguía envuelto en la manta sobre el cojín, tal y como él lo había colocado. Parecía relajado y tranquilo. Kane llegó hasta su lado de la cama, se tumbó y apagó la luz. No pudo evitar soltar un suspiro de satisfacción al sentir el confort de las mantas rodeándole y acogiéndole. Entonces, un millón de sentimientos afloraron en él como fantasmas en la noche.

Haber vuelto al centro veterinario, haber pasado por delante de la consulta tres, el olor característico de aquel lugar... Todo le recordó a aquella fatídica tarde en que tuvo que decir adiós a su mejor amiga.

Sin poderlo controlar comenzó a llorar. Primero fueron unas lágrimas calientes que rodaron sobre sus mejillas en el silencio de la noche, luego fue un llanto incontrolado. No quería ser tan débil. Odiaba sentirse así. Todo eso lo sobrepasaba y lo hacía sentirse tan vulnerable que lo asustaba. Se llevó las manos a los ojos e intentó enjuagarse a ver si conseguía dejar de llorar, aunque no lo logró. Los recuerdos de Trixie eran demasiado fuertes e intensos y parecían no querer marcharse. De pronto, unas patas y un peso considerable se posó sobre su pecho e hizo que dejara de llorar y de respirar al mismo tiempo. Asustado y con el cuerpo en tensión, alargó el brazo y encendió la lámpara de la mesilla de noche. Al hacerse la luz, unos ojos grises felinos lo miraban muy de cerca.

—Joder. —Volvió a respirar riéndose por lo tonto que había sido al asustarse —. No estoy acostumbrado a que se me suban encima. —Volvió a enjuagarse los

ojos y acarició la cabeza del gato justo detrás de las orejas. El animal le maulló complacido y comenzó a ronronear—. Vaya, eso te gusta, ¿no?

La respuesta del animal fue restregarse contra su mano para que volviera a tocarlo. Cuando consiguió su objetivo, se sentó sobre el pecho de Kane y luego se tumbó, muy muy cerca de su cara. El gato estuvo un rato mirándolo medio adormecido, ronroneando y feliz.

Kane se dio cuenta de que no sabía cuánto tiempo llevaba acariciando al gato, solo fue consciente de que había dejado de llorar y que ya no sentía esa presión en el pecho. Volvió a acariciarle la oreja por detrás, dejando que el dedo índice recorriera el cuello del animal para ganarse así un ronroneo más ronco.

—Eso te ha gustado más, ¿no? —volvió a repetir el movimiento, añadiendo ahora la otra mano, que abarcó gran parte del cuello del animal—. Al final, mi hermana tenía razón y voy a acabar llamándote cariñito. Menuda bruja. Siempre tiene razón.

Nick había deslizado la mano por dentro del pantalón del pijama de Jay y había dejado también atrás su ropa interior. Había comenzado explorando poco a poco, dándose varios minutos de ventaja antes de que Jay se despertara para poder explorar a sus anchas. No iba a negar que se sentía un poco nervioso porque no sabía cuáles eran las zonas más erógenas de Jay, lo que más lo ponía, lo que menos, o cómo le gustaba. Joder, ni siquiera sabía si tenían algún tipo de rol establecido. Él nunca había sido muy meticuloso con eso, pero había tenido alguna que otra pareja donde solo querían dar o recibir, y aunque a la mayoría le solía dar igual, a muchos no les pasaba lo mismo. ¿Qué le gustaría a Jay?

Toda esa ansiedad que sentía ante ese desconocimiento había provocado que hubiera estado evitando ese momento durante días. Para él todo eso era nuevo, todo lo referente a Jay, pero no era tonto y tenía ojos en la cara. Además, su marido no solo era muy atractivo, sino que además se preocupaba mucho por él y se notaba que lo quería de verdad. Pero Nick no estaba haciendo todo eso por devolverle el favor o porque sentía que así debía comportarse una pareja. No; lo deseaba, su cuerpo reaccionaba a él sin quererlo y su cerebro había comenzado a freírle cada neurona con imágenes de ellos en más de una postura.

El pene de Jay había comenzado a coger tamaño, reaccionando a sus caricias. Envalentonado por eso, Nick echó las sábanas y la manta a un lado con el otro brazo y se colocó entre las piernas separadas de Jay. No existía la vergüenza, no

iba a quedarse con las ganas de hacer algo que deseara hacer. Era cierto que desconocía esa faceta de Jay, pero lo conocía lo suficiente como para saber que, si hacía algo que no fuera de su agrado, se lo diría sin problemas.

Sin comerse más la cabeza, se arrodilló y se agachó, sacó la lengua y lo acarició desde los testículos hasta el glande, observando la reacción que había provocado en la humedecida piel. Lo miró de nuevo comprobando que Jay seguía dormido y luego siguió con lo suyo.

Le dio besos por todo el abdomen, pasando los labios con delicadeza, oliendo su piel en el proceso. Cuando se lo deslizó entero en la boca, lo aprisionó contra el paladar, lo succionó con delicadeza y paladeó su sabor. La erección, en respuesta a tanta atención, dio un pequeño respingo, complacida.

Levantó la mirada y allí estaban los iris verdes de Jay, mirándolo, con esos ojos vidriosos y salvajes. No apartaba la mirada de él, ni siquiera decía nada. Eso provocó en Nick varias dudas. ¿Estaría haciendo algo que no le gustaba?

Sus dudas se vieron disipadas cuando Jay se incorporó de la cama y lo alcanzó hasta tumbarse sobre él. Le capturó los labios sin preámbulos y lo besó con ansias, como si quisiera decirle un millón de cosas con ese único gesto.

—¿Qué tengo que hacer para que me despiertes todos los días así? —le susurró cuando dejó de besarlo.

Nick había estado conteniendo el aliento hasta que escuchó sus palabras.

—Cuando te echaste sobre mí pensé que lo habías hecho porque no te gustaba lo que estaba haciendo —confesó.

Jay le dio varios besos por todo el contorno de la barbilla hasta acabar en el otro lado.

—No. —Volvió a hablarle al oído muy, muy bajito—. Te he apartado porque si hubieras seguido un minuto más, ahora mismo estaría llorando en el baño por mi poco aguante.

Nick no pudo evitar sonreír, pero pronto se le acabó la sonrisa cuando Jay comenzó a bajar por su cuerpo dejando un reguero de besos tras él. No supo muy bien cómo, pero segundos más tarde estaba completamente desnudo, tumbado sobre la cama y con Jay besando cada milímetro de su piel. Mantenía los ojos bien abiertos sin perderse ningún detalle, memorizando para siempre ese momento. Jay le había separado las piernas y le besaba y lamía la cara interna de los muslos a partes iguales. Con lentitud fue subiendo hasta ese sensible punto detrás de los testículos, que también lamió y besó hasta bajar un poco más, donde comenzó a lamer sin censura.

—Estás muy tenso.

La voz de Jay le hizo darse cuenta de que había cerrado los ojos en esos últimos segundos. Tenía razón; estaba demasiado tenso, pero no podía evitarlo. Eran demasiadas emociones y su cuerpo mandaba por él ante lo desconocido.

—Lo siento. —Sonrió con nerviosismo, y no añadió nada más porque explicar lo que le pasaba supondría contar la verdad y eso ya estaba más que descartado.

—Si quieres lo dejamos o sigo dejando que mandes tú. Ya sabes que me da igual.

—¡No! —No pudo evitar tanta efusividad, pero de verdad estaba disfrutando, aunque a su cuerpo le estaba costando un poco relajarse—. Por favor, sigue. Hoy estoy algo tenso, pero no es nada.

Jay se tumbó a su lado y lo miró a los ojos. Tenía los labios hinchados por los besos y las pupilas dilatadas. Ese hombre era todo suyo, era su otra mitad, y él apenas había comenzado a darse cuenta.

—Ya sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa. ¿Es aún por el tema del trabajo? —le preguntó—. ¿Por eso no te concentras hoy?

Nick volvió a cerrar los ojos. Joder, le estaba poniendo tan complicado seguir mintiéndole...

—No. Solo estaba concentrándome, pensando que esta era nuestra primera vez después de nuestra charla.

—Ah. —Jay se quedó pensativo unos segundos—. Tienes razón. Perdóname. Debí de haber ido más lento. No volverá a pasar.

Los ojos se le nublaron. ¿Qué sueño divino era ese o qué dios pagano había respondido a sus súplicas y le había regalado ese hombre tan maravilloso y atento?

Jay había comenzado a besarle los labios mientras estiraba el brazo hacia la mesilla de noche más cercana y abría el cajón. Sacó un bote pequeño de lubricante que se abrió con un escueto clic cuando presionó con dos dedos. Con agilidad, notándose que no era la primera vez que lo hacía, le dio vuelta al bote con la misma mano y dejó que el cristalino y pegajoso líquido cayera sobre la palma. Desechó luego el bote echándolo a un lado y cerró el puño para expandir el gel por todos los dedos. No había interrumpido el beso en ningún momento, sabiendo que tenía a Nick bajo su merced. Guio la mano hasta su entrepierna y se deslizó entre sus nalgas. Con el dedo índice comenzó a rodear la entrada de Nick, sin intentar en ningún momento pasar de ahí. Había ido bajando con sus labios por su barbilla hasta el hueco de su cuello. Nick había separado más las



piernas, y le dejaba vía libre para hacer con él lo que quisiera. Su cuerpo no le pertenecía, no tenía autoridad ninguna sobre él. No recordaba haberse entregado con esa clase de libertad a nadie, pero Jay lo conocía demasiado bien, sabía dónde tocar y cómo tocar para que él perdiera todo su pudor.

El dedo índice de Jay terminó su escrutinio, lubricando bien la zona para acto seguido comenzar a incursionar en él. Fue poco a poco, con calma, con la yema del dedo acariciando los suaves pliegues. Luego se adentró en él hasta la primera falange, donde notó el músculo prieto alrededor de su dedo. Estaba tenso, pero aún no había terminado con él. Giró el dedo dentro de su cuerpo, moviéndolo de un lado al otro haciendo círculos. Nick se estremeció de placer.

—¿Te gusta? —le susurró al oído dejando de mover el dedo por unos segundos—. ¿Quieres que siga?

La única respuesta de Nick fue un jadeo de placer cuando movió las caderas hacia arriba buscando más fricción, provocó que el dedo de Jay se adentrará más en su cuerpo y le arrancara un gemido de entre sus labios.

—Lo tomaré como un sí. —La voz de Jay se había oscurecido, incluso era algo más temblorosa. Se moría por hundirse en él, pero iba a ser paciente, iba a dedicarle a Nick la atención que él se merecía.

La mente de Nick iba a cámara lenta, como si no pudiera procesar bien las palabras. Solo podía sentir, incapaz de pronunciar nada que tuviera algo de sentido. Se estaba abandonando al placer, quería volar y ser libre de una vez.

Jay adentró un segundo dedo. Los movió juntos hacia el mismo lado y luego separándolos el uno del otro, luchó contra los músculos de Nick que, con calma, habían comenzado a ceder.

El dedo corazón, que era el que había deslizado ahora en su cuerpo y que era con claridad más largo que el resto, rozó un pequeño botoncito, una protuberancia que él conocía demasiado bien, para obtener la respuesta deseada al instante.

Nick tenía las plantas de los pies sobre el colchón bien afianzadas y se impulsaba levantando las caderas para salirle al encuentro, suplicándole sin palabras que no parara nunca.

—Jay —jadeó su nombre. Fue una súplica más que otra cosa. Lo necesitaba ya sin esperar un solo segundo más—. Por favor.

El cuerpo de Nick temblaba de placer y de necesidad. Jay se cuestionó si decirle que aún no había terminado de prepararle, que le quedaba un buen rato, que sus súplicas no habían hecho más que empezar, pero nunca había podido

resistirse a él, nunca había sabido decirle que no por mucho que se lo mereciera en algunas ocasiones.

Se incorporó sobre su cuerpo extrayendo los dedos con suavidad y se tumbó sobre él abarcándolo por completo. Le levantó los brazos para colocárselos por encima de la cabeza y lo sujetó de las muñecas con una sola mano. Podía parecer una situación de poder, pero no lo era. Nick le rodeaba las caderas con las piernas, rozando ambas erecciones, haciendo que ambos gimieran.

Tras una serie de besos donde prácticamente se comieron el uno al otro, Jay se incorporó sobre él y se tumbó a los pies de la cama. No le había soltado la mano porque quería guiarle y que lo siguiera. Quería que se sentara sobre él, que lo cabalgara hasta que no les quedara ni el más mínimo soplo de aire en los pulmones a ninguno de los dos.

Nick lo miró confundido. Se encontraba sentado sobre sus caderas, preguntándose si esa sería alguna postura favorita entre ambos o era algo que había surgido al azar. Fuera lo que fuese, no iba a caer de nuevo en la duda. Iba a disfrutar el momento, a dejarse llevar y luego, quizás, volvería a replantearse todas esas preguntas que seguía teniendo en la cabeza.

Se acomodó a horcajadas, y se apoyó sobre una pierna para ayudarse con una mano y guiar el miembro de Jay dentro de él. La presión sobre esa sensible zona hizo que apretara los dientes cuando comenzó a sentir cómo se deslizaba dentro de él, poco a poco, aguantando la respiración, hasta que se sentó por completo sobre el abdomen de su compañero.

—¿Estás bien? —Jay se vio en la necesidad de preguntar cuando lo vio callado y con los labios apretados.

Nick asintió. Se sentía abrumado por un montón de sensaciones que hacía mucho que no sentía. Su última relación había sido mucho tiempo atrás y, aun remontándose a ella, no recordaba haber sentido algo así en la vida. Jay era grande en más de un aspecto y él solo necesitaba acostumbrarse, eso era todo.

Levantó las caderas apenas unos milímetros para bajar luego, intentando ajustarse a él. Repitió el mismo movimiento varias veces, con las manos apoyadas sobre el estómago de Jay, pero sin dejar caer su peso sobre él. Jay lo pilló por sorpresa cuando lo agarró de las muñecas, y le llevó las manos sobre su cabeza hacia el borde de los pies de la cama. Estirar el cuerpo hacia delante hizo que cambiara el ángulo de penetración, lo que le proporcionó una ola de placer que le recorrió todo el cuerpo. Separó los labios como si fuera a decir algo, pero fuera lo que fuese que iba a decir, se quedó a mitad de camino y solo un jadeo se

escapó de entre sus labios.

—Eres adorable cuando te follo. —Levantando las caderas, Jay hacía que ambos cuerpos se encontraran a mitad de camino—. Te ruborizas como la primera vez.

Nick quiso decirle que, técnicamente, para él lo era, pero de nuevo, contar la verdad estaba fuera de discusión. Su cuerpo respondía a esas embestidas, al cuerpo de Jay, de una manera asombrosa. Había comenzado a salirle al encuentro, lo que hacía más liviana la penetración y disfrutara ahora mucho más que antes.

En un acto reflejo giró la cabeza y se sorprendió al verse reflejado en el espejo de una de las puertas del armario. Quizás esa postura, esa posición, no eran tan extraña para ellos, al fin y al cabo.

Se deleitó mirándose mientras subía y bajaba sobre el cuerpo de Jay. Había comenzado a marcar un ritmo mucho más profundo y rápido mientras arrancaba pequeños gruñidos de la garganta de su chico, que lo seguía sin cuestionarle nada; solo se había dejado llevar por él hasta tal punto que ya no había marcha atrás. Nick supo que a Jay no le quedaba demasiado tiempo cuando lo vio respirar intentando llenar toda la capacidad de sus pulmones. Su pecho bajaba y subía capturando todo el aire que podía mientras tenía la cabeza echada hacia atrás, con el cuello estirado y los ojos cerrados con fuerza.

Sin pensarlo, y como si lo hubiera hecho un millón de veces, se inclinó sobre él y lo mordió en el cuello justo detrás de la oreja. Jay gruñó mientras contraía todo el cuerpo. Entonces comenzó a correrse dentro de él, con largos empujes, derramándose por completo.

Fue una sensación sublime y maravillosa. Indescriptible. Nick cerró los ojos para vivir mejor el momento. Sentía esa ola caliente dentro de él que se escapaba poco a poco de su cuerpo cada vez que subía y bajaba por el aún erecto fallo.

Antes de incorporarse le devoró los labios y lo remató así antes de sentarse erguido sobre él. La creciente humedad en su trasero era una prueba irrefutable de que Jay se había entregado todo lo que podía y más. A pesar de sentirse extasiado, abrió los ojos y volvió a la realidad para centrar la mirada sobre Jay, que lo cabalgaba despacio y sin quitarle los ojos de encima.

—Cualquier día vas a matarme —resolló contento.

—Lo dudo —fue lo único que pudo responder Nick, divertido.

Jay le devolvió la media sonrisa mordiendo el labio inferior. Bajó los brazos para sostenerle los muslos y sujetarlo para que volviera a cabalgarlo con fuerza,

y así lo hizo Nick; hasta que una de las manos de Jay le agarró la erección para comenzar a masajearle mientras seguía moviéndose.

Nick paró en seco, con Jay anclado en él hasta el fondo y con una sensación de plenitud completa. Siseó algo que ni él mismo sabía lo que era para, acto seguido, comenzar a correrse sobre el estómago y el pecho de Jay. Parpadeaba furioso y tenía los dientes apretados, luchando por no dejar escapar el gruñido que le nacía de dentro. Echó la cabeza hacia atrás, adelantó las caderas y cambió el ángulo de penetración, lo que provocó otro pequeño temblor por todo el cuerpo. Los últimos espasmos de la eyaculación llegaron algo más lejos, casi al hombro de Jay, justo antes de que Nick cayera derrotado sobre su pecho.

A ninguno de los dos pareció importarle que la pegajosa sustancia se adhiriera entre ellos. Habían comenzado a besarse de nuevo con urgencia y necesidad.

Jay, más recuperado que Nick, tomó impulso y rodó sobre él para quedar tumbado encima de su cuerpo. No habían interrumpido el beso, incluso lo llegaron a profundizar un poco más. Ninguno de los dos había terminado con el otro, al menos no por el momento.

Kane se despertó despacio. Abrió los ojos y miró al techo, algo confundido. Intentó poner en orden su cabeza antes de incorporarse. Los recuerdos del día anterior llegaron a él como una ráfaga de imágenes. Se incorporó buscando al gato, imaginándose que la habitación en sí sería un caos, con pienso tirado por todas partes, arena usada, varios cojines arañados de haberse afilado las uñas, y las esquinas llenas de pipí por haber marcado el lugar, pero no; su dormitorio estaba en perfecto estado. El arenero parecía que no había sido usado, el pienso, igual, y el resto de la habitación estaba tal y como él lo había dejado. Incluso el gato seguía encima de la cama, durmiendo a su lado en lugar de en la carísima cama que su hermana le había comprado el día anterior.

—Hey —lo saludó con voz ronca, se giró hacia un lado y miró al gato de cerca. El animal parecía estar tranquilo, tumbado por el lado donde no tenía la herida. La veterinaria le había puesto un pequeño vendaje para que no se arrancara los puntos. Eso también estaba asombrosamente en su sitio—. ¿Cómo estás?

El gato lo miró con semblante aburrido bostezando en su cara.

—Vamos a curarte, ¿no? A ver si Kate no se ha ido aún para que me ayude porque yo no tengo ni idea. —Se levantó y lo cogió en brazos. Nunca había tenido gatos, pero se había acostumbrado demasiado rápido a él. El animal se le había subido encima cuando había comenzado a llorar recordando a Trixie y eso, por muy absurdo que sonase, lo había ayudado muchísimo a no sentirse tan solo.

Al llegar al salón se encontró a Kate en la cocina sirviéndose un tazón enorme de cereales.

—Buenos días. —Dejó lo que estaba haciendo y caminó hacia él—. ¿Cómo está mi amorcito?

—Yo bien, el gato no sé —se burló de ella.

—Buenos días, Thor. —Kate lo cogió en brazos y le rascó la cabeza—. Yo

deseando dormir contigo y el tonto de mi hermano va y cierra la puerta de su habitación.

Kane levantó una ceja. Había caminado hacia la nevera y se había parado frente a ella antes de abrirla.

—¿Yo he cerrado la puerta de mi cuarto? —preguntó. Eso era muy raro porque no solía hacerlo nunca.

—Sí. Llegué de madrugada, vi tu puerta cerrada y no quise molestarte.

Kane siguió de camino para prepararse un café. Nunca había cerrado la puerta de su cuarto porque siempre le había dado libertad a su perra de estar donde ella quisiera, pero ayer llegó tan cansado que no recordaba si lo había hecho de manera inconsciente para que el gato no se escapara.

—No tiene mal aspecto, ¿verdad? —Kate seguía con el animal en brazos, aunque pesaba lo suyo. Con paciencia le miraba las pupilas y las encías—. Tiene mejor color. —Le tiró con suavidad del pellejo sobre los omoplatos para comprobar si estaba deshidratado o no—. Ahora vamos a mirarle los puntos. ¿Me ayudas?

Kane asintió. Había comenzado a beber el café que se había preparado. Dejó la taza junto al fregadero y se lavó las manos. Su hermana había acomodado al gato sobre una toalla en la mesa, lo preparó todo y fue a lavarse las manos también.

—Es muy bueno, ¿verdad? —Kate comenzó a quitar el vendaje poco a poco para no asustarlo—. Incluso más bueno que muchos gatos caseros que conozco.

—Deberías de haberlo llamado Capi —se burló su hermano haciendo referencia al Capitán América.

Ella le sacó la lengua, pero no le respondió nada más. Guardó silencio al aparecer ante sus ojos la herida tan fea del gato. Kane no había querido ver el día anterior todo el proceso de limpieza y había apartado con sutileza la mirada hacia otro lado. Ahora veía que tenía un buen corte.

—Le han metido bien. —Sostenía al animal por si se movía, aunque no hacía falta porque estaba relajado sobre la toalla. No se daba cuenta, pero con la otra mano había comenzado a acariciarle la barriga—. ¿Es normal que esté así de hinchada la herida?

—Los primeros días, sí. Es muy importante que le demos su medicación para que no se le infecte.

Kane asintió, encargándose en el acto de eso, aunque no fuera su responsabilidad porque era Kate la que había adoptado al gato.

—¿Hoy vas a estar en casa? —Kane le levantó la pata delantera para que su

hermana pudiera limpiar bien toda la zona de la cicatriz.

—Me voy después de comer y tengo el mismo turno de ayer. Volveré tardísimo. No te importa encargarte de Thor, ¿verdad?

—Hoy no trabajo, así que me da igual, pero solo si dejas de llamarlo así.

Ella tenía una sonrisa en el rostro mientras terminaba de recogerlo todo. Puso al gato en brazos de su hermano y le dio un beso al animal en la cabeza.

—Cariñito y tú hacéis muy buena pareja.

Derek maldijo por lo bajo unas tres millones de veces antes de levantarse. Ya hacía frío por las mañanas y le costaba la misma vida salir de la cama tan temprano. Los primeros días de noviembre habían comenzado con una bajada significativa de las temperaturas.

Era sábado y había quedado con su amigo Howard para asistir a un módulo de dibujo en la escuela.

Se vistió a toda prisa, cogió una Coca-Cola para desayunar y salió corriendo de casa antes de que su madre lo persiguiera gritándole por todo el vecindario si había desayunado. Ambos vivían en la misma urbanización y sufrían de tener unas madres muy atentas a la alimentación que llevaban.

—Tío. —Derek saludó a su amigo chocando los puños, como estaba de moda ahora en el instituto.

—Mi madre es una pesada. Hasta que no me he sentado a desayunar con ella, no ha parado.

Derek asintió dándole la razón.

—Yo me he librado por los pelos. ¿Vamos? Espero que no nos llueva por el camino.

El colegio quedaba a varias manzanas de allí. Era un rato andando, algo soportable, pero con el frío que hacía, si llovía sería una verdadera putada.

—Recuérdame qué vamos a hacer. —Derek se cerró los últimos botones de su chaqueta y sacó un gorro de lana del bolsillo para ponérselo—. No sabía que en esos módulos aceptaran a gente del instituto.

—El módulo tiene distintos niveles y hoy hay una prueba de selección para entrar.

—Yo no sé dibujar, Howard.

Howard se quitó unos mechones castaños de la cara y lo miró de reojo, entornando sus ojos también castaños a juego con el pelo.

—He visto los dibujos que haces en las esquinas de tus apuntes, capullo. Dibujas que es una pasada.

Derek no lo pensaba así. La mayoría de las veces hacía esos dibujos cuando se aburría en clase, que era casi todos los días en determinadas asignaturas. Simplemente se abstraía, dejando volar su imaginación. Cuando volvía a la realidad, se daba cuenta de que había dibujado cosas que no estaban del todo mal y que no tenía ni la más remota idea de cómo las había hecho.

—Allí habrá gente mucho mejor que yo. Tú, por ejemplo —lo elogió, sabiendo que su amigo dibujaba muy bien y disfrutaba con ello.

—Me aburres, tío. Si vas a estar en plan mártir todo el camino, tendré que darte una paliza.

Derek sonrió, pero no le hizo ni pizca de gracia la broma. Sabía que su amigo estaba de farol, pero para él ese tema era muy controvertido porque seguía siendo un renacuajo desgarbado. Cuando la mayoría de sus compañeros ya habían empezado a pegar el estirón, a parecer hombrecitos y a salirles sus primeros pelillos en el bigote, él seguía pareciendo mucho más joven de su edad, y era algo que llevaba muy mal porque para colmo de males sus padres le habían puesto aparato. No podía estar más acomplejado ni queriendo.

Nick llegó al trabajo el siguiente lunes con una enorme sonrisa en el rostro, sin rastro alguno del dolor de cabeza que días atrás lo había martirizado y sintiéndose pletórico con la vida en general.

Había sido un fin de semana increíble. No recordaba haber vivido nunca nada igual. Tampoco recordaba haber estado tanto tiempo seguido sin ponerse ropa interior. ¿Para qué? Porque para lo que habían hecho Jay y él en todo el fin de semana, no lo había necesitado en absoluto.

—Oh, esa sonrisilla. Te odio. —Los saludos de Lea eran tan peculiares como ella.

—Yo también te quiero —le respondió él—. Por cierto, y ahora vas a odiarme mucho más; me he pedido un par de días libres.

Ella levantó las cejas intentando mantener la cara de póquer sin conseguirlo.

—Ah, qué bonito es el amor. Al menos Jay te llevará a un sitio que merezca la pena, ¿no?

Jay y él habían decidido de improviso el día anterior tomarse varios días libres para pasarlos juntos en cualquier parte. Jay se iba a encargar de todo y confiaba



en él por completo.

—No lo sé. Me ha dicho que es una sorpresa.

—Ojalá Jay no fuera gay. —Lea comenzó a divagar mientras ordenaba los libros que tenía sobre la mesa—. Jamás he visto un culito como ese; tan redondito, tan firme, tan duro, tan...

—Pareces un tambor con tanto *tan*. —Nick no podía ocultar su sonrisa. Ni siquiera estaba enfadado con ella por ser tan descarada. ¿Por qué, si tenía toda la razón? Su marido tenía un trasero esculpido por los mismísimos dioses, al igual que el resto del cuerpo, y por supuesto había dado buena cuenta de él las pasadas cuarenta y ocho horas.

—Bueno, sea como sea, me alegro de que ya no estés enfadado con él.

—Yo no estaba enfadado con él —se defendió.

Lea interrumpió su trabajo para mirarlo fijamente.

—¡Vaya que no estabas enfadado! Pero si dejaste de hablarle, casi lo ignoraste, y os inventasteis el estúpido juego ese de empezar de cero.

De nuevo la mentira que se había montado para no contar la verdad se le echaba encima.

—Ya —fue lo único que pudo añadir, ahora con peor humor que antes—. Da igual. Espero que no recaiga sobre ti más trabajo durante estos días.

—Sobreviviré —le aseguró ella volviendo a lo suyo—. Además, te debía una de cuando me fui al camping nudista.

Nick cerró los ojos intentando apartar de su mente el recuerdo de las fotos que le enseñó Lea a su vuelta.

—Vosotros divertíos. —Lea cargó con los libros que había ido poniendo en un carrito para llevarlos luego a su sección correspondiente—. Y cuando vuelvas me cuentas todo lo que tu maravilloso marido puede hacer en la cama. —Se giró hacia él para guiñarle un ojo—. Y fuera de ella también.

La mujer se fue riéndose por su atrevimiento y lo dejó allí, en la sala, intentando asimilar las palabras de su compañera y amiga. Lea era muy especial y se conocían a la perfección, incluso había llegado a saber las intenciones de ella en todo momento. Ella se alegraba de su felicidad, aunque no hubiera tenido tanta suerte en el amor, y siempre le había deseado lo mejor. Podía contar con su ayuda sin pedirselo siquiera. Aunque en esa ocasión fuera a dejarla varios días con mucho lío en el trabajo, sabía que Lea jamás le diría que se quedase solo para que no la dejara sola ante el peligro.

La tarde pasó bastante rápido, soñando despierto la mayoría de las veces, rememorando esos momentos íntimos con Jay. Las primeras imágenes provocaron que se ruborizara sin remedio. Menos mal que no había nadie esa tarde en la planta de la biblioteca donde estaba colocando los libros y podía gozar de cierta soledad para seguir con sus pensamientos. Luego ese rubor se marchó para dar paso a una creciente erección que se quedó con él el resto de la jornada. Ojalá no tardara demasiado en llegar a casa porque sentía que, por momentos, se quedaba sin sangre en otras partes de su cuerpo, como el cerebro, por ejemplo.

Cuando llegó a casa y abrió la puerta del apartamento, un delicioso aroma a lasaña le inundó las fosas nasales. Soltó las llaves y el abrigo en la entrada, y caminó hacia la cocina. Allí estaba Jay, de espaldas a él metiendo algo en el horno. Se agachaba justo en ese momento, y le mostraba sin querer la parte baja de la espalda y lo ajustado que le quedaba el vaquero. Nick no le avisó que estaba allí; solo se limitó a apoyarse en el quicio de la puerta para mirarlo. Jay cerró la puerta del horno y se dio la vuelta. Al verlo se paró en seco y le sonrió.

—¿Llevas mucho ahí mirándome?

—Lo suficiente para que me entrara hambre otra vez.

Jay se acercó hacia él y le dio un beso en los labios.

—La lasaña casera con esa salsa de tomate que me dijiste que huele fenomenal. —Lo miró a los ojos muy, muy cerca de él—. A mí también me ha entrado hambre.

Nick no se anduvo con rodeos.

—No me refería a la lasaña.

Los labios de Jay se curvaron de manera felina.

—Yo tampoco.

Derek se sentía como un pez fuera del agua. Se había sentado junto a Howard al final de la clase intentando pasar desapercibido. Allí había gente de todas las edades y todos con muchísimo talento. Se sintió insignificante de los cutres dibujos que hacía en las esquinas de sus apuntes.

Tenían que entregar el trabajo que habían comenzado el sábado anterior y que habían ido terminando durante esa última hora en clase. El profesor había explicado varias técnicas y trucos que encontró muy interesantes. Luego tuvieron que dibujar lo que quisieran aplicando todas las cosas que había

explicado. Cuando terminó se sintió minúsculo en comparación con las cosas que estaba viendo. Incluso Howard había dibujado una obra maestra.

—Esa es Nora —Howard se inclinó sobre su amigo para que solo él se enterara de sus palabras—. Mi hermano se la está tirando.

—¿En serio? —Derek rememoró a Christian, el hermano mayor de Howard. Estaba en la universidad y siempre había sido un poco capullo con ellos, pero él también lo era a veces con sus hermanos menores. Cosas de hermanos—. Pues la tal Nora tiene pinta de poder ser su madre.

—Pues sí. Tiene un hijo de su edad.

—No entiendo. ¿Qué satisfacción hay en tirarte a una tía que puede ser tu madre? —Derek pensó durante una milésima de segundo en su madre y le dieron varias arcadas lo suficientemente profundas como para no querer comer nada más el resto de su vida.

—Ella no está tan mal —la defendió Howard—, y sabe mucho. Mi hermano me cuenta cada cosa que flipas.

—No me interesa saberlo —respondió todo lo rápido que pudo antes de que a su amigo se le escapara algo.

—Como quieras —Howard volvió a su sitio cuando vio que el profesor los miraba.

—Esos dos chicos del fondo, por favor, traed vuestros trabajos.

Toda la clase se volvió para mirarles. Derek deseó haber tenido una pala para cavar un agujero y esconderse. Agarró su dibujo y caminó hacia el profesor bajo la atenta mirada de todos los demás integrantes de la clase. Cuando pasó al lado de Nora, no pudo evitar apreciar que de cerca la mujer mejoraba bastante y que, además, su perfume era muy embriagador.

Tragó el nudo que tenía en la garganta y respiró hondo, esperando que su deseo de que la tierra lo tragase se hiciera realidad.

Kane se había duchado al levantarse e iba con tiempo suficiente para comer algo antes de irse a trabajar. Eligió ponerse una chaqueta con interior de piel de borreguito porque ya habían descendido mucho las temperaturas y en pocos días comenzaría a helar. Antes de ponerse el gorro de lana, caminó hacia la nevera y la abrió para coger el sándwich de pavo que se había preparado el día anterior para ir comiéndoselo por el camino.

El sándwich no estaba.

Rebuscó por toda la nevera, pero no dio con él. Creía poco probable que Kate lo hubiera cogido porque era vegana, pero quizás no lo fuera tanto. También cabía la posibilidad de que no se hubiera dado cuenta porque le había puesto mucha lechuga, mahonesa y pepinillos. Incluso había tostado un poco el pan integral. Le había quedado perfecto, y ya no estaba.

Resentido porque ahora tendría que comer un asqueroso sándwich de máquina, cerró la nevera de un golpe, agarró las llaves y caminó hacia el coche. No le daba tiempo de hacerse otro, así que no iba a perder más el tiempo lamentándose por su comida.

Cuando llegó al almacén aquello era el caos personalizado. Había estacionados tres camiones a la vez para descargar, más uno para cargar, y no había personal suficiente. Tom no daba pie con bola y corría de un lado a otro como un pollo sin cabeza. A Juanjo parecía que le hubieran salido mil brazos de todo lo que abarcaba a la vez.

Antes de quitarse la chaqueta y meterse en faena, Kane caminó hacia el despacho que había arriba al final del todo en la segunda planta. Desde allí se divisaba todo el almacén y la zona de carga y descarga, pero él no iba a entretenerse en mirar algo que conocía muy bien. Tal y como llegó, agarró el teléfono beige lleno de mugre que había sobre la mesa y meditó un segundo sobre qué extensión tenía que marcar.

Tras unos segundos de duda, apretó un par de números y esperó a que el aparato lo redireccionara hacia quién quería hablar. Al otro lado de la línea sonó una voz que conocía muy bien.

—Sí. —No fue una pregunta. Ese *sí* denotaba demasiado bien que, quien estuviera al otro lado de la línea, estaba igual de cansado que él.

—Keith. —Kane no se anduvo por las ramas—. ¿Qué pasa con el nuevo ayudante que me ibas a mandar? Estamos hasta los ojos de trabajo, solo somos tres, y hay cuatro camiones que necesitan salir en menos de media hora. ¿Hace falta que te cuente más?

Keith rechinó los dientes porque las pocas conversaciones que había tenido con Kane siempre habían sido en el mismo tono demandante, pero no podía culparlo porque el hombre llevaba razón; faltaba personal, llevaban mucho tiempo pidiéndole un ayudante y él, aunque quisiera, tenía que cumplir órdenes de arriba.

Llevaba ya varios años siendo el jefe de zona. El ascenso le había venido de sorpresa y aceptó, ignorando por completo dónde se metía. Era un trabajo muy duro y agotador, pero estaba muy bien pagado, así que tampoco podía quejarse tanto. Odiaba que los trabajadores que tenía a su cargo en los distintos almacenes que había esparcidos por Canadá le hablaran con ese tono, de hecho, no lo consentía. El único al que de momento le había permitido hablarle así había sido a Kane, y porque sabía que el hombre llevaba razón. Kane era un trabajador excepcional, y sabía que, si no fuera por él, el almacén de Ontario se habría ido al garete mucho tiempo atrás. No podía culparlo por estar agobiado.

—Ha habido un pequeño retraso con el chico que íbamos a contratar —respondió sin mojarse mucho en su explicación—, pero no te preocupes que en unos días lo tendrás operativo.

Kane resopló. ¿Tan complicado era formar a varios trabajadores y tener una pequeña bolsa de empleo para ocasiones como esas?

—No llegamos —fue lo único que le dijo, advirtiéndole de antemano que los camiones iban a salir tarde.

—Lo entiendo, Kane. Sé que vais a hacer lo que podáis.

Ojalá el gilipollas de su jefe de zona fuera un capullo porque así podría odiarlo con toda su alma, pero no; el muy zorro tenía que ser educado y encantador, y tenía el don de calmarlo cuando lo veía alterado.

—Ya —fue lo único que respondió, ahora menos alterado.

—Por cierto, Tom me ha dicho no sé qué de un incidente con un gato. ¿Está todo bien?

Kane maldijo a Tom por bocazas. Esas chorradas no se contaban jamás a un superior.

—Sí, no fue nada —respondió sin entrar en detalles.

—¿El gato está bien?

—Sí —no pudo evitar responder mientras fruncía el ceño. No sabía que Keith se preocupara tanto por los animales. La verdad era que no lo conocía en absoluto—. Está un poco magullado, pero a salvo. Lo tengo en casa recuperándose.

Hubo unos segundos de silencio antes de que Keith respondiera.

—¿Te lo vas a quedar?

¿Por qué le hacía tantas preguntas y desde cuándo le importaba su vida privada?

—No. Lo ha adoptado mi hermana, aunque de momento está a mi nombre

porque mi hermana no vive en Canadá, está aquí estudiando. Cuando vuelva a Texas se lo llevará y haremos el cambio de chip.

—Ah, que le habéis puesto chip y todo.

Keith no pudo evitar ocultar una sonrisa jocosa, cosa que no le gustó en absoluto a Kane, que se tensó al oírle el tono de voz. ¿Se estaba burlando de él?

—Te dejo —respondió en el acto para quitarse esa absurda conversación de encima cuanto antes—. Hay mucho trabajo que no vamos a poder terminar ni de coña. Por favor, mándame a un tío lo más rápido que puedas. —Y colgó—. Capullo.

Nick y Jay salieron esa misma mañana hacia las afueras de Austin. Jay había reservado una habitación en un hotel cerca de la costa, donde podrían ver el mar desde cierta distancia. Con eso les bastaba porque en primera línea de playa estaba descartado por la bajada de temperatura que se había dado desde que comenzó noviembre, dos semanas atrás.

No habían planeado nada especial, ni cultural ni socialmente hablando. No habían programado ninguna visita ni excursión, ni siquiera habían avisado a algunos amigos que Nick tenía por allí cerca para quedar con ellos un rato. No; ese viaje era para ellos dos, a solas todo el tiempo que fuera posible. Podían haberse quedado en su apartamento porque para lo que tenían en mente bien podían haber cerrado la puerta y nada más, pero necesitaban un pequeño refugio para ambos, una burbuja que los alejara de todo por unos días.

Jay entró primero en la habitación del hotel, y dejó paso a Nick para que viera el lugar. Era sencillo y sin pretensiones; una cama gigante, un baño completo muy limpio y reluciente, y una enorme cristalera que daba a una terraza con tumbonas, un jacuzzi a un lado y unas vistas increíbles de la costa y el mar por el otro lado.

—Es maravilloso. —Nick soltó su mochila al lado de la cama y caminó hacia la terraza, abrió las cristaleras, y salió para contemplar todo aquello—. Gracias.

Jay le sonrió. Había salido tras él y se había puesto a su lado para mirarlo. Le gustaba complacerlo en todo lo que podía. Eso era algo muy importante para él.

—Tú pides y yo obedezco. —Le guiñó un ojo, dejando claro que se refería a algo más.

Nick le sonrió sin poder evitar un atisbo de tristeza en su mirada. Durante el trayecto de la casa al hotel, Jay había estado hablando y divagando todo el

camino, rememorando vivencias entre ellos y lo que había supuesto para él determinadas situaciones que habían ayudado a cambiarlo y a mejorar como persona. Ante esa charla donde Jay le había abierto su corazón y su alma, Nick no pudo evitar sentirse mal por toda la farsa que había montado durante todo ese tiempo. Había mentido con fines egoístas, porque odiaba a los médicos, y no había tenido en cuenta nada más. Ahora había empezado a tener remordimientos y había comenzado a replantearse si debería de haberle dicho la verdad desde un principio. Cabezota como era había seguido insistiendo en que no, pero entonces se puso en la situación inversa; si Jay lo hubiera olvidado, si de pronto no se acordara de gran parte de su vida, él querría saber qué había pasado y lo habría ayudado en todo lo que necesitara. No había hecho las cosas bien, lo sabía, y ahora su conciencia no le permitía estar tranquila con eso dentro.

—Tengo que hablar contigo.

Jay, que estaba apoyado con los codos sobre la barandilla, giró la cabeza para mirarlo.

—Estás muy serio. ¿No te gusta la habitación?

—La habitación y todo lo demás es perfecto. —Le sonrió con algo de pena—. Como tú. —Respiró hondo intentando ordenar las ideas—. Te he mentado, Jay.

Jay se incorporó mirándolo con el ceño fruncido. No dijo nada, dejando que se expusiera como quisiera.

—Cuando volviste de la convención esa que tuviste y te propuse jugar a ese juego de recordar nuestras citas y empezar de cero —resumió—, no lo hice porque estuviera enfadado contigo por haberte olvidado de nuestro aniversario, sino porque no..., no me acordaba de ti.

Jay frunció el ceño más aún.

—¿Qué? —Parecía muy enfadado—. ¿Cómo que no te acordabas de mí?

Nick tragó la saliva que se le había acumulado en la boca y siguió explicándolo todo.

—Me levanté una mañana un par de días antes de que volvieras y no me acordaba de nada. Todo el mundo me hablaba de ti: Lea, mi familia... Veía las fotos colgadas en casa, fui incluso al registro civil para comprobar que estamos casados de verdad y que no era la broma de alguien.

—¿¡Tú te das cuenta de lo que has hecho!?! —Jay estaba muy furioso y no lo ocultaba en absoluto—. Puedes haber sufrido un derrame, un aneurisma o vete tú a saber, sin añadir, además, que has estado mintiéndome todo este tiempo. ¿Todo ha sido una mentira entonces, Nick? —Jay tenía los puños apretados a ambos

lados del cuerpo, conteniéndose para no golpear algo—. ¿Todo? Cuando nos hemos abrazado, todas las veces que me has hablado y asentido dándome la razón, cuando nos hemos acostado... —Guardó silencio y apretó los labios incapaz de seguir.

—Jay, no...

Jay no lo dejó terminar.

—No, Nick. Ahora no. —Salió de la terraza, entró en la habitación y caminó hacia la puerta de la entrada. La abrió con rudeza y dando un portazo salió tras él.

Nick no se movió. Se había quedado solo en la terraza, notando el frío a su alrededor, y no era por la bajada de temperaturas, sino porque en esos pocos segundos se sintió terriblemente solo, como antes de que apareciera Jay en su vida.

Kane terminó su jornada laboral cuando ya había oscurecido y habían pasado varias horas de su supuesta hora de salida. No había parado en todo el día, ni siquiera para comerse un triste sándwich de máquina. Lo había engullido de dos bocados mientras cargaba y descargaba cajas.

A media tarde había recibido un mensaje de su hermana de que había pasado por casa para darse una ducha, coger un par de cosas y volver al centro veterinario para hacer otra noche de guardia. También le había dicho que le había dado la medicación a Thor y que el gato seguía tumbado en su cama durmiendo como había hecho gran parte del día.

La idea de llegar a casa y ducharse para acomodarse con un gato le pareció de lo más triste, más incluso que su sándwich de máquina, por eso, cuando regresó, a pesar de lo cansado que estaba, se dio una ducha y volvió a coger las llaves del coche. No muy lejos había un pub donde iban muchos clientes de los hoteles cercanos. Eso le aseguraba carnaza fresca y cero complicaciones, que era lo que necesitaba en esos momentos, el resto le daba igual; solo quería a un tío que buscara un polvo rápido y adiós.

Antes de marcharse, acarició al gato en la cabeza y salió de allí.

Llevaba un rato no demasiado largo sentado en la barra cuando un tipo rubio y alto se acopló a su lado.



—Te invito a una nueva ronda —dijo el recién llegado soltando un par de billetes sobre la barra para que el camarero se cobrara y sirviera otro par de copas de lo que parecía ser un whisky doble—. Me llamo Douglas.

—Kane. —Le tendió el brazo para chocar las manos—. Gracias por la bebida.

Douglas comenzó una conversación amena y sencilla, sin revelar demasiado sobre sí mismo —porque la verdad era que no importaba—, y eso le gustó a Kane; no quería saber nada sobre él ni que le contara la historia de su vida. Ese tío flacucho, de pelo corto y rubio, ojos marrones y acento inglés, era perfecto para lo que estaba buscando; un polvo de una sola noche.

Ambos parecían estar en la misma página del libro; no obstante, decidieron tomar un par de copas más antes de marcharse a la cabaña de Kane. Douglas optó por seguirlo en moto porque no se fiaba de dejarla allí sin vigilancia, aparte de que no quería depender de Kane, al que acababa de conocer, para salir de allí en el caso de que quisiera irse antes de lo previsto.

Los dos entraron por la puerta de la cabaña como una tromba, comiéndose a besos y entrelazados, intentando quitarse las chaquetas de encima. Cuando llegaron a la habitación, habían dejado un reguero de prendas tras ellos. Encendieron la luz y caminaron hacia la cama sin parar de besarse, donde se dejaron caer como un peso muerto. Thor, que había estado durmiendo como un bendito sobre la almohada, dio un salto para apartarse a lo justo antes que esas dos moles le cayeran encima.

Kane quedó tumbado boca arriba, mirando con descaro cómo Douglas le abría el pantalón vaquero y se lo deslizaba un poco por las caderas.

—Eres perfecto —susurró con un marcado acento inglés y comenzó a besarle el abdomen sobre la tira elástica de los calzoncillos.

Kane no dijo nada, aunque lo pensó. Si lo hubiera conocido varios años atrás, ¿habría pensado lo mismo? El alcohol que pululaba por su sangre desechó cualquier pensamiento coherente, permitiéndole sentir de ahí en adelante.

—Tío, tu gato me está mirando. —Douglas había levantado la cabeza varias veces para percatarse de que el gato estaba sentado en el suelo a un lado de la cama mirándolo fijamente.

—Pasa de él. Está practicando el Blue Steel. Ya se aburrirá.

Douglas siguió a lo suyo y le bajó los calzoncillos lo suficiente para dejar fuera la erección de Kane, que ya rezumaba humedad por la punta. Pero entonces se detuvo de nuevo.

—No puedo, de verdad. Dile al gato que se vaya o algo.

Kane resopló. Se subió la ropa interior para cubrirse y fue a coger al gato. Con él en brazos caminó hasta el salón, donde lo depositó con cuidado encima del sofá.

—Tú te quedas aquí esta noche porque eres muy joven para ver ciertas cosas. —Le palmeó la cabeza con cariño. Luego volvió a la habitación y cerró la puerta tras él.

—Ya estoy —anunció. Se tumbó de nuevo sobre la cama y adoptó la misma postura. Douglas volvió a bajarle los calzoncillos para liberarlo. Acto seguido le agarró la erección, se la metió entera en la boca y le arrancó varios gemidos de golpe—. Joder, sí.

Apenas un minuto más tarde, y tras varios jadeos por parte de Kane que parecieron resonar por toda la casa, la luz de la habitación se apagó de golpe. Douglas dejó de chupársela y se irguió.

—¿Se ha ido la luz?

—No sé. —Podía haber caído un meteorito sobre la cabaña de Kane que él no se habría dado ni cuenta—. Da igual.

—No. —Douglas no siguió con lo que estaba haciendo—. Quiero verte.

Eso era excitante y Kane tuvo que darle la razón. Volvió a incorporarse, se cubrió otra vez la erección con los calzoncillos y, con los vaqueros resbalando por las caderas, caminó a oscuras por la casa hasta la puerta de la entrada, donde estaba la caja de los fusibles y el cuadro de luces justo al lado de donde colgaba las llaves.

Efectivamente, la pestaña del fusible general estaba bajada. Lo accionó y la luz del dormitorio, al fondo de la casa, llegó a él. En la cocina pitaron varios electrodomésticos al recibir de nuevo la energía necesaria para seguir funcionando.

Cuando volvió al dormitorio, Douglas seguía esperándolo en la misma posición; de rodillas sobre la cama y con los labios hinchados por los besos que le había estado dando.

Sin perder tiempo, Kane volvió a tumbarse sobre la cama para ocupar el mismo lugar que antes, pero esta vez no le dio tiempo de bajarse los calzoncillos cuando la luz volvió a irse en toda la casa.

—¿Tienes algún problema eléctrico en la casa?

—No, pero da igual. —Se bajó la ropa en la oscuridad importándole una mierda la luz en esos momentos—. Ya lo miraré mañana.

A Douglas le pareció bien esa vez, aunque hubiera preferido hacerlo con la luz

encendida para poder verlo. Al ir a acogerle de nuevo en su boca, a lo lejos se oyó el sonido de un grifo al abrirse.

—¿Hay alguien más en la casa?

—No. —Kane no había escuchado el grifo. Estaba tan sumergido en su mundo de placer que no oyó nada—. Mi hermana tiene prácticas esta noche.

Entonces escuchó el sonido de más grifos al abrirse; el del fregadero de la cocina, el del lavabo y el de la ducha, que se abrieron casi a la par. Luego varias puertas comenzaron a cerrarse de golpe.

—Tío, tú tienes fantasmas en esta casa, joder. —Douglas se levantó de un salto y corrió hacia la puerta—. Yo me voy de aquí.

—Pero... ¿qué cojones? —Kane tardó un par de segundos en reaccionar. Él no creía en fantasmas y seguro que tenía que haber una explicación lógica a todo eso—. Tío, espera.

—No. Ni de coña voy a quedarme aquí. —Intentó salir de la casa, pero no se acordaba de donde estaba la puerta y en la oscuridad estaba tropezando con todas las cosas.

Kane aligeró el paso para caminar hacia la puerta de entrada y darle de nuevo al fusible. La luz se hizo inmediatamente.

—Ya está. No es nada —intentó calmarlo, pero en cuanto Douglas vio la puerta de la entrada, caminó hacia ella, agarró el pomo y salió como alma que llevaba el diablo—. Perfecto —se quejó Kane cerrando la puerta tras él.

Cuando fue al baño a comprobar el estado de los grifos por si se había roto alguna tubería, todo estaba cerrado y en orden. No entendía nada, pero tampoco estaba en condiciones de cuestionarse nada porque, entre que aún seguía algo borracho y lo caliente que estaba, su cerebro apenas podía pensar con claridad.

Decidió darse una ducha para tranquilizarse. Al salir se sirvió otro whisky al comprobar que el agua helada no había servido para nada. Se tomó otro par de chupitos y dejó el vaso dentro del fregadero. Al pasar por delante del salón, el gato seguía tumbado y dormido en el sofá. No quiso despertarlo, así que se fue directo a su cama, se tumbó y apagó la luz. Lo lógico habría sido dormir, pero su cuerpo no lo dejaba; la sangre seguía hirviéndole en las venas y su cuerpo le rogaba en silencio por una liberación. Se bajó el pantalón del chándal que se había puesto, sin ropa interior y sin nada, y se agarró la erección que seguía ahí sin perder fuerza. Sin dudar, comenzó a subir y a bajar la mano para regalarse el placer que tanto estaba buscando.

En medio de la oscuridad y de la quietud de la noche, no se percató de que el

gato había caminado hacia su cuarto, se había sentado bajo el quicio de la puerta y lo observaba con los ojos fijos puestos en él.

Kane levantaba las caderas arremetiendo contra su propia mano, como le habría gustado hacer en la boca del inglés. Siguió subiendo y bajando la mano mientras jadeaba cada vez más alto, sin censura. Total, estaba solo en la cabaña y a varios kilómetros a la redonda. Bajó la otra mano para acariciarse las pelotas y apretó con el dedo debajo de ellas para proporcionarse una nueva ola de placer que manifestó con un gemido largo y necesitado. Acto seguido un orgasmo más intenso de lo esperado tomó posesión de su cuerpo que le puso todos los músculos en tensión mientras eyaculaba sobre su propia mano y su estómago. Cuando terminó, jadeó de satisfacción y poco le faltó para comenzar a ronronear.

No se molestó en levantarse para asearse y no manchar las sábanas. Le daba igual porque ya las cambiaría a la mañana siguiente. También se daría otra ducha. Ahora lo único que quería era sentir la satisfacción recorrerle por las venas mientras se iba quedando poco a poco dormido.

Thor salió de la cabaña por la rendija de una ventana que Kane nunca cerraba. Caminó regio regio hacia el lago, sin prisa, paseando con calma. Mientras iba pisando el suelo, y conforme se acercaba al lago, su cuerpo fue cambiando, transformándose poco a poco en un hombre alto y moreno, con media melena oscura y ojos grises. Aún llevaba la última ropa que se había dejado puesta antes de transformarse. Estaba muy sudada y tenía que cambiarla pronto porque comenzaba a sentirse incómodo.

Se sentó a orillas del lago, deseando poder darse un chapuzón en las heladas aguas para que le calmaran la sangre y las ideas, pero con la herida que tenía bajo el brazo derecho, lo último que le faltaba era ahogarse por no poder nadar bien. Se rozó la zona herida y su pensamiento volvió a Kane. Se había llevado compañía esa noche y él, sin poderlo evitar, había sido consumido por una ola de celos que no sabía de dónde había salido. Desde el primer momento en que lo vio se sintió atraído por él. Kane era un hombre fuerte, un guerrero, con un sentido del humor muy peculiar y también con un gran corazón, que ocultaba que aún lo tenía hecho pedazos. Él ya se había propuesto ayudarlo tal y como lo había ayudado a él salvándole la vida, porque si lo hubiera dejado en la perrera, a esas alturas ya estaría muerto. Con lo que no contaba era con que se sentiría atraído por él, porque no iba a mentirse a sí mismo a esas alturas de su vida;

sentía algo por él. Era difícil no hacerlo, y no podía culpar a ese jodido inglés porque él también habría caído en sus redes sin que Kane se lo hubiera tenido que currar mucho.

Se había puesto muy celoso del inglés y de lo que le estaba haciendo porque era él el que quería estar allí proporcionándole placer y haciéndolo feliz. No era por gratitud ni mucho menos; se conocía demasiado bien y sabía que esa sensación tan intensa en el pecho quería significar algo. Lo que no tenía tan claro era si iba a gustarle a Kane, porque el inglés de esa noche era todo lo opuesto a él; pequeño, pálido, rubio, asustadizo. ¿Y si ese era el prototipo de hombre ideal de Kane?

—Logan, tienes un problema —se dijo mirando a la oscuridad, dándose cuenta de que, como humano, no veía tan bien de noche.

Antes de agobiarse más y de seguir pensando hasta romperse la cabeza, se quedó un rato más ahí sentado, intentando poner en orden sus ideas e ideando un plan para cuando Kane y él se vieran en persona por primera vez.

Jay regresó al hotel muchas horas más tarde, cuando ya había anochecido y era imposible estar en la calle sin abrigo. Se le había olvidado ponérselo cuando se marchó a toda prisa y no se había dado cuenta de que le faltaba hasta que había comenzado a tiritar, cuando el cabreo que sentía había ido bajando de intensidad.

Había estado todo el día dando una vuelta por los alrededores, meditando y pensando. Se sentía traicionado, como si hubiera estado haciendo el ridículo estas últimas semanas. Luego se tranquilizó un poco al ponerse en la piel de Nick. Lo conocía de sobra como para saber que odiaba a los médicos, pero no podía evitar sentirse traicionado. ¿Es que no confiaba en él para decirle la verdad?

Mucho más calmado que como se fue, regresó horas más tarde a la habitación del motel. Cuando abrió la puerta tuvo miedo de que Nick se hubiera ido por su cuenta porque todo estaba a oscuras, pero vio una sombra al fondo y supo que era él. Encendió la luz, cerró la puerta y caminó hacia él.

—Nick.

En algún punto del día Nick había vuelto a la habitación, había cerrado la gran cristalera y se había quedado allí de pie mirando a través de ella. No se volvió cuando escuchó a Jay a su lado.

—Nick —susurró a su lado. Nick tenía los ojos hinchados de haber estado llorando durante mucho rato y tenía la mirada perdida en el horizonte—. ¿Nos sentamos y hablamos?

—Sí —respondió con una voz casi efímera. Tenía la garganta seca y se sentía mareado. A su espalda había un sofá orejero. Se sentó ahí y Jay se arrodilló frente a él.

—Necesito que me dejes hablar, ¿vale? —Esperó a que Nick asintiera para comenzar—. Creo que lo que has hecho ha sido muy irresponsable porque puedes haber tenido un derrame cerebral o haberte dado un golpe y no acordarte,

o cualquier otra cosa que haya puesto en peligro tu vida. Me he enfadado porque siento que has estado tomándome el pelo, pero me ha sentado mucho peor que hayas arriesgado tu vida por tu cabezonería de no querer ir al médico.

—Tienes razón. —Carraspeó y encontró la voz para hablar, aunque aún seguía sintiendo la garganta y la boca secas y rasposas como una lija—. Al principio lo hice porque odio a los médicos. Mis experiencias en hospitales han sido malas y es algo que aún no he superado. Luego, conforme iba pasando el tiempo y te iba conociendo más, más me enamoraba de ti. Me planteé varias veces ir al hospital porque quería recuperar ese pasado contigo del que me hablabas, pero entonces comencé a cuestionarme todo. ¿Y si me encontraban algo y acababa perdiéndote? Porque ahora mismo estoy en un punto donde no sé lo que es real. No sé si he pasado toda mi vida solo o contigo, pero si esto es un sueño, o un trauma, o lo que quiera que sea, Jay, no quiero que se acabe. —Lo miró a los ojos con el lagrimal humedecido—. No quiero perderte.

Jay apretó la mandíbula, se inclinó hacia delante y lo abrazó.

—Siento haberte dejado solo todo el día. No he reaccionado bien.

—La culpa es mía por no haberte dicho la verdad antes. Lo he intentado varias veces, pero no he podido. Hoy no podía seguir con esta farsa más tiempo, porque vas a contarme más historias sobre nosotros y yo cada vez tengo más problemas para disimular, para inventarme excusas. —Sorbió por la nariz evitando que la humedad resbalara sobre sus labios—. Y porque no te mereces que te siga mintiendo.

—Ya. —Jay estaba más serio que antes. También tenía los ojos humedecidos—. Entonces... ¿Has estado fingiendo todo este tiempo desde que volví de la convención?

—No —respondió en el acto, sabiendo lo que estaba pensando. Tenía que sacarlo de ese error inmediatamente—. Solo te he mentado en que no recuerdo nuestro pasado, pero todo lo que hemos vivido juntos desde ese momento hasta ahora, todo, ha sido real. Si te hubiera mentado o hubiera sido de otra manera, no habría esperado tanto para acostarme contigo. Cuando lo he hecho ha sido porque de verdad lo sentía, por eso me inventé esa estupidez de que estaba molesto y que si empezábamos de nuevo. Conforme han ido pasando las semanas, me he enamorado más y más de ti, de tu forma de ser, de tu risa, de tu forma de pensar, de tu cuerpo, de tus manías, de la forma que tienes de hacer las cosas. Y cuanto más me enamoraba de ti, más miedo sentía de decir la verdad porque de pronto, por primera vez en mi vida, había alguien por el que merecía

la pena luchar, que me amaba a pesar de mis defectos, que estaba casado conmigo y que vivía conmigo sin importar nada más. No quería perder nada de eso, Jay. He sido muy egoísta pensando solo en mis sentimientos sin tener en cuenta los tuyos y en lo que pudieras sentir cuando te enterases, pero es que... —Hizo una ligera pausa antes de seguir—. Por una vez en la vida quería ser feliz.

Jay lo abrazó y Nick le devolvió el gesto. Ambos se quedaron así varios minutos, respirando con pesadez. Jay se incorporó un rato más tarde y lo miró.

—Prométeme que a partir de ahora vas a decirme siempre la verdad, ¿vale? Y que en cuanto volvamos a Austin, vas a ir directo al médico.

—Te lo prometo. —Asintió con la cabeza para enfatizar su respuesta.

—Bien. Vamos a darnos una ducha y a pedir algo para cenar. Ha sido un día muy raro.

Cenaron sentados en la mesa que había en una esquina de la habitación, al lado de la cristalera que daba al balcón. Ninguno de los dos tenía humor para salir a cenar fuera y tenían cosas muy serias que tratar. Jay le preguntó por la vida que recordaba en la que no estaba él y Nick le contó sin prisas mientras removía la ensalada que tenía delante.

—Supongo que me acostumbré a estar solo. Todo era igual excepto tú; mi trabajo, el apartamento, mi familia, los amigos... Era como si mi cerebro hubiera borrado esa parte donde estabas tú, no sé por qué.

—¿Qué hiciste para comprobar que yo no era un loco que se había colado de pronto en tu vida? —A Jay todo aquello le resultaba muy curioso y no podía evitar tener una mala sensación, ya no solo porque el cerebro de la persona a la que amaba lo había borrado de un plumazo, sino porque nada de aquello le parecía normal.

—Al principio pensé que era una broma de alguien. Me pareció demasiado bien montado, sobre todo por las fotos de casa, los videos, la ropa, todos los productos del baño..., todo. Además, Lea y mi familia me hablaban de ti como si fuera lo más normal del mundo. Ellos jamás me gastarían una broma así. Ya luego en el registro me convencí de que no podía ser mentira. El resto ya lo conoces.

—¿No te resultó raro acostumbrarte a mí? No sé, de pronto hay un extraño en tu cama, a tu lado, hablándote de cosas que no tienes ni idea. —Jay le dio un bocado a un trozo de pan integral que tenía en la mano y siguió hablando—. Me



pongo en tu situación y no sé, creo que se me habría notado.

—Por eso inventé esa tontería de estar enfadado y todo lo demás. Necesitaba tiempo para comprobar que no era mentira, que no me había vuelto loco y sobre todo necesitaba tiempo para conocerte. —Dejó de remover la ensalada para al final no comérsela. Apenas había probado bocado, pero no le entraba nada en el cuerpo—. Y cuanto más te conocía, más me enamoraba de ti y más me aterraba pensar que podía perderte si iba al médico y me decía: «Sí, se está volviendo loco, todo esto no existe, vamos a restaurarlo como estaba antes» —se burló cambiando el tono de voz por otra mucho más aguda.

Jay le sonrió, pero su sonrisa no llegó a sus ojos. Nick no había acudido al médico en parte por él, porque tenía miedo de que desapareciera de su vida. Alargó la mano y le agarró la suya con fuerza.

—No vas a perderme. Siempre voy a estar a tu lado. Te lo prometo.

Nick esbozó una sonrisa que tampoco llegó a sus ojos. Había pasado un día infernal sin él. Había vuelto a sentir lo que era estar solo y sabía que no podría acostumbrarse a eso otra vez. No podía imaginarse su vida sin Jay. Dejó el tenedor sobre la mesa y lo abrazó.

—Te quiero. —Jay le devolvió el abrazo con fuerza—. Y voy a estar a tu lado siempre, ¿entendido? Pase lo que pase.

—Yo también te quiero —respondió algo más tranquilo—. Quizás haya pasado poco tiempo desde que, supuestamente, estás aquí, pero no necesito más para saber que eres la mejor persona que he conocido en mi vida y, aunque me hubiera propuesto no enamorarme de ti, habría fracasado sin poderlo evitar.

Jay dejó de abrazarlo para mirarlo de frente.

—Te gusta demasiado mi culito, ¿a que sí?

Ambos se rieron por la broma, que había venido como caída del cielo para relajar el ambiente.

El resto de la velada fue igual de tranquila que la cena. Se metieron en la cama y cotillearon por el centenar de canales que el hotel les ofrecía. Al cabo de un rato ambos se durmieron casi a la par, abrazados y más unidos que nunca.

Kate llegó agotada y con ganas de meterse en la cama sin pasar siquiera por la ducha. Había sido una noche muy intensa, con varias urgencias graves y no todas con finales felices para su desgracia. Tiró los zapatos a un lado cuando entró en la cabaña y caminó como un zombi por el pasillo. La mañana estaba muy

avanzada y no había nadie en casa. Por no estar no estaba ni Thor. Eso le pareció raro y durante unos segundos se asustó, pensando que podría haberse escapado por alguna de las ventanas que su hermano dejaba abiertas. ¿Es que no tenía miedo de que le entraran a robar? ¿Tampoco tenía frío? Porque ella estaba helada a todas horas.

Iba a echarse unos minutos para descansar los ojos y luego buscaría al gato para darle su medicación. Un segundo y medio más tarde estaba dormida como un tronco sobre su cama.

Kane llegó a casa después de comer. Ese día había sido muy tranquilo después de la agotadora jornada del día anterior. No tenía que salir ni llegar ningún camión para descargar, así que se lo había tomado con calma. La mayor parte del tiempo estuvo haciendo inventario de lo que tenían en stock para hacer un pedido nuevo al día siguiente. Había tenido tan poco trabajo que, después de comer, cogió el coche y se fue a casa. Se lo merecía después de los días que estaba teniendo; además, la resaca del día anterior aún le duraba en el cuerpo, cosa que le extrañaba mucho porque estaba acostumbrado a beber whisky. Debía de estar volviéndose viejo.

Cuando entró por la puerta, su hermana caminaba errante hacia la cocina.

—Tienes incluso peor pinta que yo, y eso ya es decir mucho —se burló, cerró la puerta de la entrada y comenzó a quitarse el abrigo—. ¿Qué te pasa? —le preguntó cuando vio la mala cara de ella.

—¿Has visto a Thor? Lo he buscado por todas partes, pero no lo encuentro. La ventana estaba abierta. ¿Crees que se habrá escapado? —La voz de ella era casi de pánico—. Si algo le pasase, yo...

—Shhhh, tranquila. —Se acercó para tranquilizar a su hermana—. ¿Has mirado dentro de los armarios, debajo de las camas y esas cosas?

—Si. Hasta debajo de las alfombras —exageró—. Y nada. No está. —Kate estaba al borde del llanto.

—Estará cerca, no te preocupes, es un gato muy listo. —Kane caminó de nuevo hacia la puerta de entrada y la abrió—. ¡Thor! —gritó todo lo alto que le permitieron los pulmones.

—Los vecinos van a pensar que estás loco —se burló ella—. Si es que no lo pensaban ya.

—Que digan lo que quieran de mí. —Cerró la puerta y volvió junto a ella—.

Yo al menos no retozo desnudo con mi amante de turno a la luz de la luna en la orilla del lago.

Kate puso cara de asco y se negó a preguntar nada más sobre la vida sexual de los vecinos de su hermano. En ese momento Thor apareció por una de las ventanas que se habían quedado abiertas. Maulló y caminó hacia el sofá para tumbarse.

—¿Ves como te dije que volvería? —Kane se acercó para darle un par de caricias al animal, pero su hermana se le adelantó y agarró al gato achuchándolo.

—¡Qué susto me has dado! —lo riñó—. ¡No lo vuelvas a hacer más! Kane, hay que cerrar las ventanas.

—Pero si sabe volver solo, y por esta zona no hay peligro de que ningún animal lo ataque. Además de que se lo ve un gato muy listo. Como lo dejes aquí solo todo el día se va a deprimir. —Se sentó al lado de su hermana en el sofá y acarició al gato—. Esto no es como en la ciudad, donde lo pueden atropellar o envenenar. Estará bien a su aire y le vendrá de lujo para la recuperación de su pata.

—Llevas tanto tiempo viviendo solo que no sabes pensar de otra manera —se quejó ella—. ¿Cuándo ha sido la última vez que has buscado compañía de algún tipo?

Kane no tenía intención de contarle nada a su hermana, pero no podía dejar pasar esa oportunidad de callarle la boca.

—Justo anoche. Vine, me duché, salí a un pub de copas cercano, conocí a un chico que no estaba mal, tonteamos, vinimos a casa, se asustó y se marchó corriendo con los pantalones medio bajados.

Ella encogió la cara intentando comprender.

—¿Cómo que salió asustado? ¿De qué? ¿De Thor? ¿Del desorden que tienes en tu habitación? ¿De tu ropa interior infantil?

—Ja —se burló él—. Lo cierto es que lo de anoche fue muy raro. Se fue la luz sin razón aparente dos veces seguidas.

—Eso no es raro. Si tu cuadro de luces es muy sensible y tienes buenos fusibles, es normal que salten si hay alguna subida de la tensión eléctrica. Eso evita muchos accidentes.

—Ya, eso mismo pensé yo, pero es que luego se abrieron todos los grifos a la vez y se cerraron varias puertas de golpe.

Kate abrió los ojos como platos completamente espantada.

—Joder, ¿hay fantasmas?

—Déjate de tonterías —la tranquilizó—. Los fantasmas no existen.

—Ah, ¿no? Entonces ¿qué explicación le das a lo que según tú pasó anoche aquí?

Kane no parecía para nada preocupado.

—No sé. Quizás estábamos muy borrachos. Fuera lo que fuera, me jodió el polvo de anoche.

—Argh, cállate. —Kate le dio un beso al gato en la cabeza y se lo llevó en brazos hacia su cuarto—. ¿Me ayudas a cambiarle la venda? Creo que ya podemos quitársela.

Derek tuvo dudas si decirles a sus padres que había entrado en el curso de dibujo al que había ido con Howard. Porque lo habían elegido. Y a su amigo también. Al principio no lo había podido creer porque había visto a gente con muchísimo nivel en el curso, y ese módulo de dibujo tenía mucho prestigio. Sus padres no iban a regañarlo ni mucho menos, pero estaba en ese momento de su vida en que no quería contarles nada. Cuanto menos supieran a qué se dedicaba, mejor para él, pero no tuvo más remedio que acudir a ellos porque había que pagar la matrícula y entregar dinero para materiales, y su paga no daba para todo eso.

Sus padres estuvieron encantados y le dieron el dinero para pagar el curso.

Quedó con su amigo Howard para matricularse y charlar un rato después de clase. Ese módulo era algo complementario al instituto, así que varias tardes al salir de clase tendría que quedarse más tiempo en el colegio, pero en la clase de dibujo. No era lo que más le apetecía, pero le gustaba dibujar y estaba dispuesto a aprender técnicas nuevas.

—Hey, tío. —Derek llegó cargado con su mochila a la puerta del aula de dibujo donde había quedado con Howard porque, para desgracia de ambos, no coincidían en todas las asignaturas, y ese día en concreto no habían tenido tiempo de verse en toda la mañana—. ¿Qué cojones te ha pasado?

Howard arrugó la cara intentando sonreír, pero sin lograrlo, tocándose el moratón que tenía sobre el labio.

—Mi hermano se ha levantado hoy con el pie torcido. Le he gastado una broma mientras desayunábamos y me ha dado un puñetazo.

—Joder. Pues tienes media cara súper hinchada.

—Lo sé. —Howard se tocó con los dedos y puso una mueca de dolor—. Mi madre lo ha castigado todo el mes.

—¿Qué le dijiste para que saltara así?

—¡Una chorrada, tío! Le dije de broma que estaba echando tetitas de tía y que iba a poder pedirle el sujetador a su novia. Entonces me pegó.

—¿Lo dijiste delante de tu madre?

—No, joder, no soy un suicida. Fue justo cuando mi madre subió a ducharse. Sospecho que Nora y él ya no están juntos.

Derek abrió los ojos como platos.

—¿No?

—Nop. Mi hermano solía llevar una pulsera que le regaló ella y ya no la tiene.

—Chicos, ¿vais a quedaros ahí charlando? —preguntó el profesor desde dentro—. Va a comenzar ya la clase.

Los dos abandonaron la charla y entraron en el aula, donde la mayoría de los alumnos estaban ya acomodados en sus asientos. Derek se colocó al lado de Howard en un asiento pegado a la pared. El profesor fue a comenzar cuando entraron corriendo los últimos alumnos.

Derek no pensaba que fuera a tomar con tanto interés todo ese asunto del dibujo, pero había descubierto una fascinación nueva. Dibujaba cuando estaba muy saturado, cuando su mente no podía más, cuando se sentía como un bicho raro y verde, y necesitaba expresarse sin necesidad de abrir la boca. El guion que el profesor les estaba narrando de lo que iba a ser el primer trimestre del curso le gustó bastante y ya tenía unas ganas tremendas de que diera comienzo.

Estuvo toda la clase atento, tomando apuntes y organizándose con lo que iba a tener que hacer. Cuando terminó la hora, los alumnos que no habían abonado el importe se quedaron para hacerlo. Howard se adelantó a él.

—Tío, me doy prisa en pagar a ver si llego a la última hora de entrenamiento. Te veo mañana. —Y corrió hacia el profesor antes de que se formara una cola.

Derek recogió con calma. No tenía prisa por llegar a su casa y que su madre lo sometiera al tercer grado con mil preguntas sobre el curso. Esperó a que pagara todo el mundo para acercarse. Recibió el comprobante del profesor, lo guardó en la mochila para dárselo a su madre cuando llegara, y caminó hacia la salida para llegar a casa. Tenía que coger un autobús y ojalá no tardara demasiado porque la tarde estaba algo fría y parecía que iba a llover.

—¿Te llevo?

Derek volvió la cabeza hacia su derecha de donde había venido la voz. Nora se acercaba a él con una carpeta entre los brazos.

—No, gracias.

Ella le mostró una encantadora sonrisa.

—¿Seguro? Parece que va a llover. —Miró al cielo para comprobar que lo que decía era verdad—. Oh, por cierto, me llamo Nora. Creo que estamos en la clase de dibujo. —Y le tendió la mano en señal de amistad.

Durante un par de segundos Derek miró la mano para acabar estrechándola.

—Derek —respondió sin añadir nada más.

—Un placer conocerte, Derek. Nos iremos viendo, entonces. —La mujer pasó por su lado, bajó las escaleras con un ligero contoneo de sus caderas, y caminó hacia el aparcamiento del colegio para coger su coche.

Un escalofrío recorrió al joven de la cabeza a los pies, miró al cielo y puso rumbo a la parada del autobús. Sospechaba que no iba a ser la última vez que hablara con ella.

Nick se levantó sin saber la hora que era. Había dormido lo suficiente para sentirse descansado y sin sueño, aunque aún le dolían los ojos. Sintió un movimiento a su lado y se volvió para encontrarse a Jay que lo miraba con una dulce sonrisa en el rostro.

—Buenos días.

Nick se relajó al oír su tono de voz. El día anterior había sido una tortura para él porque en el tiempo que Jay llevaba en su vida, en todas esas semanas, jamás lo había visto enfadado ni una sola vez. No supo si iba a gritarle, a largarse para siempre, o a vengarse. No tenía pinta de eso en realidad, pero nunca se sabía por dónde podía salir una persona enfurecida. Jay había demostrado ser un hombre tranquilo y coherente. Gracias a la charla que habían mantenido el día anterior, habían podido solucionar las cosas.

—Buenos días —le respondió imitando su gesto—. ¿Te apetece desayunar fuera? No hace muy buen tiempo, pero estaría bien dar una vuelta.

—Me parece bien. Me doy una ducha y soy todo tuyo. —Jay no se dio cuenta de que, mientras se levantaba, Nick lo seguía con la mirada. Iba en calzoncillos y en camiseta directo al baño.

No tardó mucho, lo suficiente para enjabonarse, aclararse y salir con una toalla envuelta en la cintura. Nick lo volvió a mirar mientras se ponía la ropa y luego entró él. Le habría gustado ducharse con él, frotarle la espalda y abrazarlo, abrazarlo mucho, pero se sentía a un millón de kilómetros de distancia. Incluso, aunque hubieran hablado y todo hubiera quedado esclarecido, él se sentía como

si hubiera vuelto de nuevo al punto de partida.

Dieron un paseo por los alrededores. Aunque las vistas no eran nada del otro mundo, a ellos les pareció más que suficiente como escenario para hablar de todo un poco. Nick le pidió que le contara cualquier cosa, lo que fuera, y Jay se explayó contándole un millón de anécdotas, de momentos que habían compartido juntos con el paso de los años. Aunque no recordaba nada de lo que le contaba, podía vivirlo como si fuera real. No necesitaba demasiada imaginación para *revivir* esas experiencias junto a él. Hasta ese momento Jay no le había contado nada donde él tuviera que decir: «Hey, así no reaccionaría yo». Todo lo contrario; todo lo que le decía sobre él podía haberle sucedido perfectamente.

Comieron en un restaurante donde siguieron hablando sumergidos en su propio mundo. Nick quería conocer su pasado juntos, escuchar todas las anécdotas y momentos especiales que Jay pudiera contarle. Conforme iba escuchando, deseaba poder recordar, revivir aquellos momentos, sentirlos suyos también. Jay era un gran narrador y sabía expresarse muy bien. Contaba las historias como si las estuviera viviendo, en el orden correcto y sin saltarse nada.

—Siempre has sido muy terco —sentenció Jay tras una historia. Acababa de pagar al camarero, pero aún no iban a marcharse de allí. El restaurante era acogedor y estaba casi vacío—. Menos mal que nunca me ha faltado paciencia.

Nick esbozó una sonrisa mientras miraba el chupito vacío que el restaurante les había ofrecido tras el postre.

—¿Por qué te enamoraste de mí? Además, tan joven. Por regla general, la gente no tiene las ideas tan claras a esa edad.

—No sé. —Jay fijó la vista al fondo de su vaso de chupito. Aún no se lo había terminado y tampoco parecía tener pinta de hacerlo—. Fue... una especie de flechazo. Te vi ahí, tirado con tu bicicleta por el suelo, desamparado, tan desorientado. Ahí supe que no iba a poder alejarme de ti nunca. Pensé que no ibas a contarlo. Me asusté muchísimo.

Nick asintió moviendo el vaso. Recordaba aquel momento. Ese accidente de bicicleta, el único que había tenido en su vida y que lo marcó para siempre. Entonces se dio cuenta de una cosa. Levantó la cabeza y lo miró.

—Eso lo recuerdo. Es la primera vez que tengo un recuerdo de los dos juntos.

—Quizás sea una señal. —Jay levantó su vaso y brindó por él en silencio

moviendo la cabeza. Luego apuró la bebida hasta acabarla.

—Siento no poder recordar nada de nuestro pasado y siento no poder acordarme de ti, Jay. Me pongo en tu situación y no sé si me hundiría o me exasperaría.

—Ayer, cuando me marché durante todo el día, estuve pensando en todo eso y en lo traicionado que me sentía, ya no solo porque me habías mentido, sino porque no me recordabas en ningún momento, como si no hubiera sido lo suficientemente bueno en tu vida como para que tu cerebro se hubiera dignado a guardarme, aunque fuera en una esquina de tu memoria. Pero luego pensé que, bueno, quizás tú no te acordabas de mí, pero yo de ti sí, y eso ya era razón más que suficiente para no mandarlo todo a la mierda, ¿sabes? Mis propios recuerdos ayudarán a los tuyos a volver a casa.

Nick tuvo ganas de echarse a llorar porque eso que le acababa de decir era precioso. Tuvo que aclararse un poco la voz para poder hablar.

—Sé que al principio dije que no quería mirar al pasado, pero ahora lo necesito. Anhele revivir todo eso que me has contado. Si mi cerebro no es capaz de recordar, quiero crear mis propios recuerdos contigo.

—Lo haremos. —Jay se había echado hacia delante y lo había cogido de las manos—. Confía en mí.

Sí. Nick confiaba en él por completo. No sabía cómo había llegado allí. Todo era muy confuso, pero iba a parar de cuestionarse tantas cosas que su cerebro no sabía responder. Iba a centrarse en vivir de lleno, sin replantearse nada más.

—Me gusta tu trasero. —En teoría no iba a plantearse más preguntas transcendentales, pero no iba a dejar de pensar del todo. Por lo visto había comenzado a ser así. Azorado por sus propias palabras, se rascó la frente intentando ocultar su turbación—. Quiero decir...

Jay no lo dejó terminar. Tenía una sonrisa de oreja a oreja, encantado por la declaración de Nick.

—Ya sé lo que quieres decir —respondió entre risas—. Y me parece bien. Siempre me ha parecido bien, porque no es la primera vez que me lo dices, aunque no te acuerdes.

—¿No?

—No, y siempre me ha parecido bien —respondió ahora sin risas de por medio y con un tono de voz un poco más grave de lo normal—. Si lo quieres, ya sabes. —Le guiñó un ojo—. Tendrás que ganártelo.



Nick y Jay entraron a trompicones en la habitación del hotel comiéndose a besos, sin poder apartar las manos el uno del otro y sumidos en su propio mundo. Habían comenzado con las indirectas al salir del restaurante; primero fueron varios comentarios sin malicia que dieron lugar a varios roces. Ahí fue donde saltó la chispa para que ya no pudieran quitarse las manos de encima.

Entraron tropezando por la habitación. Cerraron la puerta con un golpe seco tras ellos y siguieron dando tumbos mientras se comían a besos, urgentes y necesitadas sus manos por encontrar al otro y saciarse de él.

La espalda de Jay chocó con la pared que daba al baño. Llevaba la chaqueta de cuero caída por debajo de los hombros. No le había dado tiempo a deshacerse de ella por completo. Nick lo tenía agarrado por la pechera de la camisa, con los puños agarrados a la tela con fuerza mientras lo besaba una y otra vez. Ambas lenguas jugaban revoltosas, incapaces de estar la una sin la otra. En un momento determinado, la mano de Nick bajó por su cuerpo hasta la hebilla de la correa. Con unos dedos ágiles y eficaces, le abrió el pantalón para deshacer cualquier impedimento que le frenara deslizar la mano dentro.

Jay gimió por la sensación de sentir ese puño firme rodearlo y apresarle entre los dedos. La humedad que rezumaba su erección ya había dejado un rastro en su ropa interior, aunque eso le importaba bien poco. Con ojos vidriosos por el placer, vio a Nick caer de rodillas a sus pies y acogerle entre sus labios, no por entero, pero sí en su mayor parte. Tragó con fuerza la saliva que se le había formado en la boca y respiró hondo, intentando así contenerse para no terminar nada más empezar. Nick había levantado la mirada y lo divisaba desde abajo mientras seguía rindiéndole pleitesía con sus labios y con su lengua. Jay había puesto una mano sobre su cabeza y había enredado los dedos entre sus revoltosos cabellos. No lo instaba a que profundizara más hacia su garganta, pero tampoco dejaba que se fuera demasiado lejos. Cuando Nick gruñó al sentir la garganta bloqueada, Jay tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no correrse allí mismo.

—Por favor, Nick. —Involuntariamente separó un poco más las piernas, todo lo que los pantalones vaqueros le permitieron. Nick aprovechó ese movimiento para lamerse un dedo y guiarlo hacia la parte trasera de sus testículos, quizás un poco más. Cuando la punta del dedo rozó su entrada, Jay volvió a gemir sabiendo que era más que probable que lo estuviera escuchando todo el hotel. ¡Al diablo con el mundo entero!—. No seas cruel —jadeó, cada vez más perdido en ese otro mundo de éxtasis y satisfacción—. Por favor.

Nick no tenía muy claro qué era lo que le estaba pidiendo. Podía ser que siguiera, o quizás era todo lo contrario. Aún no lo conocía tan bien en ese aspecto, pero prometía hacerlo en ese fin de semana porque no iba a parar de hacerle el amor hasta que ambos cayeran saciados y exhaustos.

—Dime qué quieres, Jay —jadeó levantándose para besarle los labios otra vez—, y te lo daré.

—Sigue —fue lo único capaz de decir.

—Pídeme más. —Le mordisqueó los labios. Tenía la mirada nublada por el deseo y el corazón le latía desbocado.

—Fóllame —soltó. Parecía incapaz de decir más de dos palabras seguidas, las necesitase o no.

—No estás preparado aún —le recordó. Lo último que quería era hacerle daño. Jay negó con una sonrisa en los labios.

—Por favor —comenzó de nuevo—. Coge el gel lubricante de mi mochila, pónmelo, y fóllame. —Lo miró a los ojos—. Obedéceme.

Nick lo contempló y asintió sumiso porque, aunque parecía que mandaba, él no era más que un esclavo obediente a la espera de lo que le pedía su amo.

No tuvo que ir muy lejos para cumplir la orden. Se echó un buen chorro en la mano y volvió de nuevo junto a Jay, que lo esperó sin moverse del sitio hasta que lo vio llegar; entonces, se giró para quedar de cara a la pared y con el trasero algo elevado.

Relamiéndose los labios, Nick pasó los dedos lubricados por su entrada y lo embadurnó bien. Luego le dio un pequeño masaje a su miembro, esparciendo sobre su piel el resbaladizo gel. Segundos más tarde se acercó el poco espacio que los separaba y apretó su hinchazón sobre la entrada de Jay, que jadeó al sentirlo.

—Hazlo —lo instó—. De una sola vez, Nick. Hazlo.

Nick se mordía el labio inferior luchando contra sí mismo. Al final, la voz de Jay ganó y arremetió con todas sus fuerzas, colándose por entero en ese estrecho canal.

Los dos gimieron por la sensación, pero para Jay había sido demasiado; tenía todos los músculos de su cuerpo en tensión y se sentía tan lleno, tan vivo.

Con las manos apoyadas en la pared y la chaqueta atascada en sus bíceps, comenzó a correrse apoyando la frente en la pared y cerrando con fuerza los ojos. Nick, por su parte, supo que le iba a ser imposible retrasar su propio orgasmo ni siquiera un solo segundo más porque Jay se había cerrado alrededor

de él, y lo había aprisionado en ese estrecho y húmedo canal. Sin darse cuenta comenzó a correrse, entrando y saliendo de él con golpes secos y constantes, hasta que su cuerpo no pudo más, hasta que toda la habitación le dio vueltas.

Salió de él con un gruñido, y necesitó varios segundos más para asimilar la intensidad del orgasmo. Respiró hondo y ayudó a Jay a que se diera la vuelta. Ahora era su turno. Iba a hacerle acabar, pero cuando quedó frente a él, con la cara sofocada, jadeante, con los ojos vidriosos y los labios entreabiertos, fue más que evidente que él había terminado también. Miró hacia la erección de Jay, aún erecta, y un pequeño reguero casi transparente rezumaba de su glande. Impresionado, volvió a mirarlo a los ojos, incapaz de ocultar su asombro.

—¿Te puedes correr sin usar las manos?

Jay necesitó un par de segundos más para tomar aire y que el corazón bajara un poco las pulsaciones.

—Sorpresa —jadeó con una sonrisa pícaro.

Nick le siguió con la sonrisa. Pues sí que era una sorpresa. Y de las buenas, además.

Jay se despertó un buen rato más tarde. No sabía si habían pasado dos minutos, dos horas o dos días. El tiempo volaba con Nick a su lado. Metido en esa cama con él era como si el mundo se detuviera y solo existieran ellos dos. Se sentía cansado pero feliz. Nick descansaba a su lado, despertándose como él. Se giró para mirarlo de frente y le dio un suave beso en la frente.

—Buenos días —susurró, porque aún no estaba del todo despierto—. O buenas tardes, no sé.

Nick se rio parpadeando para espantar el sueño.

—Puede que sean buenas noches y tampoco nos hayamos dado cuenta. — Intentó mirar por encima de las mantas, pero no quería salir de esa cálida cueva que habían creado bajo las sábanas. La maratón de sexo lo había dejado en un estado del que no quería salir por nada del mundo—. Vamos a dormir un poco más —se quejó al final, acurrucándose de nuevo junto a su cuerpo.

Jay, ahora ya despierto, lo acogió entre sus brazos y le olió los cabellos, aspirando ese suave aroma que conocía tan bien. No podía evitar pensar en qué diablos haría sin Nick en su vida. Solo lo imaginó por un breve segundo, pero fue más que suficiente para que su cuerpo se quedara frío y sin ganas de nada más.

—Nick.

—¿HmMMM? —respondió con los ojos de nuevo cerrados, medio abandonado ya en los brazos de Morfeo.

—Pídeme algo a mí.

Nick no se esperaba esas palabras y abrió los ojos para mirarlo. Recordaba con claridad lo que Jay le había pedido varias horas atrás. ¿Tenía de nuevo ganas de jugar? Porque él aún no se había recuperado de la última ronda.

—Que te pida ¿el qué?

—Pídeme más, lo que quieras. Lo que sea.

—No te vayas nunca. —Las palabras salieron de su boca en el acto, como si hubieran estado esperando a que fuera el momento oportuno para hacer acto de presencia.

A Jay no debió de parecerle una petición tan extraña porque respondió también sin esperar demasiado.

—No pienso irme a ninguna parte. No sin ti.

Relajado por la promesa, Nick volvió a cerrar los ojos, cayendo en un profundo sueño, placentero y reparador, en los brazos de Jay, que se quedó vigilando mientras dormía como si fuera el guardián de sus sueños.

Nick y Jay regresaron de su pequeña escapada cinco días más tarde. Tras haber superado la pelea que tuvieron, todo lo que aconteció después fue como la seda.

Habían pasado la mayor parte del tiempo en la habitación del hotel, disfrutando el uno del otro, cerciorándose de que todo aquello era real. Una vez de vuelta a su rutina diaria, la magia entre ellos seguía brillando incluso con más fuerza. Nick le había hecho una promesa a Jay e iba a cumplirla.

—He dejado un mensaje en la consulta del doctor Stevens. Lo más probable es que me llame a lo largo de la mañana. —Nick iba vistiéndose con prisas. Ambos se habían entretenido más de lo esperado en la ducha e iban muy mal de tiempo.

—Perfecto. —Jay, que había terminado antes de arreglarse, se enganchó la bandolera al hombro y se acercó a él para darle un beso—. Avísame en cuanto sepas algo.

—Sí. —Nick le devolvió el beso y lo vio abandonar el piso. A él aún le quedaba peinarse y ponerse los zapatos. Llegaba tarde, sí, pero no tenía prisa. Su cuerpo aún flotaba en ese estado de deleite tras el polvo que habían echado en la ducha. Por mucho que se esforzara en correr, al final iría al ritmo que le diera la gana.

Una vez peinado, con los zapatos puestos y con la mochila al hombro, Nick abandonó el apartamento. De camino a la biblioteca su cabeza fue pensando en la llamada que tenía que hacerle el doctor Stevens. Era un viejo conocido de sus padres y aunque su especialidad era la pediatría, sabía que podía dejarle un mensaje pidiéndole consejo para que lo derivara a algún profesional que pudiera evaluarlo.

Kane le dio el visto bueno al albarán del último camión que había llegado, lo archivó en la carpeta y caminó por el almacén. Ya no quedaba nadie y parecía

que, por una vez en un millón de años, iba a salir a su hora. Apagó las luces, cerró todo, puso la alarma de seguridad y se fue a casa. No estaba demasiado cansado, pero tenía muchas ganas de llegar. Hacía mucho frío y era posible que nevara en breve. Kate ya le había dicho que no estaría en todo el día, lo que lo dejaba solo en casa con el gato. Resultaba un poco extraño, pero se había hecho colega de Thor. En esos últimos días el gato había mejorado mucho, tanto que ya no llevaba el vendaje, y los puntos de sutura que la veterinaria le había dado ya habían sido en parte absorbidos por su cuerpo.

El animal parecía tener su propio carácter; salía y entraba de la casa cuando le daba la gana, se tumbaba con él en la cama y, si lo llamaba, acudía complaciente a la voz de Kane. Este había decidido el día anterior quitar el arenero de su cuarto y ponerlo en el baño, aunque el animal parecía preferir hacer sus cosas en la naturaleza porque nunca había tenido que recoger ningún desperdicio suyo. El pienso tampoco parecía hacerle demasiada gracia. Posiblemente cazara algún animalillo cada vez que saliera al bosque.

Aparcó el coche y se bajó mirando alrededor. Silbó un par de veces y llamó al gato para saber por dónde andaba.

—Thor. —No tuvo que elevar la voz ni repetir su nombre. Un segundo más tarde el majestuoso animal trotó de entre medio de los árboles hasta que se puso a su lado y caminó junto a él hacia la casa—. Así me gusta; obediente cuando te llamo. —Se agachó para darle una caricia al gato sobre la cabeza y se irguió para abrir la puerta y entrar en la casa.

Se hizo un sándwich de lechuga y pavo, y se lo comió frente a la nevera, analizando que iba a tener que ir a hacer la compra otra vez. ¿Su hermana no era vegetariana? No entendía cómo duraban tan poco las cosas. Ahora comprendía a su madre cuando eran pequeños, que la pobre mujer les recriminaba que no duraba ni cinco minutos la nevera llena.

De camino a su habitación fue quitándose poco a poco la ropa hasta quedarse en calzoncillos. Ya notaba el frío, así que encendió la calefacción. Fue a coger ropa limpia para darse un baño cuando el teléfono comenzó a sonar. Frunció el ceño cuando vio en la pantalla el nombre de George.

George había sido algo más que un simple amigo mucho tiempo atrás. En realidad, nunca habían tenido una relación seria ni profunda como para poder llamarlo novio; simplemente habían sido dos conocidos que quedaban cuando querían pasar un buen rato. Nada más. Hacía mucho que no se veían, así que le sorprendió su llamada. Sin esperar más tiempo, respondió.

—Hey, George, ¿qué tal?

—¡Hey, Kane! Sigues guardando mi teléfono.

—Sí —fue lo único que respondió. Seguía con su número memorizado en el móvil porque no había hecho limpieza y se había olvidado de borrarlo, porque si no, haría mucho ya que lo habría echado de su vida. No habían terminado mal ni mucho menos; solo que la relación entre ambos había muerto por sí sola. Gastaron el poco interés mutuo que tenían—. ¿Qué te cuentas?

—Nada. Estaba aburrido y pensé en llamarte. Espero no haberte importunado ni que tu pareja se lo tome a mal.

Esa había sido una buena táctica para saber si estaba con alguien. Algo manida pero eficaz al fin y al cabo.

—No estoy con nadie.

—Ah. Como yo, entonces; solos en una fría noche como esta.

Kane estuvo tentado de decirle que dejara de andarse por las ramas y le dijera qué quería, pero no tuvo necesidad de hacerlo porque George parecía haberle leído el pensamiento.

—¿Te apetece quedar esta noche? Nada serio; un par de cervezas, una pizza y, bueno... lo que surja.

Era curioso que a esas alturas a George le diera vergüenza decir la palabra follar porque claramente lo había llamado para eso.

—Acabo de llegar a casa del trabajo, George. Iba a darme una ducha. Estoy algo cansando, pero en cuanto salga te mando un mensaje y ya veremos.

George iba a insistir, pero sabía que con Kane esa no era una buena táctica porque el hombre no solía reaccionar bien cuando lo presionaban. Lo sabía porque lo había comprobado por sí mismo.

—Perfecto. Espero tu mensaje.

Kane tiró el teléfono sobre la cama y fue hacia el baño. La reparadora ducha de agua caliente obró milagros en él, tanto que se sintió como una persona nueva y rejuvenecida. Quizás sería una buena idea llamar a George. Lo recordaba en la cama y, aunque no era para tirar cohetes, era muy complaciente.

En unos segundos se vistió; se puso unos vaqueros negros, una camiseta también negra y encima una camisa gris. Estaba arrollador y lo sabía. Iba a divertirse viendo cómo se le caía la baba al idiota de George. Cuando fue a coger el teléfono de donde lo había lanzado la última vez, este comenzó a sonar.

—Kate —la saludó—. ¿Va todo bien?

—Sí. Tengo un descanso ahora y he salido para comerme una manzana y para

llamarte, que no te he visto en todo el día.

—La mayoría de la gente se fuma un pitillo, pero si tú eres feliz así —se burló de ella.

—Qué tonto eres.

—Pues sí. —Kane se miró al espejo para ponerse bien el pelo y salió hacia el coche—. Oye, por cierto, una pregunta, ¿tú no eras vegana?

Kate no tuvo tiempo de responder porque escuchó el sonido de un *spray* muy cerca del auricular del teléfono.

—¿Qué haces? ¿Te has echado colonia? —Ahora fue el turno de ella de mofarse de él—. ¡Oh, dios mío, sabes lo que es la colonia!

—Me ha llamado un antiguo amigo y he quedado con él.

—¿Qué clase de amigo? —preguntó Kate, interesándose por la conversación—. ¿De los que te vas a tomar un par de cervezas por ahí a recordar los viejos tiempos, o la otra clase de amigos que te llaman cuando les pica algo?

—Podías haber sido un poco más bruta llamándole follamigo, pero sí, supongo que tienes razón; George está aburrido, yo también, así que vamos a echar el rato.

—Que equivale a echar un polvo —tradujo ella.

—No sé si me parece normal hablar de estos temas contigo.

—Oh, vamos, no seas antiguo. Ya no soy una niña y he visto muchos penes.

La vena de hermano mayor y caballero de brillante armadura se despertó en él en el acto.

—¿Sí? ¿Cuántos exactamente y por qué?

—¡Oh, venga ya! ¡Vete a paseo! —se quejó.

Kane decidió cambiar de tema porque sabía que no iban a llegar a ninguna parte.

—¿Qué tal hoy?

—No me puedo quejar, la verdad; no ha muerto ningún animalito en todo el turno y encima ha nacido una camada de gatitos tan, pero tan bonitos.

—Ningún gato más en casa, ¿entendido?

—Que sí, amargado. Vete ya a follar por ahí que falta te hace.

Kane sonrió porque en parte llevaba razón. Se despidió de su hermana, se echó un último vistazo al espejo y fue a coger las llaves del coche cuando Thor se le enredó entre las piernas.

—Hey, muchacho, casi te piso. —Se agachó para acariciarle la cabeza—. Pórtate bien y no salgas que parece que el tiempo se va a poner peor.



El gato, como si lo hubiera entendido, le lanzó un maullido y volvió a enredarse entre sus piernas.

Asombrado por el comportamiento del gato, Kane fue a mirar si tenía comida suficiente y la arena limpia, aunque ambas cosas solían estar de adorno en la casa. Cuando comprobó que había suficientes bolitas de pienso y la arena estaba impoluta, volvió al salón, donde el gato corrió para restregarse contra sus piernas. Thor era un gato muy inteligente y cariñoso, pero no de esa manera. Kane comenzó a preocuparse.

—Oye, ¿estás bien? —Se sentó en el sofá para examinarlo y, de inmediato, el gato se le echó encima, ronroneó y amasó la tela de sus vaqueros con sus patas delanteras—. ¿Quieres mimos?

Kane comenzó a acariciarlo y el gato parecía encantado. Acabó por tumbarse sobre sus muslos y a estirarse para que lo tocara bien.

—Vale, ya entiendo; no quieres quedarte solo, ¿no? —Tendría que estar volviéndose loco porque miró al gato y supo que no quería dejarlo allí sin compañía, lo cual era una tontería porque Thor estaba más que acostumbrado—. ¿Quieres que me quede en casa, entonces?

No hubo respuesta, claro que no la hubo, de hecho, estar hablándole al gato ya era de por sí algo que muy pocos entenderían. Él siempre había hablado con Trix —mucho, además— porque ella había sido su salvación, y sabía que podía entenderlo. Con Thor le pasaba algo parecido, porque el gato actuaba con él como si lo conociera de toda la vida. Lo miró a los ojos, a esos espectaculares ojos grises, y supo que no iba a ir a ninguna parte; cogió una manta que había en el brazo del sofá y se la echó por encima a ambos mientras se tumbaba con el gato sobre las piernas. El animal, al ver la manta, caminó sobre su pecho hasta colocarse sobre él para volver a tumbarse. Kane puso bien la cobija, agarró el mando, y encendió la televisión. No se preocupó en cambiar de canal porque le daba igual, además, antes tenía que mandarle un mensaje a George diciéndole que le había surgido un compromiso y que le iba a ser imposible quedar con él.

Soltó el teléfono a un lado y puso la mano sobre la cabeza del animal, que seguía tumbado sobre su pecho, ronroneando. Le gustaba ese sonido, lo tranquilizaba. Al principio pensaba que esa vibración lo pondrían nervioso, pero fue todo lo contrario; sorprendido, descubrió que el ronroneo de Thor, fuerte y acompasado, lo tranquilizaba de una manera asombrosa.

Sí, se había quedado sin polvo esa noche, pero a cambio había ganado una velada romántica con su gato. Muchos le dirían que el cambio era patético; a él

le parecía el mejor de todos.

Tras varias caricias, Kane se quedó profundamente dormido.

Thor esperó a percibir la respiración rítmica de Kane para levantarse de su pecho y caminar hacia la ventana. Con un salto ágil se subió en el alféizar y brincó hacia el otro lado. Kane había tenido razón e iba a llover de un momento a otro, incluso podía ser que granizara. Trotó hacia el bosque sin alejarse demasiado. Una vez allí, amparado por los árboles y la oscuridad que ya reinaba, el gato fue perdiendo poco a poco su forma gatuna para ir transformándose en un hombre de la cabeza a los pies.

Logan respiró hondo, siendo consciente de que su olfato como humano era muy pobre comparado con el del animal, aunque tampoco necesitaba tener la nariz de un enólogo o de un perfumista para apreciar la colonia de Kane sobre su melena. El hombre lo había acariciado con la misma mano con la que había cogido el bote de cristal y el aroma suave y masculino se le había quedado impregnado en la piel.

Respiró hondo mientras cerraba los ojos. Había estado cerca de que se hubiera ido por ahí con el tío que lo había llamado. Por suerte había logrado hacerle cambiar de idea. No podía negar que estaba celoso y que se moría por ser él el que se quedara a su lado y se arrimara de una manera más íntima, aunque eso iba a resultar imposible si siempre estaba en su forma de gato. Iba a tener que acelerar un encuentro entre ambos lo antes posible porque tarde o temprano iba a quedarse sin excusas para espantar a todos los moscardones que volaban a su alrededor.

Derek llegó corriendo a la clase de dibujo y sin su amigo. Howard tenía un entrenamiento doble ese día para prepararse para la temporada y no podía ir con él a la clase de dibujo. Había intentado convencerlo, pero lo único que había conseguido había sido llegar tarde a clase.

Se sentó al final procurando no hacer ningún ruido y abrió su cuaderno de dibujo. Había pillado la explicación empezada y no sabía muy bien qué hacer cuando vio al resto de sus compañeros coger un carboncillo y practicar con él sobre una lámina.

—Tienes que coger el carboncillo que ha repartido el profesor para cada uno y

experimentar con él. —Nora, que estaba sentada junto a él, se inclinó sobre su hombro para susurrarle al oído.

Derek la miró con timidez y asintió. Cogió el carboncillo que había en la esquina de su mesa y lo puso sobre el papel, ignorando qué era lo que tenía que hacer a continuación. Miró a los demás y los vio mover la mano de un lado a otro, haciendo trazos y giros con la redondeada punta. Imitándolos, comenzó a hacer lo mismo.

—Eso es, Derek. —La mujer volvió aparecer sobre su hombro—. Lo haces muy bien, ¿sabes? Es maravilloso como mueves la muñeca de atrás hacia delante y cómo deslizas los dedos para guiarte de un lado a otro. Eres todo un experto.

Derek no levantó la cabeza del papel a pesar de haberla oído a la perfección. Estaba muy colorado porque las palabras de esa mujer habían sido demasiado ambiguas, lo que sumado a su tono de voz podía confundirse con otra cosa sin lugar a dudas. Él no estaba acostumbrado a que le echaran cumplidos, mucho menos de esa índole y por señoras que tenían la edad de su madre. Azorado, decidió seguir trazando líneas hasta que el profesor dijera lo contrario.

Kane se removió en el sofá. Parpadeó confundido porque por un segundo se sintió desconcertado. Se había despertado porque había escuchado un ruido en el salón y no sabía qué había sido. Se incorporó y se frotó la cara para espantar el sueño.

—¿Así ha terminado tu cita? ¿Contigo en el sofá? —Kate estaba apoyada en el fregadero, mirándolo mientras se comía un tazón de cereales.

—No salí al final. El gato estaba raro.

Ella dejó de masticar y miró al gato que estaba subido en la encimera a su lado.

—Yo lo veo bien. —Le examinó la herida, pero estaba perfecta y en proceso de curación.

—Anoche solo quería mimos y cariñitos. Intenté marcharme, pero él no dejaba de maullar y de subirse encima, así que me quedé.

Kate lanzó una carcajada con la boca llena.

—Eres un blandengue. Te has quedado sin un polvo porque el gato no quería quedarse solo —resumió.

Él asintió con la cabeza.

—Suena patético, lo sé.

—No, no suena patético; lo es —le confirmó.

—Bueno, da igual. —El hombre se levantó del sofá y caminó hacia la cocina para servirse un café—. Me ha venido genial dormir toda la noche y descansar un poco más.

—Ya, eso sí. —Ella apuró el contenido de su tazón y lo dejó dentro del fregadero—. Me voy a la cama que acabo de llegar.

—Yo me visto y me voy. —Miró el reloj y se dio cuenta de que ya iba justo de tiempo—. A ver si esta noche podemos cenar juntos.

Ella le dio un beso en la mejilla para despedirse de él, asintió, y caminó ya medio transformada en zombi para su cama.

Cuando Kane llegó a su trabajo había comenzado a llover. Era una ligera llovizna, pero muy persistente. Le gustaba apoyarse en la enorme puerta de carga y descargar a mirar el horizonte. Ese enorme bosque que parecía fundirse con las montañas del fondo le resultaba como un mundo mágico. Más de una vez, tras un largo día, agobiado por el trabajo, había soñado con echarse a andar para perderse en ese lugar. No miraría atrás, solo caminaría y caminaría hasta que sus pies ya no pudieran más. Entonces se dio cuenta de que hacía ya varios días que no pensaba en Trixie. Ella había sido su salvación, su piedra angular, el único ser que alguna vez lo había comprendido. La echaba muchísimo de menos y, aunque había pasado el tiempo, aún no se había acostumbrado a su ausencia. La llegada de Thor lo había animado bastante, pero no era lo mismo. Trix era su chica y eso no iba a cambiar nunca.

—¡Kane! —La voz firme de Juanjo sonó tras él—. Estás sordo, muchacho.

Kane negó con la cabeza esbozando una sonrisa.

—Me había dejado llevar por mis pensamientos —respondió. Volvió al mundo real y se giró para mirarlo—. Dime.

—Tom no va a venir hoy y yo voy a entregar unos papeles de cuando estuve enfermo. Te quedas solo, muchacho, aunque no hay mucho trabajo hoy.

—Sin problema, Juanjo. Hoy está la cosa tranquila. Ve a hacer tus cosas.

El hombre le sonrió con algo de pena, dándose cuenta de que Kane estaba algo más apagado que otras veces. Dudó si quedarse o no, pero lo desechó porque necesitaba entregar el informe médico. Además, conocía a Kane y sabía que, aunque se quedara, no hablaría de lo que de verdad le pasaba. Le dio una palmada en el hombro y se marchó.

Una hora más tarde Kane estaba maldiciendo que lo hubieran dejado solo porque uno de los camiones de descarga que, en teoría, debía de llegar al día siguiente, había cambiado su ruta, acortado kilómetros, y adelantado mucho su llegada.

Descargar un camión de varias toneladas era un coñazo. Hacerlo solo ya era para morirse. Los camioneros solían ayudar. Algunos, otros no, porque ellos dejaban claro que eso no formaba parte de su trabajo. Ese capullo era uno de esos, por lo que se había limitado a apoyarse a un lado del camión a fumarse un cigarrillo mientras Kane sudaba la gota gorda intentando descargar lo antes posible. Iba tan deprisa que no se dio cuenta que un paquete venía roto y con algo puntiagudo sobresaliendo de uno de los laterales. Sin mirar, puso con fuerza la mano para levantar la caja en alto cuando sintió que algo se le clavaba en el centro de la palma.

Soltó la caja sobre el suelo a sus pies y se miró la mano. Algo de cristal se había roto y sobresalía tras haber cortado el cartón y el embalaje. Un boquete profundo apareció en medio de la palma, del que comenzó a manar abundante sangre.

—Joder —se quejó. Cerró la mano con fuerza y apretó el puño para intentar detener la hemorragia. No podía seguir descargando así, ya no solo por el dolor, sino porque no podía manchar toda la mercancía de sangre.

Caminó hacia el cuarto de baño para buscar en el botiquín algún remedio que le sirviera. Ojalá tuvieran algo que fuera efectivo para taponarle la herida y poder seguir descargando.

Abrió el puño y un ligero reguero rojo goteó por el dorso de la mano hasta el lavabo, y desapareció luego por el desagüe. A Kane no le gustaba ver su propia sangre. La de los demás la podía soportar, pero la suya propia le causaba mareos, no sabía por qué. Cerró los ojos con fuerza y respiró hondo, obligando a su cerebro a no pensar en el boquete que tenía en la palma, pero le era imposible; era como obviar un elefante rosa con lunares verdes en una habitación.

—Joder. ¡Joder! —exclamó una segunda vez más alto, agobiándose porque tenía aún un camión entero que descargar y se encontraba completamente solo. Bueno, estaba haciéndolo solo porque al camionero no le daba la puta gana de ayudarlo. ¡Pues eso se iba a acabar!

A pesar de sentirse mareado y con ganas de vomitar, Kane salió del baño dispuesto a cantarle las cuarenta a ese desgraciado. Cuando llegó, había un hombre dentro del camión cogiendo la mercancía y descargándola en el borde para luego adentrarla en el almacén. ¿Quién era ese tío?

Al principio pensó que sería algún colega del camionero, algún acompañante, o su suplente, porque algunos viajaban de dos en dos para poder descansar las horas reglamentarias, pero en cuanto el recién llegado abrió la boca quedó claro que no eran ni conocidos ni nada.

—Creo haberte dicho antes que no se puede fumar aquí. —El hombre, un joven alto, moreno, con media melena y una espalda ancha y fuerte como si hubiera estado descargando camiones toda su vida, se paró en el borde del camión sin llegar a entrar en el almacén para dirigirse al camionero.

—No estoy dentro del almacén, capullo.

—Eso de capullo se te ha escapado, ¿no? —El hombre pegó un salto ágil desde el camión al suelo y se irguió delante de él. Lo sobrepasaba mucho en altura—. Está prohibido fumar en todo el recinto. Si no eres capaz de cumplirlo, quizás debamos dar un parte a tu jefe.

El camionero, ahora con el semblante mucho más serio que antes, tiró el cigarrillo al suelo, lo pisó, y fue hacia el camión. Cuando comprobó que ya estaba vacío, cerró de un golpe y se dirigió hacia la cabina. Sin decir adiós, el hombre se fue apretando el claxon en señal de protesta.

Kane se acercó al borde de la puerta de descarga del almacén y miró hacia abajo, hacia donde estaba el hombre, a casi dos metros por debajo de él. Desde esa distancia podía verlo de espaldas. ¿Quién era y por qué había descargado todo el camión?

—¿Nos conocemos? —optó por preguntar.

El hombre se dio la vuelta y levantó la cabeza para poder mirarlo a la cara. Caminó hacia un lateral, donde estaban las escaleras para subir al almacén. Al llegar a su lado le tendió la mano.

—Me manda Keith. Mi nombre es Logan. Tú debes de ser Kane.

Kane le devolvió el apretón, teniendo especial cuidado en ocultar la mano herida bajo el brazo derecho. No pudo evitar mirarle esos increíbles ojos grises, como si los hubiera visto ya en otra parte.

—Has llegado como caído del cielo —le respondió enseñándole el vendaje de la mano izquierda—, y ese desgraciado no movió ni un solo dedo para ayudarme.

—Ese tío es un cabrón.

—Gracias por tu ayuda. No habría podido descargar el camión yo solo.

—Para eso estamos aquí. —Logan tenía una sonrisa sincera y unos dientes perfectos. De labios finos y mejillas marcadas, ese hombre tan alto y tan moreno

parecía ser encantador—. ¿Necesitas puntos?

Kane se miró la mano, y se dio cuenta de que el vendaje había comenzado a teñirse de rojo. Cerró el puño y lo obvió.

—No. Ya está mucho mejor. Vamos a puntear la mercancía que has descargado y a preparar la siguiente porque si ese camión se ha adelantado, es posible que el siguiente también lo haga.

Logan no quiso llevarle la contraria porque, por el poco tiempo que llevaba con él en su casa, sabía que Kane iba a su ritmo y que era un tanto cabezota. Le había visto la venda llena de sangre, pero se calló. No tenía buena pinta, pero tampoco él. Aún tenía frescos los puntos de debajo de la axila, y ciertamente descargar el camión no lo había ayudado en absoluto en su recuperación.

Juntos trabajaron codo con codo, sin apenas articular un par de palabras, concentrados en lo que estaban haciendo.

Según transcurría la mañana, Kane iba teniendo peor color, hasta que terminó sentado sobre la última caja que habían preparado, con las manos sobre las rodillas e inclinado sin poderlo evitar hacia delante.

—¿Estás bien? —Logan se puso a su lado. Le dolía horrores la herida y tenía unas ganas locas de salir corriendo de allí, transformarse en gato, y acurrucarse junto a Kane en su cama—. No tienes buen aspecto.

El dolor y el mareo debían de ser importantes cuando Kane abrió el puño y la venda, empapada de sangre, goteó hasta el suelo.

—Joder. —Logan lo agarró por los hombros a lo justo cuando Kane se escoraba hacia delante sin hacer el más mínimo esfuerzo por ponerse derecho. Si no lo hubiera agarrado, con seguridad se habría dado de bruces contra el suelo—. Vamos al hospital.

—Estoy bien —se quejó, pero no opuso gran resistencia porque no le quedaban demasiadas fuerzas.

—Ya veo lo bien que estás. —A pesar de su propio dolor bajo el brazo, Logan lo agarró alrededor de la cintura y lo ayudó a caminar hacia el coche. Por fortuna, Kane llevaba las llaves en un bolsillo. Lo sentó en el asiento del copiloto y él tomó el mando del vehículo.

—¿Sabes conducir un coche de seis marchas?

Logan arrancó y metió primera mientras apretaba el embrague. Luego giró la cabeza y lo miró.

—¿Tengo pinta de ser una niñata de California que solo sabe conducir coches pijos automáticos?

Kane llevaba la cabeza apoyada en el reposacabezas, controlando así el mareo. Intentó reírse, pero solo consiguió una ligera mueca. Le había caído bien ese tío, aunque apenas había hablado con él. Lo cierto era que le había salvado el culo, y por los vistazos que le había echado, no estaba del todo mal, aunque sin duda fueron sus ojos lo que lo cautivaron. Era como si lo conociera de antes, como si le transmitieran calidez y tranquilidad.

Estuvieron en el hospital muy poco rato. Kane no necesitó ninguna transfusión de sangre, aunque sí varios puntos de sutura y una buena reprimenda por parte de la doctora de Urgencias por no haber acudido antes a curarse. Le limpiaron la herida antes de cosérsela y, al ser algo profunda, le administraron anestesia local. Demasiado bien parado había salido al no cortarse ningún tendón.

Mientras Kane era atendido por el personal del hospital, Logan tuvo que avisar a Keith para decirle lo que había pasado. Habían cerrado de manera rápida y no habían podido esperar para localizar a Juanjo o a Tom para que ocuparan su puesto. Su jefe se preocupó por el estado de salud de Kane y le aseguró que se encargaría personalmente de reorganizar los turnos de trabajo. Hablaron un par de minutos más hasta dar por terminada la conversación.

Logan condujo despacio de vuelta a casa. Kane iba medio dormido e igual de mareado que antes, aunque ya se le veía mejor color en las mejillas.

Arrastrar a Kane hacia su cama fue complicado porque no quería. Tenía que descansar, pero él parecía estar empeñado en quedarse en el salón.

—En tu cama estarás más cómodo.

—No. —Kane se mesó el pelo con ambas manos y dio una vuelta sobre sí mismo tambaleándose hacia varios lados—. Quiero a mi gato.

Logan levantó las cejas, sorprendido. ¿Su gato? Según recordaba, Kane le había dejado bien claro a su hermana que, cuando volviera a su casa, se lo tenía que llevar. Eso estaba por verse, porque sospechaba que Kane no iba a permitirlo. Saberlo le hizo sentir cosquillas en el pecho porque él tenía sus sentimientos muy claros y se moría porque Kane le correspondiera. Aún no había decidido si iba a contarle su gran secreto. ¿Quién diablos iba a aceptar en



su vida a un bicho raro como él, mitad inmigrante, mitad gato? Era descabellado, y pensarlo lo hacía sentir como si le pusieran una soga alrededor del cuello que cada vez le apretaba más y más.

—No te preocupes por tu gato. Seguro que está dando una vuelta por ahí. Volverá en un rato.

—No —respondió tajante, cabezota a más no poder. Se asomó por la ventana para gritar su nombre—. ¡Thor! —Tras esperar varios segundos, metió la cabeza y lo miró—. Siempre acude a mi llamada. Si no ha venido es que le ha pasado algo.

Logan comenzó a impacientarse.

—Mira, vamos a hacer una cosa; tú te tumbas en el sofá si quieres y yo voy a buscarlo. Tengo muy buena mano con los gatos y seguro que lo encuentro, ¿vale?

Kane iba a responder de nuevo que no, pero en el último segundo cambió de parecer y asintió con la cabeza.

Satisfecho, Logan lo ayudó a tumbarse y lo arropó luego con la manta que había sobre el respaldo. Se sentó en el borde del sofá para taparlo bien y se inclinó para hablarle muy cerca, en susurros.

—Voy a por tu gato. Descansa.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —Kane tenía los párpados casi cerrados y, segundo a segundo, se había ido dejando llevar un poco más por el sueño—. No me conoces.

En eso se equivocaba porque él lo conocía bien; había ido a salvar a un gato enfrentándose a todo el que se le puso por delante, había luchado por él, lo había curado, lo había tratado con cariño y respeto, aun sabiendo que no estaba preparado para algo así. Sí que lo conocía. Igual no en todas sus facetas, pero sí en las más importantes, y todas ellas decían a gritos que Kane era una excelente persona y un gran ser humano.

—Porque me gustan las personas que tienen gatos —respondió. No sabía qué decirle y eso fue lo primero que se le vino a la mente.

Kane abrió los ojos solo lo justo para poder mirarlo, sacó un brazo de debajo de la manta y lo estiró hasta que su mano quedó apoyada en la nuca de ese hombre. Luego, incorporándose un poco a la vez, lo acercó hasta atraerlo hacia sus labios.

Fue un beso inocente y casi infantil, donde Logan se quedó con los labios cerrados, la mirada fija en él y conteniendo el aliento. ¿Por qué lo había besado?

Kane no parecía ser de esos que iban besando a todo el mundo así porque sí.

Cuando terminó el beso, Kane se echó hacia atrás, lo soltó y se relajó sobre el cojín donde cayó profundamente dormido.

Sin hacer ruido, Logan se levantó y caminó hacia la cocina donde preparó un sándwich y un vaso grande de zumo. Lo dejó sobre la mesita delante del sofá y lo miró. No pudo contenerse más y se lamió los labios, intentando saborear sus labios también. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No quería que Kane hiciera algo que pudiera arrepentirse al día siguiente cuando ya tuviera sus cinco sentidos de nuevo operativos. Era cierto que solo había sido un beso inocente sobre los labios, pero no quería dar ningún paso en falso, no quería correr. Kane necesitaba tiempo, que no lo atosigaran, sentirse libre, y esa reacción espontánea sin venir a cuento podía traerle complicaciones en el futuro.

Una vez en medio del bosque, y amparado por la creciente oscuridad que iba cerniéndose sobre él al caer la tarde, Logan caminó despacio dejando que el suave viento meciera su castaña cabellera. Llevaba el pelo suelto y la humedad del lago le había ondulado algunos mechones de las sienes. Desde hacía varias semanas había dejado de afeitarse, lo que le daba un aire más rudo y despreocupado. Sabía que su presencia imponía, con su casi metro noventa de altura y su espalda ancha. Algunas personas lo miraban de malas maneras, quizás por su piel algo tostada y el contraste de sus ojos grises. Había días en el que se le notaba más su procedencia mediterránea y eso, por desgracia, no le agradaba a todo el mundo.

Siguió su camino, decidido, por la orilla del lago, hasta que, poco a poco, fue transformándose en gato. Cuando quería podía hacerlo de manera rápida, tardando un parpadeo, otras veces, como en ese momento, se tomaba su tiempo. Podía sentir cómo su cuerpo iba cambiando despacio, con capricho. Había tardado muchos años en controlar sus transformaciones porque cuanto más ropa llevara encima, más le costaba visualizarlo todo para que se transformara con él. Más de una vez había aparecido desnudo en medio de un parque, pero no quería recordar nada de eso en ese instante. Tampoco tuvo mucho tiempo más, pues el cambio ya estaba completado y el gato había aparecido. Cuando fue a caminar con sus patas delanteras se dio cuenta del esfuerzo que había realizado con el brazo y lo dolorido que estaba.

Corrió todo lo rápido que pudo hacia la casa, entró en el salón y caminó hacia

el sofá. Kane seguía allí, roncando con un leve silbido. Saltó sobre su estómago y se acurrucó sobre su pecho, lo que provocó que Kane moviera la manta entre sueños y, sin despertarse, lo tapara con ella.

La mano le dolía muchísimo y lo más seguro es que el dolor fue el causante de que se despertara en mitad de la noche. Le tiraban los puntos y sentía toda la zona de la herida como si lo abrasaran vivo.

Se levantó del sofá y arrastró los pies hacia el fregadero. Le dolía la espalda por haber estado tumbado en la misma postura en el sofá y tenía la lengua seca, por la medicación y por haber dormido con la boca abierta.

—Vaya, al fin estás despierto. Vas a llegar tarde a trabajar si no te das prisa. — Kate acababa de salir de la ducha. Llevaba puesto un albornoz y una toalla en la cabeza.

—Hoy no voy a ir a trabajar. Ayer me corté la palma de la mano trabajando y me han dado varios días de baja hasta que me quiten los puntos.

Preocupada, Kate se acercó a él y le cogió la mano. Con cuidado destapó el apósito que llevaba puesto y observó la herida.

—¿Cómo te lo has hecho?

—Había algo de cristal roto dentro de una de las cajas que estaba descargando. No sé qué era. Un bote o yo qué sé. El contenido mojó el cartón, lo ablandó, y los cristales salieron para fuera. No me di cuenta, lo cogí con fuerzas y me lo clavé. Me han examinado la herida con lupa, literalmente, por si quedaba algún trozo dentro.

—Está algo hinchado, pero supongo que es normal. —Kate volvió a tapar la herida y lo miró—. Por cierto, a Thor se le ha abierto un punto de la herida.

Kane levantó las cejas en señal de asombro.

—Ayer antes de irme a trabajar lo vi y estaba bien. Por la noche se echó a dormir sobre mí, pero no me fijé en su herida, la verdad. ¿Cómo se lo ha hecho?

—No lo sé. Haciendo fuerza para trepar a algún árbol o corriendo más de la cuenta... Ya lo he curado. Te recomiendo que lo dejes encerrado para que no le vuelva a pasar.

—Está bien. —Le parecía bien la idea porque, aprovechando que no iba a ir a trabajar, iba a meterse en la cama y dormir todo el día. Nada le apetecía más que acurrucarse con el gato y escucharlo ronronear. Se había vuelto un blandengue, lo sabía, pero ahora mismo eso era una de las pocas cosas que lo hacía feliz.

La respuesta al mensaje de Nick llegó al día siguiente. Cuando estaba entrando en la biblioteca, su teléfono móvil comenzó a sonar. Saludó a Lea con la mano y le señaló con un dedo que estaba atendiendo una llamada. Ella asintió y siguió con lo suyo.

—Sí. ¿Doctor Stevens? —Nick no pudo evitar que le temblara un poco la voz.

—Nick. —La voz del hombre, grave y melodiosa, no había cambiado nada en los últimos veinte años—. ¡Cuánto tiempo! Hace mucho que no sé nada de ti. Solo veo a tu hermana cuando trae a alguno de tus sobrinos a la consulta. ¿Cómo va todo?

—Sí, no, bueno... No sé. —Se llevó una mano a la cara y se tapó los ojos. Ni queriendo se habría expresado peor—. Me ha pasado una cosa y quería hacerle una consulta si es posible.

—Claro. Tengo un rato libre ahora. Puedes adelantarme tu caso por teléfono y luego, si quieres, podemos vernos en persona.

Nick había entrado en el área de empleados para buscar algo de privacidad y poder explicarse bien. Estaba muy nervioso y tenía que calmarse para poder narrarlo todo lo mejor posible.

—Hace unas semanas me desperté una mañana y había olvidado una parte de mi vida, una muy concreta. Todo lo demás seguía como siempre. Los recuerdos de la infancia, experiencias y todo lo demás sigue en mi cabeza, pero una parte, la más importante en realidad, se ha borrado y no recuerdo absolutamente nada de ella.

Al otro lado de la línea hubo un pequeño silencio.

—¿Has tenido mareos, dolores de cabeza o has perdido la memoria antes?

—No, no he perdido la memoria antes, ni he tenido mareos, pero sí dolores de cabeza, aunque se me han pasado en estos días.

—Tampoco te has dado ningún golpe, imagino.

—No. —Nick estaba muy nervioso—. Yo me encuentro bien, y tengo muy buena salud. Incluso mi tensión está perfecta.

—Lo más probable es que no sea nada. —El hombre no quiso alarmarlo diciéndole que las pérdidas de memorias no eran algo normal y que, si sucedían, solían ser por algo importante—. Pero vamos a echarle un vistazo. Tengo un colega muy bueno en ese campo. Le digo que te haga un hueco para esta tarde y nos vemos. ¿Te viene bien?

—Sí —susurró en un hilo de voz. ¿Por qué tanta urgencia?—. Yo me encuentro bien. Pensaba que me daría cita para más adelante y que no sería nada serio.

—No podemos saberlo hasta que no te hagamos algunas pruebas. Puede que sea algo transitorio, pero cuanto antes le echemos un vistazo, antes nos quedaremos más tranquilos, ¿no?

En teoría sí, pero Nick había entrado en modo pánico.

—Sí —repitió asustado—. Espero su llamada para que me diga la hora y el lugar.

—Perfecto. Te llamo a lo largo de la mañana.

Nick se despidió del doctor y colgó. Se había quedado como una piedra. Su cuerpo no podía moverse. Temblaba de la cabeza a los pies y se estaba poniendo demasiado nervioso.

—Cálmate —se dijo a sí mismo para intentar que el corazón no fuera a salirse por la boca. Caminó hacia el aseo y se echó agua en la cara. Estuvo apoyado sobre el lavabo un rato bastante largo. Sabía que estaba entrando en pánico y no podía dejar que el miedo tomara posesión de su cuerpo de esa manera. Respiró hondo, se incorporó y cogió el teléfono para llamar a Jay. Si había alguien que podía tranquilizarlo era él. Con el móvil ya en la mano se quedó mirando la pantalla, sumido en sus pensamientos. No podía preocupar así a Jay porque sabía que era capaz de dejar su clase, su trabajo, para ir a buscarlo. Lo llamaría, sí, pero para contarle lo poco que le había dicho el doctor. Respiró hondo y le dio a la marcación rápida—. Jay. ¿Tienes un minuto para hablar?

—Sí. —Al fondo, tras su voz, se oían muchos gritos y risas de niños—. Estamos en el primer descanso de la mañana. Dime, ¿va todo bien?

—Me ha llamado el doctor esta mañana. Ha quedado en llamarme en un rato para darme cita con un especialista que es colega suyo para que me vea.

—Ah, perfecto. En cuanto lo sepas mándame un mensaje con la hora, por si acaso estoy en clase.

Nick asintió. Escuchar la voz de Jay tenía un efecto increíble en él. Cerró un segundo los ojos para poder concentrarse y contarle lo que le rondaba por la cabeza.

—Jay. Si... si me llegara a pasar algo, lo que sea, y desaparecieras de mi vida, quiero que sepas que siempre voy a recordarte. O si desaparezco de la tuya, no lo sé. —No pudo evitar un escalofrío por la insinuación de sus palabras.

—Nick, no digas esas cosas que no me gustan, por favor. —El tono de voz de Jay había cambiado tornándose mucho más serio que antes—. No va a pasar nada y nadie se va a ir a ninguna parte.

Nick no podía darse por vencido.

—Pero por si acaso; si todo volviera a ser como antes, cuando aún no estabas en mi vida, yo voy a buscarte, Jay.

—Siempre hemos estado juntos, Nick. Y siempre vamos a estarlo.

Nick no se estaba enterando de las palabras de Jay, ahogado como estaba en sus propios sentimientos.

—Búscame, Jay. Por favor.

Jay se estaba asustando.

—Nick. ¿Estás bien? Voy a ir a buscarte. ¿Dónde estás?

Nick quiso decirle que estaba bien, pero no le salieron las palabras. Los alógenos del techo del cuarto de baño desprendían una luz cegadora que parecía ser más brillante segundo a segundo. Eso le provocó un dolor de cabeza tan agudo que incluso se llevó una mano a la sien. Se le resbaló el teléfono de los dedos y comenzó a caer de rodillas sin ser consciente de que su cuerpo iba irremediabilmente hacia el suelo.

—Nick. ¡Nick! ¿Me oyes? ¡Nick!

Nick no escuchaba nada. Varias lágrimas caían por sus mejillas mientras seguía tumbado en el suelo, con la mirada fija en la luz penetrante del techo y una angustia que le oprimía el pecho. Cuando pensó que no soportaría más el dolor de cabeza y que le estallaría de un momento a otro, todo se volvió oscuro, su cuerpo comenzó a relajarse y dejó de sentir nada, de ver nada, de imaginar nada. Ya no había nada para él, solo oscuridad y silencio.

*13 de septiembre de 2016*

Nick había ingresado en el Seton Medical Center en Austin a media mañana, cuando Lea acudió a su piso al ver que no llegaba al trabajo a pesar de haberle dicho por un mensaje de que iba para allá. Lo encontró tirado en el suelo en la entrada del apartamento, con las llaves en la mano y la mochila colgada al hombro.

Completamente aterrorizada, llamó a una ambulancia y a la hermana mayor de Nick. Conocía a Jane de haber coincidido con ella en varias ocasiones en las fiestas de cumpleaños de Nick y siempre le había parecido una gran mujer.

Mientras llegaba la ambulancia, la mujer al otro lado de la línea de teléfono le hacía demasiadas preguntas; si respiraba, si tenía pulso, si tenía las pupilas dilatadas, si veía que había alguna posible obstrucción en las vías respiratorias..., pero Lea no atinaba a comprender nada ni a reaccionar. Lo último que se hubiera esperado al llegar había sido eso. Nick solía llegar tarde. Era así por naturaleza y ella se había acostumbrado. Sabía que su compañero iba por libre, que era el caos personalizado y que hacía las cosas a su ritmo, por eso cuando decidió acercarse a su apartamento para mirar, se lo imaginó dormido en la cama, haciéndose un sándwich de queso fundido, o paseando a su aire de camino al trabajo. Abrir la puerta y encontrárselo tirado en el suelo no entraba en todas las ideas que se había montado en su cabeza, y menos mal que tenía una copia de la llave porque si no, no habría podido acceder a él. Aún no sabía si lo que tenía era grave o no. Podía haberle pasado cualquier cosa, desde un simple resbalón a algo mucho más serio, pero ella no entendía de esas cosas.

Se quedó a su lado en todo momento, llorando hasta quedar sin aliento, intentando escuchar y comprender a la mujer del teléfono. Cuando llegó la ambulancia se echó a un lado intentando estorbar lo menos posible para dejar

actuar a los profesionales.

Jane llevaba todo el día sentada en esa incómoda sala de espera del hospital. Había visto pasar varias emergencias de distinta índole, se habían sentado a su lado familiares de los hospitalizados y le habían dado algo de conversación, pero no recordaba nada de lo que había hablado durante toda la tarde, ni siquiera recordaba las caras ni las voces de aquellos con quienes había estado hablando. Cuando el médico llegó para explicarle lo que había pasado y el estado en el que se encontraba su hermano, ella intentó aprenderse esas palabras tan complicadas para poder transmitir las luego al resto de la familia. Todos estaban pendientes del estado de salud de Nick. Muestra de ello era que su teléfono no había dejado de vibrar en su bolsillo en todo momento, aunque aún no había respondido a ninguna llamada.

—Jane.

La mujer se dio la vuelta para ver al final del pasillo a Kane, que avanzaba hacia ella con paso rápido y decidido. Ella lo abrazó en cuanto estuvo a su lado, permaneciendo así durante unos segundos, sintiéndose algo más segura teniéndole allí.

—¿Qué haces aquí? —Miró el reloj intentando calcular cuánto tiempo llevaba allí esperando. Debía de ser mucho si a su hermano le había dado tiempo de llegar desde Ontario.

—No podía quedarme en casa esperando, así que en cuanto me llamaste, cogí el primer vuelo que encontré y aquí estoy. He hablado con Kate. Va a venir en cuanto pueda. Estaba de vacaciones con una amiga antes de comenzar el curso en Canadá —respondió rápido para preguntar por lo que realmente le interesaba—. ¿Qué se sabe de Nick? ¿Qué le ha pasado?

Jane lo llevó hasta una hilera de sillas que había tras ellos y se sentaron.

—El doctor me ha dicho que Nick tenía un meningioma. Es un tumor en el cerebro. No era muy grande, pero por lo que se ve, en estos últimos años ha crecido de tamaño hasta que le ha oprimido un nervio, una arteria o no sé qué era ahora mismo, y eso ha provocado que haya perdido el conocimiento.

Kane se había quedado sin palabras. No se esperaba algo así. La noticia lo había pillado por sorpresa y no sabía cómo reaccionar. Su primer impulso fue ponerse en pie y dar golpes contra la pared, preso de la frustración que sentía, pero Jane siguió hablando, así consiguió tranquilizarlo un poco.



—El doctor me ha dicho que el tumor no tenía mala pinta. Se le ha hecho una radiografía del cerebro y luego un TAC. Ahora estamos esperando los resultados del laboratorio.

—¿Te ha dicho cuánto tardan?

Ella negó con la cabeza. No le dio tiempo de añadir nada más cuando el doctor que estaba tratando a Nick apareció ante ellos. Ambos se levantaron y lo miraron con expectación. Las siguientes palabras iban a ser decisivas para todos.

—Acaban de llegar los resultados del laboratorio. El tumor es benigno.

Jane y Kane se abrazaron unos segundos sin poder contener la felicidad. Esa era una magnífica noticia. Ella se echó a llorar y se sonó la nariz con disimulo con un pañuelo de papel mientras le prestaba de nuevo atención al médico.

—Por favor, continúe.

El hombre entendía la reacción, pero lo complicado de contar venía ahora.

—En quirófano nos ha dado un pequeño susto porque sus constantes vitales eran muy débiles, pero tras una hora y media se repuso sin más complicaciones. Ahora el problema es que ese tumor ha estado presionando durante demasiado tiempo la arteria cerebral media.

—¿Eso qué significa? —Kane tenía el ceño fruncido y no apartaba la mirada del médico, que era un poco más bajo que él, con el pelo ya canoso por las sienes y la frente ancha y cuadrada.

—Eso significa que, dependiendo del tiempo que esa arteria haya estado estrangulada, por así decirlo, pueden quedarle secuelas o no.

Jane se llevó las manos a la boca, aunque no salió ningún ruido de ella. Lloraba en silencio sin poderlo evitar.

—De momento lo mantenemos en un coma inducido y lo tenemos monitorizado, a la espera de que su cerebro se restablezca. Ahora debemos evitar que se produzca una embolia o una infección. Conforme vayan pasando las horas y el cerebro de su hermano vaya reaccionando, se podrá saber el alcance que ha tenido esa presión en la arteria.

—¿Hasta cuándo vamos a tener que esperar? —La voz de Jane, por lo general fuerte y llena de energía, era ahora un susurro ahogado por las lágrimas.

—Las próximas cuarenta y ocho horas son decisivas, y desde ahí ya iremos viendo. Ahora, si me disculpan, debo atender a más pacientes.

Kane tenía un millón de preguntas, pero en ese momento no le salía ninguna. Su mente se había quedado paralizada por el pánico. ¿Y si Nick no despertaba nunca más? Un miedo atroz se apoderó de él. Hacía ya un tiempo que no se

veían, aunque nunca habían perdido el contacto. De jóvenes habían estado muy unidos, sobre todo cuando ambos descubrieron que eran gays y que les gustaban los chicos. Eso los unió mucho más de lo que ya estaban por el simple hecho de ser hermanos. No hablaban todos los días, pero estaban pendientes el uno del otro y sabían que, si algo pasaba, podían apoyarse y pedirse ayuda si lo necesitaban.

—Voy a hablar con el resto de la familia. —Jane se había vuelto a sonar la nariz y se la dejó colorada por la irritación que había comenzado a aparecer—. Están muy preocupados y no paran de mandar mensajes.

—Sí. —Kane respondió sin saber que lo había hecho. Se sentía fuera de lugar, extraño, ausente, como si todo eso no le estuviera sucediendo a él. Le estaba costando reaccionar. No podía ser Nick. No podía ser verdad. Todo eso tenía que ser un mal sueño o la broma macabra de algún loco.

—Kane. ¿Estás bien? —La voz de Jane sonó tras él—. Llevas un rato ahí parado y sin moverte.

—Sí —reaccionó. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero Jane parecía haber dejado de responder mensajes y de hablar por teléfono—. Voy a por un café. ¿Quieres uno?

Ella negó con la cabeza. No le entraba nada en el estómago por mucho que lo intentase. Ahora solo podían esperar porque, por desgracia, la recuperación de su hermano no estaba en sus manos.

Kane miró a su hermana, que se había quedado dormida a su lado, sobre una de esas incómodas sillas de plástico de esa infinita sala de espera. Esperó un rato hasta cerciorarse de que no iba a despertarla para levantarse y caminar hacia los aseos. Llegó a lo justo para encerrarse en uno de los sanitarios, echó el pestillo, y se puso a llorar como hacía mucho tiempo que no hacía. Nada de todo aquello era justo. Nick no se merecía eso que le estaba pasando. Su vida no podía terminar de esa manera. Se negaba a que ese fuera el fin. La frustración que sentía, unida a la rabia y a la impotencia de no poder hacer nada, eran las causantes de que no dejara de llorar y de que sintiera esa punzada en medio del pecho. Se ahogaba solo de pensar que la vida de Nick se diluía poco a poco y él no tenía poder para remediarlo.

La habitación estaba a oscuras, o al menos eso le pareció al principio, hasta que la intensidad de la luz comenzó a ser molesta. Pestañeó intentando aclararse y centrar las ideas, pero estas, por alguna razón, se difuminaban en su mente sin darle ninguna pista de lo que pasaba. Sentía los párpados muy pesados y pegajosos. Cuando consiguió separarlos un poco, todo el mundo estaba desenfocado, y por mucho que intentó centrar la mirada en algún punto para poder guiarse, no lo consiguió. Escuchaba un incesante y rítmico pitido. El olor era intenso y algo molesto. Eso no parecía ser su casa. ¿Dónde diablos estaba?

—Jay —jadeó. Tenía la boca seca y apenas podía pronunciar palabra—. Jay —volvió a insistir.

Una sombra se acercó a un lateral de su cama y se inclinó sobre él.

—Shhhh, todo va a salir bien. Descansa.

Nick intentó recordar a toda velocidad si ya habrían empezado las pruebas a las que iba a someterse con el colega del doctor Stevens, pero no recordaba que hubiera llegado ese momento aún. ¿Habría sufrido otra pérdida de memoria?

—Jay. Tengo frío. —Nick había comenzado a temblar como una hoja al viento—. Y me duele todo el cuerpo.

El hombre que había estado inclinado sobre él se irguió, estiró el brazo y subió una manta que, aunque era bastante fina, al menos le quitaría algo de frío. Luego se centró en sus últimas palabras.

—¿Qué te duele?

Nick analizó su cuerpo. Poco a poco iba siendo más consciente de que no estaba en su casa ni en ningún lugar que conociera. Parecía estar en un hospital, aunque no lograba recordar nada más.

—Todo —respondió. Entonces un pitido más incesante y acelerado comenzó a sonar.

El hombre comenzó a moverse por la habitación hasta que volvió segundos más tarde junto a Nick.

—No te preocupes. Es normal. Ahora descansa, ¿de acuerdo?

Nick no tuvo oportunidad de responder porque se quedó profundamente dormido.

Las cuarenta y ocho horas que el doctor dictaminó como necesarias para ver su evolución se hicieron eternas. Aún no habían podido verlo, y ni Jane ni Kane se habían apartado de allí en esos dos días. El historial clínico no había avanzado

porque todo había seguido igual. Eso no era malo, pero tampoco era bueno del todo. Cuando pensaron que iban a volverse locos de tanto esperar, el doctor Butler llegó a la sala de espera con nuevas noticias.

—Hemos comenzado a despertarle del coma farmacológico, pero no ha reaccionado bien.

Jane frunció el ceño.

—¿Cómo que no ha reaccionado bien?

—Ha comenzado a sentir frío y dolor. Por una parte, eso es positivo porque significa que responde a estímulos externos, pero, por otro lado, no debería de sentir ese dolor tan agudo que parece que está sintiendo.

—¿Podría ser un efecto secundario? —lo interrumpió Kane.

—Es normal que sienta dolor, pero no es normal su reacción. El anestesiólogo ha tenido que volver a dormirlo.

Jane lo miró horrorizada.

—¿Vuelve a estar en coma?

—En un coma inducido, sí. Iremos observándolo para evaluar su situación día a día.

—¿Cree que sería conveniente repetirle el escáner y las demás pruebas que se le ha hecho en la cabeza? —Kane intentaba comprender todo aquello sin volverse loco.

—Aún es pronto. Vamos a ir poco a poco, ¿de acuerdo? Entiendo que quieran verlo despierto cuanto antes, pero si nos saltamos algún paso, puede ser perjudicial para él. —El hombre, que parecía que le habían salido muchas más canas en las sienes ese fin de semana, los miró cansado—. Lo más preocupante ha pasado, que ha sido la extracción del tumor. Ahora vamos a ir paso a paso.

Jane y Kane asintieron a la vez, asimilando que iban a tener que esperar mucho más para ver algún resultado.

—Hay pacientes que son mucho más sensibles que el resto, de ahí el dolor que sentía —los intentó tranquilizar—. En cuanto tenga más noticias, os lo haré saber.

—Gracias. —Jane respondió con una sonrisa fingida mientras lo veía desaparecer tras la puerta del fondo. Se volvió hacia Kane, que seguía con el semblante fruncido, y le acarició el brazo—. Ya sabes que Nick odia los hospitales. Estoy segura de que, en el mismo segundo que lo han despertado y se ha dado cuenta de que está en un hospital, ha causado todo eso que ha dicho el doctor. Es muy aprensivo para estos temas.

Aprensivo, y con razón, pensó Kane. Se limitó a asentir. Había cruzado los brazos frente al pecho en señal de escudo contra el mundo y así se había quedado.

Kate llegó un par de horas más tarde. Sus hermanos la pusieron al día enseguida y no le quedó más remedio que esperar junto a Jane y Kane para tener más noticias. Por sugerencia del anestesiólogo, habían decidido dejarlo más tiempo bajo los efectos de los analgésicos y ansiolíticos.

Había pasado un mes y los avances eran mínimos, casi inexistentes, hasta que una mañana Nick se despertó. Las últimas dosis de la medicación que estaba tomando habían sido mínimas, lo que provocó que su cuerpo se fuera despertando de manera natural. Se sintió desconcertado y confuso. Un hombre con el pelo canoso había comenzado a hacerle preguntas y él no sabía qué responderle. No sabía si a su cabeza le había pasado algo, o aún estaba bajo la sensación de haber dormido quinientas mil horas seguidas.

Volvieron a repetirle todas las pruebas y todo salió normal. Su cerebro parecía haberse recuperado por completo del tumor y de las complicaciones extras que surgieron. Había tardado varias semanas, pero parecía haber merecido la pena.

Esa mañana muy temprano el doctor Butler le había dado la buena noticia de que al fin uno de sus familiares podía entrar a la habitación con él. Había estado en la Unidad de Cuidados Intensivos y ahí no habían permitido que estuviera nadie a su lado, no hasta que la herida que tenía en la cabeza se hubiera curado casi del todo para evitar infecciones ajenas al hospital. Lo habían pasado a planta y pronto regresaría a casa. Esa era una razón más que suficiente para lucir una enorme sonrisa.

Así lo encontró Jane cuanto entró. La mujer avanzó rápido hacia él y se abrazó a su cuello cuando estuvo a su lado.

—Nos has dado un susto horrible —lo riñó, intentando no ponerse a llorar para no incomodar a su hermano—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me hubieran hurgado en el cerebro con un palo —bromeó—. ¿Estás sola en la sala de espera?

—Kane no puede escaparse más días del trabajo porque siguen sin poner más personal para que los ayuden, y Kate ha empezado hace unos días el curso que

iba a hacer en Canadá. Se está quedando donde Kane. Me consta que han intentado venir, pero no han podido. —Lo abrazó—. Pero te mandan muchísimos besos.

Nick asintió comprendiendo a su hermana. Entonces la miró, siendo consciente de que había sido en ese preciso segundo en el que había recordado algo muy importante.

—¿Dónde está Jay?

—No existe ese tal Jay. —Jane hablaba con el doctor Butler, asegurándole que Nick no había estado casado jamás—. Y le puedo asegurar que mi hermano no me habría ocultado algo así. Estamos muy unidos y no hay manera ni razón para ocultarnos una noticia tan grande si la hubiera.

El doctor Butler había preguntado si no habría mantenido su paciente algo así en secreto. No iba a ser la primera vez que se encontraba con casos así.

—Tampoco tiene sentido —añadió Paul complementando a su mujer—, porque a mí me ha preguntado si a Kate le gustó el estetoscopio de color azul mar que Jay iba a regalarle. —Los miró a ambos—. Estaba convencido de lo que decía mientras hablaba, pero le puedo asegurar que no conocemos a ese tal Jay.

El doctor respiró hondo. Tenía la mirada desviada hacia un lado, sumido en sus propios pensamientos.

—Es posible que lo haya soñado todo, o que haya sido una alucinación. Recordemos que la arteria cerebral media estuvo durante un tiempo presionada, y que nos dio un buen susto en el quirófano porque durante una hora y media sus constantes vitales fueron muy escasas. Hay estudios que han demostrado que, determinados cambios en distintas áreas del cerebro, alteran las conexiones neuronales provocando así alucinaciones muy reales.

—¿Tanto? —Paul seguía impactado porque Nick le había hablado de Jay como si fuera cien por cien real.

—Sí. Según este estudio que se ha llevado a cabo no hace mucho, es como una ceguera transitoria del cerebro, donde, al quedarse sin estímulos externos, ha creado esa alucinación, digamos para salvarse. El neurólogo ya le ha hecho distintas pruebas para descartar alguna posible infección que haya alterado su comportamiento, o una hinchazón de las meninges, pero todo está correcto, así que yo sugiero pasarlo al departamento de psiquiatría.

—Mi hermano no está loco. —Jane no se tomó demasiado bien la sugerencia.

—En ningún momento he dicho que lo esté, solo que su cerebro le ha jugado una mala pasada. Nada más. Suena extraño, pero es algo más común de lo que pensamos. Por lo que les he sugerido que su hermano deba visitar al psiquiatra es porque, por lo que ha contado, parece estar convencido de que ese hombre, su marido, es real. Cuando sepa que todo es una alucinación, va a ser un impacto para él y lo más probable es que necesite ayuda médica.

—¿Y por qué sigue recordando esa alucinación si ya se ha despertado y su cerebro vuelve a estar bien? —Jane no era tan reacia a la sugerencia del doctor.

—Algunas alucinaciones van desapareciendo con el tiempo, otras no. Es como recordar un sueño; es algo que el cerebro ha creado y que parece real, aunque no lo sea. Si les parece bien, lo derivaré a la doctora Pellek. Es la jefa del departamento de psiquiatría de este hospital. Hay un centro especializado para pacientes con verdaderos problemas, pero la doctora Pellek tiene una consulta aquí para tratar casos como el de su hermano.

—¿Entonces usted cree que no es importante? —Jane seguía preocupada. Quería informarse bien y dejar toda esa pesadilla atrás porque parecía que no iban a salir nunca del hospital. Odiaba ver a Nick allí metido.

—A nivel neuronal, no. No creo que su hermano se vaya a volver loco ni nada por el estilo, pero sí que es cierto que pueda necesitar apoyo porque para él, ahora mismo, su marido es algo real, su piedra angular según hemos comprobado, porque gracias a ese recuerdo su cerebro pudo salir a flote. Ahora tenemos que decirle que todo eso ha sido una alucinación sin que llegue a caer en una depresión.

Decirlo era fácil, ahora... ¿cómo se lo iba a tomar Nick?

Nick sabía que algo no iba bien. Lo había notado desde el mismo momento en que su hermana y su cuñado lo había mirado como si le hubieran salido dos cabezas cuando les habló de Jay. Él lo recordaba todo, desde el instante en que había aparecido como de la nada en su vida, hasta el final. Estaba grabado en su mente, incluso sus sensaciones y pensamientos. Al final, sus malos augurios se habían hecho realidad y Jay parecía haber sido todo producto de su imaginación o de su cerebro enfermo.

Eso no lo consolaba en absoluto porque el vacío seguía estando. Aunque supiera que nada había sido real, él seguía recordando su risa, su olor, el color de sus ojos.

Les había estado preguntando a sus hermanos por sus vidas porque en su alucinación habían estado todos implicados. Según el médico, el momento más crítico en el que había estado había durado una hora y media. ¿Había imaginado esos dos meses en esos noventa minutos? ¿Cómo había podido su cerebro adelantarse en el tiempo y mezclar la realidad con la ficción? Porque nada le había resultado extraño, nada estuvo fuera de lugar; su hermano trabajaba en Ontario, su hermana pequeña iba a estudiar un curso fuera, Jane y su familia también estuvieron presentes. Jay se había acoplado a la vida de todos como si siempre hubiera estado ahí. ¿Cómo podía una alucinación haber sido tan auténtica?

—Hola. ¿Puedo pasar?

Nick levantó la cabeza hacia la puerta desde donde había llegado la voz. Una mujer bajita, muy delgada y con el cabello rubio echado hacia atrás esperaba con una resplandeciente sonrisa a que él dijera algo.

—Sí.

Ella se giró para cerrar la puerta. Luego caminó decidida hacia la cama, y se paró a un lado.

—Soy la doctora Pellek, una de las psiquiatras de este hospital.

La expresión de Nick no varió en nada. Solo se limitó a mirarla. La mujer tenía los ojos de un extraño azul verdoso. De cerca era incluso mucho más delgada de lo que aparentaba.

—¿Sabes para qué he venido? —La mujer siguió hablando tras no obtener respuesta de Nick—. Me gustaría hablar contigo un rato si tienes ganas. Si no te apetece, podemos dejarlo para otro día.

Que le diera la opción de hablar y no fuera una obligación animó a Nick.

—Supongo que ha venido porque he tenido una alucinación y tiene que asegurarse de que no se me ha ido la cabeza, ¿no?

Ella levantó una ceja.

—El hecho de que ya te cuestiones indica que no has perdido el norte. —Sonrió—. Me llamo Maggie. Podemos tutearnos, ¿verdad?

Nick se encogió de hombros para indicarle que le daba igual.

—¿Te apetece contar algo sobre Jay? —Maggie se había documentado antes de llegar y había hablado con la familia. Eso le daba cierta ventaja.

—¿Qué quiere saber?

Ella lo miró con calma. Nick estaba a la defensiva, cosa que era normal porque para él había sido real. Si se había apegado demasiado a esa persona imaginaria



podría desarrollar problemas más adelante, por eso tenía que ir poco a poco y evaluarlo muy bien.

—No sé. Todo lo que quieras y que te apetezca contarme. Me gustaría saber sobre él.

—¿Por qué? —La miró a los ojos, intentando saber si su interés era meramente profesional o algo más.

—Porque quiero que estés bien.

Nick podía complicar las cosas y negarse a hablar porque a nadie le interesaba su vida privada. Lo que había vivido con Jay, existiera o no, era asunto suyo y de nadie más, pero se moría de ganas por contarle a alguien lo maravilloso que había sido. Tras una respiración profunda que lo reconfortó en parte, comenzó a contarle desde el principio lo asustado que se sintió cuando lo conoció, pensando que había sido la broma de alguien.

No le contó todo porque había momentos muy íntimos y porque se sentía como un idiota sabiendo que nada de eso había sido real. La doctora lo escuchaba con atención. Se había apoyado en un lado de la cama y asentía cada vez que la historia lo requería. No estaba apuntando nada a pesar de llevar una carpeta bajo uno de los brazos. Apenas lo interrumpió en toda la narración porque Nick se explicaba muy bien y no había necesidad de preguntar nada.

—No estoy loco —añadió al final tras una breve pausa al acabar la historia.

—Sé que no lo estás —le confirmó ella mirándolo a los ojos. La huesuda cara de la mujer parecía ahora más marcada que antes—. La obstrucción de la arteria cerebral media puede causar parálisis en un lado del cuerpo, ya sea la cara, el brazo o la pierna, pero también produce alteraciones sensitivas y visuales.

Él asintió.

—Así que no estoy loco; ha sido un efecto secundario de lo que me ha pasado.

—Sí. Ha sido un mecanismo de defensa de tu cerebro. Sabemos muy poco del cerebro, menos de los que los médicos están dispuestos a admitir —le confesó—. Cuando tu cerebro comenzó a sentirse mal, buscó una vía de escape, una válvula de salida, algo que pudiera ayudarlo a no perderse del todo.

Nick la escuchaba, pero no lo entendía del todo. ¿Qué tenía que ver esa alucinación con estar a salvo? La mujer abrió por primera vez la carpeta y anotó con rapidez un par de cosas. Luego la cerró y lo miró.

—¿He aprobado? —Nick intentó que sonara como una broma, pero no lo consiguió.

—Esto no consiste en aprobar, Nick. No hace falta hablar durante mucho rato

contigo para saber que no estás loco y que no se te ha ido la cabeza. Yo estoy aquí porque lo complicado comienza ahora. —La mujer hizo una pausa buscando las palabras adecuadas. Había captado su total atención y ahora debía de ir con cuidado—. Tu cerebro y tú os habéis acostumbrado a esa persona; una persona que ya no está; que, aunque jamás haya existido para ti, sí que ha estado vivo y ha significado mucho en tu vida. Yo estoy aquí para ayudarte a partir de ahora porque cuando salgas del hospital y vuelvas a tu casa, vas a sentir lo mismo que cuando una persona fallece. Se llama «etapas del duelo».

Nick la miró sin saber decirle si tenía razón o no. No sabía cómo iba a reaccionar cuando volviera a casa y no encontrara nada que hubiera pertenecido a Jay. No había pensado aún en ese momento. Los médicos todavía no le habían mencionado nada de darle el alta. No se había mirado en el espejo, pero por lo que le habían dicho sus hermanas, le habían rapado el cabello muy corto y tenía un apósito enorme a un lado de la cabeza. Si se basaba en las ganas que sentía, de momento solo quería seguir tumbado en esa cama, dormir y recordar todo lo que había vivido con Jay.

Debió de haberse quedado así un rato sin ser consciente de ello. La doctora pensó que se había quedado dormido porque abandonó en silencio la habitación. No iba a admitirlo, no aún, pero estaba bien jodido, porque ya sabía que no quería seguir viviendo sin Jay a su lado.

Jane llegó al hospital cargada de bolsas. Podía haberlas dejado en el coche, pero estaba preparando la fiesta de Halloween tal y como hacía todos los años. Para ella era como un ritual con el que disfrutaba como una niña pequeña. Ese año había comprado más cosas de la cuenta para tentar a Nick a que se uniera a ellos esa noche. Aún no sabían si le darían el alta a tiempo, pero entendía que parte de que no se la hubieran dado aún era que estaban esperando a que asimilara la alucinación que había tenido. Lo había escuchado hablar sobre Jay. No mucho, pero fue suficiente para darse cuenta de que había significado mucho para él, y eso no iba a poder superarse con facilidad.

—Buenas —saludó la mujer con alegría al entrar en su cuarto. Lo habían trasladado ya a planta y el horario de visitas era mucho más amplio y menos restrictivo.

—¿Has asaltado las tiendas de la ciudad?

—Casi. —Ella le guiñó un ojo y se acercó a la cama para darle un beso en la

mejilla. El cabello de Nick había crecido un poco, y le daba un mejor aspecto. Luego levantó las bolsas para enseñárselas—. Quiero que veas todas las cosas que he comprado para la fiesta de Halloween de este año. Va a ser memorable, y cuento contigo para que me ayudes a poner a los niños de los vecinos a raya.

Nick no dijo nada, limitándose a escuchar todo lo que su hermana había comprado esa misma tarde para la fiesta. No iba a discutir con ella porque no tenía ni fuerzas ni ganas para ello, así que se limitó a hacerle creer a la mujer que estaba consiguiendo algo. Su mente no podía evitar recordar esa fiesta de Halloween que había vivido con Jay. Ese momento en el baño estaba muy presente en su cabeza. ¿Cómo iba a superar algo así? ¿Cómo iba a lograr seguir adelante?

Gracias a todos los astros, pudo librarse de la fiesta de Halloween de su hermana. Habían dejado los meses de octubre y noviembre atrás, adentrándose ya en los primeros días de diciembre. Le estaba echando cuento, lo sabía, pero eso era lo único que tenía para evitar enfrentar a la realidad y a la vida que tenía por delante. Físicamente estaba recuperado; los dolores de cabeza habían cesado, sus funciones eran correctas, no parecía haber efectos secundarios del tumor y la cicatriz de la cabeza estaba curando mejor de lo esperado. Incluso sus charlas con la doctora Pellek parecían ir bien.

Los estaba engañando a todos.

Nick siempre había sido un gran actor, sabía disimular demasiado bien su estado de ánimo. Lo había hecho durante toda su vida. A ojos de los demás estaba muy bien y todos estaban contentos por ello porque, por desgracia, no todo el mundo podía contar lo que le había pasado a él. Sin embargo, Nick no podía decir lo mismo. Había pensado que con el tiempo se acostumbraría, que su mente volvería a ser como antes, que esa alucinación se iría de su cabeza para siempre..., pero no fue así. El fantasma de Jay seguía volando sobre él. Ahora lo aterraba volver a casa porque sabía que ir allí y no encontrar ningún rastro de él sería como afirmar algo que ya sabía; que nunca había existido y que nunca jamás existiría.

La reunión de esa tarde con la psiquiatra le estaba resultando algo lenta. Era ella la que estaba retrasando el alta porque esa mujer no se dejaba engañar, y aunque

nunca había bajado la guardia frente a ella, la doctora Pellek era muy profesional y parecía tener el don de leerle la mente.

Allí estaba ella, sentada tras su enorme mesa en ese pequeño despacho, o al menos esa era la sensación que tenía él porque esa mesa era muy grande. Nick se encontraba frente a ella, al otro lado, mirándola con atención, esperando que la mujer terminara de leer el informe completo desde el día en que llegó al hospital. Menos mal que su seguro médico era muy bueno, sino habría tenido que abandonar el centro muchas semanas atrás. Había mantenido la esperanza de quedarse allí hasta después de las fiestas de Navidad, que ya estaban a la vuelta de la esquina, pero Jane le había dejado claro que si no salía de ahí como muy tarde el veinticuatro por la mañana, iría al hospital con toda la familia y organizaría la cena allí. Conociéndola, sabía que era capaz de hacerlo. Esa razón fue más que suficiente para querer salir de allí cuanto antes. Fuera, siempre se le podía ocurrir cualquier excusa, pero si se quedaba allí metido, no tendría escapatoria posible.

—Me falta el informe del anestesiólogo.

Nick, que había estado divagando con sus pensamientos, levantó la mirada para centrarla en ella.

—¿Sí?

—Sí. —Ella siguió mirando entre los papeles—. Voy a localizarlo a ver si tiene turno ahora. —Maggie apretó un par de botones en el teléfono que tenía sobre la mesa y habló con lo que parecía ser su secretaria o alguien que acataba sus órdenes con agrado—. Gracias. Lo esperaré aquí. Sí.

—¿Es importante ese informe?

La doctora Pellek asintió.

—Mucho. Tengo que recabar la información de todos los profesionales que te han tratado para dictaminar un veredicto. No es lo mismo una alucinación producida por un tumor en el cerebro, que por el uso de drogas o por algún trastorno de la personalidad.

—Pensé que ya tenía su informe claro.

—Y lo tengo. —Ella le sonreía abiertamente—. Pero quiero que todo quede bien archivado, con todos los informes finalizados y ordenados en tu expediente.

A Nick ese orden y esa organización le recordó a Jay.

—Es bueno ser así —dijo sin añadir nada más. Unos nudillos golpeando la puerta de cristal opaco del despacho los distrajo a ambos. Un hombre de mediana edad y asiático caminó hacia la mesa con una carpeta marrón en la

mano. Nick le sonrió porque sabía que ese era el anestesiólogo con el que había hablado en un par de ocasiones desde que había comenzado a ir tres veces por semana con la doctora Pellek.

—Gracias. —Ella aceptó el informe que faltaba. El hombre se despidió de ambos, abandonó el despacho, y los dejó de nuevo a solas.

—¿Me vas a dar el alta mañana? —Nick no pudo evitar un deje de nerviosismo en la voz. Esperó que ella no se diera cuenta.

La mujer archivó todos los papeles juntos sin echarles un vistazo y se reclinó en su asiento para mirarlo.

—¿No tienes ganas de volver a casa y retomar tu vida normal?

—Aún me siento algo cansado —mintió.

—Nick. Yo te veo bien, o al menos eso me has hecho ver a mí. No puedes permanecer más tiempo en el hospital porque ya estás curado, y si te derivan desde este centro al mío, te van a internar. De verdad que yo no creo que estés como para ser ingresado. No te puedes ni imaginar cómo está la gente que llega allí.

—¿Mucho peor que yo? —Nick tenía miedo. No quería volver a casa, pero tampoco quería que lo internasen en un manicomio. No tenía ni idea de lo que quería hacer con su vida.

—Un millón de veces peor —le aseguró—. Tú puedes seguir adelante con tu vida. Ahora mismo estás muerto de miedo porque no has dado el primer paso, que es ir a tu casa y enfrentarte con la realidad.

—Ya. —Nick no quiso decir nada más porque todo lo que ella estaba diciendo era verdad.

—Hemos hablado muchísimas veces sobre esto, sobre enfrentar esta situación y plantarle cara al dolor y a todos los sentimientos negativos que te aborden. Mientras no hagas nada de eso, no vas a avanzar, y quedándote aquí dentro no vas a conseguir nada.

Tenía razón, y lo sabía de sobra.

—No quiero salir mañana —le confirmó—. Dame dos días más, por favor.

Maggie se miró la muñeca observando la hora en su carísimo reloj suizo.

—El anestesiólogo me ha traído el informe a última hora de la tarde. Ya no me da tiempo de tramitar tu alta hoy, así que tendré que terminarlo mañana. —Lo miró—. Pasado mañana volverás a casa.

Nick le sonrió en agradecimiento sabiendo que le acababa de hacer un favor. Si hubiera querido, habría releído el informe que le acababan de entregar, que

apenas eran dos páginas, y lo habría terminado en media hora, pero ella le había concedido un día más. Ahora solo le quedaban cuarenta y ocho horas para hacerse a la idea de que iba a volver a casa sí o sí.

—¿Sabes ya la hora en que te dan el alta? —Jane había comenzado a recoger las cosas que le había llevado a Nick durante todo el tiempo que había pasado en el hospital. Tenía una bolsa de viaje donde estaba metiendo su ropa bien doblada porque sabía que Nick lo echaría todo dentro de cualquier manera.

—Ni idea. —La miraba sentado desde el borde de la cama. Llevaba queriendo decir una cosa desde que su hermana había llegado, pero aún no lo había hecho por temor a su respuesta. Ya no podía seguir retrasándolo más—. Voy a ir yo solo a casa, Jane.

Jane dejó de doblar la camiseta que tenía entre las manos y se irguió para mirarlo. Unos días atrás se había cortado el cabello por debajo de los hombros y le tapaba los ojos porque aún no había logrado dominar el peinado.

—¿Qué?

—Que voy a ir solo a casa. Sé que quieres venir conmigo, pero es algo que tengo que hacer por mí mismo.

—No voy a dejarte ir solo, Nick. Olvídalo. —La mujer volvió a lo suyo doblando camisetas, ahora con movimientos mucho más bruscos.

—Jane —la llamó, y esperó para seguir hablando hasta que captó toda su atención—. Te agradezco lo que quieres hacer y sé que piensas que es por mi bien, pero quiero hacerlo yo solo. —Guardó unos segundos de silencio mirándola—. Por favor.

Jane chasqueó la lengua y dijo algo por lo bajo que no se entendió muy bien. Se irguió y se levantó para caminar hacia el borde de la cama donde estaba su hermano.

—No quiero que vuelva a pasarte nada malo —confesó. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. No podría soportarlo.

Nick sonrió con pena y se incorporó para abrazarla. Estuvieron así unos instantes, hasta que se separó de ella para mirarla a la cara.

—Voy a estar bien, Jane. Lo peor ha pasado ya —mintió, pero eso no lo sabía su hermana.

—¿Estás seguro?

—Del todo. —Sonrió para hacerle ver que estaba perfectamente—. Te prometo

dejar el teléfono operativo toda la noche y responder a tus mensajes.

—Sí, más te vale, porque si no, me colaré en tu casa sea la hora que sea con la policía y los paramédicos incluidos.

Sabía que Jane era capaz de eso y de mucho más, así que más le valía cumplir con lo que le había prometido.

—Está bien. —Jane regresó hacia la bolsa de viaje y la miró—. Al menos voy a seguir doblándote la ropa. ¡Ah! Y para Navidad no tienes excusa para no venir a mi casa, ¿entendido?

Nick apretó los labios. Aún quedaban un par de semanas para Navidad. Tenía quince días para inventarse algo.

Nick llegó a la entrada de su apartamento y se paró para mirar la puerta antes de meter la llave en la cerradura y abrirla. El corazón le iba a mil por hora y no entendía por qué. Quizás porque una parte de su cerebro, la que siempre permanecía positiva ante todo, mantenía la esperanza de que, al cruzar el umbral, nada hubiera cambiado y Jay estuviera aún allí.

Respiró hondo, se armó de valor, y entró.

Cuando la puerta se apartó delante de él para dejarle paso y para darle la bienvenida a su hogar, no tuvo que dar un paso dentro para saber que no había rastro de Jay; ni cuadros, ni objetos personales, ni el olor de su colonia.

Despacio, tomándose todo el tiempo que necesitaba tal y como le había aconsejado Maggie, entró en el apartamento y cerró tras él. Con paso firme lo recorrió observándolo todo, dándose cuenta de todo lo que había perdido y de lo vacía y sola que se había quedado ahora su vida.

Al llegar al dormitorio no pudo evitar mirar sobre la cómoda, donde no hacía demasiado tiempo había un cuadro enorme de ellos dos el día de su boda. Su boda. Ninguna fecha había sido verdad, nada de lo que había soñado lo era. ¿Cómo podía haber dejado semejante vacío algo que ni siquiera había existido? Se miró el dedo donde antes había estado su anillo de casado. No había marca ni rastro de él. ¿Por qué tenía que haber terminado así?

La única ropa que había en su armario era la suya. En el baño solo estaban sus productos y sus toallas. En las sábanas y en la almohada únicamente perduraba su olor. Jay se había quedado atrás, en su pasado, en una pequeña grieta que su cerebro había creado aún no sabía por qué.

La doctora Pellek le había hablado de las etapas de un duelo; negación, ira,

negociación, depresión y aceptación. Él aún no sabía en cuál de ellas estaba, o si se había quedado a vivir en todas de manera mezclada, porque sentía un nudo en el estómago al que no lograba dar nombre. Era una mezcla de todas ellas y a la vez de ninguna.

La noche parecía haber llegado antes de tiempo ese día, y con ella ese angustioso momento de irse a dormir. Nick se metió en la cama con miedo, como si temiera que de pronto una mano helada con dedos huesudos fuera a rozarle la espalda. Maggie le había recetado unas pastillas para ayudarlo a dormir, pero siempre se había negado a usar ese tipo de medicación porque a la larga hacía más mal que bien, y él jamás había sido adicto a nada como para empezar a esas alturas. No quería darle una excusa a su cerebro para pasarse durmiendo todo el día, por si volvía a soñar con Jay. No, no lo haría; no iba a tener piedad consigo mismo porque tenía que superarlo, ser valiente y seguir su vida como antes. Tenía una buena vida, un buen trabajo, amigos, una familia maravillosa... No podía quejarse de nada de todo eso, pero la balanza del lado de Jay pesaba más que todo lo demás.

A media noche, Nick dio un salto en la cama ahogando un alarido al fondo de la garganta. No sabía qué era lo que había estado soñando, pero se había despertado llorando, temblando y aterrado de frío. Se echó otra manta por encima y se acurrucó a un lado sintiéndose más solo que nunca. Quizás debía de haber aceptado la invitación de Jane para quedarse en su casa, aunque la desechó enseguida porque allí estaría rodeado de gente e igualmente solo. Cuando comenzó a despuntar el día, él seguía sin pegar ojo. Estaba cansado y extenuado, lamentándose como si fuera una verdadera mierda. El teléfono móvil había comenzado a sonar con muchos mensajes, los cuales se había comprometido a responder con la condición de que lo dejaran volver a casa solo.

¿Por qué la vida era así?

Respondió a los mensajes uno a uno, intentando ser escueto pero encantador, gastando alguna que otra broma y añadiendo varias caras sonrientes más un icono de una mano con el pulgar levantado. Tras responder a todo el mundo, echó el teléfono a un lado y se acurrucó bajo las mantas. Ahora era el momento perfecto para dormir tranquilo, para arrebujarse en esa improvisada cueva y



aprovechar que podía dejarse llevar por los brazos de Morfeo todo lo que quisiera sin preocuparse por ir a trabajar.

Pero no hubo manera.

Al tercer día de no dormir más de veinte minutos por noche, Nick había comenzado a barajar la posibilidad de tomarse una de las pastillas. Con el blíster entre los dedos, las miraba sin quitarle los ojos de encima. Esas pequeñas pastillitas amarillas tenían el poder de hacerlo desconectar, de dejarlo descansar al menos por un rato, pero no podía evitar seguir siendo reacio a tomárselas. Agotado física y psicológicamente, llamó a la doctora Pellek. No tenía cita con ella hasta el día siguiente, pero no podía esperar ni un día más porque sentía que iba a volverse loco. Había comenzado a llorar y cada vez le costaba más parar. En esas setenta y dos horas que llevaba en casa había ido cuesta abajo y sin frenos, y si no ponía un remedio pronto, sabía que iba a cometer una locura.

Llamó al hospital donde sabía que podía encontrarla por las mañanas. Lo hicieron esperar unos minutos hasta que Maggie se puso al teléfono.

—Nick. ¿Cómo estás?

Nick tuvo que tragar la saliva que se le había acumulado en la boca antes de hablar.

—¿Puedo ir a verte hoy?

Maggie no necesitó que le respondiera a la pregunta que le había hecho porque le escuchó la voz. Nick no hablaba así, con esa voz temblorosa y apagada.

—Claro. Ven en cuanto puedas. —La mujer colgó el teléfono algo preocupada. Cuando se fue, Nick estaba seguro de sí mismo, consciente de lo que pasaba y de lo que tenía que hacer ante la situación que se le venía encima una vez que llegara a casa. ¿Y si no lo había conseguido? Algunas veces, los que parecían más fuertes en realidad no lo eran. Preocupada, y deseando que llegara cuanto antes, volvió al paciente que estaba atendiendo en ese momento.

Nick se dirigió a la consulta que Maggie tenía dentro del hospital en la tercera planta un rato más tarde. Conocía bien el camino porque había ido muchas veces mientras estuvo hospitalizado. Había hablado mucho con ella, tanto que ya no la veía como una psiquiatra, sino como a una amiga. Sabía que era un error y que ella solo estaba haciendo su trabajo, pero en ese momento quería pensar así. A

pesar de las insistentes llamadas y mensajes de su familia donde le preguntaban cómo se encontraba, él se sentía muy solo, y eso era lo que más miedo le daba.

Llegó a la puerta justo a la vez que ella. Venía cargada con varias carpetas en los brazos.

—Nick. —Lo miró preocupada—. Pasa. —Le abrió y lo dejó entrar primero—. Siéntate, por favor.

Nick obedeció.

—Cuéntame. —La mujer dejó todas las carpetas sobre la mesa y ocupó su asiento—. No han funcionado las pastillas.

—No me las he tomado.

—¿Por qué? —frunció el ceño al enterarse.

—Porque sé qué clase de pastillas son y sé que eso es lo que busca mi cerebro ahora mismo; una excusa para estar drogado, para no pensar.

—Las pastillas que te he recetado son muy suaves. Apenas tienen efectos secundarios. Nick, si no duermes, es peor.

—No quiero tomarlas. —Bajó la mirada al suelo. No quería girar la cabeza porque en un lateral del despacho había un espejo de cuerpo entero y él no quería mirar la mala pinta que tenía. Aunque no se había echado ni siquiera un vistazo antes de salir de casa, sabía que tenía unas ojeras muy pronunciadas, el pelo revuelto y sucio, y la piel pálida.

—Tú eres más fuerte que todo esto, Nick.

Nick ya no tenía tan clara esa afirmación.

—No quiero seguir así. —No pudo evitar un ligero temblor.

Maggie se dio cuenta y se levantó de su asiento.

—Ven. —Lo guio hasta el diván que tenía a un lado y lo obligó a que se tumbara. Luego lo tapó con la enorme *pashmina* hindú que había llevado puesta esa mañana—. Te voy a dar una pastilla. Otra mucho más suave —añadió antes de que él le dijera que no—. Y te vas a quedar aquí tumbado. Yo tengo trabajo por el hospital, pero vendré de vez en cuando para echarte un vistazo, ¿entendido? —Le acarició el hombro—. No estás solo, Nick. Y puedes con esto.

—De acuerdo —aceptó, dándose por vencido. Seguía reacio a tomar nada, pero no dormir era incluso peor que medicarse y engancharse a esa clase de pastillas. Ella le acercó un botellín de zumo natural y una pastilla muy pequeña. Él la cogió y se la tragó sin problemas. Luego se tumbó y dejó que ella le echara de nuevo la prenda por encima—. Es una *pashmina* hindú preciosa.

Maggie no pudo evitar reírse.

—Comentarios como esos son los que te delatan.

Nick le devolvió la sonrisa y se relajó cerrando los ojos.

—Voy a seguir con mi trabajo. Me iré pasando por aquí, ¿de acuerdo?

—Gracias —respondió. No quiso abrir los ojos porque estaba demasiado sensible y no quería echarse a llorar.

Caminó hacia la puerta y cerró tras ella. Estaba saltándose varias normas con él, pero sabía que con Nick merecía la pena. No iba a dejar que se hundiera y lo ayudaría en todo lo que estuviera en su mano.

Nick se quedó dormido en cuestión de segundos. No sabía si la pastilla había hecho efecto en el acto o era que estaba demasiado cansado. Lo más seguro era que fuese una mezcla de las dos cosas.

No supo cuánto tiempo había dormido. Se había ido despertando poco a poco por el frío, ya que la fina *pashmina* no lo arropaba demasiado. Entonces una calidez sobre uno de sus hombros le hizo desviar la mirada hacia ese punto en concreto para averiguar de qué se trataba.

—Lo siento, no quería despertarte. Sigue durmiendo —dijo la voz.

Nick, envuelto aún en esa gloriosa sensación de estar más despierto que dormido, sonrió al reconocer la voz de Jay. Una calidez lo envolvió y provocó que se sintiera como en casa. Se acurrucó y se quedó profundamente dormido.

—Nick. Nick. Despierta. —Maggie le tocó el hombro para despertarlo. Iba a terminar su turno de trabajo y tenía que volver a casa. Había esperado un tiempo prudencial para que se despertara, pero Nick parecía estar muy dormido. Ya no podía esperar más y tenía que volver a casa cuanto antes. Había adoptado a un perrito de la perrera un par de semanas atrás, que aún no controlaba eso de no hacer sus necesidades dentro de casa—. Nick. Tengo que irme a casa.

Nick abrió los ojos y sonrió. Se sentía muy bien, relajado y tranquilo.

—Tienes buen aspecto. Dormir te ha sentado muy bien. —Ella se echó hacia atrás para dejar que el hombre se incorporara en el diván.

—He soñado con Jay —fue lo primero que dijo. Aún tenía el recuerdo en su cabeza y necesitaba contarle antes de que desapareciera como tantos otros sueños que había tenido antes.

—¿Sí? —Ella se apoyó en el borde de la mesa y lo escuchó con atención—.

¿Qué has soñado?

Nick se rascó los ojos intentando aclarar las ideas.

—No estoy seguro. Creo que me tapó con algo.

Ambos miraron a la vez el abrigo de Maggie que tenía Nick sobre las rodillas y que se había escurrido de su cuerpo al incorporarse.

—Te has levantado a por el abrigo y no te acuerdas —respondió ella intentando encontrar una solución lógica—. Tu cerebro ha creado esa ilusión porque lo más probable es que Jay te haya arrojado muchísimas veces y es algo que echas mucho de menos. Esa sensación, esa necesidad de sentirnos seguros y a salvo es un instinto básico de supervivencia que tenemos todos en nuestro cerebro más primitivo.

Nick podría haber jurado que no se había levantado, pero tampoco podía decirlo con seguridad.

—Lo que me faltaba es que me vuelva loco del todo —respondió. Se levantó del diván crujéndole varias vértebras—. Gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

Maggie no desaprovechó la oportunidad de decirle que, tras la siesta, lo veía con mejor aspecto.

—Si no duermes por tus propios medios y no quieres tomarte las pastillas, voy a tener que ingresarte, Nick. —Su teléfono comenzó a sonar y ella respondió a la llamada—. Sí. Déjame la otra mitad del informe aquí en mi despacho mañana en cuanto lo hayas terminado. Gracias. —Tras colgar, volvió a centrar su atención en Nick—. No puedes venir aquí a dormir siempre que quieras porque, aunque yo acceda, sabes que esa no es la solución.

—Lo sé. —Nick no era capaz de levantar la mirada del suelo—. Solo necesito más tiempo.

Maggie suspiró.

—Mañana tengo también guardia. Vente y hablamos otro rato, pero no voy a mentirte; si te veo peor, ordenaré tu ingreso.

Nick asintió sabiendo que ella lo hacía por su bien. Se despidió con una sonrisa algo triste y regresó a casa. Una vez solo en su apartamento volvió a vivir otra noche infernal, deseando que llegara de nuevo el día.

Aún no había salido el sol cuando Nick salió de la ducha. El agua templada le había aliviado en parte sus doloridos músculos.

Se puso unos vaqueros viejos, una sudadera amplia que llevaba en el fondo del armario casi toda su vida y unas deportivas gastadas. Tenía más pinta de mendigo que otra cosa, pero no le importaba. Necesitaba sentirse cómodo y no se sentía con fuerzas como para arreglarse e ir de una manera formal.

Llegó al hospital y varias enfermeras que no lo conocían lo miraron con cara extraña. Otra que sí se acordaba de él lo saludó desde lejos sin poder evitar cierta pena en el rostro. Nick era consciente de que esa era la imagen que tenía, y le daba igual. Quería recuperarse y ser él mismo otra vez, quería avanzar y dejar sus sentimientos y alucinaciones atrás. Por supuesto que no quería olvidar a Jay ni todo lo que había vivido con él, aunque no fuera real, pero sabía que si seguía atascado en el pasado jamás lograría coger de nuevo las riendas de su vida. Había llegado a amar con toda el alma a Jay, pero ahora tenía que pensar en él y tenía que salir de esa.

El despacho de Maggie estaba abierto y no había nadie en su interior. Entró para quitarse del ajetreado pasillo y cerró la puerta tras él. Ella tenía que estar al llegar porque apenas quedaban cinco minutos para su cita y sabía lo puntual que era esa mujer. Se sentó en el diván y cruzó una pierna dejando el tobillo sobre la otra rodilla. Estaba cansado, y no solo de no dormir, sino de toda esa situación, se sentirse débil e inútil. De no poder remontar como quisiera.

De pronto la puerta se abrió y él levantó la cabeza para saludar a Maggie, pero la persona que acababa de entrar en el despacho de la doctora Pellek no era ella, sino Jay, su marido.

—Jay —jadeó confuso. No podía ser verdad. No podía estar ahí.

El hombre lo miró confundido, luego frunció el ceño.

—¿Nick?

Kane se había levantado esa mañana antes de lo acostumbrado. Tenía que llegar un camión a las cinco y media de la mañana y tenía que haber alguien allí para cargar y descargar la mercancía. Le fastidiaban esos cambios de horarios, pero al menos saldría mucho antes de trabajar. No era un gran consuelo, pero algo ayudaba. Cuando llegó y aparcó su todoterreno a un lado de la enorme nave, ya había un coche allí. Eso le pareció muy raro porque a esa hora solo iba a estar él.

Se bajó del coche y se cerró el abrigo hasta el cuello. También se había puesto un gorro de lana que llevaba hasta las cejas. De pronto, la puerta del coche se abrió y una figura alta salió envuelta en un polar con gorro que le tapaba la cara. Por instinto se alejó varios pasos y se lo quedó mirando, alumbrado por uno de los focos que rodeaban la nave ya que no había terminado de amanecer todavía.

—Soy yo, Logan.

Kane lanzó una maldición por lo bajo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó no de muy buenas maneras y siguió caminando hacia la puerta para abrirla.

—Juanjo me dijo ayer que tenías que venir a esta hora y he decidido pasarme para echarte una mano.

Kane desbloqueó el código de seguridad y se volvió para mirarlo.

—¿No te gusta quedarte en la cama, calentito, en un día frío y húmedo como este?

Logan le lanzó una sonrisa antes de responder.

—Si estoy solo en la cama, no. —Y lo miró a los ojos, dándole a entender que la indirecta que acababa de soltar era exclusivamente para él.

Kane apartó la puerta y la aguantó hasta que ambos entraron. Luego cerró tras él. Quería dejar las cosas claras desde un principio para que no se llevaran ninguna sorpresa.

—Logan —lo llamó cuando vio que el hombre había comenzado a quitarse el abrigo y a ponerse, encima del polar de trabajo que llevaba, un peto de un color llamativo—. Me gustaría aclarar una cosa contigo.

—Soy todo oídos. —Logan se giró para mirarlo. El gorro del abrigo le había dejado los cabellos despeinados de un modo salvaje, y Kane no pudo evitar morderse los labios y apartar la mirada.

—Quiero agradecerte tu ayuda cuando me corté la mano, y quiero que sepas que no estaba ido del todo cuando te besé, pero fue solo eso, ¿de acuerdo? Un beso. A veces hago cosas sin pensar y me dejo llevar por el momento, pero ese beso fue solo eso; un beso, ¿entendido? No quiero que te montes películas raras ni nada por el estilo.

—Entendido. —Logan asintió con la cabeza. Caminó hacia él, lo agarró de las mejillas, y lo besó exigiéndole que separara los labios y le saliera al encuentro. Apenas necesitó varios segundos para que Kane respondiera al beso, y gruñera al sentir el mordisco que le había dado en el labio inferior. Cuando Logan se separó, pudo apreciar en los ojos de Kane la pregunta de qué cojones estaba haciendo. Ambos debían de rozar la misma edad, los treinta y algo, y con experiencia más que suficiente para entender ciertas cosas, no obstante, decidió aclarárselo.—. Yo también hago cosas sin pensar, pero esto solo ha sido un simple beso. —Se acercó a él hasta casi rozarle la nariz—. ¿Entendido?

Kane apretó los dientes porque ese hombre acababa de darle la vuelta a la tortilla y lo había dejado indefenso y sin poder pelear. Lo único que pudo hacer fue toser y ponerse en plan mandón. Al menos seguía siendo su superior en el almacén.

—Venga —lo instó pasando por su lado—. Ese camión está a punto de llegar y no va a descargarse él solo.

Estuvieron más de una hora y media descargando el camión. Luego otro tanto para cargarlo de nuevo. Cuando terminaron estaban exhaustos y doloridos por el esfuerzo físico.

Logan había llevado un termo con café que aún estaba caliente cuando sirvió dos tazas y le tendió una a Kane, que lo miró como si le estuviera ofreciendo algo prohibido.

—Es solo café. Del bueno. Y no esa cosa que tenéis en la máquina de ahí fuera. —Le tendió la taza de nuevo—. Te prometo que no le he echado

burundanga ni nada que pueda ayudarme a aprovecharme de ti, drogarte y atarte a mi cama.

Kane se ruborizó levemente por sus palabras. Eso de aprovecharse de él y atarlo a la cama no sonaba tan mal.

—Gracias —respondió aceptando la taza. Le dio un sorbo y asintió con la cabeza—. Sí que está bueno.

—Lo descubrí en un viaje a Seattle y desde entonces es el único que tomo.

—Es comprensible. —Kane le dio otro sorbo al café, apreciando la textura y el aroma que tenía. Durante unos segundos se quedó en silencio, intentando poner sus ideas en orden.

—¿Qué tal tu viaje a Austin? Juanjo me comentó que había pasado algo con tu hermano. Espero que ya esté bien.

A Kane no le gustaba hablar de su vida privada, mucho menos de temas tan delicados, pero Logan parecía estar preocupado, así que no pudo evitar contarle lo que había pasado.

—A mi hermano mayor le encontraron un tumor benigno en la cabeza. Se lo han extirpado y ya está bien, pero le está costando recuperarse de las alucinaciones que tuvo.

Logan frunció el ceño.

—¿Fueron muy malas?

—Todo lo contrario. —Hizo una mueca con los labios—. Eran maravillosas.

Un extraño silencio se instaló entre ellos.

—No entiendo. Si era tan maravilloso, ¿de qué tiene que recuperarse?

Kane le dio un sorbo al café con lentitud mientras lo miraba por encima del borde de la taza.

—De haberlo perdido —respondió al fin—. A su amor.

—Yo tengo otro punto de vista. —Logan se había terminado ya su café—. Es mejor haber amado y haberlo perdido a no haber amado nunca.

—Interesante frase. —Levantó una ceja intentando recordar dónde la había escuchado—. No es tuya. Veamos... —Pensó durante unos segundos—. ¿Lord Byron?

—Casi. —Logan chasqueó la lengua—. Lord Tennyson. Te has equivocado por pocos años de poeta inglés —se burló. Tras la broma y conseguir arrancarle una sonrisa, siguió hablando en serio—. Me alegro de que tu hermano esté bien. Si se parece un poco a ti, saldrá adelante sin problemas.

Las mejillas de Kane se cubrieron de un leve rubor rosado. Eso era un



cumplido y él no estaba acostumbrado a eso.

—Ojalá —respondió.

—Dale tiempo. Acabará entendiendo que las cosas suceden o no suceden por una razón que a veces no necesitamos conocer.

Kane se lo quedó mirando. Esa conversación se estaba tornando demasiado profunda y trascendental, y él no estaba preparado para eso, al menos no ahí.

—¡Hey! —Una voz femenina los distrajo desde la puerta. Kate acababa de llegar. Venía envuelta en un abrigo que le quedaba enorme y una botas altas y planas de borreguito—. Te he estado llamando, Kane. ¿No escuchas el teléfono?

El hombre rebuscó entre los bolsillos del pantalón, pero no encontró el teléfono. Caminó hacia el perchero y, tras hurgar entre la ropa, sacó el móvil del bolsillo interno del abrigo.

—Lo siento, no me di cuenta de que lo había dejado ahí metido. ¿Qué haces aquí? ¿Nick está bien? —preguntó alarmado. Era muy raro que su hermana estuviera allí.

—Todo está bien que yo sepa —lo tranquilizó ella en el acto—. Es que me he dejado las llaves en la taquilla de la clínica y me pillaba más cerca venir a recoger tus llaves que volver hasta allí.

—Ya —fue todo lo que respondió Kane. Luego se dio cuenta de que ellos dos no se conocían—. Por cierto, Kate, este es Logan, el chico nuevo. Logan, esta es mi hermana Kate.

Ambos se estrecharon las manos.

—¿Te llamas Logan? ¿Cómo Lobežno? —preguntó ella mirándolo. Comparado con la altura que tenía la chica, ese hombre era como una torre a su lado—. ¡Mola!

—Discúlpala. —Kane había sacado las llaves del bolsillo y se las había tendido a su hermana—. Tiene una cierta pasión por los súper héroes, los cómics y Hugh Jackman.

Logan sonrió.

—Sí, me llamo Logan, pero yo me lo puse primero. —Le guiñó un ojo.

Kate sonrió como una tonta. Logan era muy atractivo y encantador, y ella había caído por completo en sus redes.

—Tengo que hacer una llamada. —Logan se disculpó y los dejó solos en el almacén para desaparecer por una puerta que había al fondo—. ¿Cómo diablos no me habías dicho que este pedazo de tío trabajaba aquí? —le recriminó ella—. ¡Y se llama como Lobežno! ¡Madre mía! ¿Sabes si está casado, tiene novia o

algo por el estilo?

Kane se lamió los labios intentando disimular la sonrisa que se le había formado en la cara.

—No sé si tiene novia o mujer, pero es gay.

Ella dejó de sonreír y lo miró.

—No te creo. Tú ves maricas por todas partes.

—Puedes preguntárselo tú misma cuando regrese —respondió mirando hacia la puerta por donde se había ido.

—¿Cómo estás tan seguro de que es gay?

Kane la miró fijamente.

—Porque me ha metido la lengua hasta la campanilla —soltó como un jarro de agua fría—. Quizás solo quería asegurarse de que respiraba bien, pero yo creo que sí, que es gay.

Kate le dio un puñetazo en el bíceps.

—Oh, te odio.

Nick comenzó a abrir los ojos. El primer enfoque fue algo borroso, por lo que los cerró de nuevo y los abrió otra vez. La imagen de la doctora Pellek apareció ante él.

—Nick —lo llamó con suavidad—. ¿Te encuentras bien?

Despacio, se fue incorporando sobre el diván donde estaba tumbado.

—¿He perdido el conocimiento?

—Sí. —La mujer parecía muy preocupada.

Él se llevó las manos a la cabeza y se frotó la frente. Había bajado las piernas al suelo y se había incorporado para apoyar los codos sobre las rodillas.

—He vuelto a tener otra visión y ha sido demasiado real. —Sentía la boca pastosa y seca—. Te prometo que no me he tomado ninguna pastilla, ni he ingerido ninguna droga. —Se frotó la cara con las yemas de los dedos, intentando poner la mente en orden—. Van a tener que ingresarme —suspiró—. No estoy bien.

—Nick —lo llamó ella con suavidad—. Escúchame con atención.

Nick levantó la cabeza y miró enfocando la mirada en Maggie. Cuando la mujer había llegado a su despacho, se lo había encontrado en el suelo y a uno de los anesthesiólogos comprobando sus constantes vitales. El hombre estaba muy preocupado porque Nick se había desmayado al verlo. Entonces ella había

comenzado a atar cabos.

—Creo que comenzaste a tener tus visiones en esa hora y media que dice tu informe donde tus constantes vitales fueron mínimas y todos pensaron que iban a perderte. Hubo un momento, incluso, en el que abriste los ojos. Entonces lo viste.

—¿A quién vi? —Aunque seguía la historia, se sentía muy confundido.

—A Jay, y tu cerebro hizo el resto. No estabas del todo consciente, pero tu cerebro sí, y ha sido él el que ha mezclado toda la información para transformarla no en una alucinación, sino en un sueño.

Nick no se movió porque seguía sin entender nada. Ella siguió explicándole.

—La persona que has visto, que ha entrado por la puerta y que dices que es Jay, existe, pero claro, no es quien tú crees, sino lo que tu cerebro ha creado. Se llama Jamie y fue tu primer anestesiólogo, el que te atendió en Urgencias cuando ingresaste.

El cerebro de Nick iba a toda velocidad, intentando comprender la información que le había dado la psiquiatra.

—Yo... no sé qué decir. Estoy muy confundido.

—Es normal —lo tranquilizó ella—. No te preocupes. Cuando he llegado y te he visto en el suelo, le he preguntado a Jamie lo que había pasado. Así que he atado cabos. —Le puso una mano en la rodilla para infundirle valor—. Y es cierto que algunos colegas lo llaman Jay. Es posible que lo escucharas estando inconsciente y ahí empezó todo.

Nick procesó la explicación con cuidado. No sabía qué sentía en ese momento; por un lado, se sentía aliviado porque no había sido una completa alucinación, lo que significaba que su cerebro no se había vuelto loco del todo, pero, por otro lado, estaba la extraña sensación de haberse montado una película con un completo desconocido.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando unos nudillos llamaron a la puerta de cristal. Ambos levantaron la cabeza para ver una figura borrosa al otro lado del opaco cristal.

—Es él —anunció ella—. Antes tuvo que irse porque llegó una urgencia, pero me dijo que volvería en cuanto estuviera solucionado. ¿Quieres verlo?

—No lo sé. Ese hombre no tiene la culpa de nada.

—Tú tampoco la tienes, Nick. Esto es como cuando vas en el metro, ves a una persona y esa noche sueñas con ella. Hay pensamientos que no podemos controlar y es completamente normal. Más en tu caso, que tenías un tumor

presionándote parte del cerebro —lo animó—. Creo que sería positivo para ti hablar con él. —Maggie se sentó a su lado en el diván y lo ladeó un poco chocando su hombro con el de él con suavidad—. Es un buen tío.

—Sí —fue todo lo que respondió.

Ella se levantó, pero antes de abrir la puerta, se giró hacia él para dejarle las cosas claras.

—Recuerda que nadie te está juzgando, ¿entendido? Yo voy a estar aquí y vas a ser tú el que decida si quieres hablar, si quieres abandonar la sesión, o lo que sea.

Nick asintió. Se obligó a respirar hondo varias veces mientras ella abría la puerta.

—Jamie. —La espalda de la mujer y el quicio de la puerta le tapaban la visión—. Gracias por venir.

—Un placer. —El hombre hablaba con un tono suave y despacio.

Nick cerró los ojos un segundo porque era el mismo timbre de voz que el de su sueño. Era la voz de Jay. Se armó de valor y levantó la cabeza a la misma vez que el hombre entraba en el despacho. Ambos se miraron durante un segundo. Entonces Jamie caminó hacia él y le tendió la mano. Iba vestido entero de color azul, con los típicos pantalones que usaban los médicos y una camisola a juego con el cuello en pico.

—Siento haberte dado un susto de muerte hace un rato. —Parecía un poco azorado—. Espero que estés bien.

—Estoy bien, gracias. —Nick no pudo evitar sonrojarse porque desmayarse era cosa de damiselas y señoronas de clase alta—. No ha sido culpa tuya.

—Nick. —Maggie había cerrado la puerta y se dirigía hacia su asiento cuando paró a mitad de camino—. Le he contado *grosso modo* tu caso a Jamie. No tenemos por qué entrar en detalles. Esta charla solo es para relajarnos y conocernos todos un poco. ¿Vale? —Caminó la distancia que quedaba hasta su silla y se sentó.

—Sí —fue todo lo que atinó a decir. ¿De qué se suponía que debía hablar? Ni loco iba a decirle a un completo desconocido que había tenido sueños prohibidos con él.

—Jamie, por favor, toma asiento. —La mujer le señaló la silla que quedaba a su lado. Cuando el hombre se acomodó, ella lo miró con una enorme sonrisa en la cara—. Gracias por hacernos un hueco.

—Un placer —respondió con una sonrisa parecida. Luego se volvió hacia Nick

—. Aunque pueda parecerle muy extraño, el cerebro suele jugar malas pasadas como estas. En algunos casos olvida a seres queridos, o los crea, como ha sido tu caso. También personas con unos gustos de pronto les gustan otras cosas, o les cambia la personalidad... —resumió para romper el hielo—. Que tu cerebro se haya fijado en mí y no en cualquier otro es un honor. Porque había mucha gente ese día en el quirófano contigo, ¿sabes?

Los tres rieron. Había sido un buen comienzo.

—Yo... —Nick sopesó lo que iba a decir—. Necesito ir despacio porque no sé explicar muy bien lo que siento.

—Es lógico. —Maggie lo miraba con atención—. Has pasado de experimentar una vivencia parecida a la de un duelo a un estado de confusión porque todos los sentimientos que tienes dentro y que has experimentado están ahí luchando unos con otros. —La mujer intentó explicarse mejor—. Aunque tu vivencia con Jay no ha sido real, para tu cerebro sí lo ha sido y ahora está luchando por comprender lo que pasa.

Era una forma sencilla de llamarlo, sí. Vivirlo era una locura porque un sentimiento de amor luchaba contra todos los demás a capa y espada, gritando a viva voz que todo eso había sido real. El sentido común, la tristeza, la soledad, el desamparo y muchos sentimientos más se turnaban para salir a ratos cuando el amor que sentía por Jay se tomaba un descanso.

El teléfono que había sobre la mesa sonó de pronto e hizo que los tres dieran un pequeño respingo en sus asientos. Maggie respondió, mirando el reloj de su muñeca mientras lo hacía.

—Es verdad, lo siento, me había salido un asunto importante y lo había olvidado por completo. En seguida voy para allá. —Colgó y miró a Nick—. Tengo que marcharme. Tenía una cita con otro paciente y lo había olvidado. ¿Dejamos el calendario de nuestras próximas citas como está o hacemos una nueva que incluya una revisión diaria? Puedo hacerte un hueco para que me vayas contando.

Nick negó con la cabeza. No quería ir todos los días. Había comenzado a asimilar y a aceptar la verdad de lo que había pasado. Eso no quería decir que ya estuviera bien y como siempre, no; para eso quedaba mucho y lo sabía, pero conocer la verdad de lo que había pasado le había proporcionado el pequeño consuelo que necesitaba porque indicaba que no se estaba volviendo loco.

—Lo dejamos como está —la tranquilizó—. Si vuelvo a sentirme inseguro, te llamaré.

Ella recogió un par de cosas de la mesa y caminó hacia la puerta, pero antes de marcharse se volvió hacia él.

—¿Qué vas a hacer con el tema de no dormir?

Esa era una buena pregunta de la cual aún no tenía respuesta, pero dejar intranquila a la mujer no era una opción aceptable.

—Ayer ya dormí un poco —mintió—. Creo que a partir de hoy va a ir a mejor.

Ella le sonrió, se despidió de Jamie y salió de su despacho.

Los dos hombres se quedaron allí en un silencio un poco incómodo, hasta que Jamie no pudo soportarlo más.

—Si necesitas dormir puedo anestesiar te —bromeó—, o contarte algunos chistes de mi profesión. Te aseguro que son tan malos que pueden dormir a cualquiera.

Nick sonrió agradeciendo el esfuerzo de ese hombre por romper el extraño ambiente que se había creado en el despacho. Se levantó del diván y se pasó las manos por las perneras, intentando secarse así las palmas del leve sudor que tenía. Luego le tendió la mano para despedirse de él.

—Gracias por haber acudido y de verdad que siento haberte metido en este lío.

Jamie aceptó la mano estrechándole la suya con fuerza mientras negaba con la cabeza.

—No ha sido nada. Estas cosas pasan, no te preocupes.

Nick caminó hacia la puerta para irse. Abrió y le dejó paso para que Jamie pasara primero. El hombre lo hizo mientras rebuscaba por el bolsillo que tenía en el pecho, por la parte izquierda de la camisola, y por los laterales.

Al sentirse observado, Jamie se paró y lo miró.

—No encuentro la hoja con el horario que me han dado hoy —se explicó, aunque Nick no le había preguntado nada de nada.

—Mira en el bolsillo trasero del pantalón. —Nick, que había permanecido tras él, cerró la puerta del despacho cuando salió y se quedó a un lado del pasillo mirándole.

Jamie guió la mano hacia ese bolsillo y, efectivamente, el papel estaba allí doblado junto a otro más. Asombrado, levantó la cabeza y lo miró sin ocultar su asombro.

—Sueles rebuscarte en todos los bolsillos antes de ir al que de verdad utilizas para guardártelo todo—respondió sin más mientras se encogía de hombros—. Ha sido un placer, Jamie. Muchas gracias por tu ayuda.

Jamie apenas tuvo tiempo de despedirse porque se había quedado mudo del

asombro. No pudo hacer otra cosa que quedarse allí pasmado viendo a Nick que desaparecía dentro de uno de los ascensores. ¿Cómo diablos sabía que tenía esa fea costumbre de guardarlo todo en ese bolsillo? Porque una cosa era soñar y fantasear sobre una persona, imaginar una historia sobre su vida o su personalidad, y otra muy distinta era saber datos como ese. Quizás era algo muy común y todo el mundo se guardaba las cosas en ese bolsillo, pero Nick parecía bastante convencido de lo que había dicho. ¿Cómo diablos sabía eso sobre él?

Nick también regresó a casa con esa extraña sensación metida en el cuerpo. Se había parado un momento en el supermercado para comprar un par de cosas que le hacían falta y luego había seguido su camino. Iba por la calle ausente, respondiendo lo mejor que podía a todos los que le habían mandado mensajes para preguntarle cómo se sentía, y luego recapacitando sobre todo lo que había pasado. Había encontrado la solución a sus alucinaciones y eso lo dejaba algo más tranquilo porque no se estaba volviendo loco. Su cerebro había mezclado información y lo había endulzado con una historia encantadora, pero nada más. El misterio estaba resuelto. Ahora tenía que desintoxicarse de esa maravillosa sensación que Jay le había dado. Otro nuevo pensamiento surgió en su lugar. ¿Y si Jamie estaba disponible? ¿Y si eso era una señal del destino? No quería hacerse ilusiones porque el hombre no le había hecho alusiones de nada. Que hubiera acertado lo del bolsillo trasero podía ser casualidad. Eso no indicaba que el resto de su alucinación fuera real.

Un mensaje de Lea lo mantuvo ocupado durante un buen rato. Se sentó en el sofá y se puso a hablar con ella. Su compañera le contó que se sentía muy sola en la biblioteca sin él y que el suplente que le habían puesto no se enteraba de nada.

Él sonrió con tristeza porque, aunque podía volver al trabajo sin problemas, su alta médica no la llevaba él, y su empresa era muy cumplidora con la salud de sus empleados. Suponía que estaría de baja hasta que Maggie hiciera un informe donde alegara que ya se encontraba en plenas facultades para volver a su puesto de trabajo.

Tenía un buen seguro médico y gracias a eso había podido cubrir todas las pruebas más el tiempo que había estado en el hospital. Entendía que su empresa quisiera estar segura de que no se le había ido la cabeza, porque ya habían tenido un percance importante varios años atrás con un trabajador que secuestró a

varios estudiantes que se encontraban ese día en la biblioteca. Él había conocido a ese hombre. Lo habían trasladado allí después de que sucediera lo del atentado de las Torres Gemelas. A raíz de eso su salud mental había ido a peor hasta que un día se le cruzaron los cables y organizó el secuestro. Desconocía qué había pasado con él, pero ojalá estuviera bien porque no era un mal hombre; solo que su cerebro le había jugado una mala pasada.

Eso le dio que pensar porque le podía haber sucedido a él perfectamente; se podía haber encerrado en su mundo, haber comenzado una mentira, a imaginar cosas, a confundir la realidad con la ficción. Entonces sí que habría estado perdido. Por fortuna tenía los pies bien plantados en el suelo y habían descubierto lo que había pasado en realidad. No era un gran consuelo, pero al menos ayudaba para no desconfiar de sí mismo.

Sin darse cuenta, y tras estar un buen rato charlando con Lea, se quedó dormido en el sofá.

—Derek, date prisa. Vas a llegar tarde. —Jane estaba en la cocina preparando la mochila de sus dos hijos menores. Quedaba muy poco para las vacaciones de Navidad y la casa era un caos. Ella, como buena anfitriona que era, ya había comenzado a organizar la cena para esa noche especial. Había hablado un rato antes con sus suegros para confirmar su asistencia y con una cuñada que aún estaba soltera. El resto de su familia política tenía compromisos con sus respectivas familias putativas—. ¡Derek, baja ya!

El joven la oyó desde el piso de arriba, pero no aceleró el paso. Se estaba peinando en el baño. Tenía los dientes apretados porque le dolía esa mierda de aparato. Su padre le había dicho que era normal, pero él ya estaba cansado de todo. Ya no solo tenía que soportar verse en el espejo con esa monstruosidad, sino que además tenía que soportar el dolor. ¿Algo más?

—Hey, ¡Nick! —Jane había seguido realizando las llamadas telefónicas que necesitaba mientras su hijo mayor terminaba de arreglarse—. ¿Estabas durmiendo?

—No —respondió. Hacía poco que se había despertado, pero no había salido de la cama. Esa mañana hacía mucho frío y si no tenía nada que hacer, lo mejor era quedarse allí arropado—. Dime.

—Estoy haciendo la lista de asistentes para la cena de Navidad. Cuento contigo. —No fue una pregunta, sino una orden.



—HmMMM. Ya veremos.

—No, de ya veremos nada. —El tono autoritario de Jane no pasó desapercibido—. Kane no va a venir porque no le dan vacaciones en el trabajo y no le compensa el viaje para un día, pero Kate sí que viene. Le dan varios días de vacaciones en el curso y me ha dicho que tiene muchas ganas de verte.

—Luego hablamos, Jane. —No quería discutir con ella, ni con nadie, a primera hora de la mañana—. Te dejo, que he quedado con la psiquiatra y llego tarde —mintió.

—Está bien. Luego hablamos. —Y colgó. Miró el reloj de la muñeca y gruñó. Caminó como un toro hasta el borde de la escalera que conducía al piso de arriba y gritó—. ¡Derek! ¡Aquí abajo, ya!

Nick se levantó una hora y media más tarde y fue directo a la ducha. Tenía cita con Maggie y quería ir con la mejor pinta posible. Necesitaba volver a trabajar y solo ella podía dar el visto bueno para que pudiera regresar a su puesto de trabajo.

Esos días que habían transcurrido desde la última vez que estuvo en el hospital los había pasado soñando despierto y haciéndose un montón de preguntas. ¿Cómo sería la vida de ese tal Jamie? ¿Por qué él y no cualquier otro? ¿Sería una señal del destino? Quizás saber algo más sobre él lo ayudaría a comprender del todo y zanjar ese tema.

Cuando llegó al hospital le anunciaron que Maggie había sido llamada para una urgencia de otro hospital y no le había dado tiempo de avisar a nadie. Nick chasqueó la lengua, meditando si preguntarle a la chica que se encontraba tras el mostrador de información del hospital si podía llamar a Jamie. Entonces se sintió estúpido porque no sabía ni su apellido. Le dejó una nota a Maggie y caminó hacia la salida cuando, a la vez y por su lado derecho, Jamie salía también para la calle.

—Hola. —Jamie se acercó a él con una sonrisa en la cara. Iba vestido con un vaquero oscuro y una camisa vaquera del mismo color. Encima llevaba un abrigo polar sin abrochar—. ¿Una cita con Maggie?

—Sí, pero no estaba. Ha habido una urgencia, creo, y no le ha dado tiempo de avisar a sus pacientes.

—Vaya. Siento que hayas venido hasta aquí para nada.

—Bueno, tampoco tenía mucho que hacer hoy. —Se apartó de la puerta para

dejar pasar a una mujer que parecía llevar mucha prisa—. Me alegro de haberte visto —dijo de manera formal—. Hasta pronto.

—¿Quieres un café?

Nick se volvió tras escuchar la invitación, pero no respondió. ¿Se lo había preguntado a él?

—Si tienes tiempo, claro. No quiero molestarte. —Jamie lo miró con una sonrisa tímida en el rostro—. Tengo un rato libre hasta mi nuevo turno y aquí enfrente tienen unos cafés increíbles.

Pues sí, era a él.

—Claro. Me vendrá bien un café para entrar en calor. —Nick caminó a su lado hasta cruzar la calle. Allí, una pequeña cafetería ubicada entre una librería y una agencia de viajes parecía pasar desapercibida.

—Voy a responder una llamada. —Jamie agitó la mano, enseñándole el teléfono que vibraba sin tono—. ¿Puedes pedirme un café, por favor? Ahora vengo.

Nick se quedó en la barra mirándolo. Jamie había salido fuera para responder al teléfono y lo veía hablar con bastante efusividad a través de uno de los ventanales de la cafetería.

—Buenos días, caballero, ¿qué le pongo?

Nick giró la cabeza hacia la voz. Una chica morena, con una mirada dulce y un arete en la ceja, esperaba al otro lado de la barra para tomarle su pedido. Miró el enorme cartel que había detrás de ella, pegado en la pared, para decidirse por uno de los cafés.

—Yo quiero un Manhattan sin azúcar y mi acompañante... —Dudó un segundo porque no conocía sus gustos. ¿O sí? ¿Que se habría pedido Jay? Decidió probar suerte—. Para mi acompañante un American Style con dos de azúcar moreno.

—Entendido. ¿Algo más?

Nick negó, sacó la cartera y pagó los cafés. Cuando se lo sirvieron, caminó con ellos en la mano hacia una mesa del fondo. Apenas se hubo sentado, Jamie llegó hasta él.

—Perdón. Tenía que aclarar una cosa con mi mujer.

Cuando Nick escuchó la palabra «mujer», no pudo evitar sentir una especie de vaso de cristal que se partía en mil añicos en su interior. ¿Qué esperaba; que ese hombre tan alto, tan apuesto y tan simpático estuviera disponible? Eso hubiera sido pedirle demasiado a la vida.

—No pasa nada. —Disimuló con una sonrisa fingida—. Espero que no sea

nada grave.

—No, no te preocupes. —Se quitó el polar y lo dejó en la silla de al lado—. Dime cuánto te debo por el café.

Nick negó con la cabeza.

—Invito yo.

Jamie lo imitó.

—No puedo aceptarlo. —Iba a sacar la cartera cuando Nick lo detuvo.

—La próxima vez que quedemos me invitas tú, ¿vale?

Eso pareció gustarle un poco más. Asintió después de unos segundos y se sentó frente a él.

—Gracias.

Nick removió su café y se lo llevó a los labios; quemaba, pero el calor le iba a venir muy bien en esa fría mañana.

—Sí que está bueno —admitió.

—Es mi lugar favorito. —Jamie ojeó el lugar que tan bien conocía—. Me gustaría preguntarte una cosa.

—Soy todo oídos. —Se limpió los labios con una servilleta por si tenía algún resto de café y esperó la pregunta.

—¿Me contarías tu alucinación? No tienes por qué hacerlo si no quieres. No pasa nada. Es simple curiosidad. Quizás aprenda algo de mí mismo que no conocía —bromeó.

Nick se había quedado de piedra. ¿Qué quería escuchar? ¿Qué iba a decirle? ¿Que le había metido la polla en el culo y había hecho que se corriera como un campeón y sin usar las manos?

—Tú... sabes que yo soy gay, ¿no?

Jamie ocultó una media sonrisa demasiado encantadora al otro lado de su taza de café.

—Sí.

—Vale, porque no quiero ponerte en un compromiso ni nada por el estilo —aclaró. No quería ofenderlo ni hacerlo sentir incómodo.

—No te preocupes. Ya me lo había imaginado.

Nick volvió a darle otro sorbo al café antes de comenzar. Lo hizo por el principio, narrando al detalle cómo comenzó a darse cuenta de que algo no andaba bien en su casa y lo anonadado que se quedó al darse cuenta de que estaba casado con alguien que no recordaba. Aunque hubiera querido, no iba a entrar en todos los detalles porque no se imaginaba contándole ciertas cosas por

mucho que lo intentase. Aunque se parecieran, no eran la misma persona. Cuando llegó al final de la historia, Nick se terminó su café, que se había quedado medio frío.

—Yo creo que me volvería loco si me llegase a pasar algo así. Necesito tener las cosas más controladas en mi vida.

Nick miraba la mesa, sumido en sus propios pensamientos. Eso que le había dicho ya lo sabía. ¿Era casualidad? Porque Jamie no era el mismo que Jay. Para empezar, estaba casado con una mujer. Eso ya hacía la historia muy diferente.

—Cuéntame algo sobre ti. —Pasó la mirada de la mesa a esos ojos verdes que tan bien conocía y lo animó a que le contara algo de él—. Lo que quieras. Un resumen.

Jamie pareció visiblemente nervioso, pero asintió.

—Estudí en California. Siempre quise ser anestesiólogo. Era algo que me había atraído desde niño. Estudié allí, conocí a la que hoy es mi mujer, y hasta ahora. Tenemos una hija adolescente y un bebé que viene en camino. Vivo a las afueras en un barrio muy aburrido, pero es seguro para los niños. ¿Qué más? Hmm... Me gustan los M&M de cacahuete.

Nick esbozó una sonrisa que le costó un mundo mostrar. El dato de que tenía mujer era ya desconcertante, pero que tuviera una hija adolescente y un bebé en camino era abrumador. De pronto se sintió como un idiota, montándose su propia película con la vida de otra persona donde él se sentía como un completo desconocido.

—Felicidades por el bebé —fue lo único que atinó a decir.

—Gracias. La primera la tuvimos cuando acabábamos de salir de la universidad y ahora, con el paso de los años, otra.

—¿Otra niña?

—Sí. Cuando anunciamos que estábamos esperando un bebé, todo el mundo empezó a felicitarme diciendo que iba a ser un niño, pero ¿sabes? Yo prefiero las chicas.

Nick tuvo ganas de echarse a llorar. A Jay le encantaban las niñas y si su sueño no hubiera acabado cuando lo hizo, estaba seguro de que habrían terminado adoptando una.

—Tengo que irme —anunció de pronto. Se sentía mal y fuera de lugar—. Gracias por enseñarme este lugar.

Jamie se levantó cuando lo vio incorporarse de la silla para marcharse él también. Cogió su abrigo y caminaron juntos hacia la puerta.

—Gracias por contármelo. —Jamie se echó a un lado una vez fuera para dejar pasar a un grupo de mujeres que entraban a la cafetería.

—Bueno. No te lo he contado todo, pero no quiero incomodarte. —En cuanto dijo la frase supo que debía de haberse quedado callado, pero Jamie no parecía para nada ofendido.

—No te preocupes, no lo has hecho —lo tranquilizó con una sonrisa.

Nick se fijó en su sonrisa. El día gris parecía tener más algo más de luz, y hacía que las sutiles pecas que tenía repartidas por la cara se vieran con más claridad.

—Gracias —respondió, quedándose algo más tranquilo—. Bueno..., hasta otra.

Nick no tuvo la oportunidad de caminar ni un paso para alejarse cuando la voz de Jamie lo detuvo.

—¿Cómo sabías que tengo la manía de guardarlo todo en el bolsillo derecho trasero del pantalón?

—Casualidad, supongo. —Se encogió de hombros restándole importancia—. Mucha gente tiene esa manía.

La actitud de Jamie había cambiado. Ya no estaba tan simpático ni encantador, de hecho, tenía el ceño algo fruncido.

—Intento entender, Nick, pero no logro encontrar la respuesta. Entiendo que tu cerebro haya utilizado mi imagen para crear una situación. Eso pasa mucho más de lo que pensamos, pero... ¿Cómo sabes cosas sobre mí si no nos conocemos de nada?

Nick no sabía qué decirle. Le había contado la historia por encima porque no había querido entrar en detalles íntimos, ya no solo de índole sexual, sino de otras muchas cosas que habían vivido juntos.

—Casualidad —repitió.

Jamie se acercó mucho a él hasta casi rozar las narices.

—El café que me has pedido es mi favorito. La dueña de esta cafetería es amiga mía y lo creó especialmente para mí —le informó—. ¿Cómo lo sabías? —Lo miró a los ojos e incluso bizqueó un poco por lo cerca que se encontraban—. Y por favor no me vuelvas a decir que es casualidad.

—Quizás lo nombraste estando yo presente y retuve esa información sin ser consciente de ella.

Jamie se relajó un poco porque eso tenía sentido y podía ser cierto, pero algo le decía que no, que había algo más.

—Tengo que irme. —Nick dio un paso hacia atrás para alejarse.

Jamie asintió sin decir nada. Lo vio marcharse sin más hasta que desapareció

entre la gente.

Jamie estuvo trabajando hasta tarde. Había tenido un turno doble en el hospital, más una urgencia, y cuando salió de allí había perdido la noción del tiempo.

Caminó como un zombi hacia el coche y, una vez dentro, se quedó sentado en el asiento del conductor con la cabeza en otra parte. No podía dejar de pensar en Nick. Sabía que le había contado su historia muy por encima y, aunque debería de bastarle, él quería saber más, mucho más. No tenía claro por qué, pero deseaba conocer todos los detalles y eso le sorprendía porque se podía imaginar las partes que se había saltado. Si era sincero consigo mismo, nunca le había llamado la atención su mismo género. Hasta ahora. Había algo en Nick que le hacía querer más, ansiar más, sin saber en realidad dónde estaba el límite.

Llegó a casa un buen rato más tarde, cuando las luces de la ciudad ya se habían encendido y el oscuro cielo de Austin presagiaba tormenta.

Al abrir la puerta y prender la luz se acordó de que había olvidado pararse en algún supermercado que estuviera abierto las veinticuatro horas para poder comer algo porque no tenía nada en casa, y cuando decía nada, era nada. Por no tener, no tenía ni frigorífico.

El gran recibidor de esa enorme casa de dos plantas, jardín delantero, patio trasero con piscina, y garaje de dos puertas le dio la bienvenida de una manera austera y espartana. No quedaba ni un mísero mueble en toda la casa. Quizás en la cocina quedase algo, y en los baños, pero porque estaban pegados al suelo, sino ni eso.

Soltó sus cosas en el suelo al lado de la puerta y caminó hacia el centro del salón, donde había dejado el día anterior un paquete de pan de molde y un zumo. La bebida estaba vacía, pero del pan aún quedaban dos rebanadas. Se sentó en el suelo y cogió una para hincarle el diente. Podía pedir a un chino, o una pizza,

pero quería comer algo sin tener que esperar demasiado, ducharse y meterse en la cama. Bueno, cama...

El pan del molde había conocido días mejores y se había quedado bastante seco. No obstante lo fue partiendo en trozos y se los fue comiendo. Todo ello mientras mantenía la mirada perdida en el suelo varios metros por delante de él. ¿Siempre había estado ahí esa mancha?

Sin darse cuenta la puerta de la entrada se abrió, y dejó paso a su embarazadísima mujer.

—Llevo un rato buscándote.

Jamie levantó los brazos indicándole así que lo había encontrado.

—Pues aquí estoy. —Se metió el último trozo de pan en la boca—. Dime.

—¿Es que no puedes comer en una mesa como Dios manda?

Jamie hizo una mueca antes de responder.

—Si encuentras alguna mesa por toda la casa, házmelo saber, por favor.

Ella se sintió ofendida por esa respuesta.

—No es para ponerse así.

—¿Qué quieres, Stephanie? —Jamie estaba muy cansado y no necesitaba charlas absurdas a esas horas.

—Tenemos que arreglar todos los papeles. ¿Te acuerdas? —Ella se mesó sus cortos y rizos cabellos castaños con una mano. Estaba bastante nerviosa últimamente—. No vayas a dejarme con todo el lío a mí sola.

—No te voy a dejar sola. —Fue más un soplo que una respuesta en sí—. Pero se te olvida que tengo turnos de hasta dos días seguidos y estoy muy cansado. ¿Podemos hablar mañana por la mañana? ¿Por favor?

Ella fue a responder, pero entonces se llevó una mano a la barriga y aguantó la respiración. De pronto, sobre sus pies, cayó un chorro de agua que le había resbalado por la pernera del pantalón.

—Acabo de romper aguas —jadeó muy nerviosa—. Llévame al hospital.

Jamie lo había visto y se había levantado del suelo. Claro que iba a llevarla al hospital. Stephanie podía ser muy pesada, pero iba a dar a luz, y eso tenía que respetarlo.

Derek dio un último retoque del dibujo al carboncillo que estaba haciendo y lo miró intentando compararlo con el real. Un modelo había ido esa tarde a la clase para posar para ellos. Era la última prueba final que les faltaba para poder



evaluarlos antes de las vacaciones de Navidad.

Al principio le había encantado la idea de poder trabajar en vivo y plasmar un desnudo, aunque solo fuera el torso, pero luego, cuando comenzó a darle vida en su cuaderno, comprobó lo complicado que era. Empezó una y otra vez, tantas veces que temió quedarse sin hojas. Cuando fue consciente de que debía entregar algo y de que, si no avanzaba, no le iba a dar tiempo de nada, siguió adelante aun sabiendo que no estaba conforme con lo que le estaba saliendo. Podía hacerlo mejor, pero ese no era su día.

—¿Qué tal te ha ido? —Nora se puso a su lado a la salida del examen—. ¿No se ha presentado tu amigo?

—Howard se ha dado de baja —respondió Derek. El muy mamón de su amigo no podía compaginar las clases de dibujo y las de fútbol, así que había optado por lo que más le gustaba en ese momento—. Y no sé lo que he hecho, la verdad. No tenía el día.

—He visto varios de tus dibujos. Seguro que te irá muy bien, ya verás —lo reconfortó ella frotándole el brazo—. Está lloviendo. ¿Quieres que te acerque en coche a tu casa? No me cuesta nada. Además, creo que me pillará de camino.

Derek miró hacia delante. Cuando salieron de clase caminaron por el edificio para salir por la puerta principal del colegio. Al llegar comprobó que, estaba cayendo una buena. No había traído paraguas y por mucho que su abrigo lo protegiera, llevaba en los brazos varios de sus trabajos que había hecho en clase y no quería que se echaran a perder. Nora le daba miedo, pero no creía que fuera a secuestrarlo. La conocía de clase. Sabía que había tonteado con el hermano de Howard y que eso se había acabado ya. No era mala alumna. Siempre educada, atenta y con buena actitud, aunque no esperaba lo contrario de ella porque no era precisamente una niña.

—Vale —respondió al fin—. Gracias.

La mujer sonrió triunfal. Abrió su paraguas y juntos bajaron por la escalinata de la entrada rumbo al aparcamiento. Tras meterse en el coche, la mujer arrancó el motor y el limpia parabrisas se accionó solo.

—Tú dirás dónde vives. —La sonrisa de Nora era encantadora. Ese solía ser su estado natural desde que se había divorciado.

—Todo recto. Yo te voy guiando.

La mujer asintió y condujo por donde le decía el joven. Podía haber emprendido una conversación con él. Tenía mucha curiosidad por saber más sobre su vida, pero no quería asustarlo sometiéndole al tercer grado. Dejaría que,

poco a poco, el joven fuera cayendo en su red.

Odiaba hacer las maletas. Era algo que nunca se le había dado bien, porque nunca sabía qué llevar. Sabía que en Ontario hacía mucho frío, pero ¿cuánto era mucho? Para algunos, nueve grados no eran nada, y para otros suponía todo un mundo, como al igual que no era lo mismo llevarse cuatro camisetas normales que tres de franela. ¿Por qué se complicaba tanto la existencia?

Había hablado con Kane esa misma tarde y le había preguntado si tenía planes para Navidad. Al confirmarle lo que ya le había dicho Jane, que no podía viajar hasta Austin porque no le habían dado ningún día libre, se ofreció a ir a su casa para pasar esa noche los dos juntos.

A Kane no le pareció raro que su hermano fuera a visitarlo porque sabía que Jane lo habría agobiado con su eterna hospitalidad y con tenerlo todo bajo control. Estaba seguro de que lo que necesitaba Nick era tranquilidad y calma; dos cosas que no iba a encontrar ni queriendo pasando la Navidad en casa de Jane.

Tras haber charlado durante un rato, Nick quedó en coger un vuelo dos días antes de Navidad y regresar antes de Fin de Año, no porque tuviera ningún plan, que no lo tenía, sino porque se había propuesto terminar el año dejando atrás esa pesadilla que estaba viviendo, y para eso quería estar en casa.

Era curioso todo lo que había cambiado su vida en esas últimas semanas. La casualidad había tomado protagonismo, casi más que él, y lo había llevado por unos senderos muy extraños hasta dar con Jamie. Cuando lo conoció pensó que todo eso que su cerebro había vivido sin su consentimiento había servido para abrirle la puerta a algo que estaba por llegar, pero de nuevo una vez más se había equivocado, salvo que esa vez el amor había llamado a la puerta que no era. Ni proponiéndoselo podía haber salido todo peor. Jamie estaba casado e iba a ser padre por segunda vez. ¿Qué pintaba él ahora en su vida? Nada. Nada de nada, por eso también necesitaba poner distancia entre ambos; porque no quería volver a encontrárselo y que le volviera a preguntar por su alucinación. Bastante tenía con haberlo imaginado y haberlo perdido luego, como para encima saber que sí que existía y jamás sería suyo.

Terminó de hacer la maleta sin prestar demasiada atención a lo que hacía y respondió a los mensajes que tenía pendiente en el teléfono. Uno era de Kate, que le preguntaba de broma si la estaba evitando, porque cuando ella llegaba, él

se iba a Ontario, y a la vuelta lo mismo. El mensaje de Jane era muy largo y extenso, donde le decía que iba a echarlo mucho de menos, que podía contar con ella y que iba a estar muy triste sin él en esas fiestas. Respondió a ambas y dejó el teléfono a un lado. Levantó la cabeza y miró alrededor. El piso seguía pareciéndole enorme sin él. Sin pararse a pensar, podía recordar cualquier cosa que fuera de Jay e ir al lugar correcto a donde lo guardaba. Seguía viendo sus cuadros en la pared y su ropa en el armario. Si quería, podía llegar a cerrar los ojos e imaginarlo cerca. Eso si quería... pero no; iba a mirar hacia delante, iba a dejar atrás un amor que no había sido real, e iba a luchar por sí mismo para salir de esa.

Decirlo era mucho más fácil que hacerlo.

Kane estaba esperando en el aeropuerto. Últimamente parecía que vivía allí; primero tuvo que recoger a su hermana, luego la llevó de nuevo para que pasara las vacaciones de Navidad en Austin, dos días más tarde tenía que recoger a su hermano, en varios días tendría que volver a llevarlo, y al siguiente recogería a Kate de vuelta. Podían al menos ponerle un asiento VIP en una de las terminales.

Cuando vio a su hermano avanzar tras varios pasajeros que venían del mismo vuelo, Kane caminó hacia él con una enorme sonrisa en los labios. Llegó a él tras varios segundos y lo estrechó en un fuerte abrazo.

—Sí que estás fuerte —bromeó Nick.

—Capullo. —Kane se defendió como solía hacer cuando eran pequeños y no quería mostrar sus verdaderos sentimientos: metiéndose con él—. Menudo susto nos has dado. Desmayarte de esa manera por un simple dolor de cabeza. Nenaza.

Nick se rio y dejó que su hermano cogiera su bolsa de viaje y caminaron hacia el coche. Lo conocía muy bien y sabía que esas puyas eran su mecanismo de defensa.

—No me hables de nenazas. ¿O tengo que recordarte a quién pillaron vestido de Marilyn Monroe con la ropa de mamá?

Kane se sonrojó.

—Era para una fiesta de disfraces. —Llevaba diciendo esa excusa toda la vida y ya se la había terminado de creer, aunque no fuera verdad.

—Ya —respondió. No necesitó decir nada más porque con el tono fue suficiente.

—Fue una fase, ¿vale? A los trece estaba algo confundido. Pero desde entonces

no he vuelto a ponerme ni faldas ni tacones.

—¿Te recuerdo lo de aquel fin de año en Las Vegas?

—¡Hey! —Dejó de caminar y se paró en seco para mirarlo fijamente—. Lo que sucede en Las Vegas, se queda en Las Vegas.

Nick levantó los brazos en señal de derrota. Luego palmeó el brazo de su hermano para que volvieran a emprender rumbo al coche.

—¿Cómo es que has podido venir a buscarme? ¿No tienes que trabajar hoy?

—Sí, pero me deben un montón de horas. Además, tenemos a un tío nuevo trabajando en el almacén, bastante competente, así que no tengo que estar allí pendiente de todo. —Kane guardó unos segundos de silencio antes de seguir hablando—. Juanjo, el pobre, ya está mayor y Tom está demasiado verde, no termina de espabilar. Logan es perfecto para este tipo de trabajo.

Nick frunció el ceño.

—¿Tenéis a Lobeznó trabajando en el almacén?

Kane puso los ojos en blanco antes de responder.

—Kate hizo la misma broma ridícula. Se llama así. ¡Yo qué sé! Aunque le pega porque es un tío enorme, con media melena y unos increíbles ojos grises.

A Nick le dio la risa.

—¿Increíbles ojos grises? Ni yo habría sido tan obvio. —Le guiñó un ojo para hacerlo cómplice de sus palabras. Su hermano había sacado el mando a distancia del coche del bolsillo y lo apretó antes de llegar para que entraran sin tener que esperar fuera ni un solo segundo más del necesario—. ¿Os habéis liado?

—¿Qué? —Kane llegó hasta el maletero, metió la mochila y caminó rápido hacia el asiento del conductor para sentarse tras del volante. Nick ya se había sentado junto a él y se había abrochado el cinturón de seguridad—. Somos colegas de trabajo.

—No te engañes, Kane. —El tono de Nick había cambiado de registro. Ahora era más serio y apagado—. Nadie que no te importe tiene unos ojos increíbles. Hazme caso.

Kane se lo quedó mirando unos segundos. Se moría de ganas por preguntarle qué era todo eso que le había ido contando Jane por teléfono, pero ese no era el lugar indicado, así que no le iba a quedar más remedio que esperar hasta encontrar un momento mejor. Arrancó el coche y puso rumbo a casa.

Fuera llevaba un rato lloviendo. No lo hacía con fuerza, pero sí con la suficiente

constancia para humedecer las calles y salpicar las ventanas.

Jamie se encontraba en una habitación del hospital donde trabajaba. Había asistido al parto a pesar de que Stephanie le había dicho que no tenía por qué, pero él quería estar allí. Después de un número indeterminado de horas, la pequeña Elizabeth vino al mundo llorando y gritando a pleno pulmón.

Todo el mundo lo felicitó por haber tenido otra niña y él solo pudo responder con una sonrisa algo tímida y la mirada enfocada en el suelo. Era muy consciente de que, para todos sus compañeros del hospital tenía la vida perfecta; llevaba casado con la mujer de su vida desde que se conocieron en la universidad, ambos tenían un buen trabajo, una casa preciosa, dos niñas sanas y maravillosas, y un buen futuro por delante. Eso era a ojos de todo el mundo. Todos menos él. Absolutamente nadie conocía la verdad de su gran mentira: que su mujer Stephanie llevaba años siéndole infiel, que ya no tenía esa maravillosa casa a las afueras, que apenas veía a su hija mayor y que esa niña que había tenido no era suya, sino del último amante de turno.

Entre ellos las cosas nunca habían ido ni bien ni mal. Se habían conocido, se habían casado muy jóvenes, tuvieron a su primera hija al poco tiempo de salir de la universidad y ambos se habían dedicado a trabajar para tener una vida mejor y poder ofrecerle algo más a Megan. En ese largo proceso que era la vida se olvidaron de soñar, de ser felices y de ilusionarse por las cosas, sin darse cuenta de que el amor entre ambos había ido muriendo hasta llegar a un punto en que eran más compañeros de casa que otra cosa.

Supo que Stephanie había comenzado a serle infiel varios años atrás, pero nunca le había dicho nada. No porque fuera a exigirle algo, sino porque al menos se esperaba que fuera ella la que diera el primer paso, pero no lo hizo jamás. Tras ese primer amante vino otro, luego otro y luego otro, hasta que llegó al último, Don, el padre de quien todo el mundo pensaba que era su hija. Llevaba ya un tiempo con él y parecía que les iba bien. Cuando Stephanie le anunció que estaba esperando un hijo de Don, supo que había llegado el momento de poner punto y final a toda esa farsa de matrimonio que llevaba a costas desde hacía ya demasiado tiempo. Stephanie se iría a vivir a casa de Don con Megan y venderían la casa que tenían a medias como matrimonio. Llegarían a un acuerdo para ver qué fines de semana le tocaba quedarse con Megan y nada más, hasta que la niña cumpliera la mayoría de edad y decidiera por sí misma.

Tanto la separación como todo lo demás lo habían llevado de manera calmada y amistosa. Lo cierto era que nunca le había echado en cara nada. ¿Por qué iba a

hacerlo si desde hacía mucho la unión que había entre ambos se había roto para siempre? Cuando Stephanie volviera a casa con Don y con las niñas, él se quedaría solo en una casa vacía, llena de recuerdos agridulces y con un futuro incierto por delante.

—Oh, al fin te encuentro. —Una de las enfermeras y amiga del hospital desde hacía años llegó hasta él con la pequeña Elizabeth en los brazos—. Se le han realizado todas las pruebas y está perfecta. Ahora a casa para disfrutar de la pequeña. —Le puso la niña entre los brazos y los miró encantada—. Se parece muchísimo a ti. Incluso más que Megan cuando nació.

Jamie tuvo que apretar los dientes para contenerse y no acabar contándole la verdad.

—¿Tú crees? —fue lo único que atinó a preguntar.

—Sí. —La mujer parecía muy segura de su respuesta—. Llevo muchísimos años rodeada de recién nacidos. Tengo olfato para esto.

Encantada con la vida, la enfermera se marchó de la habitación tarareando una cancioncilla y dejó allí a Jamie, que se quedó mirando la puerta, estupefacto.

—Pues ojalá Santa Lucía te conserve la vista, porque lo que es el olfato...

Jamie miró a la niña. Si era sincero consigo mismo, no le encontraba parecido con nadie, ni siquiera con Stephanie, lo cual lo desconcertaba porque era lo único que tenía claro: que ella era la madre. Pensar en que no la vería crecer provocó que le saltaran las lágrimas. Quizás esa niña no fuera suya, pero si su matrimonio hubiera sobrevivido, la habría acabado reconociendo como tal. Le gustaban los niños y era gracias a esa niña por lo que al fin había tenido valor para seguir con su vida antes de que todos se hicieran mucho más daño.

Don le había puesto mala cara cuando lo vio aparecer con su hija en brazos. El hombre, algo enfadado, se había hecho cargo de todo, por lo que él allí ya no pintaba nada. Megan se había quedado unos días en casa de una amiga, por lo que no tenía nada que hacer allí.

Condujo hacia su casa en silencio. Ni siquiera puso la radio para que lo acompañara durante el trayecto. Cuando abrió la puerta y prendió la luz, una casa desierta y con eco le dio la bienvenida.

No tenía que esforzarse mucho para imaginar cómo era todo antes. Sabía, sin necesidad de hacer memoria, dónde iba cada mueble, cada cuadro de la pared. Ahora no quedaban ni las cortinas. Un par de cajas en medio del salón y poco

más. Se había quedado solo en una casa llena de recuerdos de lo que en otros tiempos había sido su vida. Nada de eso era justo, pero supuso que era lo que se merecía por no haber querido afrontarlo.

Entró en la casa y suspiró. Soledad; eso era lo único que tenía ahora.

Kane llegó al trabajo la mañana del veinticuatro. En teoría no tenía que ir a trabajar, pero un desajuste en el cuadrante semanal había dado como resultado que no estuvieran cubiertas todas las horas. Iban a abrir solo media mañana, lo justo para que saliera un camión con mercancía urgente solicitada por un cliente que pagaba muy bien, cerrar y volver a casa, pero Juanjo no estaba disponible porque se había ido a pasar las fiestas con su familia y Tom seguía sin tener idea de nada. Logan iba a estar allí y sabía cargar un camión, pero no podía hacerse cargo de cosas que no le correspondían aún hacer por mucho que supiera hacerlas.

Si era sincero consigo mismo, no le había sentado mal tener que ir un par de horas porque, maldita fuera, echaba de menos a Logan. Lo que ya le chirriaba un poco era que su hermano se le había pegado como una lapa, porque sabía muy bien que Nick no sabía tener la boca cerrada. Aún no habían tenido la posibilidad de hablar porque ambos habían aprovechado el primer día de descanso para dormir y recuperar horas de sueño. Ese día fue como si no hubiera existido para ninguno de los dos.

Llegaron al almacén a la par que el camión. Kane se apresuró en aparcar para ponerse manos a la obra lo antes posible. Cuanto antes terminaran, antes volverían a casa.

Logan, que estaba de pie en el borde del muelle de carga del almacén mientras el camión maniobraba, lo miró extrañado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó levantando la voz para que lo escuchara bien—. Estás de descanso.

—Durante dos horas, no. —Se acercó al borde para subir por las escaleras que había en un lateral—. ¿Preparado?

Logan no respondió nada. No hacía falta que Kane estuviera allí y no quería que hubiera modificado sus planes por haber ido a ayudarlo cuando él solo podía bastarse.

—No hace falta, Kane. —Se giró para seguirlo con la mirada mientras caminaba hacia el fondo para ponerse el peto de seguridad.

—Hola. Tú debes de ser Logan.

Logan se giró para encontrarse con un hombre a pocos metros de él, muy parecido a Kane, pero con los rasgos más suaves.

—Soy Nick, el hermano de Kane.

—Oh, Nick. —Logan se apresuró a estrecharle la mano—. Kane me ha hablado de ti. Me alegra comprobar que ya estás mejor.

—Sí, gracias. —Se sonrojó un poco—. Él también me ha hablado de ti. —Concluyó la frase con una enorme y encantadora sonrisa.

Curioso, Logan no pudo evitar levantar una ceja y girar un poco la cabeza, esperando la continuación de esa frase que parecía no llegar nunca.

—¿Sí? —tuvo que preguntar él incitándolo a que siguiera.

—Sí. —La sonrisa de Nick era enorme y divertida. Sabía que lo había dejado a medias, pero aún no iba a decir nada más, no al menos hasta que supiera de qué pie cojeaba ese hombre.

—Nick. —La voz algo ruda de Kane provocó que ambos se volvieran y abandonaran por completo la conversación—. Tú te vas a sentar en esa silla de ahí y vas a ir punteando las cosas que yo te vaya diciendo.

Nick frunció el ceño.

—Quería ayudaros. Así terminaréis antes.

—No vas a cargar peso. —Kane no se anduvo por las ramas.

—No soy un lisiado y no hay ninguna contraindicación para que no pueda hacerlo —respondió furioso.

—Bien, pues cuando vuelvas a casa, llevas tú el avión en peso si quieres, pero en mi trabajo no vas a cargar con ninguna otra cosa que no sea este maravilloso bolígrafo de dos colores. —Le tendió un par de hojas grapadas y un bolígrafo que, efectivamente, era de dos colores.

Sabiendo que tenía las de perder, Nick agarró ambas cosas de mala manera y miró a Logan buscando algo de apoyo, pero el hombre no solo no lo apoyó, sino que se puso en el bando contrario.

—Has tenido suerte; a mí nunca me deja coger ese bolígrafo.

Era una broma, pero nadie quiso llevarle la contraria a Kane, así que Nick no tuvo más remedio que sentarse en esa silla de plástico sintiéndose como una vieja chocha mientras escuchaba las indicaciones de su hermano.

Estuvieron concentrados en el trabajo durante un buen rato. Tanto fue así que no



se dieron cuenta de que habían terminado antes de lo previsto. Despidieron al camionero que se iba con una mercancía urgente y comenzaron a cerrarlo todo para volver a casa.

—¿Y tú qué haces esta noche, Logan? ¿Tienes algún plan especial con tu pareja o con tu familia?

Logan, que estaba poniéndose el abrigo, sonrió ante la frase de Nick. Ese hombre le había caído muy bien. Se parecía en más de un aspecto a su hermano, aunque quizás era algo más enigmático.

—No tengo pareja. Mi madre, este año, va a pasar la Navidad en casa de una buena amiga suya que vive en Miami y que hace poco que se ha quedado viuda. Le dije que yo tenía que trabajar, así que se ha ido con ella.

—Pues ya tienes plan, entonces. —Nick miró a lo lejos, por encima del hombro de Logan, asegurándose de que su hermano estaba lejos para que no le escuchara—. Te esperamos esta noche para cenar en casa. Vente cuando quieras. Vamos a estar allí preparando un par de recetas que he hecho en años anteriores con mi familia. No te garantizo que salgan bien, pero voy a intentarlo.

Antes de responder, Logan se giró también para mirar a Kane, que estaba comprobando que todo estuviera bien cerrado y dejaba la alarma bien conectada.

—No sé si a él va a parecerle una buena idea.

—¿Por qué no?

Logan comprobó una vez más que Kane seguía lejos y no podía oírlo.

—Él y yo nos hemos dado un par de... besos. Y la segunda vez ya me dejó claro que no hay nada entre nosotros, que no quiere nada, y que no parece estar muy por la labor, así que supongo que será mejor que decline tu invitación, aunque te lo agradezco.

Nick chasqueó la lengua antes de responder.

—Es lógico que pienses así porque Kane no suele ponerle las cosas fáciles a nadie. Siempre ha sido así.

—Ya veo. El caso es que no voy a insistir si él no está interesado por mucho que yo sí lo esté. No soy ningún acosador.

—Lo entiendo. —Nick aceleró lo que quería decirle al ver que su hermano caminaba hacia ellos—. Aunque también te digo una cosa: que te describa como un tío enorme con unos increíbles ojos grises no es algo que haga muy a menudo. Pero oye, tú sabrás. —Se calló la boca cuando Kane llegó a su lado.

—Venga, vamos. Logan. Feliz Navidad, tío. —Le dio una palmada en la espalda y siguió su camino hacia el coche.

Logan y Nick se miraron unos segundos más a los ojos, hasta que Nick sonrió sabiendo que lo había convencido.

—Vente sobre las cuatro. Y trae vino blanco. Haré pescado.

—Vas a hacerle un boquete al fondo de la sartén. Deja de darle vueltas. —Nick estaba al lado de su hermano frente al horno, comprobando la temperatura para que no se le secase el pescado. Kane estaba a su lado, dándole vueltas a la guarnición de patatas y verduras que habían preparado—. No te enfades —lo intentó tranquilizar—. Es Navidad.

—Lo has invitado a cenar sin mi consentimiento, Nick, y me lo dices ahora que está de camino. Creo que tengo derecho a estar cabreado.

—Mientras cerrabas estuvimos hablando y comentó que se quedaba solo esta noche. Tú habrías hecho lo mismo por mucho que lo niegues.

Kane no quiso responder a eso porque su hermano tenía razón, pero no quería admitirlo.

—Está bien. —Apartó la sartén del calor y la reservó para luego—. Pero solo te voy a decir una cosa, como empieces a hacer de celestina, vas a dormir en el coche el resto de tu estancia aquí.

Nick bajó la temperatura del horno, cogió la copa que tenía sobre la encimera y caminó hacia el sofá para sentarse y seguir con la conversación, pero antes disfrutó del vino que habían abierto, aunque no fuera muy bueno.

—Vale, pero aclárame algo. Ese tío te parece atractivo, sabemos que es majó, y no parece un criminal en serie, aunque quizás sea pronto para averiguar eso. Quitando este pequeño detalle, yo no le veo nada malo para que emprendas algo con él.

Kane, que había preferido una cerveza, le dio un sorbo largo antes de responder.

—Es mi compañero de trabajo y paso de que nos enrollemos, luego nos vaya mal y sea una tortura estar en el trabajo.

—¿Por qué va a acabar mal?

—Porque suele ser así.

Nick puso los ojos en blanco.

—Si no lo intentas, desde luego que no lo vas a saber nunca.

Kane apuró su bebida antes de zanjar la conversación.

—No estoy preparado para ningún tipo de relación.

Sus palabras quedaron sobre ellos, volando por el salón y espesando el ambiente. Nick había conseguido olvidar todo lo que le había pasado en esas últimas semanas desde que estaba ahí con su hermano. Kane tenía ese poder sobre él. Sin querer, le había venido a la mente que él daría lo que fuera por iniciar una relación con una persona que jamás le correspondería y que solo existía en su cerebro.

—¿Tú no tenías un gato? —Cambió de manera radical de conversación, intentando animar de nuevo el ambiente.

—Sí, pero es bastante independiente. Por las noches viene y duerme conmigo, pero durante el día suele estar por ahí. No usa el arenero y apenas come el pienso que le pongo. Lo cierto es que me lo pone muy fácil.

—¿No te da miedo de que no vuelva?

—Esta zona es tranquila y hay que adentrarse mucho para ver algún animal salvaje que pueda hacerle daño. Thor es un gato muy inteligente. Siempre vuelve.

En ese momento llamaron a la puerta y Nick se apresuró a abrir. Logan había llegado con dos botellas de vino bajo el brazo y una tarta de queso en la palma de la mano.

—Receta de mi madre. —Le tendió el postre a Nick en cuanto le abrió la puerta—. Necesita estar en el frigo.

Kane se acercó, no porque quisiera hacerlo, sino porque no quería que Logan tuviera la impresión de que no estaba de acuerdo con que estuviera allí.

—Tu abrigo —dijo en un tono algo tosco.

Logan disimuló una sonrisilla. Le tendió las dos botellas de vino a Nick, que regresaba de haber dejado la tarta en la nevera, y comenzó a quitarse la ropa. Se había vestido de una manera algo más formal, con pantalones chinos oscuros, una camisa blanca y un jersey gris con cuello de pico que le marcaba a la perfección esa amplia espalda que tenía.

—Oh, ¡menos mal! —Nick se había parado a ver las etiquetas de las botellas—. Alguien que entiende de vinos. ¡Aleluya! —Y caminó hacia la cocina para abrirlo y servirse una copa.

—Gracias. —Logan agradeció que Kane hubiera cogido su abrigo y lo hubiera colgado en el perchero al lado de la entrada. Podía haberlo hecho él, pero ese gesto fue muy cortés por su parte.

Kane respondió con una mueca. Regresó a la cocina para servirse otra cerveza. Nick llegó en ese momento con dos copas y le tendió una a Logan.

—Brindemos. —Nick esperó que su hermano abriera su cerveza para que se uniera a ellos. Cuando los tres estuvieron con sus bebidas en alto, Nick siguió con el brindis—. Por la familia, por los amigos y por los sueños, para que nunca renunciemos a ellos.

A Jamie se le había hecho tarde en el hospital. Tampoco era que tuviera planes para esa noche, pero le apetecía llegar a su vacía casa, tirarse en el suelo y emborracharse hasta perder el conocimiento. En lugar de eso se había quedado varias horas más para terminar un par de informes y dejarlos listos cuanto antes porque, con un poco de suerte, esos pacientes que estaban esperando a que les dieran el alta quizás pudieran pasar la Navidad con sus familias. Al menos que alguien fuera feliz esa noche.

Dejó la última valoración que tenía que entregar en el despacho de uno de los médicos de Urgencias del turno de tarde y comenzó a desabrocharse la bata mientras iba por el pasillo. Tenía prisa por salir de allí antes de que comenzara la fiesta que todos los años organizaba el hospital para todos aquellos que tenían que quedarse a trabajar.

—Jamie. —Una voz femenina sonó tras él.

El hombre se dio la vuelta y sonrió al encontrarse con Maggie.

—Hola. Feliz Navidad —la felicitó.

—Gracias, igualmente —respondió ella—. Aunque me toca estar de guardia aquí. Hay un paciente complicado que estamos valorando si ingresarlo en un centro especializado o seguir haciéndole más pruebas. Va a ser una noche interesante —resumió—. Iba a invitarte para que te quedaras a la fiesta, pero imagino que estarás deseando llegar a casa y pasar la Navidad con tu pequeña. Es preciosa, Jamie. Felicidades.

—Gracias. —No pudo evitar que le chirriaran los dientes, pero logró salvar la situación con una de sus encantadoras sonrisas—. Sí, me están esperando ya en casa.

—Es comprensible. Bueno, me voy. —A la mujer no le dio tiempo de dar un paso para seguir su camino cuando Jamie la detuvo.

—¿Qué tal Nick? ¿Ha seguido con las sesiones?

Ella asintió.

—Sí. Tuvimos una justo antes de irse de viaje. Poco a poco. Ya sabes cómo es esto.

—Ya. —Su cabeza iba a toda velocidad—. ¿Dónde ha ido?

—A Ontario, a pasar la Navidad con su hermano.

—¿Crees que es bueno estar sin sesiones tan pronto?

—Solo van a ser unos días, no le va a pasar nada. De hecho, ver a su hermano le va a venir muy bien. Por lo poco que me ha contado de él, tienen una gran relación y lo ayudará a desconectar de todo lo que ha pasado.

Jamie asintió. No sabía por qué, pero había mantenido la estúpida ilusión de encontrarlo esos días por el hospital.

—No te entretengo más. —Ella le sonrió y siguió su camino, sin percatarse de que lo había dejado en medio del pasillo sin moverse—. Gracias por preocuparte tanto por él.

Jamie le devolvió la sonrisa, aunque con menos fuerza. Se quedó allí pensando en la poca información que le había dado y en cómo lo había afectado. Saber que Nick parecía estar mejor y que se había ido con su hermano para pasar la Navidad lo llenó de un sentimiento entrañable que no se esperaba. Había comenzado a pensar en ambos con demasiada curiosidad porque ¿cómo era posible que supiera tantas cosas de él? Cualquiera otro gilipollas homofóbico que no fuera gay se habría sentido ofendido o molesto al saber que un homosexual había pensado en él de una manera demasiado personal. Conocía a compañeros de trabajo de su antiguo hospital que habrían puesto el grito en el cielo, pero él, no. De hecho, se sentía halagado porque Nick, de una manera inconsciente, lo hubiera recordado y lo hubiera añadido a esa alucinación tan maravillosa que había tenido.

Tenía que admitir que había comenzado a pensar en él de otra manera. Su mente lo había llevado a imaginar situaciones que nunca antes se había planteado. Cuando tomaron café, Nick le había respondido con timidez que no iba a contárselo todo porque había situaciones muy íntimas, y él lo había entendido, pareciéndole normal. De hecho, se lo agradecía porque no estaba preparado para saber esa clase de cosas, pero en este momento deseaba saberlas. ¿Qué había imaginado? ¿Cómo había sido? Sabía que esas preguntas morbosas no eran propias de él, pero no podía evitarlo.

La cena transcurrió con normalidad. Kane estaba inusualmente callado, atento a la conversación que mantenían Logan y su hermano. Habían hablado de todo en general, sin profundizar demasiado en cosas personales.

Hasta que llegaron al postre.

Logan se sintió algo turbado tras recibir elogios por parte de los hermanos y dar buena cuenta de más de la mitad de la tarta. Los tres se sentaron en el sofá, cada uno con una copa en la mano. El ambiente era relajado y ameno. Kane había puesto una música tranquila de fondo, aunque ninguno estaba atento en realidad. Luego volvió para sentarse de nuevo en su sitio en una esquina del sofá. Logan estaba sentado en la otra esquina y su hermano en el sofá orejero de enfrente. O el sofá había encogido, o él se había agrandado de un día para otro, pero con ese hombre a poca distancia de él, todo le parecía pequeño. Logan era bastante alto, y tenía las piernas estiradas hacia un lado para no chocar las rodillas con el borde de la mesita de café que había enfrente. Esto provocaba que invadiera en parte el espacio de Kane, rozando con disimulo sus rodillas con las suyas.

—Tengo que admitir que te veo bastante bien, Nick. —Logan había dejado su copa sobre la mesa y se había acomodado de nuevo en el sofá. En algún punto de la noche se había quitado el jersey para quedarse solo con la camisa—. Y me alegro de que sea así.

Nick le sonrió tras su copa. Se había quedado unos segundos perdido en sus pensamientos, dudando si confesar lo último que había vivido o no. Ni su hermano ni Logan sabían de donde había salido la visión de Jay. Quizás ya fuera hora de contarle todo.

—Jay existe de verdad.

Kane levantó una ceja, temiendo que a su hermano se le estuviera yendo la cabeza.

—¿Existe? —Logan estaba más perdido que Kane—. Pensé que todo había sido una alucinación.

—Y lo fue. —Apuró lo que quedaba en su copa antes de responder—. Por lo que se ve, mi alucinación duró una hora y media; el tiempo en el que casi me dieron por muerto porque no respondía mientras me estaban operando. En ese intervalo de tiempo debí de abrir los ojos en algún momento, o escuchaba sin darme cuenta, no sé, pero memorice la cara y la voz de una de las personas que había allí.

—¿De quién? —lo cortó Kane.

—Del anestesista. En realidad se llama Jamie, pero algunos compañeros lo llaman Jay. —Antes de seguir contando las últimas noticias, se levantó para llenar la copa de nuevo—. Al principio no lo sabía, pero un día apareció en la consulta de la psiquiatra que lleva mi caso y, bueno, atamos cabos. Una mañana quedé con él a tomar un café.

—¿Y? —Kane estaba algo parco en palabras esa noche. Por suerte, Logan no.

—¿Tienes posibilidades con él?

—No —respondió tajante—. Es hetero, está casado y acaba de tener a su segunda hija. Lo peor de todo es que el poco tiempo que estuve allí con él no sentí que estuviera con un extraño. Incluso le pedí su café favorito sin yo saberlo. Conocía los gustos de Jay en mi alucinación, pero ¿cómo es posible que siga teniendo esa sensación en el pecho como si fuera él cuando no lo es? Jamie ha sido muy amable quedando conmigo y yo... yo soy un gilipollas por seguir enamorado de alguien que sé que jamás llegará a sentir lo mismo por mí, por seguir enganchado a un sueño que nunca ha sido verdad —gruñó antes de beberse de un trago el contenido de su copa—. No quiero aceptar que lo mejor que me ha pasado en la vida haya durado una hora y media, y que encima no haya sido verdad en ningún momento —se lamentó. Se le notaba la voz cargada de sentimiento. No lo había superado y no sabía si lo lograría algún día.

Ni Logan ni Kane dijeron nada. Ambos se quedaron en silencio tras la extraña afirmación de Nick. Era muy triste todo ese asunto y consolarlo era complicado porque ¿cómo se lucha contra un sentimiento que no ha sido real, pero cuyos efectos siguen estando por todo el cuerpo?

—Si me permites mi opinión —dijo Logan hablando despacio, como pidiendo permiso—, creo que es mejor haber amado y haber perdido que no haber amado nunca.

Kane lo miró porque ya habían hablado de esa frase antes. Con un par de copas

en el cuerpo, su cerebro quiso rebatirle esa afirmación.

—¿Por qué? —Su tono fue algo brusco y amenazador—. ¿Qué tiene eso de bueno? Amar para luego perderlo me parece una de las cosas más crueles que puedan existir.

Nick, que había mantenido los ojos en su copa vacía, levantó la cabeza para mirarlo.

Logan hizo lo mismo. No era la primera vez que se chocaba de lleno contra ese muro que Kane había levantado a su alrededor. Aunque pareciera dolido y enfadado, no iba a darle el gusto de callarse la boca para no llevarle la contraria porque no tenía razón.

—Porque nada dura para siempre. ¿Vas a dejar entonces de vivir las cosas porque tengan un final? ¿Vas a dejar de comer cosas que te gustan si solo van a durar cinco segundos en tu paladar? No es como acaba lo que cuenta, sino todo lo que hay en medio. A veces dura mucho tiempo, años, otras solo pocos segundos, pero sea mucho o poco, lo que ha durado, lo que hemos disfrutado, eso es lo que cuenta.

Kane se negó a responder porque no quería enzarzarse en una discusión el día de Navidad. No estaba para nada de acuerdo con esa afirmación, porque el final, ese último recuerdo, agriaba todo lo demás.

—Tu razonamiento es muy acertado —respondió Nick asintiendo con la cabeza—. A ese punto necesito llegar yo, pero no lo he conseguido. No puedo desenamorarme tan rápido, no cuando en esa alucinación mi vida cambió mil veces para mejor, no cuando mi cerebro aún sigue pensando que fue verdad. —Guardó unos segundos de silencio, consciente de lo que iba a decir—. No cuando los mejores momentos de mi vida no han sido reales y han durado solo noventa minutos.

—Quizás no debas verlo más. —El estado de Kane era algo lúgubre y se le notaba—. Ya sabes que jamás podrás tener algo con él. Creo que cuanto antes pases página, mejor.

—Eres como el Grinch que robó la Navidad. —Logan lo miró a los ojos con un gesto divertido en la cara.

Nick comenzó a reírse sin poderlo evitar, tanto que los ojos se le llenaron de lágrimas por la risa. No quiso admitirlo, pero tuvo que darle la razón a Logan. Sin querer, Kane lanzó una carcajada, hasta que los tres estuvieron un buen rato riéndose de ese comentario absurdo, pero tan, tan acertado.

A partir de ahí la conversación entre los tres fue mucho más amena y amable.



Esa sensación de relajación que dejaba el alcohol en las venas había llegado ya a un punto en que el sopor lo invadía todo. Nick había bostezado un par de veces, y Logan debía de admitir que se moría por irse a la cama.

—Si me disculpáis, me voy a la cama. —Nick agarró su copa vacía y la dejó sobre la encimera—. Como venga Santa Claus y nos vea despiertos, no nos va a dejar ningún regalo. —Les guiñó el ojo a ambos. Luego caminó hacia Logan—. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo. —Se incorporó del sofá y le dio un abrazo fraternal a Nick que se había acercado hacia él. Luego caminó hacia la entrada para ponerse su abrigo—. Creo que ha llegado la hora de volver a casa.

Kane se levantó con pereza. Cada vez se había ido hundiendo más en el sofá y ahora no tenía ninguna gana de levantarse para despedir a Logan. Tras meditar consigo mismo durante unos segundos, se puso en pie y caminó hacia la entrada para despedirlo. Nick, que se encaminaba hacia su habitación, le sonrió y siguió recto, sintiendo que se dormía a cada paso que daba.

—Gracias por todo. —Logan se había abrochado el abrigo y se había levantado las solapas del cuello para protegerse del frío que hacía fuera.

Kane irguió la cabeza hacia él, atraído por su voz.

—Dáselas a Nick. Ha sido él el que te ha invitado.

Logan no iba a dejarse engañar.

—Es posible, pero si no hubieras querido, te habrías inventado cualquier excusa para que no viniera.

Kane no respondió, admitiendo para sí que tenía razón. No pudo reprimir un bostezo sintiendo que el sueño tomaba posesión de él por momentos.

—Perdona. Me he levantado muy temprano y no he parado en todo el día —se disculpó—. Ahora lo único que me apetece es meterme en la cama, abrazarme a mi gato, si es que aparece, y dormir veinte horas seguidas.

Logan sonrió.

—¿Eso es lo que quieres hacer mañana en un día tan especial? ¿Abrazar a tu gato?

Kane asintió sin avergonzarse ni un ápice por esa declaración.

—¿Vienes mañana a comer? Ha sobrado mucha comida.

—No. Tengo un compromiso con una persona muy especial.

Durante una milésima de segundo, Kane sintió celos sin poderlo evitar. ¿Quién era esa persona especial? Quiso preguntarle, tener algún dato más, pero se acordó de que había sido él el que había puesto distancia entre ambos.

—Feliz Navidad, entonces.

—Feliz Navidad. —Abrió la puerta, se arrebujó en el abrigo, y salió a la oscuridad de la noche. Hacía mucho frío y la luna parecía haber faltado también a su cita. Se sentó en el coche y miró hacia la cabaña de Kane. Un minuto más tarde las luces del salón se apagaron, y lo dejó todo a oscuras. Arrancó el motor y se alejó. No estacionó el coche demasiado lejos. Lo ocultó entre un par de árboles y salió al frío de la noche. Respiró hondo varias veces y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, ya se había convertido en gato.

Con paso ágil y rápido trotó hacia la cabaña. No tardó ni un minuto en llegar. Se puso debajo de la ventana que sabía que Kane le dejaba abierta y saltó con una precisión medida hasta colarse dentro. Una vez allí se sacudió el pelaje y avanzó lento, observándolo todo con sus sentidos felinos. Ahora podía apreciar cosas que siendo humano no podía, como nuevos olores, la atmósfera del salón, y el calor residual que había quedado en el sofá tras haberse levantado de él.

La puerta de Kane estaba entornada. La luz de la mesita de noche aún estaba encendida y él se estaba metiendo en la cama tras haberse puesto un pantalón de chándal y una sudadera vieja. Cuando llegó al borde del colchón, maulló, se subió y caminó hacia él con determinación

—Hey, colega. —Kane alargó el brazo para acariciarle la cabeza—. ¿Dónde te habías metido?

Logan cabeceó, frotando su cabeza con la barbilla de él. Dio un par de vueltas sobre sí mismo, se enroscó y se echó junto a su cuerpo.

Kane cambió de postura en la cama para abrazar al gato, pero antes apagó la luz de la mesita. Se puso de lado mirando hacia Thor y le pasó un brazo por encima.

—Feliz Navidad, compañero —murmuró más dormido que despierto. Un segundo más tarde había caído en los brazos de Morfeo.

Logan ronroneó feliz, sintiéndose abrazado y necesitado de esa manera. No tenía planes para el día siguiente, de hecho, había esperado poder pasarse de nuevo por la cabaña y comer con los dos hermanos, pero tras saber que Kane deseaba quedarse todo el día en la cama abrazado a su gato, no pudo hacer otra cosa que complacerlo porque haría cualquier cosa por él. Cerró los ojos y él también se durmió.

Dos días más tarde Kane acompañó a su hermano al aeropuerto. Habían sido

unos días muy agradables con él, donde había disfrutado de su presencia. Siempre habían sido muy buenos amigos y echaba de menos no tenerlo cerca para poder charlar con él como solían hacer cuando eran jóvenes. Si era sincero consigo mismo, no le había contado todo lo que le hubiera gustado, pero Nick acababa de vivir un acontecimiento muy delicado y extraño en su vida. No quería agobiarlo con sus problemas. Ya tendría tiempo en sus próximas vacaciones de poder contarle todo lo que se había callado.

La vuelta al trabajo después de haberse tomado un par de días de descanso se le hizo muy cuesta arriba, primero porque tenían mucho ajeteo de camiones entrando y saliendo con mercancía, y porque Logan no estaba esos días. Se había enterado por su jefe que habían tenido una baja inesperada en otra nave y no le había quedado más remedio que mandarlo a él. Kane había asentido, admitiendo que era un gran trabajador que se había adaptado con rapidez a todo aquello y que sabía desempeñar sus funciones sin apenas necesitar ayuda. Al principio pensó que lo echaba de menos precisamente por eso mismo; porque con él en el almacén todo era más ameno. Sabía de todo, podía con todo y parecía no cansarse nunca, pero conforme fueron pasando los días, descubrió que lo echaba de menos porque le caía bien y porque disfrutaba de su presencia. ¿Tenía algo que ver que lo encontrara bastante atractivo? Tenía que estar volviéndose loco. No quería nada serio con nadie, mucho menos con alguien del trabajo. Tampoco buscaba un rollo de una noche. Si comenzaba a preguntarse a sí mismo, no sabía qué era lo que estaba buscando en realidad. Tras quebrarse la cabeza durante un buen rato, lo único a lo que llegó en claro fue que iba a seguir trabajando y a mantener la mente ocupada para no pensar en nada que no debiera pensar.

Nick respiró hondo ante la puerta del hospital. Se había detenido unos segundos para contemplar ese enorme edificio frente a sus ojos. El frío había provocado que le saliera un ligero vaho entre los labios, aunque nada comparado con el frío de Canadá, del que aún no se había recuperado. El lugar donde vivía Kane era precioso, pero estar a tan bajas temperaturas una buena parte del año no era para él. Quizás porque se había acostumbrado al clima cálido y algo salvaje de Texas.

Siempre había odiado el olor de los hospitales. Era algo que jamás superaría, aunque no le había preocupado porque era un mal bastante común. Desde que había estado ingresado lo veía todo de otra manera. No había superado su aprensión ni mucho menos, pero al menos podía entrar en el hospital sin que le entraran los siete males.

La doctora Pellek se levantó de su asiento detrás de la mesa y la rodeó para ir hacia la entrada del despacho a saludar a Nick, que había abierto tras llamar un par de veces.

—Te veo muy bien. —La sonrisa de la mujer era franca y amena—. Por favor, pasa y toma asiento.

Nick asintió y pasó frente a ella para ocupar la primera silla que había a un lado de la mesa.

—¿Qué tal con tu hermano? —Maggie volvió a su asiento aún con la sonrisa en su boca—. Te veo fenomenal.

—Gracias. —Nick no pudo evitar sentirse algo avergonzado—. Muy bien, la verdad. He podido descansar varios días, dormir mucho y charlar con mi hermano, que hacía un tiempo que no nos veíamos.

—Eso es fabuloso. —Maggie rebuscó en el primer cajón de su mesa hasta encontrar un archivador marrón. Lo abrió y comenzó a apuntar cosas en él—. ¿Cómo vas con la medicación? ¿Te la has seguido tomando?

—Sí. Admito que no me gusta, pero he sido bueno. Aunque no voy a mentirte y la noche de Navidad no me tomé la pastilla que me tocaba porque me apetecía tomarme una copa de vino con mi hermano.

Ella esbozó una sonrisa. La medicación que estaba tomando Nick no era para ir saltándose así porque sí, pero por una noche no iba a pasar nada, sobre todo cuando veía tanta mejoría en él.

—Veo un gran avance en ti, Nick. Si sigues así, pronto dejarás de tomarla.

Nick asintió. Ojalá, porque no le gustaba nada.

—¿Cómo vas con el tema que peor llevamos?

Nick se la quedó mirando unos segundos porque no supo de qué hablaba, hasta que se acordó de lo último que le había contado a Maggie.

—Bien. Parece que poco a poco voy aceptando que todo fue una alucinación, que nada fue real y que la vida sigue. Incluso hablé con Jamie. Es un hombre muy amable y simpático. Escuchó todo lo que tenía que decirle sin juzgarme,

porque cualquier otro se habría sentido incómodo con una historia así. —Como excusa estaba genial. Ahora lo único que necesitaba era creerse de verdad que lo había superado—. Pronto volveré a ser el que era.

—Me alegro. —Maggie levantó un segundo la vista hacia él mientras su mano seguía escribiendo a toda velocidad sobre el papel—. Vi a Jamie el otro día. Está de baja por paternidad porque su mujer ha tenido ya a la niña. ¡Es tan bonita!

Nick no pudo evitar que los dientes le chirriaran mientras sonreía. Por supuesto que se alegraba por él, de eso no cabía duda, pero no podía evitar sentirse como si le hubieran robado una parte de la felicidad que le correspondía.

—Me alegro mucho. —Logró salvar la situación con una sonrisa algo falsa—. Se lo merece.

—Sí. —Cuando terminó de escribir, Maggie soltó el bolígrafo y se recostó en su asiento mientras levantaba la cabeza—. ¿Te apetece venir a la fiesta de Fin de Año que se celebra en el hospital? No es nada del otro mundo, no te esperes nada glamuroso ni mucho menos. Estaremos los que nos ha tocado hacer guardia este año y pocos más.

Nick iba a declinar la oferta, pero recordó que no tenía planes para esa noche. Su hermana iba a pasar el fin de año en casa de su familia política. Sabía que Jane había protestado mucho, pero una tía abuela de su marido había insistido y no habían podido negarse. Eso lo hacía estar libre esa noche, y siempre era mejor tomarse una copa con algunos conocidos, que pasarlo solo en casa llorando por las esquinas.

—Gracias. Acepto la invitación.

El día no había amanecido muy mal. Una nube pasajera había dejado una ligera llovizna a primera hora de la mañana, pero conforme fue avanzando la mañana, un tímido sol dio la bienvenida al último día del año.

Kane no tenía que trabajar ese día, pero seguían cortos de personal, así que por mucho que se quejara, no iba a poder hacer nada para remediarlo. Sabía que esa noche iba a haber una pequeña celebración en el almacén. Ellos y varios trabajadores de algunos almacenes cercanos de la misma compañía. Se les unirían también los camioneros que tenían que hacer la ruta y que no iban a estar en sus casas esa noche porque los pillaba demasiado lejos.

Aún no había decidido si iba a quedarse o no. Terminaba el turno bastante tarde y no iba a darle tiempo de salir, ir a casa, darse una ducha y volver. Si lo

hubiera planeado, se habría llevado ropa limpia de casa y se habría duchado allí, pero tenía ya medio claro que no iba a quedarse. No estaba de humor para ello y la única persona que a él le interesaba y por la que, quizás, hubiera decidido quedarse, llevaba días sin aparecer por allí y sin dar señales de vida.

Hasta esa tarde.

Quedaba poco más de una hora para marcharse cuando Logan llegó al almacén. Traía bajo el brazo un par de botellas de champán y una bolsa de tela con recipientes de plástico y comida dentro.

—¡Bendito seas, chaval! —Juanjo caminó hacia él, y fue directo a por las botellas.

—Yo también me alegro de verte —bromeó Logan haciéndose el ofendido—. ¿Qué tal el turno?

—Largo. Estoy deseando que termine.

—¿Te quedas a tomar algo? —Logan miró alrededor para darse cuenta de que no había nadie, ni siquiera había camiones fuera—. ¿Soy el primero en llegar?

—Llegas muy temprano porque aún queda una hora para terminar, pero vendrán, no te preocupes. Yo me tomaré algo también con vosotros y luego me iré. Tengo familiares en casa.

Logan abrió una botella y llenó dos copas de plástico.

—Por la familia. —Le tendió una de ellas para brindar.

—Por la familia. —Juanjo alzo su copa y brindó con él.

—¿Bebiendo en horas de trabajo? —Kane había estado en la oficina archivando algunas hojas de pedidos y organizando un fichero para el año nuevo. Al salir de allí y comenzar a bajar la escalera de metal, vio que Logan había llegado. No se lo esperaba, la verdad, y le gustó. Iba igual de atractivo que la última vez que lo vio en su casa, aunque aún no se había desprendido del abrigo.

Logan levantó la cabeza para verlo llegar. No lograba entender esa atracción tan fuerte que sentía por él, porque lo veía y sentía que se le hinchaba el pecho con una sensación mezcla del orgullo y la admiración. Lo veía a diario y dormía con él, aunque no como a él le gustaría, pero no iba a quejarse. Deseaba a Kane, sentía cosas muy fuertes por él, y no podía evitar pensar de esa manera, como tampoco pudo evitar mirarlo con descaro mientras el hombre bajaba las escaleras y se unía a ellos.

—Emborrachando a mis trabajadores —bromeó—. ¿Te parece bonito?

Lo único que Logan le respondió fue una enorme sonrisa mientras llenaba otra copa de plástico.

—Hemos brindado por la familia. —Se la tendió para que la cogiera—. Estoy seguro de que brindarás por eso con nosotros.

Por supuesto que iba a brindar por eso porque para Kane la familia era fundamental en su vida. Agarró la copa de plástico y la levantó junto con sus compañeros para proceder al brindis. No le dio tiempo de decir nada cuando muchas voces llegaron desde la entrada del almacén.

—¡Que empiece la fiesta!

Los tres se volvieron para ver a varios de los transportistas llegar con más botellas debajo del brazo. Uno de ellos traía a Tom cargado sobre el hombro como si fuera un fardo.

—Esa chica... —Logan se arrimó con disimulo sobre el hombro de Kane para hablar de la muchacha que tenía un atuendo un tanto provocativo y venía enganchada al brazo de uno de los camioneros.

—Sí —Kane dio un trago antes de seguir hablando—. Hace la calle. No es la primera vez que los veo juntos. Y las otras chicas también lo son —añadió con disimulo tras la copa al ver que el grupo se acercaba hacia ellos—. Pagaría por ver la cara de Keith en este momento.

Logan sonrió imaginando también la cara del gran jefe ante semejante estampa.

Nick entró con reparos en el hospital. Se sentía raro por celebrar el fin de año allí metido cuando el resto de los pacientes que estaban ingresados, ya fuera en ese hospital o en otro, rezaban por salir de allí en una noche como esa. Su caso no era como el de ellos, no sabía si para bien o para mal. Había tenido suerte porque su historia bien podía haber acabado muchísimo peor. A los trabajadores, por otro lado, no les quedaba otra que estar allí dentro si les había cuadrado así el turno. El único que parecía estar allí por voluntad propia era él.

Durante el trayecto desde el *parking* hasta donde Maggie le había dicho que sería la fiesta, se había inventado un millón de excusas para soltar una vez llegara para marcharse al poco rato y así no quedar tan mal, aunque era ridículo porque si no quería ir..., ¿para qué diablos seguía andando? Con dar media vuelta y volver al coche era más que suficiente.

No supo responder a esa pregunta. Sus pies siguieron caminando hacia delante hasta llegar al puesto de enfermeras donde había quedado con Maggie. La mujer ya estaba allí y, en cuanto lo vio llegar, se acercó a él con una enorme sonrisa en

el rostro.

—Nick. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo. —Levantó la bolsa que traía en la mano—. Me daba reparo traer alcohol a un hospital, así que he traído cosas para picar.

—Oh, genial. —La mujer cogió la bolsa y se la dio a una de las enfermeras que estaba preparando las cosas dentro de la habitación de descanso del personal—. Vamos a entrar. No podemos celebrar nada por los pasillos.

—Es comprensible. —La siguió. En la habitación de descanso de la sala de enfermeras había ya mucho ambiente. Habían colocado una mesa grande al fondo, donde estaban dejando todo lo que había ido aportando la gente que llegaba.

El ambiente era ameno y no demasiado ruidoso debido al lugar donde estaban. No obstante se podía charlar con tranquilidad. Nick estuvo un rato conversando con varias de las enfermeras que lo habían atendido cuando estuvo ingresado. Se alegraron mucho de verlo recuperado y luego cambiaron de tema, charlando de otros pacientes que habían tenido esa semana. A Nick eso no le interesaba demasiado. No le gustaba escuchar historias de gente que no conocía, mucho menos si tenían un final triste. Intentando huir de la conversación, se excusó alegando que tenía que hacer una llamada antes de que terminara el año. Sacó el teléfono del bolsillo para dar credibilidad a su historia y caminó hacia la puerta para escapar de allí al menos durante unos minutos. Aunque el ambiente estaba calmado, el aire de la habitación estaba algo viciado y había comenzado a sentirse algo mareado allí dentro, lo que unido a la incesante charla de personas que no conocía lo hizo sentirse un poco fuera de lugar.

Caminó rápido hacia la puerta y salió hacia el pasillo con prisa, chocando de frente con una persona que iba a entrar. Iba a disculparse, a levantar la cabeza y pedir perdón por haber salido de la habitación sin mirar. Iba a hacerlo, pero entonces vio esos ojos y no pudo decir nada.

A Jamie le pasó algo parecido cuando sintió que chocaba con una persona justo cuando iba a unirse a la fiesta. Lo habían llamado esa misma mañana para una urgencia y llevaba todo el día allí metido. No tenía pensado unirse a la fiesta, pero necesitaba desconectar durante un rato, al menos para tomar fuerzas para enfrentar el nuevo turno.

—Nick. No te esperaba por aquí. —Su tono de voz era de auténtica sorpresa.

—Yo tampoco. —Logró sonreír tras echarse a un lado cuando varios trabajadores llegaron para unirse a la celebración—. Pensé que estarías en casa



disfrutando de tu nueva hija. Felicidades, por cierto.

—Gracias. Lo estaba, pero una baja de última hora ha cambiado todos mis planes. Nick... —Jamie meditó sus palabras antes de seguir hablando—. Me gustaría hablar contigo, por favor. En privado.

El corazón de Nick se paró durante unos segundos. Estar a su lado le costaba demasiado porque miles de recuerdos y de sensaciones acudían a él como luciérnagas a la luz de una vela.

Acabó asintiendo casi por inercia.

—Vamos a mi despacho. —Jamie comenzó a andar sin esperar para saber si lo seguía o no.

Nick respiró hondo y fue tras él. No sabía por qué lo estaba haciendo cuando sabía de sobra que tenía que salir corriendo de allí en dirección opuesta a la de Jamie. Eso era lo que tenía que hacer. Al final, se encontró caminando tras él sin voluntad alguna para no hacer otra cosa que no fuera lo que Jamie le había pedido.

—Bueno, creo que voy a marcharme ya. —Kane dejó su copa vacía en el primer escalón de la escalera que conducía a la oficina que había en la planta superior y se giró para mirar a Logan—. Vigila que Juanjo no beba mucho que luego tiene que conducir.

—¿Qué? ¿Ya te vas? Pero si faltan... —Logan miró el reloj que tenía en la muñeca derecha para decir la hora exacta—. Apenas cinco minutos. ¿Cómo vas a irte ahora?

—No me he duchado —se excusó—. Y estoy cansado.

—Kane. —La voz de Logan era de estupefacción—. Aquí hay camioneros que llevan más de una semana sin ducharse. Y no me hagas hablar de las prostitutas.

Kane tuvo que esconder una sonrisa y admitió que tenía razón, pero aun así no tenía ánimos para quedarse, y no le apetecía estar allí con su cara de ogro para amargarle la fiesta a los demás.

—Voy a lavarme las manos y a marcharme —dijo tajante comenzando a andar hacia el aseo.

Logan lo vio alejarse, pero no se quedó sin hacer nada; dejó su copa también al pie de la escalera junto a la de Kane y caminó tras él hacia el baño, entrando un segundo antes de que se cerrara la puerta.

Al sentirse observado, Kane se dio la vuelta. ¿Es que no podían dejarlo

tranquilo ni siquiera allí? Al girarse se topó con la cara de Logan y su amplio pecho avanzando hacia él. Por instinto retrocedió hasta que chocó con la pared del fondo, al lado del lavabo.

—¿Qué cojones? —lo increpó, siendo incapaz de decir nada más porque Logan se le echó encima para apresar sus labios con los suyos en un hambriento beso. A partir de ahí lo único que pudo hacer fue dejarse llevar. Logan le devoraba los labios y él respondía de igual manera.

—Dime que pare y pararé.

Las palabras tardaron varios segundos desde que fueron dichas en llegar hasta el cerebro de Kane y que este las procesara y las transformara en una frase con sentido. Retiró la cabeza hacia atrás y dejó de besarlo. Sentía los ojos vidriosos y los labios sedientos de más besos, pero tenía que parar.

—No —jadeó algo mareado—. Tengo que parar yo.

—¿Por qué? —Logan aún tenía el aliento entrecortado y el pulso a mil.

—Por favor, Logan, no me hagas tener que repetirlo todos los días —se quejó—. Porque no puede ser.

Logan no iba a conformarse con una excusa tan pobre como esa.

—Me daré por vencido cuando me cuentes qué te pasa.

—¿Qué? —Kane frunció el ceño—. A mí no me pasa nada.

—Nadie besa como tú me has besado, varias veces, además, para luego alegar que no puede ser. Sé que hay algo. Algo te ocurre.

—A todos nos pasan cosas —se defendió.

—Es posible, pero yo no me doy por vencido así porque sí. Si no quieres que te bese todos los días en el trabajo, cuéntame qué te ha pasado.

Kane rechinó los dientes porque no le gustaba contarle su vida a nadie. Ahora sabía a ciencia cierta que Logan no iba a rendirse sin tener una respuesta.

—Aquí no. Quedamos mañana por la tarde. En mi casa.

—De acuerdo. —Logan se relajó, pero no se alejó demasiado de su cuerpo, no quería.

A lo lejos se escucharon las voces de los asistentes a la pequeña fiesta y el sonido de varias botellas al ser descorchadas, seguido de varios vítores y risas. El Año Nuevo había llegado y los había pilado allí dentro, en el baño.

—Feliz Año Nuevo, Kane.

—Feliz Año Nuevo, Logan.

Ninguno de los dos se movió, perdidos en los ojos del otro.

Nick no había estado nunca en el despacho de Jamie. De hecho, no sabía ni que tenía uno. Debía de ser un buen anestesista si tenía uno, ¿no? Sin saberlo, comentó su duda en voz alta.

—Soy el más veterano de los anestesistas que hay en plantilla en este hospital y en otros de la misma familia. Aparte soy el presidente de la... —Calló cuando vio las cejas levantadas de Nick—. Disculpa. No te he traído aquí para hablar de mi currículum. Por favor, siéntate.

—Estoy bien aquí, gracias —comentó desde la puerta. Había cerrado tras él, pero no se había alejado de allí. No tenía miedo de que fuera a hacerle nada malo ni mucho menos. De quien tenía miedo era de sí mismo.

—Bien. —Nick se sentía particularmente nervioso, aun teniendo claro lo que quería decirle—. Te he traído porque quería preguntarte si sería un gran inconveniente para ti que quedásemos para tomar algo de vez en cuando y que me contaras todo lo que soñaste. —Obvió utilizar la palabra alucinar y coma para no hacerlo sentir tan raro—. Todo.

Nick no pudo evitar quedárselo mirando. Jamie estaba de pie frente a él, a tan poca distancia que no hacía falta estirar del todo el brazo para poder tocarlo. Ya habían quedado y le había contado todo lo que podía contarle, guardándose solo los momentos más íntimos y personales. ¿Por qué quería escuchar eso ahora?

—¿Por qué?

Jamie respiró hondo varias veces antes de responder. No iba a andarse con rodeos, no iba a mentirle, no iba a suavizar su respuesta porque necesitaba sacarlo fuera de una vez por todas.

—Porque no te me vas de la cabeza. Desde que te conocí, no he logrado sacarte de ahí, de pensar en ti, de imaginarte de un millón de maneras distintas —jadeó—, de formas que jamás pensé que pudiera desear a ningún hombre, Nick. Creo que esto que ha pasado ha sucedido por algo y necesito averiguar qué es.

—¿Crees en el destino? —Nick lo miraba a los ojos, profundamente emocionado y preguntándose si eso no sería otra alucinación.

—Desde que te conozco —dijo Jamie asintiendo antes de sentenciar la frase—. Sí.

Ambos avanzaron a la vez, para unirse a mitad de camino en un tímido beso. Tenían los ojos cerrados y apenas se movían, dejándose llevar por las sensaciones que les recorrían el cuerpo. Las manos de Jamie se posaron sobre su mandíbula, y lo acercó a él para profundizar algo más el beso. Separó los labios

y lo mordió con pereza, alargando el momento mientras probaba el sabor de su boca. No fue consciente de que un pequeño quejido se escapó de su garganta.

Nick esbozó una sonrisa y echó la cabeza hacia atrás.

—Te he echado mucho de menos. —Tal y como dijo la frase abrió los ojos, siendo consciente de que ese no era Jay y que eso que echaba de menos jamás había sucedido—. Lo siento. —Acabó por separarse dando un paso atrás—. Yo... No sé hasta qué punto está bien que recuerde o no algo que nunca ha ocurrido.

—No te preocupes.

Sí que era para preocuparse, porque antes de tirarse a la piscina tenía que comprobar por donde llegaba el agua para no darse un cabezazo y lamentarse después.

—¿Y tu mujer? —preguntó—. ¿Y tus hijas?

—Mi hija mayor es una adolescente, la pequeña no es hija mía, y mi mujer se ha ido de casa para vivir con su amante, que es el verdadero padre de la niña.

Nick parpadeó asimilando esa importante información.

—No puedo hacer esto.

Jamie estaba confundido.

—¿El qué no puedes hacer?

—Que quedemos, que te lo cuente todo, que reviva todo lo que estoy intentando olvidar —resumió—. Este beso. No puedo echarme en tus brazos porque ahora mismo eres mi bote salvavidas, y tú ya tienes tu camino encauzado, aunque se esté cayendo a pedazos. No quiero ser el pasatiempo de un hetero que no sabe qué hacer con su vida.

—No eres ningún pasatiempo para mí, Nick. No te he propuesto esto para pasar el rato, ni porque ahora mismo no tenga donde caerme muerto. —Jamie parecía muy ofendido—. Esto que siento no lo he sentido jamás, ni por un hombre ni por ninguna mujer. Ni siquiera por mi esposa, con la que he estado casado tantísimos años. —Se lo veía azorado intentando explicarse—. Pienso en besar a otro hombre y siento rechazo, sin embargo, contigo... Contigo quiero más, deseo más. Por favor, queda conmigo y hablemos.

Nick cerró los ojos y negó con la cabeza. Le estaba costando la misma vida decirle que no, porque estar con él era lo que más deseaba en el mundo.

—Por favor, no. —Se dio la vuelta para abrir la puerta, pero Jamie lo detuvo apresándolo entre su cuerpo y la puerta—. Déjame ir, por favor.

—Nick. Necesito respuestas que solo tú puedes darme.

Nick sabía que había perdido la batalla. No sabía decirle que no, no podía, aun

sabiendo que eso podía cavarle su propia tumba.

—Solo una tarde. Nada más. Y te contaré lo que yo crea —zanjó.

—Sí. —No pudo evitar esbozar una sonrisa de alivio—. Sí, sí. Lo que tú quieras. —Caminó hacia la mesa y garabateó algo en un papel. Regresó un par de segundos más tarde y se lo tendió—. Mi dirección. ¿Mañana a media tarde?

Nick miró el papel antes de cogerlo y asintió mientras se guardaba la nota en el bolsillo del pantalón.

—Gracias, de verdad. —Jamie no podía ocultar el nuevo halo de esperanza que lo envolvía.

Nick no pudo responderle nada porque solo atinó a salir huyendo de allí. Ojalá no acabara arrepintiéndose de la decisión que acababa de tomar.

Una vez en el pasillo tuvo que apoyar la espalda en la pared porque todo comenzó a darle vueltas. Revivir eso que intentaba olvidar era un tremendo error porque jamás saldría de ese bucle de sensaciones. Para su cerebro, Jay era como una droga, y desengancharse de él era la cosa que más le estaba costando hacer en la vida. Pensar en lo mismo, aun sabiendo que jamás había existido, era como volver a recaer una y otra vez. Tenía que regresar al despacho y decirle que no, que no se sentía con fuerzas de hacer semejante cosa, porque sabía que, cuando le contara todo, Jamie seguiría con su vida y lo dejaría a él atrás, hundido sin remedio en la trampa mortal que le había tendido su cerebro.

Respiró hondo para armarse de valor y regresó al despacho. La puerta estaba cerrada, pero eso no lo hizo retroceder. Sin llamar, agarró el pomo y empujó. Al levantar la vista se topó con los ojos de Jamie, tan verdes, tan sinceros, tan llenos de lágrimas en ese momento. Caminó hacia él con decisión, lo agarró de ambos lados de la cara, y lo acercó a él para unir sus labios con los suyos.

Este beso nada tenía que ver con el anterior. El de ahora era pura necesidad, anhelo y pasión.

Se devoraron los labios con ansias, sin apenas respirar, con el cuerpo en tensión por el hambre y el desconcierto.

Pararon a la vez de besarse y abrieron los ojos, pero ninguno de los dos dijo nada. Nick se dio media vuelta y se fue por donde mismo había venido. No había tenido valor de decirle nada, en realidad no quería porque algo muy escondido dentro de él le gritaba que siguiera adelante. Él no lo tenía tan claro, porque todo presagiaba que iba a sufrir, pero iba a intentarlo, fuera cual fuera el final. Jamie ya lo había salvado una vez, ¿no? Parecía que le tocaba a él devolverle el favor.

Sin detenerse para nada más, siguió caminando recto por el pasillo y dejó la

puerta atrás, sintiendo que la cosa iba a complicarse mucho más, que lo más seguro era que se arrepintiera, pero tenía que intentarlo, tenía que seguir. Jay siempre le había pedido más, y él ahora iba a dárselo.

## AGRADECIMIENTOS

Me gustaría darle las gracias a mi beta por apoyarme, animarme, comprenderme y compartir mis ideas. Tendrían que existir más personas como tú.

A todos los que han confiado en mí y le han dado una oportunidad a este libro.

A mi correctora, por su dedicación, profesionalidad y paciencia.

A Yura y Misha, por ser las rubias locas de la casa.

A todos los Mishamigos del fandom de *Sobrenatural* que llevan tantos años leyendo mis locuras y que me animan a escribir cosas nuevas. ¡Vosotros cambiaréis el mundo!

Y por último y más importante, gracias a mis gatos, a todos, porque ellos me han enseñado a ser mejor en casi todos los aspectos de mi vida. Os quiero

Si te ha gustado

Pídeme más

te recomendamos comenzar a leer

# Última Navidad en París

de *Encarna Magín*





## CAPÍTULO 1

París era muchas cosas, todas ellas relacionadas con la belleza, los sueños, la fecundidad y la luz. Una ciudad que en un pasado muy lejano se relacionó con Isis, la diosa madre, la madre que ama sin reservas, la divina y la única capaz de iluminar en nosotros la bondad del alma. Por alguna razón, en la antigüedad, la capital francesa era conocida como «La casa de Isis». En la ancestral cultura egipcia, a dichos templos sagrados se los nombraba Per o Par, y París es la unión de Par e Isis. Así que París es un tributo al amor más puro y sincero; una emoción que va más allá de lo terrenal, pues quien ama de verdad toca el cielo con los dedos.

El ser humano puede sentir de muchas maneras, no todas ellas correctas, porque querer no es sinónimo de poseer. Solo si tal sentimiento nace en el corazón se puede nombrar como tal. ¿Quién no ha confundido amor con un enamoramiento caprichoso, que poco tiempo después se evapora sin que deje rastro, pues muchos aún no están preparados para entregarse sin reservas? París ha sido, es y será el único testimonio de muchas seducciones, pero, seguramente, también ha sido espectador de amores verdaderos; estos, más escasos.

No era el caso de Margot Buisson, porque para ella la capital del amor era cómplice de su desamor y fracaso. Tantos poetas se habían inspirado en la mágica ciudad y habían halagado su hermosa esencia con hojas cargadas de traviesas letras, enhebradas y cosidas con los sentimientos más nobles. Porque siempre se trataba de realzar y omitir, al mismo tiempo, su parte sucia que, por desgracia, tiene todo lugar habitado por el hombre, a quien le gusta someter a su antojo la historia que toda ciudad posee. ¿Quién no ha manipulado el verdadero conocimiento de rituales antiguos y divinidades para satisfacer los egos de líderes y de la sociedad? Y es que París siempre será como cualquier otro sitio del mundo: bonito y feo, hospitalario e insociable, cálido y frío, un lugar que aún no se cree su papel como santuario del amor.

Sin embargo, hay una época del año en que todo cambia y los sentimientos están en carne viva: la Navidad. Su espíritu renace como un encanto divino lanzado desde las alturas celestes en un intento de recuperar su esencia pasada. La necesidad de dar se multiplica; entonces, París se convierte en la ciudad de la esperanza y la felicidad. Solo si de verdad alguien lo merece, la magia actuará

desde el cielo para cumplir con sus más anhelados deseos.

No obstante, para Margot no había esperanza. Él no la amaba y jamás la amaría, se lo había dejado claro. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? ¿Por qué había dejado que los sueños cubrieran sus ojos con un tul que no le había permitido ver la realidad? De todos modos, ya era tarde para arrepentirse; solo le quedaba huir y empezar de nuevo. ¿Empezar? Ya no tenía fuerzas.

Suspiró resignada mientras contemplaba por la ventana de su despacho la ciudad velada por la niebla. Las luces navideñas refulgían de manera tenue en medio de aquella semiblancura y daban al paisaje un aire de cuento de ensueño. En cambio, Margot veía guiños de fantasmales ojos que se burlaban de ella. Siempre había visto la capital de Francia como un lugar para soñar, donde las ambiciones más secretas, con paciencia y mucho trabajo, acababan cumpliéndose. Sin embargo, los suyos se habían convertido en humo y ya ni el olor de ellos quedaba. De nada le había servido tener paciencia, en un intento por que Bruno Durand, el pintor del momento, la viera como algo más que una amiga especial a la cual llevarse a la cama cada vez que coincidían por motivos de trabajo. Se había dejado engañar por sus caricias tiernas y por la belleza de una ciudad que prometía premios en silencio. Todo había sido una gran quimera. Y lo peor de todo era que ella era la única culpable por haberse ilusionado con él.

Hacía tres años que había llegado a París con una maleta cargada de ilusiones, que se llevaba colmada de lágrimas y sueños rotos. Había conocido a Bruno por motivos laborales; su galería, Galerie Topaze, era el lugar de moda de la ciudad. Cualquier artista que se preciara querría exponer allí, sabiendo de antemano que ya, por eso solo, la exposición adquiriría el sello de acontecimiento de primer nivel. Eso se traducía en portadas y entrevistas en los medios informativos más importantes. De hecho, siempre que Bruno inauguraba una colección, acudía a ella para promocionarse. Desde el primer momento hubo química entre ellos; de acuerdo que fue más sexual que otra cosa, la prueba era que el mismo día de conocerse acabaron acostándose. Nunca hubo intención de llegar lejos, simplemente existía entre ellos una conexión muy placentera que llevaban con discreción siempre que coincidían. Reconocía que, aparte de aquellos contactos carnales, no había habido nada más.

Pero, no sabía muy bien cómo había sucedido, con el pasar de los días ella había necesitado algo más. Quiso dar un paso en una relación que, en realidad nunca fue una relación. Sin embargo, en cuanto se lo había comentado, él se había

rehusado a hablar del tema y, no solo eso, sino que se había alejado de ella. Por más que había intentado conquistarlo con paciencia y dulzura, nunca había conseguido nada, salvo algún que otro escarceo sexual que no había ido más allá de dos cuerpos saciándose entre sábanas. El artista nunca había tenido el propósito de ir más allá, pues en cuanto ella salía de la cama, él se olvidaba por completo de su presencia.

Y ella había cometido el pecado de dejarse llevar por su imaginación, pues tantas veces había fantaseado con Bruno y ella viviendo juntos para toda la vida. Había soñado con su pintor arrodillado frente a ella mientras le pedía que se casara con él y le deslizaba un anillo de compromiso en el dedo. Lo había visto en su cabeza mientras le confesaba que la amaba con locura después de hacer el amor. Había dado por hecho que se convertiría en su musa, como los inseparables Dalí y Gala. Nada de eso se había cumplido, y su trabajo ya no era suficiente para llenar el vacío que sentía por dentro.

Margot estaba en su despacho, un despacho de líneas simples y minimalista, donde predominaban los muebles claros en tonos grises y de madera, con algún que otro componente en acero inoxidable. Todo ahí cumplía una función y ese era su encanto, que lejos de crear una sensación vacía, la amplitud y la productividad que se sentían al entrar sosegaban a los clientes más difíciles. Además, las vidrieras grandes, con vistas espectaculares de París, permitían que la luz entrara a raudales y el efecto de amplitud crecía sobremanera.

La mujer miró su lugar de trabajo con reverencia por última vez. Detuvo su mirada en el sofá blanco que había perpendicular a un gran ventanal, con vistas a la torre Eiffel. En él había hecho el amor con Bruno después de una exposición de un escultor. Ella lo había invitado, reconocía que solo había sido una excusa para verlo de nuevo. Ese día habían estado tan ansiosos que no habían podido esperar a llegar a su casa. En aquel momento, los recuerdos le dolían como si fueran una herida abierta. Creía que la decisión de marcharse de París era la correcta, pues sabía que quedarse entre los recuerdos la mataría por dentro.

Se acercó al mueble del fondo, el lugar donde guardaba los ficheros de todas las exposiciones que habían hecho hasta el momento, y empezó a acomodarlos por orden alfabético dentro de cajas. Lo hacía de esa manera por si tenía que echar mano, en algún momento, de un dossier en particular; de esa forma le era más fácil localizarlo. Ya casi había acabado cuando se detuvo pues la amarga frustración instalada en sus vísceras le revolvía las tripas y le dolía el estómago; tuvo que obligarse a calmarse. Era consciente de que un ciclo de su vida llegaba

a su final, pero nunca llegó a imaginar que sería tan duro. Reconocía que desde que se había independizado, cuando apenas era una adolescente, habían sido muchas las veces que se había aventurado a iniciar negocios en diversas ciudades. Sin embargo, en París había encontrado lo que siempre había querido. Hubo un tiempo en el que comenzar de nuevo en otro lugar la llenaba de expectación y alegría. En cambio, en aquella etapa de su vida era todo lo contrario, pues marcharse significaba alejarse para siempre de su pintor, el hombre que, sin hacer nada, la había maravillado y enamorado.

Con treinta años arraigados en el cuerpo, Margot siempre se había dedicado a construir sueños como si de edificios se trataran. Su amor por el arte en general y sus ganas de que artistas de todas las disciplinas pudieran enseñar su trabajo la habían empujado a abrir Galerie Topaze junto con su amiga de la infancia, Cloe, ambas de la misma edad. La ilusión de convertirse en aliada del arte le había supuesto un gran esfuerzo y un desgaste emocional muy profundo, pero, ladrillo a ladrillo, infinitas horas de duro trabajo habían tenido su recompensa. Sin embargo, todo aquello había quedado atrás en cuanto conoció a Bruno hacía medio año apenas. Junto a él había querido levantar una gran obra, la más importante de su vida: un enorme castillo. No pensó que no podía hacerlo sola, que precisaba de la ayuda de él, y desde luego que Bruno no estaba interesado en aquel proyecto. Se había dado cuenta de que los cimientos no eran sólidos, y nada se había podido hacer: su castillo se había derrumbado en un momento. Solo le quedaba contemplar con dolor los escombros, unos escombros que le recordarían que, para Bruno, su relación no significaba nada.

—¡Basta! —dijo la mujer en un grito doloroso; respiró profundo, retuvo el aire y lo dejó escapar de golpe en una exhalación agónica—. Basta de darle vueltas en la cabeza, a este paso caeré enferma.

Miró aquellos féretros de cartón, que había llenado de documentos, como si fueran sus ilusiones a las que pronto iba a dar sepultura, pues en poco tiempo los guardaría en un armario oscuro de un nuevo hogar y se olvidaría de su existencia. Qué difícil era aceptar la derrota y qué sensación tan amarga dejaba a su paso. Fracaso. La palabra que ella más había temido a lo largo de sus treinta años estaba cobrando realidad en su vida. Y ¿cómo podría mirarse en el espejo sin ver «fracaso» escrito en la frente?

«Dios aprieta, pero no ahoga», le decía su madre cada vez que iba de visita a su antiguo hogar, entristecida porque el desamor se reflejaba en sus ojos azules y ella era incapaz de esconderlo. Y mientras su progenitora la acogía entre sus

brazos gruesos y arrugados por la edad, le explicaba que la línea que separa el éxito del fracaso era tan fina que casi se podía decir que solo la unión los hacía sobrevivir. Existir por separado significaba la muerte. Uno se alimentaba del otro, igual que el día y la noche, que el yin y el yang, que el cielo y el infierno. «Siempre hay que probar los arañazos del mal para apreciar la caricia de la bondad. No pierdas la fe, mi niña... Todo llega cuando menos lo esperamos, así de maravillosa es la vida», sentenciaba su madre. Siempre había tenido en cuenta los consejos maternos, pero dudaba mucho que la vida fuera tan espléndida como ella decía. La prueba era ella misma: una mujer perdida en sus sentimientos, los cuales no podía dejar en libertad puesto que al otro lado no se encontraba Bruno, y no estaría nunca.

Sin nada más que hacer allí, Margot, llevada por la necesidad palpitando en su interior de cargar las cajas en su coche cuanto antes e irse, puso rumbo hacia la puerta. Sin embargo, sus intenciones quedaron abortadas en cuanto su amiga de la infancia, Cloe Thierry, entró como un ciclón veraniego. Arrasando todo a su paso, contagió con su típica vitalidad el ambiente. Ella iba vestida como siempre: parecía una esplendorosa primavera con piernas, brazos y cabeza, que impactaba con solo mirarla. Incluso su cabello corto parecía que estaba en llamas debido al tinte rojo que usaba. Además, Cloe tenía la fastidiosa manía de ponerse lentillas de colores; en aquel momento llevaba unas de rosas.

No obstante, a pesar de su estridencia, que echaría para atrás a más de uno tachándola de bicho raro, para Margot, ella era su amiga o, mejor aún, la hermana que nunca tuvo y con la cual se sentía muy a gusto, a pesar de tener poco en común. Salvo por el negocio que compartían, una galería de arte, nada más las unía; bien podría decirse que eran como aceite y agua, que nunca se mezclan por más que se agiten. Y era que mientras la discreción gobernaba los actos de Margot, la locura hacía estragos en la vida de Cloe. De todos modos, tanta diferencia de caracteres no había sido impedimento para llevarse a las mil maravillas, al contrario, se complementaban perfectamente, pues hacían un tándem muy original.

Cloe traía consigo un árbol de Navidad tan peculiar como ella, que nada tenía que ver con los abetos verdes y adornados de bonitas bolas, luces y cintas. En su lugar, la estridente chica llevaba en sus manos una estructura metálica dorada con forma de espiral invertida. Se tendría que recurrir a la imaginación para adornarla. La muchacha dejó su invento en el suelo; Margot arqueó sus cejas rubias en un gesto muy característico de sorpresa, miró a su amiga y al árbol

alternativamente.

—Ya puedes estar devolviendo a su lugar los *dossiers* de la caja —dijo Cloe. Margot cabeceó, incrédula.

—No los puedo dejar aquí. Los nuevos propietarios se desharán de ellos.

—Nadie va a alquilar el local.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque no nos marchamos.

Margot dejó la caja en el suelo, pues pesaba y su espalda empezaba a notarlo; apretó los labios antes de contestar.

—Cloe, ya hablamos de ello, he cancelado todas las exposiciones.

—¿Estás segura que has tomado una buena decisión?

—¡Claro que estoy segura! —Hizo una pausa y suspiró resignada, un suspiro que pedía comprensión—. Yo misma he llamado a nuestros clientes y los he puesto en contacto con otra galería. Sabes muy bien que no puedo quedarme ni un día más en París. Bruno y yo hemos roto... —Una mueca torcida se cinceló en sus labios; reflexionó sobre lo dicho y no era la pura verdad. A continuación rectificó—: Bueno, tampoco teníamos ninguna relación, así que no puedo afirmar que hemos roto. De todas maneras, necesito poner quilómetros entre él y yo, olvidarlo.

—Sé muy bien que él no quiere una relación seria, ya me lo explicaste, pero ¿no crees que has tirado la toalla muy deprisa? Anda, ayúdame a colocar nuestro nuevo árbol de Navidad cerca de la ventana.

—*Mon Dieu!*, Cloe, esto no es un árbol de Navidad, es... es... una aberración metálica.

—*Oh là là!*, qué poca visión tienes, ¡tú siempre tan pesimista!

—Y tú eres demasiado optimista, nunca nos pondremos de acuerdo.

Margot ayudó a su amiga a ubicar el estrafalario árbol navideño cerca de la ventana —tal como le había pedido—, el sol, que estaba detrás de la torre Eiffel, anunciaba que la mañana transcurría minuto a minuto en la carrera de la vida. Un tul de nubes impedía que resplandeciera con todo su esplendor sobre París. Sin embargo, los matices ocres del astro rey, mezclados con el azul cielo y el blanco de las delgadas nubes, contaban historias de encuentros y desencuentros.

—Perfecto, aquí estará bien —dijo Cloe dando su aprobación con un gesto espontáneo de mano—. Me lo ha diseñado un escultor.

—Pues qué quieres que te diga —habló su amiga mirando la escultura metálica, no le veía belleza por ningún lado—. Ese escultor está muy verde.

—Se lo he dicho, pero el pobre estaba tan ilusionado que me lo ha regalado. No podía ofenderlo; quizá podemos darle nuestro toque, *je ne sais pas!* Una cinta aquí, una bola allá...

—Querrás decir tu toque, porque a mí no se me ocurre nada, salvo llevarlo al chatarrero y que lo recicle.

—¡Suerte que el autor no te escucha! En fin... Y no hablaba de eso, volvamos a lo que te estaba diciendo: estás abandonando demasiado pronto. Hay hombres que necesitan más tiempo que otros.

—Cloe, mi decisión de marchar está tomada, me voy, ya no tengo nada que hacer aquí. Necesito planear cómo empezar de nuevo, ya tengo varios lugares en mente. Solo es cuestión de echarles el último vistazo y decidirme por uno.

Su compañera se acercó a ella y le apretó las manos.

—Tú no vas a empezar de nuevo en otro lugar, tu lugar está aquí junto a mí. Tenemos un negocio juntas, querida amiga, no me puedes abandonar... —Cloe abrió los brazos abarcando el espacio e hizo unos pucheros—. ¿Dejarás a tu amiga desamparada?

Margot hundió los hombros.

—Por favor te lo pido, no me lo hagas más difícil. Además, no te dejes desamparada, te he buscado un trabajo en una revista de arte donde ganarás más dinero que aquí.

—El dinero no lo es todo, querida amiga. Yo te necesito a ti.

—Ohhhhh, Cloe, te odio, me quieres hacer sentir mal.

—¿Y lo estoy consiguiendo?

—Casi. ¡Te voy a matar!

Se abrazaron con cariño, solo el tiempo justo para recomponerse, pues ambas notaban sus ojos lagrimosos.

—Mejor que lo hagas después —se mofó Cloe— porque, cuando te diga mi plan, entonces sí que me vas a matar.

Margot conocía muy bien a Cloe, era un torbellino en todos los sentidos y sería capaz de cualquier cosa para salirse con la suya. De pronto, empezó a sudar.

—¿Qué has hecho, Cloe? ¡Habla!

La estridente chica se esforzó en sofocar su risa tonta, lo consiguió y se aclaró la garganta.

—Nada, una cosilla sin importancia —dijo con la boca pequeñita.

—¡Ay que me temo lo peor! —replicó Margot.

—He llamado a Bruno y he organizado una exposición de su última colección.

Sabes, ha accedido encantado...

Margot la cogió por los hombros y la sacudió, pero la soltó enseguida.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque te quiero.

—¡Vaya manera de quererme! Telefonéale y anúlalo todo. —Margot fue a la mesa y descolgó el teléfono, enseñó el aparato a su compañera—. ¡Ahora mismo!

Su amiga no se dejó intimidar y negó con la cabeza.

—No, no, no y no lo voy hacer.

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

Margot empezó a marcar, sin embargo, Cloe corrió hacia el lugar, agarró el auricular y, entre tirar y aflojar, la segunda logró colgar.

—No lo vas a hacer —dijo Cloe en voz autoritaria—. Galerie Topaze expondrá los cuadros de Bruno Durand como siempre hemos hecho hasta el momento. Invitaremos a todo París y podemos aprovechar para hacer una fiesta de despedida. Ya sé que no tenemos mucho tiempo pero, si nos ponemos las dos, lo tendremos listo a principios de enero. Así que, hasta después de Navidad, no podrás marcharte.

—De verdad que estás locas, eres la mujer más repelente que he conocido en mi vida.

—Insúltame todo lo que quieras, pero tú no te marchas de París hasta después de Navidad.

—Dime, Cloe, ¿qué esperas conseguir con esto? Al fin y al cabo, acabaré marchándome.

—Quizá no, el espíritu navideño está en París haciendo milagros.

—Eres insufrible, ¿el espíritu navideño? ¿Se puede saber qué has desayunado? Que ya no eres una niña.

—Ya lo sé que no soy una niña, tengo tetas —soltó de golpe abarcando con sus manos dicha zona—, y también pelos en el coño.

Margot no pudo evitar carcajearse, su amiga se sumó a ella, eran risas de puro regocijo.

—Eres una bruta... —dijo Margot.

—¡Si te he hecho reír, vale la pena! —aclamó con énfasis.

—Pero que te quede claro que será lo último que haré en Galerie Topaze, después me voy.

—Me ha quedado claro.



—¿Por qué tengo la sensación de que solo me lo dices para que cierre la boca?  
—Margot casi era capaz de leerle los pensamientos—. En realidad, no pararás, siempre maquinando a mis espaldas.

Cloe puso cara de ofendida, colocó los brazos en jarras y la miró a ojos cegarritas.

—¡Me estás insultado! —exclamó esta.

—No disimules, eres imposible.

Fue entonces cuando su amiga consultó su reloj. La piel de entre sus cejas se frunció de una manera breve, después hizo una mueca entre cómica y preocupada. Margot supo que ella estaba calculando las consecuencias de alguna travesura.

—Cloe, ¿qué más has hecho?

La aludida levantó la vista de su reloj y la miró con una expresión de inocencia postiza.

«Ohhhh, qué mal disimula», meditó Margot con un nudo en la boca del estómago.

—Confiesa si no quieres que te despelleje viva. La amiga ignoró el comentario y se acercó a ella.

—*Mon Dieu!* Suéltate el pelo, recogido te hace mayor —exclamó Cloe y, sin pedirle permiso, le quitó a Margot la goma que sujetaba su cabello rubio en una clásica cola—. Llevamos toda una vida siendo amigas y aún no te he visto con ropa roja o fucsia, ¡siempre vas con unos colores tan triste! Tu armario seguramente se muere de pena. Y haz el favor de subirte la falda y desabrocharte un par de botones de la blusa. Enseñar un poco de carne no te hará daño, y tampoco se lo hará al negocio; no entiendo por qué tienes tanta manía por tapar tus armas femeninas.

Se tiró encima de Margot resuelta a mejorar su aspecto, esta trató de impedirselo, aunque de nada sirvió, pues su peculiar compañera era tozuda como nadie.

—¡Suelta mi blusa! —gritó.

De pronto, se oyeron unos pasos por el pasillo y ambas mujeres dejaron de forcejear; Cloe miró a su amiga y le susurró:

—Es Bruno, le dije que se pasara por la oficina para cerrar los detalles de la exposición... — Se detuvo al ver las facciones de su compañera endurecidas por el enfado—. ¡No me mires así! No me gusta.

—¡Y menos te gustará lo que te haga en cuanto pueda! Me las vas a pagar.

Una emocionada Cloe salió del despacho y volvió a entrar acompañada del mejor pintor del momento.

—Mira, Margot, por fin Bruno ha llegado. Ha venido a hablar del... — Carraspeó, siguió con un tono suave como la seda—. De la exposición, ya sabes, eso que te he contado y que te ha alegrado tanto. Sabes, Bruno, hace un momento ella estaba saltado de la emoción, le hace mucha ilusión, de veras.

Cloe le dedicó una mirada afligida, pues su amiga le estaba lanzando cuchillos por los ojos.

Agradeció que estuviera Bruno; con él delante no se atrevería a estrangularla.

Margot no le contestó, en su garganta se había formado una bola de espinos. Apenas hacía una par de semanas que se había despedido de Bruno para siempre. Aún recordaba el instante en que, después de hacer el amor en casa de él, todavía con su piel caliente por sus manos masculinas y su sexo temblando de placer, ella, en un arrebato de sinceridad, le había confesado lo que sentía.

Bruno y ella estaban desnudos en la gran cama, abrazados como nunca. Fuera, la lluvia caía con fuerza, chocaba en los cristales del enorme ventanal del dormitorio y creaba una melodía relajante que adormecía los sentidos. Al fondo, una chimenea de gas mantenía las llamas altas, de una rejilla emanaba aire cálido. El lugar era precioso, pero lo que lo hacía especial era él y ella, sus sonrisas y sus respiraciones, sus pieles pegadas y saciadas.

—Bruno, *mon amour*, te quiero.

Al instante ella había notado como él se tensaba. La magia había desaparecido, incluso las moléculas del aire habían parecido espesarse a su alrededor. El hombre se había separado de ella, se había sentado en la cama y se había puesto unos *boxers* y los pantalones. Ella había hecho lo propio, pero no se había vestido, sino que había cogido la bata de él y se la había puesto.

—Bruno, ¿me has escuchado?

Él se había dado la vuelta; ella habría preferido que no lo hubiera hecho, pues sus ojos negros, en aquellos instantes, eran dos lunas eclipsadas. La mujer se había llevado la mano a la boca, espantada; Bruno se había acercado a ella. Sin embargo, como aún se sentía impresionada, había dado un paso atrás. El pintor se dio cuenta y se había quedado donde estaba. Un par de metros los había separado, el aire entre ellos pareció adquirir la apariencia de una pared alta y gruesa. No hizo falta ser muy lista para saber que había cometido un error; entonces, había querido que ese par de metros fueran doscientos quilómetros.

—Margot, creo que será mejor que dejemos de vernos... Yo nunca he

pretendido mantener una relación seria con nadie.

Había pasado el equivalente a dos suspiros, ni uno ni otro había podido respirar con normalidad.

—¿Eso es todo? ¿Me estás diciendo que no quieres verme más?

Bruno había respirado profundo y echado mano a toda su fuerza de voluntad.

—Sí, no quiero verte más. Lo nuestro, o como quieras llamarlo, ha terminado.

—¿Para siempre?

—Sí, para siempre.

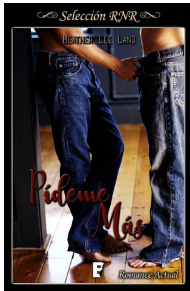
Margot había mirado las pupilas abiertas de Bruno y había sabido que lo decía de veras, jamás había visto tanta verdad en dos esferas tan pequeñas. Reconocía que nunca había sentido tanto dolor como en ese momento, si existían heridas abiertas de arriba abajo que no sangran, pero lloran, ella acababa de conocerlas.

No deseó pensar más en el instante en que había muerto por dentro y se obligó a regresar al presente. Quería morir en aquel momento o, mejor aún, hacerse invisible y desaparecer sin dejar rastro. La presencia de Bruno llenaba su despacho y lo empequeñecía, hacía que a ella le costara respirar. Se sintió como una idiota y su corazón se desbocó con tanta intensidad que temió que se le rompieran las costillas. Precisamente, lo que más había temido era encontrarlo de nuevo después de que le dijera que no quería verla más.

Margot no pudo hacer otra cosa más que armarse de valor para enfrentar aquel momento.

# ¿Y si el amor de tu vida no fuera real?

## Una novela apasionante llena de interrogantes y emociones.



Nick se ha acostumbrado a estar solo.

Instalado en el centro de la ciudad, trabaja en la biblioteca municipal cerca de su apartamento. Una mañana al levantarse se da cuenta de que algo ha cambiado en su vida: descubre que está casado con Jay, un profesor de preescolar, y que llevan toda la vida juntos.

¿Cómo es posible que conserve muchos recuerdos a lo largo de su vida, pero no tenga ni uno solo de Jay?

Mientras intenta averiguar de dónde ha salido ese hombre tan encantador de ojos verdes, Nick comienza poco a poco a enamorarse de él.

Loran es un hombre que vivió una guerra siendo muy joven. Ese desolador suceso no fue el único detonante para que su existencia cambiara; Miranda, una extraña mujer, se cruza en su camino cuando pensaba que todo estaba ya perdido. Desde entonces su vida no volverá a ser nunca igual.

Cambiado de una manera sobrenatural y dotado de un don único, Loran llega a los Estados Unidos para empezar una nueva vida. Es un joven retraído que, poco a poco, irá abriéndose a los demás sin confesar jamás su más íntimo secreto, hasta que conoce a Kane, el hermano de Nick, y ya nada será como siempre. Las historias de estos cuatro personajes se entrelazarán para dar lugar a una novela llena de misterio, pasión, y magia.

**Heather Lee Land** Apasionada por el mundo de las letras, Heather Lee Land lleva escribiendo relatos desde su juventud, compartiéndolos con sus amistades, en internet, y recientemente publicando sus primeras novelas. Ha estudiado Técnico Superior en Turismo y es una firme defensora de la libertad sexual y de la eliminación de tabúes y prejuicios. Gran luchadora por los derechos de los animales, vive en Cádiz con su familia, donde colabora en una protectora. Es una amante de los gatos. Ha adoptado a cuatro que también viven con ella. Ha publicado más de cien fanfics en distintos foros y fandoms bajo el seudónimo de Taolee.

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2018, Heather Lee Land

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-942-3

Composición digital: Mandala Estudio

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Índice

Pídeme más

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...  
Sobre este libro  
Sobre heather Lee Lan  
Créditos